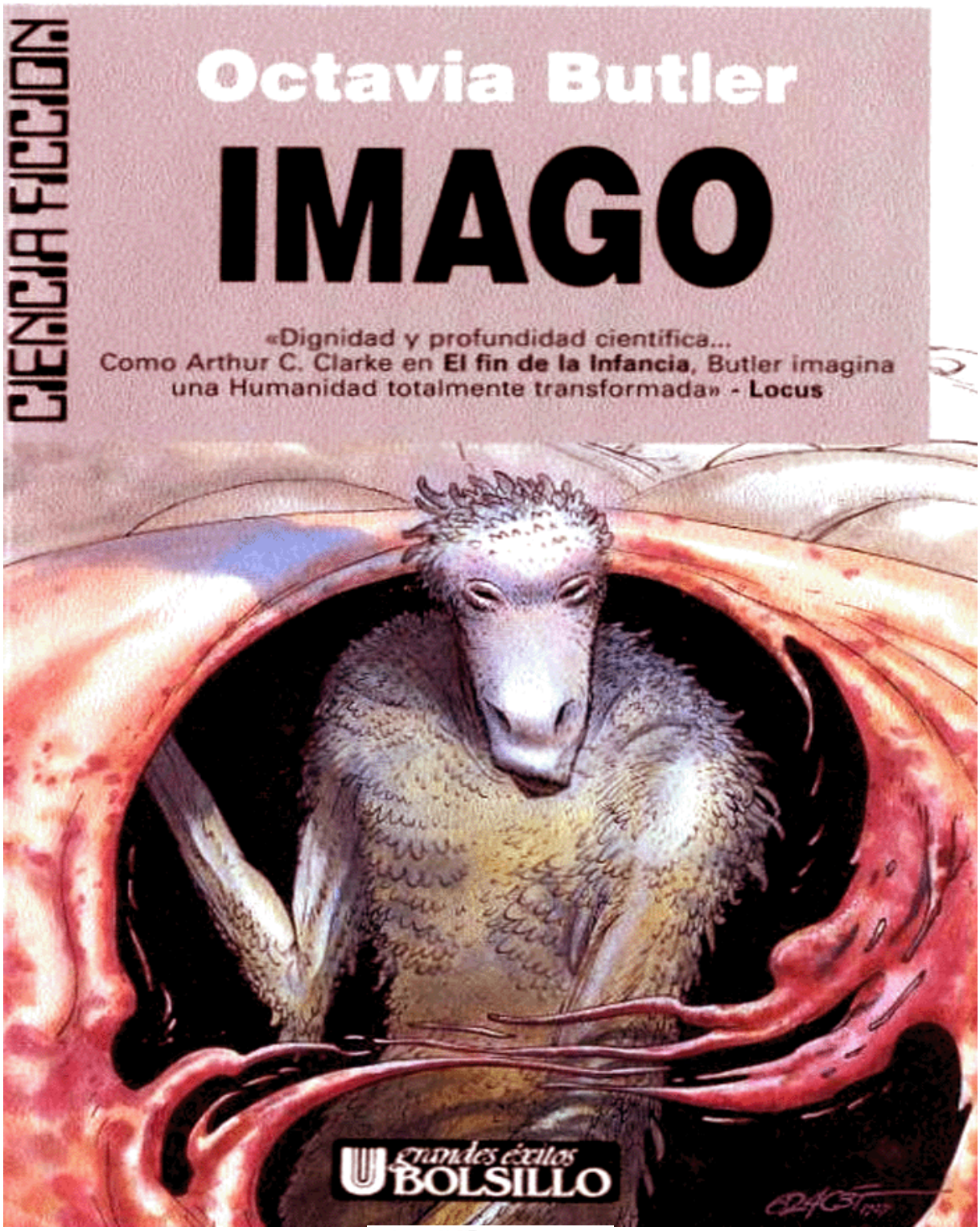
Xenogénesis III, IMAGO
Octavia Butler



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Irie Isaacs

I
METAMORFOSIS

1

Caí en mi primera metamorfosis de un modo tan suave que nadie se dio cuenta. Se supone que las metamorfosis no deben de comenzar de esta manera. En la mayoría de personas se inician con pequeños, pero obvios, cambios físicos: la pérdida de dedos en las manos y los pies, por ejemplo, o la aparición de nuevos dedos, de diferente diseño.

¡Ojalá mi experiencia hubiera sido tan normal, tan segura!

Durante varios días estuve cambiando sin llamar la atención. Normalmente, los estadios primarios de la metamorfosis no duran varios días sin provocar un sueño profundo, pero en mí sí que lo hicieron. Mis primeros cambios fueron sensoriales. Los sabores, los olores..., de repente, todas las sensaciones se convirtieron en complejas, confusas y, sin embargo, inesperadamente seductoras.

Tuve que volverlo a aprender todo. Por ejemplo, ahí está el agua del río: cuando nadaba en ella, observaba que tenía dos principales sabores distintivos —¿hidrógeno y oxígeno?—, y muchos otros sabores secundarios. Ahora podía diferenciarlos y saborear cada uno de ellos por separado. De hecho, no podía evitar el separarlos. Pero los aprendí con rapidez y los acepté en su nueva complejidad, de modo que sólo me llamaban la atención los cambios ocasionales en los pequeños sabores.

En Lo, el agua del río siempre nos llegaba enturbiada por el sedimento.

—Rica —la definían los oankali.

—Embarrada —la llamaban los humanos, y la filtraban, para que la arcilla se depositase en el fondo, antes de bebérsela.

—Simplemente agua —decíamos nosotros, los construidos, encogiéndonos de hombros. No habíamos conocido otra clase de agua.

Tan rápidamente como pude, aprendí de nuevo a comprender y aceptar mis impresiones sensoriales sobre la gente y las cosas que me rodeaban. Esta experiencia absorbió tanto de mi atención que no pude entender cómo mi familia no veía que me estaba pasando algo raro. Pero, aparte de mencionar que soñaba demasiado con los ojos abiertos, ni siquiera mis padres se dieron cuenta de las señales.

Después de todo, eran señales equívocas. Y, como nadie las estaba esperando, nadie se fijó en ellas.

Cuando yo nací, mis cinco progenitores, todos ellos, eran ya viejos. Naturalmente, no parecían tener más edad que mis hermanos y hermanas mayores, pero lo cierto es que habían ayudado a la fundación de Lo. Tenían nietos que también eran ya viejos. No creo que yo los hubiera sorprendido nunca antes, y no estaba seguro de que me gustase sorprenderlos ahora. No quería decírselo. En especial, no deseaba decírselo a Tino, mi padre humano. Se suponía que él debía de permanecer conmigo durante toda mi metamorfosis..., dado que era mi progenitor humano del mismo sexo; pero yo no me sentía atraído hacia él, como debiera haberme sentido. Ni tampoco me sentía atraído por Lilith, mi madre de nacimiento. Ella también era humana, y lo que me estaba pasando, desde luego, no era humano. Cosa extraña, tampoco deseaba acudir a mi padre oankali, Dichaan, y eso que él

era la elección lógica después de Tino. Mi madre oankali, Ahajas, habría hablado por mí con uno de mis padres: ya lo había hecho por dos de mis hermanos, que le tenían miedo a la metamorfosis..., que temían cambiar demasiado, perder todo rastro de su humanidad. Esto podía sucederme a mí, a pesar de que era algo que jamás me había preocupado. Ahajas me hubiera hablado a mí, y hubiese hablado por mí, sin importarle cuál fuese el problema. De todos mis progenitores, era con ella con quien me resultaba más fácil hablar. Hubiera ido con ella, si me hubiese parecido más apetecible tal idea... o si hubiera comprendido por qué no me lo parecía. ¿Qué andaba mal en mí? No es que yo fuera tímido o tuviese miedo, pero, cuando pensaba en ir a verla, en un primer momento me sentía atraído por la idea, pero luego... casi me repelía.

Finalmente, estaba mi progenitor ooloi, Nikanj.

Él me diría que me fuese con uno de mis progenitores de mi mismo sexo. ¿Qué otra cosa podía decirme? Yo sabía perfectamente que me hallaba en la metamorfosis, y que ésa era una de las pocas cosas en las que los padres ooloi no podían ayudar. Algunos humanos insistían aún en ver a los ooloi como algún tipo de combinación macho-hembra, pero no eran tal cosa. Eran lo que eran: un sexo distinto, totalmente diferente a los otros dos.

Así que me fui a ver a Nikanj, esperando disfrutar un rato de su compañía. Él terminaría por darse cuenta de lo que me estaba pasando y me mandaría con mis padres. Pero, hasta que lo hiciese, descansaría a su lado. Yo estaba cansado, adormilado. La metamorfosis era, por encima de todo, sueño.

Encontré a Nikanj dentro de la casa de la familia, hablando con una pareja de desconocidos, humanos. Estos humanos se mantenían apartados de Nikanj: la hembra se protegía tras del macho, y éste llevaba a cabo un doloroso esfuerzo por parecer valiente. Ambos parecieron alarmados cuando abrí una pared y entré en la habitación. Luego, cuando me hubieron echado una mirada, parecieron relajarse un tanto. Yo tenía un aspecto muy humano..., sobre todo si me comparaban con Nikanj, que no lo era nada.

Estos humanos olían, demasiado obviamente, a sudor y adrenalina, a comida y sexo. Me senté en el suelo y me puse a desentrañar la compleja combinación de olores. Mi nueva percepción no me permitía hacer otra cosa. Para cuando hube terminado, pensé que sería *capaz* de seguirles la pista a aquellos dos humanos por cualquier parte.

Nikanj no me prestó atención, excepto para ver quién entraba. Estaba acostumbrado a que sus niños entrasen y saliesen a su libre albedrío, acostumbrado a que todos pasásemos algún tiempo con él, aprendiendo lo que estuviera dispuesto a enseñarnos.

Tenía un aroma increíblemente complejo, porque era un ooloi. Había recogido dentro de sí no sólo el material reproductor de los otros miembros de la familia, sino también células de otras especies animales y vegetales, con las que recientemente se había encontrado. Cuando pudiera las estudiaría, memorizaría y, o bien las consumiría, o las almacenaría. Consumiría aquellas que sabía que podía recrear de memoria, utilizando su propio ADN. Mantendría a las otras vivas en una especie de estasis, hasta

que fueran necesitadas.

El subaroma más fácil de notar en él era Kaal, el grupo familiar en el que había nacido. Yo no conocía a los padres de Nikanj, pero conocía el aroma Kaal de otros miembros de ese grupo familiar. No obstante, por algún motivo, nunca me había fijado en ese aroma en Nikanj, jamás lo había diferenciado de este modo.

Naturalmente, el aroma principal era Lo. Se había unido a cónyuges oankali del grupo familiar Lo y, al atriarse, había cambiado su aroma como debía hacer todo ooloi. El término «ooloi» no tenía una traducción exacta en los idiomas terrestres, porque su significado era tan complejo como el aroma de Nikanj... «Forastero precioso», «Puente», «Comerciante de vida», «Tejedor», «Imán».

Imán es como lo llama mi madre de nacimiento. La gente se siente atraída hacia el ooloi y no le puede escapar. Desde luego, ella no podía..., aunque también es verdad que tampoco Nikanj podía escapar de ella o de ninguno de sus cónyuges. Los oankali decían que los nexos químicos del atriamiento eran tan difíciles de romper como pudiera serlo el dejar el hábito de respirar.

Aromas..., los dos humanos visitantes eran compañeros desde hacía largo tiempo, y cada uno olía al otro.

—Aún no sabemos si queremos emigrar —estaba diciendo la hembra—. Hemos venido a ver cómo sería eso, tanto para nosotros como para nuestro pueblo.

—Os lo enseñaremos todo —les dijo Nikanj—. No hay secretos acerca de la colonia de Marte o los viajes a la misma. Aunque, justo en este momento, todos los transbordadores destinados a la emigración se hallan en uso. Pero tenemos una zona para invitados, que los humanos pueden usar para esperar.

Los dos humanos se miraron el uno al otro. Aún olían a asustados, pero ambos estaban haciendo un esfuerzo por aparentar valentía. Sus rostros casi no registraban expresión alguna.

—No queremos quedarnos aquí —dijo el macho—. Volveremos cuando haya una nave.

Nikanj se puso en pie..., o, como dicen los humanos, se desplegó.

—No puedo deciros cuándo habrá una nave —les explicó—. Llegan cuando llegan. Dejadme mostraros la zona de invitados. No es como esta casa: los humanos construyeron el edificio con madera cortada.

La pareja trastabilló, apartándose de Nikanj.

Los tentáculos del ooloi se aplastaron contra su cuerpo, mostrando su jocosidad. Se volvió a sentar.

—Hay otros humanos aguardando en la zona de invitados —les dijo con suavidad—. Son como vosotros: quieren tener su mundo, totalmente humano. Viajarán con vosotros cuando os marchéis.

Hizo una pausa y me miró.

—Eka, ¿por qué no se lo enseñas tú?

Ahora más que nunca deseaba quedarme con él, pero pude ver que los humanos parecían más tranquilos al ser confiados a alguien que se parecía tanto a ellos. Me alcé y les di la cara.

—Éste es Khodahs —les dijo Nikanj—. Uno de mis hijos más pequeños.

La mujer me lanzó una mirada que yo ya había visto demasiadas veces como para no reconocerla.

—Pero, pensé... —tartamudeó.

—No —le dije, y le sonreí—. No soy humano. Soy un construido, nacido de humana. Venid conmigo. La zona de invitados no está lejos.

No me siguieron a través de la pared hasta que ésta no estuvo totalmente abierta..., como si creyesen que la pared se les iba a cerrar mientras pasaban, como si les pudiese hacer daño.

—Sería como si os aferrase suavemente una gran mano —les dije, cuando estuvimos fuera.

—¿Cómo? —me preguntó el macho.

—Si la pared se cerrase sobre vosotros... No os haría daño, porque estáis vivos. Aunque quizá se os comiese la ropa.

—¡No, gracias!

Me eché a reír.

—Nunca he visto que pasase eso, pero he oído que puede suceder.

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntó la hembra.

—¿Entero? —Parecía interesada en mí: olía a sexualmente atraída, lo cual, a su vez, la convertía en interesante para mí. Yo acostumbraba a gustarles a las hembras humanas, siempre que mantuviese cubiertos con ropa los pocos tentáculos de mi cuerpo y mi cabello ocultase los de mi cabeza. En cuanto a los puntos sensibles de mi cara y brazos, parecían piel normal, pese a que para mí no lo eran, en absoluto.

—Tu nombre humano —me dijo la hembra—. Ya sé que te llamas... Eka y Khodahs, pero no estoy muy segura de por cuál de ellos te he de llamar.

—Eka es sólo un apelativo cariñoso para los niños pequeños —le expliqué—, como lo es lelka para los niños casados y chka entre los cónyuges. Khodahs es mi nombre propio. La versión humana de mi nombre completo es Khodahs lyapo Leal Kaalnikanjlo. O sea mi nombre, los apellidos de mi madre de nacimiento y mi padre humano, y el nombre de Nikanj, precedido por el grupo familiar en el que él nació y terminado por el grupo familiar de sus cónyuges oankali. Si yo fuera nacido de oankali o te diera la versión oankali de mi nombre, sería mucho más largo y complicado.

—He oído algunos de ellos —dijo la mujer—. Supongo que, con el tiempo, los dejaréis correr.

—No. Los cambiaremos para que se adapten a nuestras necesidades,

pero no los abandonaremos. Dan una información útil, sobre todo para la gente que anda buscando atriarse.

—Khodahs no se parece a ningún nombre que yo haya oído antes —intervino el hombre.

—Es un nombre oankali. Un oankali llamado Khodahs murió por ayudar a la emigración a Marte. Mi madre de nacimiento dijo que merecía ser recordado. Los oankali no tienen una tradición de recordar a los muertos a base de poner su nombre a los niños, pero mi madre de nacimiento insistió en ello. Eso es algo que hace de vez en cuando: el insistir en guardar las costumbres humanas.

—Tú tienes un aspecto muy humano —dijo con voz queda la mujer.

Sonreí.

—Soy un niño. De lo que tengo aspecto es de inacabado.

—¿Qué edad tienes?

—Veintinueve.

—¡Buen Dios! ¿Y cuándo te considerarán un adulto?

—Después de la metamorfosis. —Sonreí para mí. Pronto—. Tengo un hermano que la pasó a los veintiuno, y una hermana que no llegó a ella hasta los treinta y tres. La gente cambia cuando sus cuerpos están dispuestos, y no a una edad específica.

Guardó silencio durante un rato. Llegamos a la última de las verdaderas casas de Lo..., las casas que habían crecido a partir de la sustancia viva de ese ser que era Lo. En tales casas, los humanos sin cónyuges oankali no podían abrir paredes o alzar plataformas para tener mesas, camas o sillas. Dejados a solas en las mismas, esos humanos se convertían en prisioneros, hasta que algún construido, oankali o humano atriado los liberaba. Por ello se les había dado primero una casa, y luego toda una zona, para invitados. En esa parte habían edificado sus casas muertas, con madera cortada y paja trenzada. Usaban fuego para cocinar y tener luz y, de vez en cuando, les ardía alguna de las casas. Las casas que no ardían se infectaban de roedores e insectos, que devoraban los alimentos de los humanos e incluso les mordían o picaban. Periódicamente, los oankali entraban en esas casas y echaban de ellas a la vida no humana. Pero ésta siempre regresaba: había estado alimentándose de los humanos, comiendo su comida y viviendo en sus casas, desde mucho antes que llegaran los oankali. De todos modos, la zona para invitados seguía siendo razonablemente confortable. Los invitados comían de árboles y plantas que no eran lo que parecían ser, sino que eran extensiones de la entidad Lo. Ésta había sido inducida a sintetizar frutas y verduras en formas, sabores y texturas que los humanos pudiesen reconocer. Los alimentos crecían en lo que parecían ser sus árboles y arbustos correctos. Y Lo se ocupaba de los desechos humanos, manteniendo limpia su zona, a pesar de que ellos acostumbraban a mostrarse descuidados acerca de donde tiraban los desperdicios en aquél su hogar temporal.

—Ahí hay una casa vacía —les dije, señalando.

La mujer miró mi mano en vez del lugar donde señalaba. Desde un punto de vista humano, yo tenía demasiados dedos, tanto en las manos como en los pies: siete en cada uno. Pero, dado que formaban parte de manos y pies de aspecto totalmente humanos, los seres humanos no acostumbraban a fijarse en ellos, al principio.

Mantuve en alto mi mano abierta, con la palma hacia arriba, para que pudiese verla, y su expresión pasó de una de curiosidad y sorpresa a otra de azaramiento, para volver a ser de curiosidad.

—¿Cambiarás mucho en la metamorfosis? —me preguntó.

—Probablemente. Los nacidos de humana nos hacemos más oankali y los nacidos de oankali más humanos. Yo soy un primera generación. Si queréis ver qué nos depara el futuro, dad una ojeada a los construidos de tercera o cuarta generación. Desde el principio al fin son mucho más uniformes.

—Ése no es nuestro futuro —dijo el macho.

—Vosotros escogéis —les dije. El hombre se alejó, en dirección a la casa vacía. La hembra dudó.

—¿Qué es lo que piensas de nuestra emigración? —me preguntó.

La miré y, como me caía bien, deseé no tener que contestarle. Pero estas preguntas debían ser contestadas. Y, sin embargo, ¿por qué las hembras humanas que insistían en hacerlas eran, tan a menudo, pequeñas y débiles? El ambiente al que se dirigían, en Marte, era mucho más duro que cualquier otra cosa que hubiesen conocido. Nos ocuparíamos de que tuviesen las mayores posibilidades de sobrevivir, y muchas resistirían y tendrían sus hijos en su nuevo mundo. ¡Pero sufrirían tanto! Y, al cabo, todo sería para nada. Su propio conflicto genético los había traicionado y destruido en una ocasión. Y lo volvería a hacer.

—Deberíais quedaros —le dije a la mujer—. Y uniros a nosotros.

—¿Por qué?

¡Sentía tales deseos de no mirarla, de alejarme de ella! Pero seguí dándole cara.

—Comprendo que los humanos deben de ser libres para irse, si así lo desean —le dije con voz baja—. En mi cuerpo hay lo bastante de humano como para poder comprender eso. Pero también hay lo bastante de oankali como para saber que, con el tiempo, os volveréis a destruir a vosotros mismos.

Frunció el ceño, arrugando su lisa frente.

—¿Quieres decir que habrá otra guerra?

—Quizás. O tal vez halléis otro modo de hacerlo. Antes de vuestra guerra ya estabais trabajando en varios métodos para lograrlo.

—No puedes saber nada de eso; eres demasiado joven.

—Deberíais quedaros y juntaros con construidos o con oankali —le dije—. Los niños que nosotros construimos están libres de las taras

inherentes. Lo que nosotros construimos durará...

—¡No eres más que un niño, que repite lo que le han dicho!

Negué con la cabeza.

—Percibo lo que percibo. Nadie tuvo que explicarme cómo usar mis sentidos, del mismo modo que no tuvieron que decirte a ti cómo ver o cómo oír. En la Humanidad hay un conflicto genético letal, y eso también tú lo sabes.

—Lo único que sabemos es lo que nos han dicho los oankali. —El macho había vuelto. Rodeó con su brazo a la hembra, apartándola de mí, como si yo representase alguna amenaza—. Podrían estar mintiéndonos..., sus motivos tendrán.

Pasé mi atención a él.

—Sabes que no mienten —le dije, con suavidad—. Vuestra propia historia os lo explica: vuestro pueblo es inteligente, y eso es bueno. Los oankali dicen que, potencialmente, sois una de las especies más inteligentes que jamás hayan hallado; pero también sois jerárquicos..., vosotros, vuestros más próximos parientes animales, y vuestros más lejanos antepasados animales. La inteligencia es una cosa relativamente nueva para la vida en la Tierra, pero sus tendencias jerárquicas vienen de muy antiguo. Lo nuevo ha sido puesto muy a menudo al servicio de lo viejo. Y esto volverá a suceder. Sois lo bastante listos como para aprender a vivir en vuestro nuevo mundo, pero sois tan jerárquicos que os destruiréis tratando de dominarlo y de dominaros los unos a los otros. Quizá duréis largo tiempo, pero al final acabaréis por destruiros.

—Podemos durar un millar de años —dijo el macho—. No lo hicimos tan mal en la Tierra, hasta la guerra.

—Quizá. Vuestro nuevo mundo será difícil y os exigirá la mayor parte de vuestra atención, quizás incluso ocupe vuestras tendencias jerárquicas por un tiempo, convirtiéndolas en inofensivas.

—Seremos libres: nosotros, nuestros hijos, los hijos de nuestros hijos.

—Quizá.

—Seremos totalmente humanos y libres. Ya es suficiente. Quizás incluso algún día volvamos al espacio por nuestra cuenta. Puede que tu gente se equivoque por completo con nosotros.

—No. —Él no podía leer las combinaciones genéticas como yo. Era como si fuera a saltar por un precipicio, simplemente porque no lo podía ver o, lo que aún era peor, porque hasta pasado mucho tiempo él, o mejor dicho su descendencia, no iba a estrellarse contra las rocas de abajo. Y, ¿qué era lo que estábamos haciendo, nosotros que sabíamos la verdad? Le estábamos ayudando a llegar hasta el borde del abismo..., le llevábamos allí en los transbordadores.

—Quizá duremos más que lo que dure tu gente aquí en la Tierra —dijo.

—¡Ojalá! —Su expresión me decía que no creía en mis buenos deseos,

pero eran auténticos. No estaríamos aquí..., la Tierra que él conocía no seguiría aquí, más que unos pocos siglos. Nosotros, los oankali y los construidos, éramos un pueblo de navegantes espaciales, tan curiosos acerca de las otras formas de vida, y tan adquisitivos de las mismas, como jerárquicos eran los humanos. Llegaría un día en el que tendríamos que iniciar la larga, larga búsqueda de nuevas especies con las que combinarnos, con las que construir nuevas formas de vida. Buena parte de la existencia de los oankali se empleaba en esas búsquedas. Dejaríamos este sistema solar más o menos dentro de unos tres siglos. Yo mismo viviría para ver este adiós. Y, cuando nos separásemos y nos dispersásemos, dejaríamos tras de nosotros un despojo de rocas esquilmadas, que se parecería más a la Luna que a la azul Tierra de antaño. Naturalmente, él no sabía esto; y el decírselo sería una crueldad.

—¿Alguna vez piensas en ti o en tu especie como humanos? —me preguntó la hembra—. ¡Algunos de vosotros tenéis un aspecto tan humano!

—Sentimos nuestra humanidad. Nos ayuda a comprenderos tanto a vosotros como a los oankali. Por sí solos, los oankali no os hubieran dejado jamás tener vuestra colonia en Marte.

—¡Me habían dicho que nos estaban ayudando! —dijo el macho—. ¡Tu..., tu padre ha dicho que nos estaban ayudando!

—Os ayudan por lo que les decimos nosotros los construidos: que debe de seros permitido el ir allí, incluso a pesar de que, al final, acabaréis por destruiros. Los oankali creen..., no, los oankali *saben en lo más profundo de su ser* que es un error ayudar a la especie humana a regenerarse incambiada, porque *se destruirá* de nuevo a sí misma. Para ellos, es como causar deliberadamente la concepción de un niño que es tan defectuoso que, indefectiblemente, morirá en su infancia.

—Se equivocan. Algún día les demostraremos lo mucho que se equivocan.

Era una amenaza. No tenía sentido, pero a él le daba algún tipo de satisfacción el proferirla.

—Los otros humanos os enseñarán dónde encontrar comida —le dije—. Si necesitáis alguna otra cosa, pedidla a uno de nosotros.

Me di la vuelta para irme.

—¡Tan jodidamente prepotentes! —murmuró el macho.

Me volví de nuevo, sin pensármelo.

—¿Realmente lo soy?

El macho frunció el ceño, murmuró una maldición y regresó al interior de la casa. Entonces me di cuenta de que, simplemente, estaba irritado. Me preocupaba el que, a veces, yo los irritaba..., y nunca queriéndolo hacer.

La mujer se me acercó, me tocó la cara, me examinó el cabello. Los humanos que no se habían atriado entre nosotros jamás aprendían a tocarnos de un modo correcto. En el mejor de los casos, nos molestaban, frotándonos con sus manos las zonas sensoriales, y, una vez sus manos se hallaban con dichos puntos, jamás les gustaba su tacto.

La mujer apartó la mano con un estremecimiento cuando sus dedos descubrieron el punto que tengo bajo mi oreja izquierda.

—Son algo así como unos ojos que no se pueden cerrar para protegerse —le dije—. No es que nos hagan daño cuando nos los tocan, pero no nos gusta mucho que lo hagan.

—¿Y qué pasa, pues? ¿Acaso tenéis que enseñarle a la gente a tocaros?

Le sonreí y tomé su mano entre las mías.

—Con las manos nunca hay problemas —le dije. Y la dejé allí en pie, mirándome. La podía ver mediante los tentáculos sensoriales que había entre mi cabello. Se quedó allí, hasta que el macho salió de la casa y se la llevó dentro.

2

Regresé con Nikanj y me senté cerca de él, mientras se ocupaba de cuestiones familiares, mientras se reunía con gente de la nave-hogar de los oankali, Chkahichdahk, que giraba alrededor de la Tierra más allá de la órbita de la Luna, mientras intercambiaba información con otros ooloi o recibía información biológica de mis compañeros de camada. Todos le traíamos a Nikanj pedacitos de piel, carne, polen, hojas, semillas, esporas u otras células, vivas o muertas, de plantas y animales sobre los que teníamos preguntas, o que eran nuevos para nosotros.

Nadie me prestaba atención. En eso hallaba una extraña tranquilidad. Los podía examinar a todos con mis nuevos sentidos agudizados, para ver lo que nunca antes había visto, oler aquello en lo que antes jamás me había fijado. Supongo que parecía que me estaba echando una siestecilla. Al cabo de un tiempo, Aaor, mi compañera de camada más próxima, mi hermana nacida de oankali, vino a sentarse a mi lado. Era hija de mi madre oankali y todavía no era totalmente hembra, pero yo siempre había pensado en ella como en una hermana. Tenía un aspecto tan femenino..., o me lo había parecido antes de que yo empezase a cambiar. Ahora ella..., ahora *ello* tenía el aspecto que siempre debería haber tenido para mí. Se la veía eka, en el auténtico significado del término: un niño demasiado pequeño como para haber desarrollado ya el sexo. Esto era lo que ambos éramos..., por el momento. Aor olía a eka y, literalmente, podría en un sentido u otro, convertirse en macho o hembra. Naturalmente, yo siempre había sabido esto, que era válido para los dos. Pero ahora, de repente, ya no podía ni siquiera pensar en Aor en femenino. Probablemente algún día sería una hembra, del mismo modo que yo, posiblemente, me convertiría en el macho que parecía. Los nacidos de humana rara vez cambiaban su sexo aparente. En mi familia, sólo un nacido de humana había cambiado de hembra aparente a macho real. Varios nacidos de oankali habían cambiado, pero la mayoría de ellos sabían, mucho antes de su metamorfosis, que se sentían más atraídos a convertirse en lo opuesto de lo que aparentaban.

Aaor se me acercó y me examinó con unos pocos de sus tentáculos de la cabeza y cuerpo.

—Creo que ya estás próximo a tu metamorfosis —me dijo. No había hablado en voz alta. Los niños aprendían bien pronto que no era educado el hablar vocalmente entre ellos, si había alguien cerca enfrascado en una conversación en voz alta. Hablábamos mediante señales de tacto, señas e ilusiones multisensoriales transmitidas a través de los tentáculos corporales o craneales..., estimulación neural directa.

—Lo estoy —le contesté en silencio—. Pero me siento... diferente.

—Muéstramelo.

Traté de recrear para Aaor mi incrementada capacidad sensorial, pero se apartó.

Al cabo de un tiempo me volvió a tocar, suavemente. Utilizando sólo señales táctiles, me dijo:

—No me gusta. Algo anda mal. Deberías enseñárselo a Dichaan.

Yo no quería enseñárselo a Dichaan. Y esto era raro. No me había importado enseñárselo a Aor. No sentía aversión alguna a mostrárselo a Nikanj..., exceptuando, claro está, que lo más probable era que éste me mandase con mis padres.

—¿Qué es lo que te molesta de mí? —le pregunté a Aaor.

—No lo sé —me contestó—. Pero no me gusta. Nunca antes lo había notado..., algo anda mal.

Tenía miedo, y eso era extraño. Normalmente, las cosas nuevas le llamaban la atención. Pero esta cosa nueva le repelía.

—No es nada que te vaya a hacer daño —le tranquilicé—. No te preocupes.

Se levantó y se marchó. No dijo nada: simplemente se fue. Esto no era propio de su carácter. Aaor y yo siempre habíamos estado muy próximos. Sólo era tres meses más joven que yo, y habíamos estado juntos desde que ella había nacido. Nunca antes se había marchado, dejándome de aquella manera. Uno sólo se apartaba así de la gente con la que ya no podía comunicarse.

Fui a donde estaba Nikanj. Ahora estaba solo. Uno de nuestros vecinos acababa de marcharse. Enfocó un cono de sus largos tentáculos craneales hacia mí, dándose cuenta al fin de que había algo distinto en mi persona.

—¿Metamorfosis, Eka?

—Eso creo.

—Déjame comprobarlo. Tu olor es... extraño.

El tono de su voz sí era extraño. Yo había estado presente cuando compañeros de camada míos habían iniciado su metamorfosis, y Nikanj jamás había sonado de aquel modo.

Enrolló la punta de uno de sus brazos sensoriales alrededor de mi brazo y extendió su mano sensorial. Las manos sensoriales eran unos apéndices únicos de los ooloi, y Nikanj no las usaba normalmente para comprobar una metamorfosis. Podría haber usado sus tentáculos craneales o corporales, como todo el mundo; pero estaba lo bastante preocupado como para querer ser más preciso, para estar más seguro.

Traté de notar los filamentos de la mano sensorial mientras se deslizaban dentro de mi carne. Nunca antes había sido capaz de ello, pero ahora los notaba claramente. Como es natural, no había dolor en ello. Ni comunicación. Pero noté como si hubiera hallado lo que yo andaba buscando: el toque profundo de la mano sensorial era como aire tras una larga y desesperada zambullida bajo las aguas. Sin pensarlo, tomé su segundo brazo sensorial entre mis manos.

Entonces, algo fue mal: Nikanj no me aguijoneó, nunca haría tal cosa; pero algo pasó..., le causé un sobresalto. No, más: le produje un shock profundo..., y me transmitió la totalidad del impacto de ese shock. Sus ilusiones multisensoriales parecían más reales que las cosas que verdaderamente sucedían, y esto era peor que una ilusión. Esto había sido el reciclado, repentino y rápido, de su intensa sorpresa y de su miedo. De mí a

él y de vuelta a mí. Un circuito cerrado.

Perdí el contacto con cualquier otra cosa. No me di cuenta de que me desplomaba o de que era atrapado por los dos brazos de fuerza, de aspecto casi humano, de Nikanj. Luego, cuando examiné mis recuerdos latentes de ese momento supe que, durante algunos segundos, había sido sostenido por los cuatro brazos del ooloi. Y, mientras tanto, Nikanj había permanecido quieto como una estatua, congelado por el shock y el miedo.

Finalmente, a medida que iba disminuyendo su shock y creciendo su miedo, me depositó en una ancha plataforma. Enfocó un aguzado cono de los tentáculos de su cabeza en mí, y de nuevo se quedó quieto como una piedra, observándome. Después de un rato, se tendió junto a mí y me ayudó a comprender por qué se había sobresaltado tanto.

Pero, por aquel entonces, yo ya sabía lo que pasaba.

—Te estás convirtiendo en un ooloi —me dijo en voz baja.

Empecé a sentir miedo por mi persona. Nikanj estaba tendido a mi lado. Sus tentáculos corporales y craneales no me tocaban. No me ofrecía ni seguridad ni tranquilidad; no se movía, ni siquiera daba señales de estar consciente.

—¿Ooan? —le dije. Hacía años que no le llamaba así. Mis compañeros de camada de más edad llamaban a nuestros progenitores por sus nombres propios, y yo había empezado bien pronto a imitarlos. Sin embargo, ahora, yo tenía miedo. No quería a «Nikanj», quería a mi «Ooan», el progenitor al que yo había acudido más a menudo, o al que más me habían llevado, para que me curase o para que me educase—. Ooan, ¿no puedes volverme a cambiar? Aún *parezco* un macho.

—Tú sabes que no —me contestó en voz alta.

—Pero…

—Nunca fuiste macho, sin importar el aspecto que tenías. Eras eka. Lo sabes.

No dije nada. Toda mi vida me habían considerado un macho, y como tal había sido tratado por mis progenitores humanos, por todos los humanos de Lo. Incluso los oankali me llamaban a menudo «él». Y todo el mundo había asumido que Dichaan y Tino iban a ser mis progenitores del mismo sexo. Se suponía que la gente debía sentir eso, para que yo estuviera preparado para el cambio que debería haberse producido.

Pero el cambio se había torcido. Hasta el momento, ningún construido se había convertido en ooloi. Cuando la gente llegaba a su estado adulto y estaba dispuesta a atriarse, iban a la nave y hallaban un ooloi oankali, o mandaban una señal a Chkahichdahk y desde allá les llegaba el ooloi.

Los machos nacidos de humana aún eran considerados como experimentales y potencialmente peligrosos. Unos pocos machos de otras poblaciones habían sido esterilizados y exiliados a la nave. Nadie estaba preparado para un ooloi construido y, desde luego, nadie estaba preparado para un ooloi construido nacido de humana. ¿Acaso podía haber un ser potencialmente más mortífero?

—¡Ooan! —exclamé, presa de la desesperación.

Me atrajo contra él, con sus tentáculos de cabeza y cuerpo tocándome, luego penetrando mi piel. Su brazo sensorial se enroscó alrededor de mi cuello, de modo que su mano sensorial pudiera colocarse en mi nuca. Éste era el modo preferido por los ooloi para agarrar a los humanos y a buena parte de los construidos. Así, tanto el cerebro como la médula espinal eran fácilmente accesibles a los sutiles, muy sutiles, filamentos de la mano sensorial.

Por primera vez desde que dejé de mamar, Nikanj me drogó..., me inmovilizó, como si no confiase en que fuera a quedarme quieto. Yo estaba demasiado asustado como para ofenderme siquiera. Quizá tuviera razón en no confiar en mí.

Y, no obstante, no me hizo daño. Y no me calmó. ¿Por qué debería calmarme? Yo tenía buenos motivos para estar asustado.

—Debería haberme dado cuenta de esto —dijo en voz alta—. Debería... Te construí para que tuvieras un aspecto muy masculino..., tan masculino que las hembras se sintiesen atraídas hacia ti y te ayudasen a convencerte de que *eras* macho. Hasta hoy pensé que lo habían logrado. Ahora sé que yo fui el único convencido. Me engañé a mí mismo, y caí en el descuido y la ceguera.

—Siempre me noté macho —le dije—. Nunca pensé ser otra cosa.

—Debería haberte mandado a pasar más tiempo con Tino y Dichaan. —Hizo una momentánea pausa, haciendo sonar sus tentáculos corporales no ocupados. Una docena, más o menos, de tentáculos frotándose unos con otros sonaban como el viento soplando por entre los árboles—. Me gustaba tanto el tenerte por aquí... Todos mis hijos crecen y se apartan de mí, se van con sus progenitores del mismo sexo. Pensé que tú también lo harías, cuando llegase el momento.

—Eso era lo que yo pensaba..., y, sin embargo, jamás me apeteció hacerlo.

—¿No querías ir con tus padres?

—No. Sólo me apartaba de ti cuando sabía que iba a molestarte.

—Jamás noté que me molestaras.

—Traté de ir con cuidado.

Volvió a hacer sonar sus tentáculos y repitió:

—Debería de haberme dado cuenta...

—Siempre estabas solo —le dije—. Tenías cónyuges e hijos, pero a mí siempre me sabías..., cuando te probaba, de algún modo te notaba vacío..., como si estuvieras hambriento, casi muerto de hambre.

Durante un tiempo no dijo nada ni se movió; pero yo me noté envuelto por él, seguro. Algunos humanos trataban de transmitirte esta sensación cuando te daban un abrazo de oso y te frotaban de mala manera en las zonas sensoriales, irritándolas, o pellizcando tus tentáculos sensoriales. En realidad, sólo los oankali podían darla. Y, justo en este momento, sólo Nikanj

me la podía dar a mí. En toda su larga vida, jamás había tenido un hijo de su mismo sexo. Había usado de todos sus trucos para protegernos y que no nos convirtiésemos en ooloi. Había empleado todas sus artimañas para mantenerse agónicamente solitario.

Creo que yo siempre había sabido lo muy solo que estaba. Sin duda alguna era, de mis cinco progenitores, al que más había amado. Al parecer, mi cuerpo había respondido a esto en el modo en que lo haría un niño oankali: yo estaba tomando el sexo del progenitor por el que más atraído me había sentido.

—¿Qué me pasará? —le pregunté, tras un largo silencio.

—Estás sano —me contestó—. Tu desarrollo es totalmente correcto. No puedo hallar ninguna tara en ti.

Y esto significaba, exactamente, que no había ninguna tara en mí: él era un buen ooloi, y otros ooloi acudían a él cuando se encontraban con problemas que iban más allá de su percepción o comprensión.

—¿Qué me pasará? —repetí.

—Te quedarás con nosotros.

Sin paliativos. No permitiría que me mandasen a ninguna parte. Y eso que, un siglo antes, había estado de acuerdo con los otros oankali en tomar la decisión de que cualquier ooloi construido que surgiese accidentalmente sería mandado a la nave. Allí podría ser observado, vigilado, y cualquier daño que hiciera podría ser descubierto y corregido de inmediato. En Chkahichdahk, cada uno de sus movimientos sería controlado. En la Tierra, podía causar muchos daños antes de que nadie lo descubriese.

Pero Nikanj no permitiría que me mandasen allí. Así lo había dicho.

3

Nikanj reunió rápidamente a todos mis progenitores. Yo me quedaría pronto dormido: la metamorfosis es, sobre todo, sueño, mientras el cuerpo cambia y madura. Nikanj deseaba contárselo a los demás mientras yo aún estuviese despierto.

Mi madre humana llegó, miró a Nikanj y me miró a mí, luego se me acercó y me tomó las manos. Nadie había dicho nada aún, pero ella sabía que algo andaba mal. Desde luego, sabía que yo estaba en mi metamorfosis..., ése era un proceso que había visto ya muchísimas veces.

Me observó de cerca, situando su rostro cerca del mío, dado que sus ojos eran sus únicos órganos de vista. Luego miró a Nikanj:

—¿Qué es lo que le pasa? Esto no es una simple metamorfosis.

Yo había empezado a estudiar su carne a través de sus manos de un modo que nunca antes había hecho. Conocía su carne mejor que la de ningún otro, pero ahora había en ella algo..., un sabor, en el que jamás antes me había fijado.

Apartó sus manos de mí, de un modo brusco, y dio un paso atrás.

—¡Oh, buen Dios...!

Nadie había hablado aún con ella. Y, sin embargo, lo sabía.

—¿Qué sucede? —preguntó mi padre humano.

Mi madre miró a Nikanj. Cuando éste no habló, ella dijo:

—Khodahs..., Khodahs se está convirtiendo en un ooloi.

Mi padre humano frunció el entrecejo.

—Pero eso es impo... —se detuvo, siguió la mirada de mi madre hasta Nikanj—. Es imposible, ¿no?

—No —dijo con voz queda el ooloi.

Se fue hasta Nikanj y se quedó de pie a su lado, muy tieso. Parecía más asustado que airado.

—*¿Cómo has podido dejar que pasase esto?* —exigió saber—. ¡Maldita sea, esto significa el exilio! ¡El exilio para tu propio hijo!

—No, Chka —susurró Nikanj.

—¡El exilio! ¡Lo dice vuestra Ley, so ooloi!

—No. —Enfocó un cono de tentáculos craneales en sus cónyuges oankali—. El niño es perfecto. Mi descuido ha permitido que se convirtiera en ooloi, pero no he fallado en ninguna otra cosa.

Dudó.

—Venid. Aseguraos. Aseguraos en nombre del pueblo.

Mi padre y mi madre oankali se unieron con él en una maraña de tentáculos corporales y craneales. No los tocó con sus brazos sensoriales, ni siquiera los desenrolló, hasta que Dichaan le tomó un brazo y Ahajas el otro.

Entonces, al unísono, los tres enfocaron conos de tentáculos de sus cabezas hacia mis dos padres humanos. Éstos los miraron aviesamente. Al cabo de un rato, Lilith fue hasta los oankali, pero no los tocó. Se volvió, y tendió un brazo hacia Tino. Él no se movió.

—¡Vuestra maldita Ley! —le repitió a Nikanj.

Pero fue Lilith quien le contestó:

—No es una Ley, es un consenso. Acordaron enviar a la nave a los ooloi que surgieran por accidente. Nika cree que puede cambiar ese acuerdo.

—¿Ahora? ¿En pleno lío?

—Sí.

—¿Y si no puede?

Lilith tragó saliva. Podía verse el movimiento de su garganta.

—Entonces, quizá tengamos que abandonar Lo por un tiempo..., vivir separados de los demás, en el bosque.

Él fue hasta ella, la miró del modo en que lo hace a veces, cuando desea tocarla, quizá abrazarla de la manera en que se abrazan los humanos entre sí en la zona de invitados. Pero los humanos que aceptan cónyuges oankali han de olvidarse de ese tipo de contacto. No lo hacen voluntariamente..., pero, una vez se atrían con los oankali, descubren que el contacto entre ellos les resulta repulsivo.

Tino trasladó su atención a Nikanj.

—¿Por qué no hablas conmigo? ¿Por qué dejas que sea ella la que me diga lo que está pasando?

Nikanj tendió un brazo sensorial hacia él.

—¡No! ¡Maldita sea, háblame! ¡Háblame con palabras!

—De acuerdo —susurró Nikanj, con su cuerpo doblado en un gesto de profunda vergüenza.

Tino lo miró con expresión asesina.

—No puedo devolverte... a tu hijo del mismo sexo —dijo el ooloi.

—¿Por qué has hecho esto? ¿Cómo has podido hacerlo?

—Cometí un error. Hasta hace un rato no me di cuenta de lo que he permitido que suceda. No..., no podría haber dejado que sucediese deliberadamente. Chka, nada podría haberme llevado a hacer una cosa así. Ha sucedido porque, después de tantos años, empecé a relajarme en el cuidado de nuestros hijos. Las cosas siempre habían ido bien, así que me descuidé.

Mi padre humano me miró. Era como si me mirase desde muy, muy lejos. Sus manos se movieron, y supe que también deseaba tocarme a mí. Pero, si lo hacía, vería que no podía, como le había sucedido antes con mi madre. En el seno de las familias, la gente podía tocar a sus hijos del mismo sexo, a sus hijos asexuados, a sus cónyuges del mismo sexo, y a sus compañeros ooloi.

Ahora, bruscamente, mi padre humano se volvió y aferró el brazo sensorial que le ofrecía Nikanj. Este brazo era un órgano resistente y musculoso, que existía para contener y proteger los órganos sensoriales y reproductores esenciales de los ooloi. Probablemente no pudiesen ser dañados por las manos humanas desnudas, pero creo que Tino lo intentó. Estaba irritado y dolido, y eso le hacía desear hacer daño a alguien. De mis dos padres humanos, sólo él tendía a reaccionar de este modo. Y ahora se encontraba con que el único ser hacia el que podía volverse para que lo reconfortara era el que le había causado todos estos problemas. Un oankali hubiera abierto una pared y se hubiera ido por un tiempo. Incluso Lilith lo hubiese hecho. Tino intentó causar daño..., daño por el puro daño.

Nikanj lo atrajo contra su cuerpo y lo mantuvo inmóvil, mientras lo reconfortaba y hablaba en silencio con él. Lo mantuvo así tanto tiempo que mis padres oankali alzaron plataformas y se sentaron en ellas para esperar. Lilith vino a compartir la mía, a pesar de que podría haberse alzado una propia. Mi aroma debía de haberla perturbado, pero se sentó cerca de mí y me miró.

—¿Te sientes bien? —me preguntó.

—Sí. Creo que pronto me quedaré dormido.

—Pareces preparado para eso. ¿Te molesta el que yo esté aquí?

—Aún no. Pero debe de molestarte a ti.

—Puedo soportarlo.

Se quedó donde estaba. Yo podía recordar cuando había estado dentro de ella. Podía recordar cuando no había en mi universo nada más que ella. Me encontré deseando poder tocarla. Nunca antes había sentido este deseo..., nunca antes había sido incapaz de tocarla. Ahora descubrí un poco de ese hambre que sentían los humanos por tocar lo que no les estaba permitido.

—¿Tienes miedo? —me preguntó Lilith.

—Lo tenía, pero ahora que sé que estoy bien, y que me mantendréis aquí, me encuentro perfectamente.

Ella sonrió un poco.

—El primer hijo del mismo sexo de Nika... ¡Ha estado tan solo!

—Lo sé.

—Todos lo sabíamos —dijo Dichaan desde su plataforma—. Todos los ooloi de la Tierra deben de estar sintiendo la misma desesperación que sentía Nikanj. La gente va a tener que cambiar el viejo acuerdo antes de que se produzcan más accidentes. El próximo podría ser un ooloi tarado.

Un ingeniero genético natural, tarado..., alguien capaz de distorsionar o destruir con su simple tacto. Nada podría salvar a un ser así del confinamiento a bordo de la nave. Quizás incluso tuviese que ser alterado físicamente, para impedirle funcionar, en cualquier modo, como un ooloi. Quizá fuese tan peligroso que tuviese que pasar toda su existencia en animación suspendida, mientras su cuerpo era utilizado por otros para una

experimentación indolora y su mente permanecía permanentemente desconectada.

Me estremecí y me volví a sentar. De inmediato, tanto Nikanj como Tino estuvieron junto a mí, aparentemente reconciliados por su preocupación por mí. Nikanj me tocó con un brazo sensorial, pero sin dejar al descubierto la mano del mismo.

—Escúchame, Khodahs...

Enfoqué en él, sin abrir los ojos.

—Aquí estarás bien. Me quedaré contigo. Hablaré con el pueblo desde aquí y, cuando hayas alcanzado el final de esta primera metamorfosis, recordarás todo lo que yo les haya dicho a ellos..., y todo lo que ellos me hayan dicho a mí. —Me pasó un brazo sensorial alrededor del cuello, y el tacto del mismo me reconfortó—. Nos ocuparemos de ti.

Me metieron algo en la boca. Tenía el sabor y la textura de trozos de piña, pero yo sabía, por pequeñas diferencias en su aroma, que era una creación de Lo. Prácticamente era pura proteína..., exactamente lo que mi cuerpo necesitaba. Cuando hube comido varios pedazos, fui *capaz* de hundirme bajo la superficie del sueño.

4

La metamorfosis es sueño. Días, semanas, meses de sueño, interrumpidos, de vez en cuando, por unas pocas horas de despertarse, comer, hablar... Los machos y las hembras aún dormían más, pero ellos tenían sólo una metamorfosis. Los ooloi teníamos que pasar por aquello en dos ocasiones distintas.

Había ocasiones en las que estaba lo bastante consciente como para ver cómo se desarrollaba mi cuerpo. En mi garganta me estaba creciendo un *sair,* de modo que llegaría un momento en que podría respirar con la misma facilidad en el agua que en el aire. Mi nariz no fue absorbida por mi cara, pero se convirtió en poco más que un adorno.

No perdí el cabello, pero me salieron muchos más tentáculos craneales y corporales. No desarrollaría brazos sensoriales hasta mi segunda metamorfosis, pero mi sensibilidad ya se había incrementado, y pronto sería capaz de dar y recibir ilusiones multisensoriales mucho más complejas, y manejarlas con mucha mayor rapidez.

Y algo estaba creciendo entre mis corazones.

Puesto que yo era nacido de humana, mi constitución interna era básicamente humana. Los ooloi tenían buen cuidado de no construir niños que fueran a provocar reacciones incontrolables de inmunidad en sus madres de nacimiento. Claro que incluso el tener dos corazones ya les parece a los humanos una variante radical. A veces nos pegan un tiro en donde piensan que debe estar un corazón humano..., y luego salen huyendo, presas del pánico, porque eso no nos detiene. No creo que muchos humanos hayan visto qué aspecto tiene un oankali por dentro..., o el que tenemos los construidos. Dos corazones son justo el doble de la dotación humana, pero el órgano que ahora me estaba creciendo entre los dos corazones no era, ni con mucho, humano.

Todo construido tenía alguna versión del mismo. Los machos y las hembras lo usaban para almacenar y mantener viables las células de los seres vivos novedosos que ellos buscaban y llevaban de vuelta a casa, a su padre o cónyuge ooloi. En los ooloi, este órgano era mayor y más complejo y, en su interior, manipulaban las moléculas de ADN con mayor habilidad que la que tenían las mujeres humanas para manipular los pedazos de hilo que usaban para coser sus ropas. Yo había sido construido dentro de un órgano así, montado a partir de las contribuciones genéticas de mis dos madres y mis dos padres. La construcción en sí misma y una única organela oankali eran las únicas contribuciones ooloi a mi existencia. La organela se había dividido dentro de cada una de mis células, a medida que éstas se dividían a su vez. Y se había convertido en una parte esencial de mi cuerpo. Éramos lo que éramos a causa de esa organela. Los ooloi decían que *éramos* esa organela..., que los oankali originales habían evolucionado a causa de la invasión, adquisición, duplicación y simbiosis de la tal organela. A veces, en mundos que no tenían vida inteligente basada en el carbono con la que comerciar, los oankali dejaban tras de sí, deliberadamente, grandes cantidades de dicha organela. Abandonada, buscaría un hogar en las más increíbles formas de vida nativas y provocaría cambios en ella..., era la

evolución a borbotones. Cientos de millones de años después, quizás alguna gente oankali pasaría por allí y hallaría a unos interesantes socios comerciales esperándoles. Las organelas creaban o hallaban compatibilidad con formas de vida tan completamente diferentes, que serían incapaces incluso de percibirse unas a otras como una forma viva.

En cierto momento yo había estado totalmente encerrado en Nikanj, dentro de su versión madura del órgano que estaba creciendo entre mis corazones. Eso no lo recordaba; la consciencia me llegó dentro del útero de mi madre humana.

Yashi, llamaban los ooloi a su órgano de manipulación genética. A veces hablaban de él como si fuera una persona diferente:

—Voy a salir a probar el río y el bosque. *Yashi* está tan hambriento de algo nuevo, que no para de girar.

¿Realmente giraba? Probablemente no lo descubriría hasta que se produjese mi segunda metamorfosis y me creciesen los brazos sensoriales. Hasta ese momento, el *yashi* iría creciendo y desarrollándose, para convertirse en algo mucho más útil que el órgano de los machos y las hembras.

Otros órganos oankali comenzaron a desarrollarse ahora en mí, a medida que genes, durmientes desde el instante de mi concepción, se convertían en activos y estimulaban el crecimiento de nuevos tejidos, altamente especializados. Los ooloi adultos eran más diferentes de lo que se daban cuenta los humanos. Más allá de su inserción de la organela oankali, no hacían ninguna otra contribución genética a sus hijos. Dejaban a su familias de nacimiento y se atriaban con desconocidos, para así no verse enfrentados a una familiaridad excesiva. Los humanos decían que de la familiaridad nacía el desprecio. Entre los ooloi, hacía nacer errores. Los machos y hembras compañeros de camada podían atriarse sin problemas, siempre que el tercer componente del trío, el ooloi, viniese de un grupo familiar totalmente diferente.

Así que, para un ooloi, un hijo del mismo sexo era lo más parecido a sí mismo que jamás llegaría a ver reflejado en sus descendientes.

Por esta razón, entre otras, Nikanj me escudó del pueblo.

Lo noté como si se colocase entre mí y la gente, para que no pudieran pasar por encima de él y llevárseme.

Absorbí todo lo que pasó en la habitación conmigo, y todo lo que me llegó de Lo a través de la plataforma.

—*¿Cómo podemos confiar en ti?* —le preguntaba el pueblo a Nikanj. Sus mensajes nos llegaban a través de Lo, y llegaban a Lo ya fuese directamente, en el caso de nuestros vecinos, o mediante señales de radio desde las otras ciudades, señales que eran retransmitidas a Lo, vía la nave. Y también oímos a la gente que vivía en Chkahichdahk, la nave. Algunos de los mensajes nos llegaban directamente de poblaciones cercanas, que tenían un contacto directo, por crecimientos subterráneos, con Lo. Y todos los mensajes eran prácticamente el mismo—: *¿Cómo vamos a poder confiar en ti? Ningún otro ha cometido un error tan peligroso.*

A través de Lo, Nikanj invitó al pueblo a examinarle y a examinar sus hallazgos, como si se tratase de alguna especie recién descubierta. Les invitó a que supiesen todo lo que él sabía de mí. Soportó todas las pruebas que se le ocurrieron a la gente y sobre las que se pusieron de acuerdo. Pero siguió impidiéndoles tocarme.

Y, a pesar de sus errores, él seguía siendo mi progenitor del mismo sexo. Dado que decía que yo no debía de ser perturbado en mi metamorfosis, y dado que aún no estaban convencidos de que hubiese perdido toda su competencia, aceptaron no perturbarme. Los humanos pensaban en este tipo de cosas como una cuestión de autoridad..., de quién tenía autoridad sobre el niño. Los oankali y los construidos sabían que era una cuestión de fisiología. El cuerpo de Nikanj «comprendía» lo que el mío estaba pasando..., lo que necesitaba y lo que no necesitaba. Nikanj me hizo saber que todo iba bien, y me tranquilizó, mostrándome que no estaba solo. En el modo usual entre los padres del mismo sexo, oankali y construidos, pasó la metamorfosis conmigo. Sabía exactamente lo que me perturbaría y lo que no ocasionaría problemas. Su cuerpo lo sabía, y nadie iba a discutirle tal conocimiento. Incluso los progenitores humanos del mismo sexo parecían alcanzar con sus hijos una empatía que el pueblo respetaba. Por no tener esa empatía, algunos machos y hembras en desarrollo habían pasado por momentos muy extraños. Uno de mis hermanos había quedado totalmente separado de la familia y de toda compañía oankali o construida durante su metamorfosis. Y había reaccionado ante sus compañeros, que eran totalmente humanos y no tenían ninguna relación familiar con él, perdiendo todas las trazas visibles de su propia herencia humana. Desde luego, había sobrevivido: los humanos se habían ocupado de él lo mejor que habían sabido; pero, tras la metamorfosis, había tenido que aceptar que la gente lo tratase como si fuera una persona totalmente distinta. Era nacido de humana, pero nuestros padres humanos no lo habían reconocido cuando había vuelto a casa.

—No quiero empujarte ni hacia el extremo humano, ni hacia el oankali —me dijo Nikanj en una ocasión, cuando la gente le había dejado unas pocas horas de paz. A menudo me hablaba, sabiendo que, estuviera consciente o no, lo oiría y luego lo recordaría. Su presencia y su voz me reconfortaban—. Quiero que te desarrolles como debieras, en todo. Cuanto más normales sean tus cambios, más pronto te aceptará el pueblo como normal.

Aún no había convencido al pueblo para que aceptase nada sobre mí. Ni siquiera de que debía de permitírseme permanecer en la Tierra y vivir en Lo, durante mi estadio de subadulto y mi segunda metamorfosis. En aquel momento, el consenso era de que debía de ser subido a la nave en cuanto completase esta mi primera metamorfosis. Los subadultos seguían siendo vistos como niños, pero podían trabajar como ooloi en asuntos que no implicasen la reproducción. Los subadultos no sólo podían curar o provocar enfermedades, sino que también podían causar cambios genéticos..., mutaciones, en plantas y animales. Podían hacer todo lo que pudiese ser hecho sin cónyuges. Y podían ser inintencionadamente mortíferos, cambiando insectos y microorganismos en modos inesperados.

—Yo no quiero hacer daño alguno —dije, hacia el final de mis muchos meses de cambio, cuando pude hablar de nuevo—. No me dejes hacer ningún daño a nada ni a nadie.

—Ningún daño, Oeka —me dijo Nikanj con voz queda. Se había recostado junto a mí, tal como hacía a menudo, mientras yo dormía. Así podía estar conmigo y, sin embargo, hundir sus tentáculos corporales y craneales en la plataforma, en la carne de Lo, y de ese modo comunicarse con el pueblo. Continuó hablándome—: No hay tara ninguna en ti. Deberías darte cuenta de todo lo que haces; puedes cometer errores, pero también puedes percibirlos. Y puedes corregirlos. Yo te ayudaré.

Sus palabras me dieron una seguridad que ninguna otra cosa me podría haber dado. Había comenzado a sentirme como uno de esos volcanes dormidos que hay en lo alto de las montañas de más allá del bosque..., como algo que podía estallar en cualquier momento, destruyendo todo lo que casualmente se encontrase cerca.

—No obstante, hay algo de lo que tienes que darte cuenta —añadió Nikanj.

-¿Sí?

—Tú estarás completo en formas en las que aún no lo han estado los construidos, tanto machos como hembras. Finalmente, tú y los otros como tú despertaréis en los machos y las hembras habilidades que están ahora en letargo. Pero tú, como ooloi que eres, no puedes tener habilidades durmientes.

—Estar completo..., ¿qué es lo que significará eso?

—Que serás capaz de cambiarte a ti mismo. Lo que nosotros podemos hacer de una generación a la siguiente: cambiar nuestra forma, revertir a formas anteriores o a combinaciones de formas..., tú serás capaz de hacerlo en el interior de ti mismo. Superficialmente, incluso quizá seas capaz de crear nuevas formas, nuevos envoltorios de camuflaje. Eso era lo que pretendíamos.

—Si puedo cambiar mi forma... —enfoqué fijamente en Nikanj—, ¿podría convertirme en macho?

Nikanj dudó.

—¿Aún quieres ser macho?

¿Alguna vez había deseado ser macho? Simplemente, había supuesto que era macho, y que no tenía elección en el asunto.

—El pueblo no sería tan duro contigo si yo fuera un macho —le dije.

No me contestó.

—Aún no me han aceptado —argumenté—. Podrían seguir rechazándome hasta que la familia tuviera que abandonar Lo..., todo por culpa mía.

Continuó enfocado en mí, en silencio. Había ocasiones en las que envidiaba a los humanos su habilidad para bloquear su visión, a base de cerrar sus ojos, de negar su comprensión mediante algún acto consciente de

negación, que a mí me resultaba incomprensible.

Cerré mi garganta, luego inspiré y exhalé un suspiro muy humano por mi boca. Ahora, cuando no estaba hablando, aquello ya no me resultaba necesario, pero ayudaba a cortar el azorado silencio.

—¡Tengo unos sentimientos tan contradictorios! —le dije—. Quiero ser tu hijo del mismo sexo, pero no quiero causarle problemas a la familia.

—¿Y qué es lo que quieres para ti?

Ahora yo no podía hablar. Dijera lo que dijese, le haría daño.

—Oeka, debo saber lo que deseas, lo que sientes..., y, por tu propio bien, debes decírmelo. Sería mejor para ti si, hasta que tu metamorfosis esté terminada, el pueblo sólo te viera a través de mí.

Tenía razón. La idea de que un montón de otra gente interfiriese ahora conmigo me resultaba aterradora, apabullante. No había pensado que fuese a ser así, pero así era.

—No querría tener que dejar de ser lo que soy —le expliqué—. Quiero ser un ooloi. Realmente lo deseo. Y me gustaría que no fuese así. ¿Cómo iba a querer causarle tantos problemas a la familia?

—Quieres ser lo que eres. Eso es sano y bueno para ti Lo que nosotros hagamos al respecto es nuestra decisión nuestra responsabilidad. A ti no te concierne.

Si hubiera sido un humano el que hubiera dicho aquello, quizá no se lo hubiese creído. Los humanos decían una cosa con sus cuerpos y otra con sus lenguas, y todo el mundo debía gastar tiempo y energías imaginándose lo que realmente querían decir. Y, una vez los comprendías, los humanos se irritaban y actuaban como si les hubieses robado los pensamientos de sus mentes.

En cambio, Nikanj pensaba realmente lo que decía: su cuerpo y sus labios decían lo mismo: creía que yo debía desear ser lo que era. Pero...

—Ooan, si lo desease, ¿podría cambiar?

Aplastó sus tentáculos corporales y craneales, dejándolos lisos contra su piel, aceptando divertido mi curiosidad.

—Ahora no. Pero, cuando hayas madurado, serás capaz de hacer que tu cuerpo parezca ser el de un macho. Naturalmente, no podrás sentirte satisfecho con el rol sexual del macho, ni podrás hacer la contribución que hace el macho a la reproducción.

Traté de moverme, traté de tender una mano hacia él, pero aún estaba demasiado débil. El hablar ya me dejaba exhausto, y la mayoría de los movimientos me resultaban imposibles. Los tentáculos de mi cabeza sí se estiraron hacia él.

Él se acercó más y me dejó tocarle, me dejó examinar su carne, para que pudiese empezar a comprender las diferencias que había entre su carne y la mía. Yo iba a ser la versión más extremada de un construido..., no sólo una simple mezcla de características humanas y oankali, sino alguien capaz de usar su cuerpo en modos que no podían ni los humanos ni los oankali.

Sinergia.

Estudié una única célula del brazo de Nikanj, comparándola con mis propias células. Aparte de mi mezcla humana añadida, la principal diferencia parecía estar en que ciertos genes míos se habían activado y habían causado mi metamorfosis. Me pregunté que podría pasar si esos genes se activaban en Nikanj. Él ya era maduro..., ¿acaso sufriría otros cambios?

—Basta —dijo Nikanj suavemente. Me hizo señas silenciosas y me habló en voz alta. Sus señas silenciosas parecían urgentes. ¿Qué era lo que yo estaba haciendo?

—Mira lo que has hecho. —Ahora sólo me habló silenciosamente.

Volví a examinar la célula que había tocado y me di cuenta de que, de algún modo, yo había localizado y activado los genes que habían atraído mi curiosidad. Esos genes estaban tratando de activar otros de su especie en otras células, intentando causar que el cuerpo de Nikanj iniciase la secreción de hormonas inadecuadas, que provocarían un crecimiento inadecuado.

¿Qué hubiera crecido?

—Nada crecerá en mí —dijo Nikanj, y me di cuenta de que había percibido mi curiosidad—. La célula morirá. ¿Lo ves?

Mientras la contemplaba, la célula murió.

—Podría haberla mantenido con vida —me explicó Nikanj—. Mediante un acto volitivo, podría haber impedido que mi cuerpo la rechazase. Sin embargo, sin tu intervención, yo no podría haber activado los genes durmientes. Mi cuerpo rechaza ese tipo de comportamiento como... profundamente autodestructivo.

—Pero a mí no me pareció nada malo o peligroso —argumenté—. Sólo me pareció... fuera de lugar.

—Fuera de lugar y en un momento que no es el adecuado. En un humano, esto hubiera sido suficiente para matarlo.

No se me ocurrió nada que decir. Mi curiosidad desapareció, barrida por el miedo.

—Cuando los toques, nunca te retires sin comprobar que no les has causado algún daño.

—Ni los tocaré...

—No serás capaz de resistirlo.

No lo dudaba, ni lo sospechaba, ni lo imaginaba..., lo sabía.

—¿Y qué puedo hacer? —susurré en voz alta. No podía equivocarse en estas cosas: había vivido mucho, visto demasiado.

—Por el momento, lo único que puedes hacer es andarte con pies de plomo. Tras tu segunda metamorfosis te atriarás, y ya no estarás tan interesado en investigar a gente que no sean tus cónyuges.

—¡Pero eso puede suceder dentro de dos o tres años...!

—Pienso que menos. Noto tu cuerpo como si, de ahora en adelante, fuera a desarrollarse con rapidez. Ahora ya sabes lo cuidadoso que vas a tener que ser, hasta que se haya desarrollado.

—No sé si lo podré hacer. El ser tan cuidadoso en cada toque...

—Sólo los toques profundos. —Los toques que penetraban la carne, hechos con los tentáculos sensoriales o, más tarde, con los brazos sensoriales. Claro que sólo los humanos podían conformarse con menos que estos toques profundos.

—No veo cómo voy a poder ser tan cuidadoso —le dije—. Pero voy a tener que serlo.

—Sí.

—Entonces, lo seré.

Tocó mis tentáculos de la cabeza con varios de los suyos, mostrándome su acuerdo. Luego examinó detenidamente el resto de mi cuerpo, comprobando de nuevo la ausencia de taras peligrosas, reuniendo información para el pueblo. Me relajé y le dejé trabajar y, al instante, me dijo:

—¡No!

—¿Qué pasa? —le pregunté. Esta vez no había hecho nada malo, estaba seguro. Sabía que no había hecho nada.

—Hasta que te conozcas muchísimo mejor a ti mismo no puedes permitirte el lujo de relajarte de este modo mientras estés en contacto con otra persona. Ni siquiera conmigo. Eres demasiado competente, demasiado *capaz* de hacer pequeños cambios, potencialmente mortíferos, en los genes, en las células, en los órganos. Lo que los machos, hembras e incluso algunos ooloi, deben esforzarse para lograr percibir, tú no puedes dejar de percibirlo, a un nivel u otro. Aquello que a ellos debe enseñárseles a hacer, tú casi lo puedes hacer sin pensar. Tienes toda la sensitividad que pude darte, y eso es mucho. Y tienes las habilidades latentes de tus antepasados humanos. En ti, esas habilidades ya no son latentes. Es por eso por lo que fuiste capaz de activar en mí genes que ni siquiera yo puedo despertar. Es por eso por lo que los humanos son un tesoro tan grande. Nos han dado habilidades regenerativas que nunca antes habíamos sido capaces de lograr en nuestro comercio, pese a que ya habíamos hallado anteriormente otras especies con tal habilidad. Y yo sigo aquí, porque un humano fue *capaz* de compartir esta habilidad conmigo.

Se refería a Lilith, mi madre de nacimiento. Todo niño de la familia había oído aquella historia: uno de los brazos sensoriales de Nikanj había sido, prácticamente, cortado de un tajo; pero Lilith le había dejado a Nikanj conectarse a su cuerpo y activar algunos de los genes, altamente especializados, que estaban dentro de ella. Y el ooloi había usado lo que había aprendido de ellos para animar a sus propias células a crecer y volver a unir las complejas estructuras de su brazo. Aquello era algo que no hubiese podido hacer sin el efecto iniciador de la ayuda genética de Lilith.

La habilidad de Lilith ya venía de su familia, aunque ni ella ni sus antepasados habían sido capaces de controlarla. En ellos había permanecido

durmiente, o se había activado en una loca y desordenada manera que había provocado el crecimiento de nuevos e inútiles tejidos. Nuevos tejidos que habían tomado un camino obscenamente erróneo.

Los humanos llamaban cáncer a esta condición de sus cuerpos y, para ellos, era una enfermedad odiosa. Para los oankali, era un tesoro. Era algo de una belleza que estaba más allá de la comprensión humana.

Sin la ayuda de Lilith, Nikanj hubiera podido morir..., y, si hubiese sobrevivido, mutilado, no podría haber funcionado como ooloi. Sus cónyuges se tendrían que haber buscado otro ooloi. Entonces eran jóvenes; *quizá* podrían haber superado la ruptura y aceptado al otro, pero entonces nosotros no habríamos existido..., nosotros, los hijos que Nikanj había construido gene por gene, cromosoma por cromosoma. Otro ooloi habría elegido otra mezcla, habría manufacturado una serie distinta de genes que mezclar, para crear así un conjunto viable. Toda nuestra especial esencia de construidos era obra de nuestro padre ooloi. Hasta cometer el error conmigo, Nikanj había sido famoso por la belleza de sus hijos. Y había compartido con los demás todo lo que sabía de mezclar niños construidos, y probablemente había salvado a otra gente del dolor, los problemas y los errores mortíferos. Y había sido *capaz* de hacer todo aquello porque, gracias a Lilith, tenía dos brazos sensoriales que le funcionaban.

—Podrías volver a darles el cáncer a los humanos —me dijo, apartándome de mis pensamientos—. O podrías afectarles genéticamente. Podrías dañar sus sistemas inmunológicos, causarles alteraciones neurológicas, problemas glandulares... Podrías darles enfermedades para las que ni siquiera tienen nombres. Y podrías hacer todo eso con sólo un momento de no prestar atención.

Hizo una pausa, totalmente enfocado en mí.

—Los humanos te atraerán y te seducirán, sin darse cuenta de lo que están haciendo. Pero no tendrán defensa alguna contra ti. Y probablemente serás tan sexualmente precoz como cualquier otro construido nacido de humana.

—No tengo brazos sensoriales —le dije—. ¿Qué es lo que puedo hacer sexualmente hasta que me crezcan?

Además, tampoco tenía ya nada entre mis piernas. Nadie podía verme desnudo y confundirme con un macho... o con una hembra. Yo era un subadulto ooloi, y lo seguiría siendo durante años..., o durante meses, si Nikanj tenía razón en cuanto a lo de la velocidad de mi maduración.

—Serás capaz de obtener placer de la nueva sensación —me explicó Nikanj—. Especialmente en el complejo, aterrador, prometedor sabor de los humanos. Yo no los disfruté demasiado a menudo cuando era subadulto, porque podía darles bien poco a cambio. Probé a Lilith cuando pude curarla o hacerle cambios que resultaban necesarios; pero no podía dar placer hasta convertirme en adulto. Tú quizá ya puedas darlo ahora con los tentáculos sensoriales.

Apreté con fuerza los tentáculos sensoriales contra mi cuerpo, preguntándome si sería así. Pensaba en aquella pareja de humanos que

había conocido hacía meses, antes de caer dormido. Ahora ya estaban camino a Marte. Pero, ¿cuál debía de ser su sabor? Quizá la mujer me hubiera dejado probarla, pero el macho... ¿Cómo se las apañaban los ooloi para seducir a los machos humanos? Los machos eran suspicaces, hostiles, peligrosos. De repente, sentí grandes deseos de probar uno. Antes de mi cambio había tocado a mi padre humano y a otros machos atriados; pero entonces no era tan perceptivo. Y quería tocar a un desconocido no atriado..., alguien que quizá fuera un cónyuge potencial.

—Precoz —me dijo Nikanj, en un tono que no admitía discusión—. Por un tiempo, limítate a los construidos. Ellos no son indefensos, pero aun así se les puede hacer daño. Tú puedes dañarlos tan sutilmente que nadie se dé cuenta del problema hasta que se haya convertido en grave. Ten mucho más cuidado del que nunca hayas tenido.

—¿Me dejarán tocarles?

—No lo sé. El pueblo no ha decidido nada todavía.

Pensé acerca de lo que podría ser el pasar toda mi subadultez solitario en el bosque, con mis padres y mis compañeros de camada no atriados como única compañía, y un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Nikanj unió sus tentáculos sensoriales con los míos, preocupado.

—Quiero que me acepten —dije, innecesariamente.

—Sí. Puedo ver que cualquier tipo de exilio te iba a resultar muy duro, iba a ser malo para ti. Pero..., quizá el exilio en Chkahichdahk te resultase lo menos malo. Mis padres aún siguen allí. Ellos te aceptarían.

Exilio en la nave...

—¡Dijiste que no dejarías que se me llevasen!

—No les dejaré. Te quedarás con nosotros durante tanto tiempo como desees quedarte.

Quería decir durante tanto tiempo como creyese estar mejor encontrándome aislado, sólo con mi familia, de lo que me encontraría separado de mi familia, si me mandasen a la nave. Los humanos acostumbraban a no entender a los ooloi, cuando los ooloi decían cosas como ésta. Los humanos pensaban que los ooloi les estaban prometiendo que no harían nada, hasta que los humanos les dijesen que habían cambiado de idea..., hasta que ellos se lo dijeran a los ooloi con sus bocas, con palabras. Pero los ooloi percibían todo lo que un ser vivo decía..., todas sus palabras, y también sus gestos, y un amplio abanico de otras respuestas corporales, internas y externas. Los ooloi lo absorbían todo, y actuaban de acuerdo con el consenso que así descubrían. De esta manera, los ooloi trataban a los individuos del mismo modo en que trataban a los grupos de seres: buscaban un consenso. Y, si no lo había, esto significaba que el ser estaba confundido, estaba en la ignorancia, asustado; o, por algún otro motivo, aún no era *capaz* de darse cuenta de lo que era mejor para él. Los ooloi le daban información y, quizá, algo de calma, hasta que podían percibir un consenso en él. Entonces actuaban.

Si, algún día, Nikanj veía que yo necesitaba cónyuges más de lo que necesitaba a mi familia, me enviaría a la nave, por mucho que yo me

opusiese a ello.

5

A medida que pasaban los días fui haciéndome más fuerte. Esperaba, confiaba, deseaba, incluso me suplicaba a mí mismo, que Nikanj no tuviera jamás razón alguna para buscar un consenso dentro de mí. ¡Si al menos el pueblo confiase en mí, percibiese que yo no estaba más interesado en usar mis nuevas habilidades para hacer daño a otros seres vivos de lo que pudiera estarlo en hacérmelo a mí mismo!

Desgraciadamente, a menudo hacía ambas cosas. Al menos una vez al día, Nikanj tenía que corregir algún daño que yo le había causado a Lo..., a la plataforma viva en la que me movía. El color natural de Lo era gris-marrón. Por debajo de mí se volvía amarillo. Le salían ampollas. Aparecían pedazos ásperos, enfermizos. Su olor cambiaba, se hacía hediondo. Partes de Lo se desprendieron. A veces le surgían profundas y supurantes heridas.

Y todo lo que le hacía a Lo me lo hacía también a mí mismo. Pero era por Lo por quien me sentía culpable: Lo era progenitor, compañero de camada, hogar. Era el mundo en el que yo había nacido. Como ooloi, tendría que abandonarlo cuando me atriase. Pero, entretejida, tanto en su estructura genética como en la mía, estaba la inconfundible firma del grupo familiar Lo. Yo hubiera hecho cualquier cosa con tal de no causarle dolor a Lo.

Así que, tan pronto como pude, me levanté de mi plataforma y fui a buscar madera muerta sobre la que dormir.

Lo se comió la madera: aún no era lo bastante inteligente como para poder razonar con él... no lo sería hasta, posiblemente, dentro de unos cien años. Pero tenía conciencia de sí mismo: sabía lo que era parte de él y lo que no. Yo era parte de él..., una de sus muchas partes. No aceptaba tenerme en él y que sin embargo estuviera tan distante, separado por tanta materia muerta. Prefería el daño que yo le pudiera causar, fuera el que fuese, a la nada natural comezón del aparente rechazo.

De modo que seguí causándole daño hasta que estuve totalmente recuperado. Por aquel entonces yo ya sabía, tan bien como cualquier otro, que tenía que irme. El pueblo aún quería que yo fuese a Chkahichdahk, porque la nave era un organismo de mayor edad, más resistente. Como sucedía con casi todos los ooloi, la nave era *capaz* de protegerse y curarse. Algún día, Lo sería igualmente resistente, pero no antes de otro medio siglo. Y, en la nave, yo podría ser vigilado por muchos más ooloi maduros.

O podía irme al exilio, aquí mismo en la Tierra..., antes de que le hiciera más daño a Lo, o a alguien de Lo. Ésas eran mis únicas posibilidades de elección. A través de Lo, Nikanj había mantenido un control del aire de mi habitación. Se había ocupado de que yo no transformase los microorganismos con los que entrase en contacto. Y, fuera, los insectos me evitaban, del mismo modo que evitaban a todo oankali o construido. De modo que el pueblo me permitiría el exilio en la Tierra.

Sin llegar realmente a hablar de ello en serio, nos preparamos para partir. Mis progenitores humanos hicieron su equipaje, tomando libros de antes de la guerra, herramientas, mudas de ropa y alimentos del huerto de

Lilith (alimentos criados en el suelo de la Tierra, no surgidos de la sustancia de Lo), y envolviéndolo todo en hamacas de tela de Lo. Tanto Tino como Lilith sabían que sus cónyuges oankali les podían suministrar todo lo preciso para cubrir sus necesidades físicas, pero no podían aceptar tan fácilmente esa dependencia. Ésta era una característica de los humanos adultos que los oankali jamás lograban entender. Así que, simplemente, la aceptaban lo mejor que les era posible, y se sentían complacidos al ver que los construidos sí que lo entendíamos.

Fui donde estaba mi madre humana y la contemplé hacer su equipaje. No la toqué..., no había tocado a ningún humano desde que había terminado mi metamorfosis. Como recuerdo permanente de mi condición inestable se me había desarrollado un burdo crecimiento rugoso en mi mano derecha. Ya lo había reabsorbido dos veces, pero cada noche me volvía a crecer. Vi que Lilith me lo estaba mirando.

—Se curará —le dije—. Nikanj me ayudará.

—¿Te duele? —preguntó ella.

—No. Sólo lo noto... *fuera de lugar.* Como un peso muerto que cuelga de un sitio en que no debiera.

—¿Por qué está fuera de lugar?

Miré el crecimiento. Era rojizo y estaba agrietado en algunos puntos, rugoso con piel distorsionada y sangre seca. Siempre parecía estar supurando algo de sangre.

—Yo lo causé —le dije—, pero no entiendo cómo lo hice. Arreglé un par de problemas obvios, pero el crecimiento siempre vuelve.

—Por lo demás, ¿cómo te encuentras?

—Bien, creo. Y, una vez que Ooan me muestre cómo ocuparme de este crecimiento, ya no lo olvidaré.

Pienso que mi olor estaba empezando a molestarla. Dio un paso atrás, pero me miró como si sintiese deseos de tocarme.

—¿Qué quieres que haga por ti?

—Prepárame el equipaje.

Ella pareció sorprendida.

—¿Y qué quieres que te meta en él?

Dudé, temeroso de que mi respuesta fuera a hacerle daño. Pero yo quería llevarme equipaje, y sólo ella podía prepararlo como yo deseaba.

—Quizá ya no vuelva a vivir aquí —le dije.

Parpadeó, y me miró con el dolor que yo había confiado evitarle.

—Quiero cosas humanas —le dije—. Pequeñas cosas humanas que tú y Tino dejaríais atrás. Y quiero batatas de tu huerto..., y mandioca, y frutos y semillas. Muestras de todas las semillas que se necesitan para hacer crecer tus plantas.

—Nikanj te puede dar muestras de células.

—Lo sé..., pero, ¿lo harás tú?

—Sí.

Dudé de nuevo.

—¿Sabes?, de todos modos tendría que abandonar Lo. Incluso sin este exilio. No podría buscar cónyuges aquí, porque estoy emparentado con casi todo el mundo.

—Lo sé. Pero aún pasará un tiempo hasta que te atríes. Y, si te fueras por ese motivo, te volveríamos a ver de nuevo. Pero, si tienes que ir a la nave..., quizá ya no te volvamos a ver.

—Pertenezco a este mundo —le dije—. Y pretendo quedarme en él. Pero, aun así, quiero tener algo vuestro: tuyo y de Tino.

—De acuerdo.

Nos miramos el uno al otro, como si ya nos estuviésemos diciendo adiós..., como si yo fuese el único que se marchase. Entonces la dejé para ir a dar el último paseo por Lo, para despedirme de la gente con la que siempre había vivido. Lo era algo más que un pueblo grande: era un grupo familiar. Todos los machos y hembras oankali estaban relacionados de un modo u otro. Todos los construidos estábamos relacionados también, a excepción de los pocos machos que habían llegado, en su errar por los caminos, de otras poblaciones. Y todos los ooloi se habían convertido en parte de Lo cuando habían tomado cónyuges aquí. Y cualquier humano que se quedaba una larga temporada, unido a una familia oankali, estaba más relacionado con Lo de lo que se imaginaban la mayoría de los humanos.

Era duro tener que decirle adiós a aquella gente, saber que probablemente no iba a volver a verla nunca más.

Era duro no atreverse a tocarlos, ni permitirles a ellos que me tocaran a mí. Pero, de consentirlo, posiblemente le hiciera a alguno de ellos lo que le estaba haciendo constantemente a Lo: cambiarlo, dañarlo... al fin y al cabo era también lo que me estaba haciendo a mí mismo de continuo: cambiarme y dañarme. Claro que, siendo yo un ooloi, teóricamente podía sobrevivir a mayores daños que ellos. Así las cosas, si tocaba a alguien tenía que hacérselo saber a Nikanj.

Por todas partes que ándase, los ooloi me miraban con una terrible mezcla de sospecha y esperanza, miedo y necesidad. Si yo no aprendía a controlarme, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que ellos pudieran tener hijos de su mismo sexo? Yo podía hacerles más daño que cualquier otro al que conociesen. Los aguzados y atentos conos de sus tentáculos craneales me seguían a donde quiera que yo fuese, y pesaban sobre mis espaldas como si fueran tremendas cargas. Si había algo de lo que me gustaría alejarme, era de su intensa y sostenida atención.

Fui a visitar a nuestro vecino Tehkorahs, un ooloi cuyos cónyuges humanos eran amigos íntimos de mis padres humanos.

—¿Crees que debería ir al exilio en la nave? —le pregunté.

—Sí. —Su voz era más suave que la mayoría de las voces de ooloi. Y prefería no utilizarla nunca para hablar. Pero los signos de nada valían sin

los toques que los acompañaran, e incluso el mismo Tehkorahs no se atrevía a tocarme. Esto me dolía, pues él era un ooloi y, por consiguiente, estaba a salvo de cualquier cosa que yo pudiera hacerle. Repitió su afirmación, cosa rara en él—: Sí.

—¿Y por qué? ¡Me conoces..., no tocaré a la gente! ¡Y aprenderé a controlarme!

—Si puedes.

—...Sí.

—En el bosque hay resistentes. Si estás allí el tiempo suficiente, te encontrarán.

—La mayoría de ellos han emigrado.

—Muchos. No la mayoría.

—No los tocaré.

—Naturalmente que lo harás.

Abrí la boca, luego la cerré, vista la certidumbre mostrada por Tehkorahs. En su afirmación no había reservas ni ocultaciones. Estaba diciendo lo que él creía que era la verdad.

Tras un tiempo, me preguntó:

—¿Tienes mucha hambre...?

No le contesté. No me estaba preguntando si deseaba alimentos, sino si notaba mucha necesidad de ser tocado. Y, justo en el instante antes de que yo me marchase, me abrió sus cuatro brazos. Dudé, luego me adelanté y me abracé con él.

No me tenía miedo. Era como un fuego en el bosque: inflamado de curiosidad, ansias y miedo, y yo me encontré reconfortado y tranquilizado, mientras él me examinaba con cada uno de sus tentáculos con los que podía tocarme, así como con sus dos brazos sensoriales.

Nos alimentamos el uno al otro: mi hambre era de ser tocado, y la suya de saberlo todo, de primera mano, y entenderlo. Observándole, entendí que, sobre todo, estaba buscando el tranquilizarse a sí mismo. Comprendiendo mi cuerpo, quería asegurarse de que yo lograría controlarme. Quería que yo fuese un éxito tan evidente, que a él se le permitiese tener su hijo de su propio sexo. Y pronto.

Cuando me dejó ir, aún no comprendía...

—Tenías mucha hambre —me dijo—. Y eso sólo después de uno o dos días de ser evitado.

Anudó apretadamente sus tentáculos, contra la piel.

—Sabes algo de lo que nosotros, los ooloi, podemos hacer —prosiguió—. Pero creo que no tenías ni idea de lo mucho que necesitamos el contacto con la otra gente. Y tú aún pareces necesitarlo más que nosotros. Pasa más tiempo con tu compañera de camada emparejada, o puedes llegar a convertirte en peligroso.

—No querría hacerle daño a Aaor.

—Nikanj puede curarla hasta que aprendas a hacerlo tú mismo. Si es que lo llegas a aprender.

—Aun así, no quiero hacerle daño.

—No creo que le puedas hacer mucho daño. Y, en cambio, si no tienes parte alguna a la que ir a reconfortarte, puedes acabar siendo como el rayo cuando cae..., que lo hace al azar y casi siempre es mortífero.

Le miré, con mis propios tentáculos de la cabeza tendidos hacia delante, enfocados en él.

—¿De qué te enteraste cuando me examinaste? No quedaste satisfecho. ¿Quiere eso decir que piensas que no aprenderé a controlarme?

—No sé si podrás hacerlo o no. No lo puedo averiguar. Nikanj dice que sí lo podrás hacer, pero que te resultará muy duro. No sé qué es lo que él ve en ti para sacar esa conclusión. Quizá sólo ve a su primer hijo de su mismo sexo.

—¿Aún crees que debería ir a la nave?

—Sí. Por tu propio bien. Por el de todos. —Se frotó su mano derecha, y vi que le había salido en ella un duplicado de mi rugoso y supurante tumor.

—Lo siento —le dije—. ¿Sabes qué es lo que hice mal para causar eso?

—Una combinación de cosas. Aún no las comprendo todas. Deberías de ir a enseñárselo a Nikanj. *Ahora mismo.*

—¿No te pasará nada a ti?

—No.

Lo miré, echándole ya a faltar..., un ooloi gris pálido, más pequeño de lo normal, del grupo familiar Jah. Desenrolló uno de sus brazos sensoriales y tocó un punto sensorial en mi rostro. Podía ver esos puntos..., igual que podía verlos yo, ahora. Su textura era un poco más rugosa que la piel que los rodeaba. Tehkorahs hizo que el contacto fuera un agudo y dulce estremecimiento de placer, que cayó por encima de mí como una repentina lluvia fresca. Lentamente se fue disipando. Era un adiós.

6

Cuando nos fuimos estaba lloviendo. Una breve cascada de agua que caía del cielo. Lilith decía que las lluvias como ésta ocurrían sólo para recordarnos que vivíamos en una floresta tropical, y que en éstas llueve mucho. Ella había nacido en un lugar desértico llamado Los Ángeles. Y le encantaban las lluvias repentinas, de ésas que le calaban a uno hasta los huesos.

Éramos once en total. Mis cinco padres, Aor y yo, Oni y Hozh, Ayodele y Yedik. Estos cuatro últimos eran mis compañeros de camada más jóvenes. Podrían haber sido dejados atrás, con algunos de los compañeros de camada más adultos, pero ellos no quisieron quedarse. No los culpaba por esto: tampoco a mí me hubiese gustado separarme de mis progenitores, en un estado premetamórfico. Yo mismo, ahora, entre mis dos metamorfosis, los necesitaba. Y la familia no hubiera sido la misma sin los más pequeños. Mis padres ya sólo tenían una pareja de hijos por década. En una situación normal, ya habrían empezado a trabajar en los siguientes, pero, durante los meses de mi metamorfosis, habían decidido esperar hasta que pudieran regresar a Lo..., conmigo o sin mí.

Primero nos dirigimos al huerto de Lilith para recoger algunas frutas y verduras frescas más. Aunque creo que, en realidad, lo que ella y Tino querían era verlo una vez más.

—De todos modos, ya es tiempo de dejar descansar estas tierras —dijo Lilith mientras caminábamos. Cada pocos años cambiaba el asentamiento de su huerto, y dejaba que la selva recuperase el antiguo terreno. Con esos cambios, y con su costumbre de usar fertilizantes y limo del río, había estado utilizando y reutilizando las tierras de los alrededores de Lo durante más de un siglo. Sólo abandonaba sus huertos cuando Lo crecía y se acercaba demasiado a ellos.

Pero este huerto había sido destruido.

No había sido simplemente saqueado. Ocasionalmente, se producían incursiones: los resistentes tenían miedo de atacar a las poblaciones oankali..., tenían miedo de que los oankali comenzasen a considerarlos como verdaderas amenazas y los trasladasen de un modo permanente a la nave. Pero los huertos de Lilith no eran, eso estaba claro, oankali. Los resistentes lo sabían, y parecían sentirse en libertad de robar en ellos frutos o árboles enteros. A Lilith nunca parecía importarle. Sabía lo que los resistentes pensaban de ella o de cualquier humano atriado: que eran traidores a la Humanidad; pero nunca parecía tenérselo en cuenta.

Esta vez, todo aquello que no había sido robado había sido destruido. Los melones habían sido pisoteados o aplastados contra el suelo y los árboles. La hilera de árboles de papaya que se hallaba en el centro del huerto había sido talada. Las matas de judías, guisantes, el maíz, la batata, la mandioca y las piñas habían sido arrancadas y pisoteadas. Los cercanos árboles del pan, nogales e higueras, que casi tenían un centenar de años, habían sido cortados a hachazos y quemados, a pesar de que el fuego no había destruido más que a algunos de ellos. Los plataneros habían sido derribados.

—¡Mierda! —murmuró Lilith. Contempló por un momento la destrucción, luego se apartó y fue hasta el borde del claro del huerto. Allí se quedó de espaldas a nosotros, el cuerpo muy tenso. Pensé que Nikanj iría hasta ella para ofrecerle consuelo. Pero, en lugar de eso, comenzó a recoger y limpiar los tallos de mandioca menos dañados. Podían ser replantados. Ahajas halló una mano de plátanos maduros en buen estado, Dichaan encontró y desenterró varias batatas, a pesar de que las partes de las plantas que había sobre tierra habían sido cortadas y desperdigadas. Los oankali y los construidos podían hallar raíces comestibles y tubérculos con facilidad, a base de sentarse en el suelo y perforar en él con los tentáculos sensoriales. Esos cortos tentáculos corporales podían extender varias veces su longitud en posición de descanso.

Fue Tino quien se acercó a Lilith. La rodeó, se puso frente a ella y le dijo:

—¡Qué infiernos, sabes que tendrás otros huertos!

Ella asintió con la cabeza.

La voz de él se dulcificó:

—Creo que nos conocimos en éste, ¿recuerdas?

Ella asintió de nuevo, y algo de rigidez desapareció de su postura.

—¿Cuántos hijos hace de eso? —preguntó con voz queda. El humor en su tono me sorprendió.

—Más de los que nunca esperé tener —le contestó él—. Y, no obstante, quizá no sean bastantes.

Y ella se echó a reír. Le acarició el cabello, que él llevaba largo y atado con una cuerdecilla de hierbas, para formar una larga cola de caballo que le colgaba por la espalda. Él acarició a su vez el de la mujer, una suave nube negra alrededor de su cara. Podían tocarse sin dificultad el cabello porque, esencialmente, era tejido muerto. A menudo antes les había visto acariciarse de este modo, el único que les quedaba.

—A pesar de lo mucho que he querido a mis huertos —le dijo—, jamás los he cuidado sólo para mí, o para nosotros. Siempre he deseado que los resistentes tomasen de ellos lo que necesitasen.

Tino apartó la vista y se encontró mirando a los derribados árboles de papaya, y volvió a girar la cabeza. Él había sido un resistente..., había pasado una buena parte de su vida entre gente que había creído que los humanos que se habían atriado con oankali eran traidores, y que todo lo que se pudiera hacer para causarles daño era bueno. Él había abandonado a su gente porque deseaba tener hijos. Entonces no existía la colonia de Marte, y los humanos o se iban a vivir con los oankali o tenían una existencia sin descendencia. En cierta ocasión, Lilith me había dicho que Tino no había abandonado del todo sus creencias de resistente hasta que había empezado a funcionar la colonia de Marte y su gente había podido escapar de los oankali. Ella nunca había sido una resistente: había sido puesta con Nikanj cuando tenía más o menos mi edad y estaba en la nave. En aquel tiempo no había comprendido lo que esto representaba, y nadie se lo explicó. Nikanj me dijo que ella no dejó de tratar de liberarse hasta que uno de mis hermanos

convenció al pueblo para que permitiese que los resistentes humanos se establecieran en Marte.

En cierta manera, la colonia de Marte había liberado a mis dos progenitores humanos permitiéndoles que hallasen en sus vidas todo el placer que les fuera posible. Aparte esto, no les había ayudado en nada: aún seguían notándose culpables, sintiendo que habían abandonado a su pueblo por los alienígenas, como si todavía temiesen ser, realmente, los traidores que les acusaban ser los resistentes. Ningún humano podía ver el conflicto genético que los hacía ser una especie tan volcánica..., que con tanta seguridad iba a destruirse a sí misma. Por ello, seguramente ningún humano acababa de creérselo del todo.

—Siempre que se llevaban plantas enteras me alegraba —estaba diciendo Lilith—: Algo con que alimentarse ahora, y algo que trasplantar luego.

—Aquí hay algunos cacahuetes que han sobrevivido —le dijo Tino—. ¿Los quieres?

Se inclinó para tirar de algunas pequeñas plantas, arrancándolas de la tierra suelta que yo había visto preparar para ellas a Lilith.

—Déjalos —le dijo ésta—. Ya tengo algunos.

Se volvió para mirar de frente al huerto, contemplando cómo los miembros oankali de la familia colocaban lo que habían recogido sobre una alfombra de hojas sobrepuestas de platanero. Ahajas detuvo a Oni cuando iba a comerse una de las papayas salvadas y la mandó que dijese lo ocurrido a Lo, y que dejaban allí aquella comida. Oni era nacida de humana y de un aspecto tan engañosamente humano que yo no había dejado de pensar en ella como hembra..., pese a que aún pasarían diez años antes de que tuviese un sexo definido.

—Espera —le dijo Lilith.

Oni se detuvo cerca de ella y se quedó mirándola.

Lilith caminó hasta donde se hallaba Dichaan.

—¿Por qué no vas tú? —le pidió.

—La gente que hizo esto ya se fue, Lilith —le contestó él—. Se fueron hace más de un día. No hay sonidos de ellos, ni un olor reciente.

—Ya lo sé..., pero, aunque sólo sea para que me quede tranquila, ¿irás?

—Sí. —Se dio la vuelta y se marchó. Solamente iría hasta el borde de Lo, en donde algunos de los árboles y arbustos no eran lo que parecían ser. Allí podría hacer señales por tacto a Lo, y Lo pasaría su mensaje, tal cual, a las siguientes personas que abriesen una pared, solicitasen comida o, en algún otro modo, entrasen en contacto directo con la entidad Lo. Ésta pasaría el mensaje ocho o diez veces, luego lo almacenaría. Como nosotros, Lo no podía olvidar, pero, a menos que alguien le pidiese recordarlo, no volvería ya a molestar a nadie con el mensaje. Los humanos no podían ni dejar ni recibir mensajes así. A pesar de que Lilith y algunos otros habían aprendido un poco de lo que ellos llamaban los códigos oankali, sus dedos

no eran lo bastante sensibles como para recibir mensajes, ni lo suficientemente finos y penetrantes como para enviarlos.

Oni contempló irse a Dichaan, luego regresó con Hozh, que había acabado su papaya. Se quedó cerca de él. No es que Hozh fuera más macho de lo que ella era hembra, pero me resultaba más fácil seguir pensando en ellos con los mismos géneros que les había atribuido siempre. Ambos entraron de inmediato en comunicación silenciosa. Siempre que se encontraban juntos de esa manera, los tentáculos de Hozh hallaban de inmediato los puntos sensoriales de Oni, pues ella tenía muy pocos tentáculos sensoriales propios, y establecía comunicación. Eran compañeros de camada emparejados.

El contemplarlos me hacía sentir solitario, y miré en derredor, buscando a Aaor. La descubrí contemplándome. Desde que me había levantado, tras mi metamorfosis, había estado evitándome cuidadosamente. A pesar de lo que me había dicho Tehkorahs, yo la había dejado mantener las distancias, porque era evidente que no deseaba contacto conmigo. No parecía necesitarme del modo que yo la necesitaba a ella. Mientras la miraba, me dio la espalda y enfocó su atención en un gran escarabajo.

Lilith y Tino se reunieron con el grupo familiar allá donde éste se había detenido para esperar a Dichaan.

—Esto es sólo el principio —dijo Lilith, sin hablar con nadie en especial—. Nos encontraremos con gente como la que destruyó el huerto. Más pronto o más tarde nos descubrirán y vendrán tras de nosotros.

—Tienes tu machete —le dijo Nikanj.

No podría haber conseguido una mayor atención de los demás, ni aunque se hubiera puesto a lanzar alaridos. Yo le enfoqué, excluyendo cualquier otra cosa, notándome atraído e incluso girándome para darle la cara. Los oankali no podían sugerir actos violentos. Los humanos decían que la violencia iba en contra de las creencias oankali. En realidad, iban en contra de su misma carne y huesos, en contra de todas y cada una de sus células. Los humanos habían evolucionado desde una forma de vida jerárquica, que dominaba y a menudo mataba a otras formas de vida. Los oankali habían evolucionado desde una forma de vida adquisitiva, que coleccionaba y se combinaba con otras formas de vida. Para los oankali, el matar no era sólo un despilfarro..., era tan inaceptable como el amputarse sus propios miembros sanos. Luchaban únicamente para salvar sus vidas y las vidas de otros. E, incluso entonces, luchaban para someter, no para matar. Y, si se veían obligados a matar, recurrían a armas biológicas recogidas genéticamente en millares de mundos. Podían ser absolutamente mortíferos, pero más tarde lo pagaban caro. Lo pagaban tan caro, que no tenían en su historia ningún recuerdo de haber atacado movidos por el odio, la ira, la frustración, los celos o alguna otra emoción, sin importar lo muy fuertemente que la sintieran. Cuando mataban, aunque fuese para salvar una vida, también ellos morían un poco.

Yo sabía todo esto porque formaba parte de mí tanto como de ellos. La vida era un tesoro. El único tesoro. Nikanj era quien había hecho que esta idea formase parte de mí. ¿Cómo podía ser ahora Nikanj quien sugiriese

matar?

—...¿Nika? —susurró Ahajas. Sonaba del mismo modo en que yo me sentía: sin comprenderlo, sin poder creérselo.

—Los humanos tienen que proteger sus vidas y su familia —dijo con voz queda Nikanj—. Si esto sólo fuera un viaje, nosotros los protegeríamos. Ya lo hemos hecho antes, pero esta vez estamos yéndonos de casa. Viviremos separados de los otros..., no sé por cuánto tiempo, quizá mucho. Habrá momentos en los que no estemos con ellos. Y hay resistentes que los matarían nada más verlos.

—No quiero que nadie muera por culpa mía —dije yo—. Pensé que nos íbamos para salvar vidas.

Enfocó en mí, tendió un brazo sensorial y me atrajo a su lado:

—Nos vamos porque el bosque es el único lugar en el que podemos vivir como una familia —me dijo—. Nadie va a morir por tu causa.

—Pero...

—Si alguien muere, será porque se esfuerce mucho por hacer que lo matemos.

Mis compañeros de camada y los otros progenitores empezaron a retirar sus enfoques de él. Nunca antes había dicho tales cosas. Yo le miré, y vi lo que ellos no habían sabido ver: que el hablar así le estaba poniendo enfermo. Hubiera sido más feliz metiendo la mano en el fuego.

—Hay formas más fáciles de decir estas cosas —admitió—, pero algunas cosas no deben de ser dichas fácilmente.

Dudó cuando Dichaan se unió a nosotros.

—Sólo dejaremos el grupo por parejas. Y, si no es necesario, no lo dejaremos. Vosotros los niños..., todos vosotros, deberéis cuidaros los unos de los otros. Por todas partes habrá cosas nuevas para probar y comprender. Si un compañero de camada está probando algo, el otro monta guardia. Si veis u oléis humanos, os escondéis. Si os encuentran a campo abierto, corréis, aunque esto pueda representar que os peguen un tiro. Si os derriban, gritad. Haced tanto ruido como os resulte posible. No dejéis que se os lleven. Debatíos. Haced que no sea fácil teneros agarrados. Y, si parece que estén decididos a mataros, aguijonead.

Mis compañeros de camada se quedaron con los tentáculos del cuerpo y la cabeza colgando, sin dirigirlos a parte alguna. Los aguijonazos de los machos, hembras y niños son mortales.

—Una vez estéis libres, venid a mí o llamadme. Quizá yo sea capaz de salvar a quien vosotros hayáis aguijoneado. —Hizo una pausa—. Éstas son cosas terribles, pero si os quedáis con el grupo y permanecéis alerta, no tendréis que hacerlas.

De nuevo comenzaron a dar signos de vida, enfocando en él unos pocos tentáculos, y comprendiendo por qué les estaba hablando tan rudamente. Todos éramos difíciles de matar. Incluso nuestros padres humanos habían sido modificados, hechos más fuertes, más capaces de

soportar heridas. El principal peligro estaba en ser dominados y raptados. Una vez éramos separados de la familia, se nos podía hacer cualquier cosa. Quizás Oni y Hozh sólo fueran adoptados por un tiempo por los humanos que estaban desesperados por tener hijos. El resto de nosotros nos parecíamos demasiado a unos adultos humanos..., u oankali. Aquellos que parecían hembras serían violadas. Aquellos que parecían machos serían asesinados. Los humanos tendrían todo el tiempo que necesitasen para golpearnos, cortarnos o dispararnos. A menos que los matásemos.

Mejor no encontrarse nunca en esa situación.

Nikanj enfocó en Lilith y Tino durante varios segundos, pero no dijo nada. Los conocía. Sabía que harían los máximos esfuerzos para no matar a alguien de su propio pueblo..., y sabía también que no les gustaría que les dijera que se anduviesen con cuidado. Yo había visto a algunos oankali cometer el error de tratar a los humanos como si fuesen niños. Era un error fácil de cometer: la mayoría de los humanos eran más vulnerables que los niños oankali a medio crecer, y los adultos oankali los trataban de proteger. Los humanos reaccionaban con resentimiento, ira y apartándose. El sistema de Nikanj era mejor.

Nikanj enfocó por un momento en mí. Yo seguía a su lado, con su brazo sensorial derecho rodeándome el cuello. Con su brazo sensorial izquierdo le hizo un gesto a Aaor.

—¡No! —susurré yo.

Me ignoró. Aaor se acercó lentamente, con todo su cuerpo haciéndose eco de mi negativa. Me temía. ¿Tenía miedo de que yo le hiciera daño?

—¿Comprendes lo que sientes? —le preguntó Nikanj cuando estuvo lo bastante cerca como para enroscarle el otro brazo al cuello.

Aaor negó con la cabeza, con un gesto muy humano.

—No, y no quiero evitar a Khodahs. No sé por qué lo hago.

—Te comprendo —dijo Nikanj—, pero no sé si podré ayudarte. Esto es algo nuevo.

Esto atrajo la atención de Aaor. Cualquier cosa nueva era interesante.

—Piensa, Eka. ¿Cuándo ha tenido un ooloi un compañero de camada emparejado?

Casi me perdí ver la sorpresa de Aaor, por lo muy ensimismado que estaba en la mía. Naturalmente, los ooloi no tienen compañeros de camada emparejados, en el sentido tradicional. En las familias oankali, las mujeres tenían tres hijos, uno tras otro; uno se convertía en macho, otro en hembra y el tercero en ooloi. Sus propias inclinaciones decidían quién se convertía en qué. El macho y la hembra se metamorfoseaban y hallaban un ooloi, no relacionado con ellos, para atriarse. Por su parte, el ooloi tenía todavía que pasar por su segunda metamorfosis. Aún se le llamaba niño, y era el único caso de niño que conocía su sexo. Y estaba solo hasta que llegaba a su segunda metamorfosis y hallaba compañeros. Yo, ahora, únicamente debería de haber tenido a mis padres alrededor. Pero, ¿en qué situación hubiera dejado eso a Aaor?

—Dejad de huir el uno del otro —nos dijo Nikanj—. Descubrid qué es lo que os resulta cómodo. Haced lo que vuestros cuerpos os digan que es lo correcto. Ésta es una relación nueva, y vais a tener que hallar el camino, tanto por vosotros mismos como por los que os seguirán.

—Si me toca, vas a tener que curarla —comenté.

—Lo sé. —Aplastó los tentáculos de su cuerpo y cabeza en algo que no era diversión—. O, al menos, creo que lo sé... Esto también es nuevo para mí. Aaor, ven a mí cada día, para que te examine y cure. Ven, aunque creas que nada anda mal. Khodahs puede provocar cambios importantes, aunque muy sutiles. Ven de inmediato si notas dolor o algo que te parezca raro.

—¡Ooan, ayúdame a comprenderlo! —le dijo Aaor—. ¡Déjame llegar a él a través de ti!

—¿Puedo? —me preguntó en silencio Nikanj.

—Sí —le contesté, del mismo modo.

Nos entretejió en una unión neurosensorial sin discontinuidades.

Y fue como si Aaor y yo nos estuviéramos tocando de nuevo, sin que hubiese nada entre nosotros. Saboreé el sabor único de mi compañera de camada. Era como si una parte de mí, largo tiempo amodorrada, largo tiempo fuera de mi alcance, hubiese regresado ahora y, en mi incrédula bienvenida, ya sólo fuese capaz de sumergirme en ella.

Aaor no me dijo nada. Sólo quería volver a conocerme..., conocerme como lo podía hacer un ooloi. Quería comprender, tan profundamente como le fuera posible, los cambios que habían tenido lugar en mí. Y, sin palabras, yo supe de ella lo solitaria que había estado, lo mucho que quería tenerme de vuelta. Era totalmente antinatural para un par de compañeros de camada el estar uno junto al otro y, no obstante, evitar tocarse.

Al fin, Aaor pidió, sin palabras, ser soltada, y Nikanj nos soltó a los dos. Durante un segundo sólo me di cuenta de los sonidos de los insectos y del cantar de las ranas, de la lluvia que goteaba de los árboles, del sol abriéndose paso por entre las hojas. Nadie de la familia se movió o habló. No me había dado cuenta de que todos estaban enfocados en nosotros. Empecé a mirar a mi alrededor, y entonces Aaor dio un paso hacia mí y me tocó. Tendí hacia ella todos y cada uno de mis tentáculos sensoriales, y los de ella, más numerosos, también se tensaron hacia mí. Esto era normal: esto era lo que se suponía que debían de hacer los compañeros de camada apareados, siempre que sintiesen deseos de hacerlo.

Por un momento, la sensación de alivio volvió a desbordarme. Me picaban los sobacos justo allí donde me crecerían algún día los brazos sensoriales. Si ya hubiese tenido esos brazos, no hubiera podido evitar rodear a Aaor con ellos.

—Ya era hora —comentó Ahajas—. Vosotros dos, cuidaos el uno del otro.

—Vamos —dijo Tino.

Le seguimos, saliendo del arruinado huerto, caminando en fila india a través de la selva. Sabía de un lugar que, al parecer, sería un buen sitio para

acampar... con mucho espacio, lejos de cualquier población. El miedo de todos era que yo provocase cambios en la vida animal o vegetal. Y esos cambios podían extenderse como epidemias..., podían, incluso, llegar a ser auténticas epidemias. Los adultos de mi familia no sabían si podrían detectar y deshacer cualquiera de ellos; así que, más pronto o más tarde, otra gente tendría que enfrentarse a algunos de esos cambios. La idea era, pues, que nos aisláramos, para minimizar y localizar cualquier operación de limpieza que debiera ser hecha después. El lugar que Tino había hallado años antes era una isla..., una gran isla, con una extensión de árboles jóvenes en uno de sus extremos y una gran variedad de árboles viejos al otro. Estaba moviéndose lentamente, río abajo, en ese modo que tienen de hacerlo las islas de río: el cieno tomado de un extremo se deposita en el otro, según el sentido de la corriente. Todos los adultos recordaban un lugar como ése, que había sido creado a bordo de la nave y usado para entrenar a los humanos a vivir en la floresta tropical.

A ninguno de ellos les había gustado. Y, ahora, iban camino de lo mismo, pero en la realidad..., a causa de mí.

En algún momento de la tarde, a Aaor le comenzaron a picar y doler los sobacos. Cuando fue a Nikanj para que la curase, ya habían comenzado a aparecerle hinchazones. Al parecer, yo había ocasionado que el cuerpo asexuado e inmaduro de Aaor tratase de hacer brotar brazos sensoriales. Pero, en lugar de ellos, lo que le estaba creciendo eran tumores potencialmente peligrosos.

—Lo lamento —le dije, cuando Nikanj hubo terminado con ella.

—Tú descubre qué es lo que hiciste mal —me dijo ella, disgustada—, y cómo puedes evitar hacerlo otra vez.

Ése era el problema: no me había dado cuenta de que le hubiese hecho algo malo a Aaor. Si me hubiera notado haciéndole algo, yo mismo me hubiera detenido. Creía haber ido con mucho cuidado... Era como un humano ciego, que pisotea todo lo que no ve. Pero a un humano ciego se le puede devolver la visión. En cambio, lo que me faltaba a mí era algo que nunca había tenido..., o, al menos, algo que nunca había descubierto.

—Aprende tan rápido como puedas, y así nos podremos volver pronto a casa —me dijo Aaor.

Enfoqué en el sendero que teníamos delante..., para oler o escuchar a posibles desconocidos con los que nos pudiésemos topar. No se me ocurría nada que decir.

7

La isla debería haberse encontrado a tres días de camino, río arriba. Pensamos que podríamos llegar a ella en cinco días, dado que teníamos que rodear Pascual, una población ribereña de resistentes inusualmente hostiles. Probablemente fueran pascualeños los que habían destruido el huerto de Lilith. Y, sin embargo, nosotros daríamos un tremendo rodeo para evitar vengarnos de ellos: demasiados resistentes podrían no sobrevivir a un contacto conmigo.

Nunca pensamos que Pascual representase algún peligro para nosotros, porque su gente sabía, mejor que la mayoría de resistentes, lo que le pasaba a cualquiera que nos atacase. Su poblado, que ya había disminuido de tamaño a causa de la emigración, sería gaseado, y los atacantes rastreados por su olor. Serían hallados y exiliados a la nave. Allí, si habían matado, o bien serían mantenidos inconscientes o placenteramente drogados. Nunca se les permitiría despertarse del todo. Serían empleados como instrumentos de enseñanza, conejillos de indias para experimentos biológicos o suministros de material genético humano. Los pascualeños lo sabían, y por tanto sólo cometían lo que Lilith llamaba crímenes contra la propiedad. Robaban, quemaban, destruían. Nunca antes se habían acercado tanto a Lo como cuando habían llegado al huerto. Habían limitado sus atenciones a los viajeros.

Pero no comprendimos cuan extremo había llegado a ser realmente su comportamiento hasta que nos encontramos a algunos de ellos en nuestra primera noche fuera de Lo. Habíamos dejado de caminar a la caída del sol, y habíamos cocinado y comido algo de la comida que Lilith y Tino habían traído y colgado nuestras hamacas entre los árboles. No nos molestamos en construir un refugio, visto que los mayores habían estado de acuerdo en que no iba a llover.

Sólo Nikanj limpió un pedazo de suelo y estiró su hamaca sobre la tierra desnuda. Debido a las conexiones que debía hacer con brazos sensoriales y tentáculos, no le resultaba cómodo compartir su hamaca con alguien más. Y quería que nos sintiésemos libres de acudir a él ante cualquier dolor, herida o molestia que notásemos. Me hizo un gesto para que yo fuese el primero en ir, a pesar de que no había pensado hacerlo.

—Ven cada noche, hasta que aprendas a controlar tus habilidades —me dijo—. Observa lo que hago contigo. No te quedes adormilado.

—De acuerdo.

No podía curar sin dar placer. Cuando estaban con él, la gente tendía simplemente a relajarse y disfrutar. Pero, en lugar de hacer eso, esta vez le observé, tal como él deseaba, viéndole examinarme casi célula por célula, corrigiendo los fallos que hallaba..., fallos de los que yo no me había dado cuenta. Era como si yo hubiese logrado percibir la complejidad del mundo exterior y, en cambio, perdido incluso la percepción que, de niño, tenía de mi propio ser interior. Antes, me daba cuenta en seguida de cuándo algo andaba mal en mí. Ahora, mi peor problema era la innecesaria e incontrolada división celular: el cáncer. Unos tipos de cáncer que se iniciaban y desarrollaban con celeridad..., mucho, muchísimo más deprisa

de lo que lo harían en un humano. Se suponía que yo debía ser *capaz* de controlarlos y usarlos, tanto en mí mismo como en los demás. Y, por el contrario, ni siquiera podía descubrirlos en mi propio cuerpo cuando se iniciaban. Y comenzaban sin el menor deseo por mi parte, sin que yo los animase a desarrollarse.

—¿Lo ves? —me preguntó Nikanj.

—Sí. Pero no lo veía antes de que tú me lo mostrases.

—He dejado uno.

Lo busqué y, al cabo de un tiempo, lo hallé creciendo en mi garganta, donde, con toda seguridad, me mataría si se le permitía continuar. No reajusté el mensaje genético de las células ni desactivé la parte que estaba errada. Eso era lo que Nikanj les había hecho a los otros, pero yo no confiaba tener la habilidad necesaria para seguir su ejemplo. Podía, accidentalmente, reprogramar otros genes. En lugar de ello, destruí las pocas células malignas.

Luego acerqué mi cabeza a la del ooloi, dejando que mis tentáculos se entremezclasen con los suyos. Le hablé en silencio.

—No estoy aprendiendo. No sé qué hacer.

—Espera.

—No quiero seguir siendo peligroso, haciéndole daño a Aaor, teniendo miedo de mí mismo.

—Date tiempo a ti mismo. Eres un nuevo tipo de ser. Nunca antes ha habido uno como tú. Pero no hay tara alguna en ti. Lo único que necesitas es tiempo para descubrir más cosas acerca de ti mismo.

Su certidumbre me animó. Descansé, apoyado contra él, unos momentos, disfrutando del fácil y seguro contacto..., el único que ahora me resultaba así. Al cabo de un tiempo me empujó con un codo y me fui a mi hamaca. Lilith estaba yaciendo con él cuando los resistentes nos dejaron saber que estaban allí.

Primero gritaron: una mujer humana lanzó alarido tras alarido, primero maldiciendo a alguien, luego suplicando, más tarde produciendo roncos sonidos sin palabras. También había voces masculinas..., al menos tres de ellos gritando, riendo, maldiciendo.

—Real y no real —dijo Dichaan cuando empezaron los gritos.

—¿Qué significa eso? —le preguntó Oni.

—Ahora le están haciendo daño a la hembra, y ésta tiene miedo. Pero hay algo raro en todo ello: sus primeros gritos eran falsos..., entonces no tenía miedo.

—¡Si ahora le están haciendo daño, ya es suficiente! —dijo Tino. Estaba en pie, mirando a Nikanj, toda su postura urgencia y amenaza.

—Quédate aquí —le dijo Nikanj. Se puso en pie y agarró a Tino con sus cuatro brazos—. Protege a los niños.

Le dio una sacudida para enfatizar sus palabras, y corrió hacia el

bosque. Ahajas y Dichaan le siguieron. Era mucho menos probable que matasen a los oankali, aunque los humanos que gritaban se esforzasen en intentarlo.

Nuestros padres humanos nos reunieron y nos llevaron hacia lo más espeso del bosque, allá donde nosotros podíamos ver, pero los resistentes no. Lilith y Tino habían sido modificados para que, al igual que nosotros, pudieran ver a la luz de los rayos infrarrojos, a la luz del calor. Para todos nosotros, aquel bosque vivo estaba lleno de luz.

Y el aire estaba lleno de aromas. De humanos que se acercaban. Aún no estaban cerca, pero se acercaban. Eran bastantes: ocho o nueve. Machos.

Lilith y Tino desenfundaron sus machetes y nos hicieron meternos aún más adentro en el bosque.

—No hagáis nada, a menos de que vengan a por nosotros —nos dijo Lilith—. Si vienen, corred; si os atrapan, matad.

Sonaba como Nikanj. Pero, en el caso de éste, las palabras habían parecido gemidos de dolor, mientras que en ella eran gritos de temor. Sentía pánico por nosotros: yo no podía recordar haberla visto jamás temer por ella misma. Años antes, oculto en lo alto de un árbol, la había visto luchar con tres machos resistentes que querían violarla. En cuanto se había dado cuenta de que no tenían ni idea de que yo estuviera allí, ya no había tenido miedo alguno, incluso había conseguido no hacerles demasiado daño. Y ellos habían escapado con el rabo entre las piernas, seguros de que era una construida.

Los resistentes que nos estaban cazando ahora no iban a escapar de nosotros, y tanto Lilith como Tino lo sabían. Se quedaron mirando mientras los resistentes descubrían el campamento, y trataban primero de hacer trizas las hamacas, luego de quemarlas. Pero la tela de Lo no ardía, y ningún humano normal podía ni cortarla ni rasgarla.

Robaron las mochilas de Lilith y de Tino, talaron los arbolillos a los que habíamos atado nuestras hamacas, pisotearon la comida que había a la vista y prendieron fuego a los árboles. Trataron de descubrirnos a la luz del fuego, pero les daba miedo tanto el adentrarse demasiado en la selva como el dispersarse mucho..., aunque también parecía no gustarles demasiado el amontonarse unos junto a otros. Quizá supiesen lo que les pasaría si nos encontraban. Tal vez les bastase con destruir nuestras cosas..., a pesar de sus armas de fuego.

No habían conseguido la mochila que Lilith me había preparado: mientras ella y Tino estaban reuniendo a los niños, yo había agarrado mi mochila y me había puesto a correr. Si había lucha, yo quería ayudar, no iba a escapar con mis compañeros de camada; pero también quería conservar lo que podía ser mi último retazo de Lo. Nadie iba a robármelo.

El fuego se extendió lentamente, y los resistentes tuvieron que abandonar nuestro campamento. Volvieron a meterse entre los árboles, en la misma dirección en que habían venido. Nosotros nos quedamos donde estábamos, sabiendo que el río se hallaba cerca. Si era preciso, correríamos hacia él.

Pero el fuego no se extendió mucho: chamuscó algunos árboles de los que estaban en pie y consumió los que habían sido cortados. Mis padres oankali regresaron, heridos y ya en proceso de curación, y llevando un fardo viviente.

El peligro parecía haber pasado. No olíamos nada más que el humo, no oíamos nada más que los chasquidos del moribundo fuego y otros sonidos naturales. Fuimos en busca de los tres oankali.

Cuando salimos al abierto, hacia la luz del fuego, yo iba al frente de mis padres humanos y de mis compañeros de camada. Esto era lo correcto, puesto que, como ooloi, era más probable, teóricamente, que yo sobreviviese a heridas de arma de fuego que ninguno de ellos. Y ahora iba a descubrir si esto era cierto.

Me alcanzaron tres veces. Los dos primeros disparos llegaron de direcciones ligeramente distintas, casi al mismo tiempo. Para mí fueron casi como un único golpe, y golpearon mi cuerpo con tremenda fuerza, haciéndome girar sobre mí mismo. Los dos primeros disparos me alcanzaron en el hombro izquierdo y en la parte baja del lado izquierdo de la espalda. El tercero me dio en el pecho, cuando giraba, y me derribó al suelo.

Rodé y volví a ponerme en pie, justo a tiempo para ver a mis padres oankali ir tras los resistentes. Estos dejaron de disparar al momento y se desperdigaron. Los pude escuchar: nueve machos huyendo en nueve direcciones distintas, sabiendo que tres oankali no podían agarrarlos a todos.

Nikanj y Dichaan atraparon cada uno a uno. Ahajas, que era más grande y, aparentemente, no estaba herida, cazó a dos. Todos los atrapados habían disparado con su rifle. Olían a la pólvora que usaban para dispararlos. Y también olían a aterrorizados. Estaban siendo retenidos por la gente a la que más temían. Y se debatían con desesperación. Uno de ellos lloraba y maldecía, y hedía mucho más que los otros. Era uno de los agarrados por Ahajas.

En silencio, Nikanj tomó a ése de manos de Ahajas y le pasó a ella el que había capturado él. El hombre que había sido entregado a Nikanj comenzó a aullar. Le brotaba sangre de la nariz, pese a que nadie le había golpeado el rostro.

Nikanj le tocó el cuello con un tentáculo sensorial y le inyectó calma.

El macho gritaba:

—No, no, no, no —pero el último «no» fue un débil gemido. Inspiró profundamente, se ahogó con su propia voz, tosió varias veces. Al cabo de poco estuvo tranquilo y quieto. El ooloi le dejó limpiarse la sangre de la nariz con la tela del hombro de su camisa. Le volvió a tocar el cuello, y el hombre sonrió. Nikanj lo llevó entonces hasta un gran árbol y le hizo sentarse, con la espalda apoyada contra el tronco.

—Quédate aquí —le dijo el oankali.

El macho le miró, sonrió y asintió con la cabeza. Incluso entre las saltarinas sombras del fuego se le veía pacífico y relajado.

—¡Corre! —le gritó uno de sus compañeros.

El hombre recostó la cabeza contra el tronco y cerró los ojos. No estaba inconsciente. Sólo era que se encontraba demasiado cómodo, demasiado relajado para preocuparse por nada.

Nikanj fue a cada prisionero y le administró calma y descanso. Cuando ya no hubo necesidad de que nadie siguiera reteniéndolos, vino a verme a mí.

También yo me había sentado, apoyado contra un árbol, feliz del respaldo que me ofrecía. Estaba sintiendo mucho dolor, pero ya había expulsado las dos balas que no me habían atravesado por completo y había detenido la hemorragia. Para cuando Nikanj vino a verme, yo estaba animando a mi cuerpo, lenta y cuidadosamente, a que se repararse a sí mismo. Nunca antes había sido herido tan gravemente, pero mi cuerpo parecía estar pudiendo copar con la situación. Ahora tenía la posibilidad de hacer crecer tejidos con rapidez, pero para cubrir una necesidad, en vez de para causar problemas.

—Bien —me dijo Nikanj—. Ahora no me necesitas.

Se apartó de mí.

—¿Alguien más está herido?

Nadie lo estaba, excepto la mujer humana que mis padres oankali habían rescatado. A mí me habría venido bien algo de ayuda con el dolor, pero Nikanj lo había percibido y lo había ignorado. Deseaba saber qué era lo que yo podía hacer por mí mismo.

Nikanj fue hasta la ensangrentada e inconsciente mujer humana y se tumbó a su lado.

A la mujer la habían golpeado en el rostro y, por su olor, dos machos habían tenido recientemente relaciones sexuales con ella. Yo estaba demasiado metido en mi propia curación como para captar nada más.

Aaor vino a sentarse a mi lado. No me tocó, pero me alegró que estuviera allí. Mis otros compañeros de camada y Dichaan hacían guardia, por si volvían los resistentes.

Ahajas habló con uno de los cautivos..., el que había estado tan aterrado.

—¿Por qué nos habéis atacado? —le preguntó, sentándose frente a él.

El macho la miró, pareció examinarla muy cuidadosamente con sus ojos. Finalmente tendió una mano y tocó uno de los tentáculos sensoriales de su brazo. Ahajas le dejó hacerlo. No había sido capaz de hacerla daño cuando lo había capturado, y ahora que estaba drogado incluso era improbable que lo intentase.

Al cabo de un rato soltó el tentáculo, como si le disgustase. Los humanos comparaban los brazos de los ooloi a los apéndices de unos animales extintos: las trompas de los elefantes. Y comparaban los tentáculos sensoriales a grandes gusanos o serpientes..., como las delgadas y venenosas serpientes-liana de la selva tal vez; a pesar de que los tentáculos

sensoriales podían ser mucho más peligrosos, más sensibles y más flexibles que los serpientes-liana, sin contar que no eran, en absoluto, independientes del cuerpo.

—Veníais a hacer una incursión de castigo contra nuestro pueblo —dijo el macho—. Uno de nuestros cazadores os vio y nos avisó.

—No os hubiésemos atacado —protestó Ahajas—. Jamás hemos hecho una cosa así.

—Sí. Nos avisaron. Una partida de oankali y semioankali venían a vengarse por lo del huerto.

—¿Destruisteis vosotros el huerto?

—Algunos de los nuestros fueron. Yo no. —Eso era cierto. La gente drogada del modo que lo estaba él no se molestaba en mentir. Ni se les ocurría—. Pensamos que vuestros animales no debían de tener verdadera comida humana.

—¿Animales…?

—¡Ésos! —Señaló con un gesto de la mano a Lilith y Tino.

Ahajas sabía a lo que se refería; pero, simplemente, había querido ver si lo decía. Miró con interés a Oni y Ayodele. Desde mi metamorfosis, eran los miembros con aspecto más humano de la familia. Niños nacidos de Lilith, la animal.

Aaor y yo nos alzamos al unísono y pasamos al otro lado del árbol contra el que habíamos estado recostados. A mí aún me dolían las heridas y tenía que vigilar muy de cerca mi carne mientras se iba curando, para asegurarme de que nada iba mal. Y podía ir mal, si seguía prestando atención al cautivo y a sus ofensivas estupideces.

8

Algún tiempo después, la mujer rescatada emitió un débil sonido sin palabras. Dejé a Aaor y fui al lugar donde yacía en el suelo, al lado de Nikanj. Permanecí en pie, mirándolos a ambos. La mujer estaba ahora totalmente inconsciente, y Nikanj se hallaba muy atareado curándola. Casi me tendí al otro lado, pero Lilith pronunció mi nombre y me contuve. Me quedé donde estaba, confuso, no sabiendo por qué estaba allí pero no deseando marcharme.

Algunos de los tentáculos corporales de Nikanj se alzaron hacia mí. Gradualmente, se fue separando de la mujer y enfocó en mí. Se sentó y extendió en mi dirección sus tentáculos sensoriales.

—Déjame ver lo que has hecho por ti mismo —me dijo.

Rodeé a la mujer, que aún estaba inconsciente, y dejé que Nikanj me examinase.

—Bien —dijo al cabo de un momento—. Sin fallos.

Estaba claramente sorprendido.

—Déjame tocarla —le pedí.

—Aún no he acabado con ella. —Nikanj aplastó los tentáculos contra su cuerpo—. Si quieres, hay trabajo para ti.

Quería. Era exactamente lo que quería. Y, sin embargo, sabía que no debería permitirme tocarla. Dudé, enfocando agudamente en Nikanj.

—Tendré que comprobar luego lo que hayas hecho —me dijo—. Descubrirás que eso es algo que no te gusta; pero, en bien de su salud, tendré que hacerlo. Ahora ve: ayúdala.

Me acosté junto a la mujer. No creo que pudiese haber rechazado la proposición de Nikanj. La atracción que ejercía sobre mí la mujer herida, sola y en ningún modo relacionada conmigo, me resultaba irresistible.

Yo era demasiado joven para darle placer. Eso me preocupaba, pero no había nada que pudiese hacer al respecto. Cuando tuviese algo con lo que trabajar, además de los tentáculos, podría dar placer. Claro que ahora, al menos, podía dar alivio al dolor.

La cara, cabeza, pechos y abdomen de la mujer estaban amoratados por los golpes, y le dolerían si la despertaba. No podía hallar otros daños. Nikanj no me había dejado nada grave. Comencé a trabajar en los moretones.

Mantuve a la hembra cerca de mí y le hundí tantos tentáculos de la *cabeza* y el cuerpo como me fue posible, pero no podía quitarme la idea de que, de algún modo, no estaba suficientemente cerca de ella, de que no estaba unido lo bastante profundamente a su sistema nervioso, de que algo fallaba.

Naturalmente, así era..., y seguiría siéndolo hasta mi segunda metamorfosis. Comprendía la sensación, pero no podía deshacerme de ella. Tenía que mostrarme especialmente cuidadoso en no abrazarla demasiado

fuerte, para no interferir con su respiración.

La belleza de su carne era mi recompensa. Un humano desconocido, tan complejo como cualquier otro humano, tan lleno de su Conflicto Humano..., peligroso, aterrador e intrigante..., como cualquier otro humano. Aquella mujer era como el fuego: deseable y peligrosa, bella y letal. Los humanos nunca comprendían por qué los oankali los hallaban tan interesantes.

No fui con prisas para terminar con la mujer. Nadie me urgía. Y fue todo un esfuerzo el apartarme para dejarle el sitio a Nikanj, que tenía que examinarla. No quería que la tocase, no quería compartirla con él. Nunca antes había sentido aquellas cosas.

Me quedé en pie, con los brazos cruzados, muy apretados, y con toda mi atención en los ahora silenciosos prisioneros machos. Creo que Nikanj trabajó deprisa para hacerme un favor. Al cabo de muy poco tiempo, se levantó y dijo:

—Creo que ella te ha inspirado a que te hicieras con el control de tus habilidades. Quédate con ella hasta que despierte. No me llames a menos que parezca probable que se vaya a hacer daño o a escapar.

—¿Colaboraba con ellos? —le pregunté, haciendo un gesto en dirección a los prisioneros.

—Los amigos de ésos la tenían cautiva. No creo que supiese lo que le iba a pasar. —Dudó—. Ellos ya saben que los gritos falsos no nos hacen acudir. Sus primeros alaridos sonaron a falsos, porque aún no estaba asustada; probablemente le dijeron que gritase. Luego, empezaron a pegarle.

La hembra gimió. Nikanj se dio la vuelta y fue a ayudar a Lilith y Tino, que habían empezado a sacar de entre las cenizas las no dañadas hamacas de Lo y otras piezas de vestimenta. El fuego aún no se había apagado, pero estaba en franca recesión, y no se extendía. No parecíamos estar en ningún peligro. Fui hasta donde estaban ellos y tomé una de las rescatadas camisas de Tino. Él las usaba más bien poco pero, ahora, ésta me serviría para ocultar por un tiempo mis nuevos tentáculos. Cuanto más familiar le resultase a la hembra, menos probable era que se dejase llevar por el pánico. Yo, ahora, tenía una tonalidad de piel grisácea amarronada, así que ella sabría que era un construido..., pero, al menos, no sería un construido tan sobresaltante.

Se despertó, se sentó bruscamente y miró a su alrededor, casi dominada por el pánico.

—Estás a salvo —le dije—. No estás herida, y nadie de aquí te hará daño.

Se echó hacia atrás, apartándose de mí; iba a echar a correr, alejándose, pero se quedó helada cuando vio a mis padres y a mis compañeros de camada.

—Estás a salvo —le repetí—. La gente que te hizo daño no está aquí.

Esto pareció atraer su atención. Después de todo, eran humanos los que la habían golpeado, no oankali. Miró a su alrededor con más

detenimiento, y dio un respingo cuando vio a los machos humanos sentados cerca.

—No pueden hacerte daño —le dije—. Aunque antes te lo hayan hecho, ya no pueden hacértelo ahora.

Me miró, estudiando mi boca mientras yo hablaba.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

No me contestó.

Suspiré y la contemplé un rato, sin decir nada. Me entendía, pero era como si, de repente, se le hubiese ocurrido el hacer ver que no me comprendía. Yo le había hablado en inglés, y sus reacciones me habían mostrado que sí me entendía.

Tenía el cabello muy negro, me recordaba el de Tino. Pero ella lo llevaba suelto y sin peinar, colgándole en greñas a ambos lados de su rostro estrecho, angular y moreno. Hacía muchos días que no tenía suficiente que comer, eso era algo que su cuerpo me decía con claridad. Pero, durante la mayor parte de su vida, la mujer había tenido una nutrición confortablemente adecuada. Su cuerpo era pequeño, rápido, más musculado que la mayoría de los cuerpos de hembra humana. No sólo había hecho trabajos duros, sino que probablemente se sentía a gusto haciéndolos. Le gustaba moverse con rapidez y comer con frecuencia. Ahora tenía hambre.

Fui hasta el árbol contra el que me había recostado mientras me estaba curando: había dejado allí mi mochila. La hallé y la traje hasta donde estaba la mujer, sentada sobre sus rodillas, contemplándome. Saqué de dentro y le di dos plátanos y un puñado de nueces sin cascara. Ella ni siquiera hizo ver que no los quería.

La contemplé comer, y me pregunté cómo sería estar en contacto con ella mientras comía. ¿Cómo notaba la comida, cómo le sabía?

—¿Por qué me estás mirando? —preguntó. Con un inglés rápido y entrecortado, como los disparos de armas de fuego.

—Me llamo Khodahs —le ofrecí—. ¿Y tú?

—Marina Rivas. Y quiero ir a Marte.

Aparté la vista de ella, sintiéndome repentinamente cansado. Una mujer pequeña y de huesos finos más a ser sacrificada a la testarudez humana. Habiéndola examinado, yo había comprobado que nunca había tenido hijos. Eso era bueno, porque sus estrechas caderas no eran adecuadas para la maternidad. Si se le devolvía la fertilidad y no se le cambiaba nada más, posiblemente muriese tratando de dar a luz a su primer hijo. Claro que podía ser rediseñada, cambiada. Yo no confiaría en mí mismo para hacer un trabajo tan importante, pero era algo que habría que hacerle.

—¿Ibas camino de Lo? —le pregunté.

—Sí. Las naves salen de allí, ¿no?

—Sí.

—¿Sois de allí?

—Sí.

—¿Puedo volver allí con vosotros?

—Nos ocuparemos de que llegues allí. ¿Te dio esa paliza tu gente porque querías ir a Marte? —Cosas así habían pasado antes: algunos resistentes mataban a sus «desertores», que era como llamaban a aquellos que deseaban emigrar.

—¿Es que ésos parecen ser mi gente? —exigió saber, indignada, la mujer—. Yo iba de camino a Lo, y cuando pasé por su poblado me robaron la canoa, me violaron, me llamaron estupideces y me hicieron quedarme en esa pocilga de poblado suyo. Los hombres me tenían encerrada en un corral, donde entraban para violarme, y las mujeres me escupían y me ponían tierra y mierda en la comida, irritadas porque sus hombres me jodían.

Había tanto odio e ira en su rostro y voz que di un paso atrás.

—Sé que los humanos hacen cosas así —le dije—. Comprendo los motivos biológicos por los que lo hacen, pero..., jamás lo he visto hacer.

—Mejor. ¿Para qué ibas a querer verlo? ¿Tienes algo más de comer?

Le di lo que tenía. Lo necesitaba.

—¿En dónde vivías antes de la guerra? —le pregunté. Era muy morena y de ojos sesgados, y su inglés tenía un acento que nunca antes había oído. Yo tenía compañeros de camada que se parecían un poco a ella: los hijos del primer compañero de después de la guerra de Lilith, que provenía de China. Había sido asesinado por gente parecida a los resistentes que me habían disparado a mí.

Aaor se acercó y se situó junto a mí, para así poder unirse conmigo. Sentía una gran curiosidad por la hembra. Ésta la miró con idéntica curiosidad, pero me habló a mí.

—Soy de Manila. —Su voz había vuelto a endurecerse, como si las palabras le hicieran daño—. Pero, ¿qué puede significar eso para ti?

—¿De las Filipinas? —le pregunté.

Pareció sorprendida.

—¿Qué es lo que sabes tú de mi país?

Pensé por un instante, recordando:

—Que estaba constituido por un gran número de islas, cálidas y verdes..., algunas de ellas parecidas a este lugar, pienso. —Hice un gesto abarcando la floresta—. Que podría haber alimentado sin problemas a todos sus habitantes, pero que no era así, porque algunos humanos se quedaban con más de lo que necesitaban. Que no tomó parte de la última guerra, pero que de todos modos murió...

—Todo murió —dijo la mujer amargamente—. Pero, ¿cómo sabes tanto? ¿Es que has conocido a otros filipinos?

—No, pero alguna gente de las Filipinas ha pasado por Lo. Mis compañeros de camada mayores me han hablado de ellos.

—¿Sabes sus nombres?

—No.

Suspiró.

—Quizá los vea en Marte. —Miró a Aaor—. ¿Quién es?

—Mi más próxima compañera de camada, Aaor.

Nos miró a ambos y agitó la cabeza.

—Casi podría quedarme en la Tierra —dijo—. Todo eso de los oankali, la idea de tener... niños diferentes..., ya no me parece tan malo como me pareció en otro tiempo.

—Deberías quedarte —le dije—. Posiblemente Marte no será verde en todo lo que te queda a ti de existencia. Nunca podrás salir de los refugios sin protección. Marte es frío y seco.

—Marte es humano. Ahora lo es.

No dije nada.

—Estoy cansada —dijo al poco rato—. ¿Le molestará a alguien si me duermo?

Limpié para ella algo de terreno y extendí uno de los trozos de tela de Lo.

—Vosotros dos sois niños, ¿no? —le preguntó a Aaor.

—Sí.

—Y bien..., algún día, ¿serás una mujer?

—No lo sé.

—No entiendo eso. Es algo que me da más mal cuerpo que la mayoría de cosas acerca de vuestro pueblo. Ven y échate aquí. Sé que a tu gente le gusta tocar a todo el mundo. Si lo deseas, puedes tocarme.

Creí que eso me incluía a mí, y coloqué dos trozos de tela de Lo borde con borde, para que así tuviéramos una superficie mayor en la que dormir.

—A ti no te he invitado —me dijo—. Te pareces demasiado a un hombre.

—No lo soy —le dije.

—No me importa. Lo pareces.

—Déjale dormir ahí —le dijo Aaor—. Con uno de nosotros a cada lado, los insectos no se te acercarán.

La mujer me miró.

—¿Es verdad? ¿Repeléis a los bichos?

—Nuestro aroma los repele.

Olisqueó, tratando de olemos. En realidad, inconscientemente, me olió a mí. Mi aroma era de ooloi: interesante, quizá atractivo para una persona sin cónyuges.

—De acuerdo —dijo—. Aún no he atrapado a un oankali o a un construido diciendo una mentira. Ven a dormir aquí. ¿De verdad no eres un macho?

—De verdad no soy un macho.

—Entonces, ven a mantener alejados a los bichos.

Mantuvimos alejados a los insectos y a ella caliente, y la investigamos a conciencia, aunque tuvimos buen cuidado de no tocarla en ningún modo que pudiera alarmarla. Pensé que las manos la incomodarían, así que sólo la toqué con mis tentáculos sensoriales más largos. Al principio esto la sobresaltó, pero en cuanto se dio cuenta de que no le hacía daño aceptó nuestra curiosidad. No supo que la ayudamos a quedarse dormida.

Y nunca sabré por qué, durante la noche, ella se movió de forma que perdió totalmente el contacto con Aaor y se apretó contra mí, de modo que pudiera llegar a ella con la mayoría de mis tentáculos de la cabeza y el cuerpo.

Descubrí que, durante la noche, había alterado un poco la estructura de su pelvis. No había pensado intentar una cosa así..., jamás se me hubiera ocurrido intentarlo. Y, sin embargo, ya estaba hecho. Ahora, la mujer podía tener hijos.

Me solté de ella y me senté, notando de inmediato la carencia de ya no sentirla. Era el alba, y mis padres ya estaban levantados. Nikanj y Ahajas estaban cocinando algo en una olla suspendida, hecha con varias capas de tela de Lo. Lilith estaba rebuscando entre las cenizas del fuego de la noche. A Tino y Dichaan no se les veía, pero podía oírles y olerles, estaban cerca. La pasada noche, una vez mi atención centrada en Marina Rivas, casi había dejado de sentir a los demás. No me había dado cuenta de lo totalmente que ella había absorbido mi atención.

Nikanj dejó el recipiente de tela y su carga de comida cocinándose: gachas de nueces. Los humanos no querrían comerlas hasta que las probasen. Entonces les parecería que no les dábamos bastantes, por muchas veces que les dejásemos repetir. Realmente, las gachas podían contener cualquier tipo de semillas silvestres que Lilith y Tino hubiesen podido hallar. Aunque lo más probable era que las nueces hubiesen sido sintetizadas por Nikanj y Ahajas a partir de la sustancia del cuerpo de Ahajas. Nosotros podíamos comer un montón de cosas que los humanos, o no podían, o preferían no comer. Y luego podíamos usar lo que habíamos comido para crear algo de mejor sabor para los humanos. Mis padres humanos se encogían de hombros y decían que esto no era diferente a lo que Lo hacía diariamente..., cosa que era absolutamente cierta. Pero, si lo sabían, los resistentes siempre se sentían repelidos. Así que no se lo decíamos, a menos que nos lo preguntasen directamente.

Nikanj se me acercó y me estudió detenidamente.

—Estás bien —me dijo—. Y lo estás haciendo muy bien. La mujer es buena para ti.

—Se va a Marte.

—Eso he oído.

—Me gustaría poder hacer que se quedase aquí.

—Es muy fuerte. Creo que sobrevivirá a Marte.

—La he cambiado un poco. No quería hacerlo, pero…

—Lo sé. Antes de que la dejemos voy a hacerle un examen muy, muy detenido; pero, por lo que he visto en ti, has hecho un buen trabajo en ella. Me gustaría que no fuese tan mayor…, si fuera más joven, te ayudaría a persuadirla de que se quedase.

Era tan mayor como mi madre humana. Podría vivir un siglo más, aquí en la Tierra, donde había mucho que comer, beber y respirar, donde había oankali para reparar el daño que se hiciese. Yo podría vivir cinco veces eso…, a menos que me atriase con alguien como Marina. Entonces viviría únicamente tanto tiempo como pudiera mantenerla con vida a ella.

—Si fuera más joven, yo mismo la persuadiría.

Nikanj enroscó un brazo sensorial alrededor de mi cuello, brevemente, y luego se fue para darles a los cautivos humanos su ración matutina de droga. Mejor hacerlo antes de que se despertasen.

Marina ya estaba despierta y mirándome.

—Ahí hay comida —le dije—. No tiene un aspecto muy apetitoso, pero tiene buen sabor.

Ella tendió una mano, yo la tomé y tiré de ella para ponerla en pie. Cuatro cuencos de Lo habían sido salvados del fuego. Tomamos dos, fuimos al río a lavarlos, nos lavamos nosotros también, y nadamos un poco. Ésta era mi primera experiencia con el respirar bajo el agua. Lo pasé a hacer de un modo tan sencillo y natural, me sentí tan a gusto, que casi ni me di cuenta de que estaba haciendo algo nuevo.

Oí la voz de Marina que me llamaba, y me di cuenta de que me había dejado arrastrar hasta una cierta distancia río abajo. Volví nadando hacia ella. No se había quitado la ropa: pantalones cortos que en otro tiempo habían sido más largos, y una camisa que era demasiado grande para ella.

Yo me había quitado la mía. Entonces me había mirado, y ahora me miró de nuevo: yo no tenía partes genitales visibles; de hecho, no tenía ningún tipo de órganos reproductores.

—No lo entiendo —me dijo cuando salí del agua—. No debe de importarte lo que yo vea, o no te habrías desnudado. No comprendo como puedes… no tener nada.

—Aún no soy un adulto.

—Pero…

Me volví a poner mis pantalones cortos y la camisa de Tino.

—¿Por qué llevas ropa?

—Por los humanos. ¿No te sientes más cómoda ahora?

Se echó a reír. Aún no la había escuchado reír. Era un grito de alegría, seco y agudo. Me dijo:

—¡Sí, me siento más cómoda! Pero, si lo deseas, quítate la ropa. ¿Qué diferencia hay en que la lleves o no?

Mis sobacos me picaban dolorosamente. Dado que no había otra cosa que hacer, la tomé de la mano, recogí los cuencos, y volvimos hacia el campamento y el desayuno.

Caminaba cerca de mí, y no trataba de apartarse de los tentáculos sensoriales.

—No creo que tengas que preocuparte de que puedas convertirte en una mujer —me dijo.

—No.

—Ya casi eres un hombre.

Me puse ante ella y me detuve. Ella se detuvo a su vez y se me quedó mirando, aguardando.

—No soy un macho, nunca lo seré. Soy un ooloi.

Casi saltó para apartarse de mí. Vi la intención del repentino movimiento, no acabado de completar, en sus músculos.

—¿Y cómo *puedes* serlo? —me preguntó—. Tienes dos brazos, no cuatro.

—Por el momento —le indiqué.

Miró mis brazos.

—¿Realmente..., realmente eres un ooloi?

—Sí.

Sacudió la cabeza.

—No me extraña que anoche soñara contigo.

—¿Cómo? ¿Y fue un buen sueño?

—Naturalmente, me gustó. Me gustabas. Y no debería de ser así; tienes un aspecto demasiado masculino, y anoche no debería de haberme atraído nada masculino..., no después de lo que me hicieron esos bastardos. Nada masculino debería de atraerme durante largo, largo tiempo.

—Estás curada.

—Sí. ¿Eso lo has hecho tú?

—En parte.

—En el curar hay más que sólo cerrar heridas.

—Estás curada.

Me miró por un tiempo, luego apartó la vista hacia los árboles.

—Debo estarlo —comentó.

—Más que curada.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Cómo?

—Cuando te devuelvan la fertilidad, serás capaz de tener hijos sin problemas. Eso es algo que antes no podrías haber hecho.

Su expresión cambió a una de dolor recordado.

—Mi madre murió cuando yo nací. La gente me dijo que deberían haberle hecho una cesárea. ¿Sabes lo que es eso?

—Sí.

—No se la hicieron. No sé por qué.

—Tendrás que ser cambiada un poco, genéticamente, para que tus hijas puedan dar a luz con seguridad.

—¿Puedes hacer tú eso?

—No tendré tiempo. Os escoltaremos hoy, a ti y a los hombres prisioneros, hasta Lo. Y, de todos modos, no soy lo bastante experto como para hacer eso.

—¿Quién puede hacerlo?

—Un ooloi adulto.

—¡No!

—Sí —le dije, tomándola en brazos—. Sí. No puedes condenar a tus hijas a morir del modo en que murió tu madre. ¿Por qué te asustan los ooloi adultos?

—No me asustan. Lo que me asusta es la respuesta que producen en mí. Me siento… como si ya no tuviera el control de mí misma. Me noto como drogada…, como si pudieran hacerme hacer cualquier cosa.

—No serías su prisionera. Y no tendrías que tratar con un ooloi no atriado: el ooloi que te cambiase no querría nada de ti.

—Preferiría que me lo hicieras tú…, o alguien como tú.

—Yo soy un ooloi construido. El primero. No hay nadie más como yo.

Me miró un rato más, luego tiró de mí para acercarme a ella e inspiró larga y cansinamente.

—Eres guapo, ¿sabes? Me recuerdas a un hombre que conocí en otro tiempo. —Suspiró de nuevo—. Maldita sea.

9

De vuelta a Lo.

Entregamos los prisioneros drogados a la gente de Lo. Harían que creciese para ellos una casa, usando la sustancia de Lo, y no se les dejaría salir de ella hasta que llegase a por ellos un transbordador. Entonces, serían enviados a la nave. Comprendían lo que les iba a pasar y, aún drogados, suplicaron que les perdonásemos, que los soltásemos. El que había llamado animales a Lilith y Tino comenzó a llorar. Nikanj lo drogó un poco más, y pareció olvidarse del motivo por el que había estado tan entristecido. Así sería su vida de ahora en adelante: una vez estuviera en la nave, un ooloi lo iría drogando de modo regular. Acabaría esperando con ansia ese momento..., y no le importaría qué otra cosa hicieran con él.

Llevé a Marina a la zona de invitados antes de que Nikanj estuviera libre para examinarla. No quería ver cómo lo hacía. Aunque tuve la impresión de que él estaba claramente poco dispuesto a tocarla. Ya debía de haber en ella demasiado de mi aroma, suficiente como para que ya no pareciese sola y sin relaciones.

Me besó antes de que la dejase. Creo que, para ella, eso era un experimento. Para mí fue un gozo: me permitió tocarla un poco más, hundir filamentos de mis tentáculos sensoriales en ella, a lo largo de todos nuestros cuerpos. Eso la gustó. No debería de haber sido así. Se suponía que yo era demasiado joven para dar placer. Pero el caso es que la gustó.

—Mandaré a alguien para que te cambie genéticamente —le dije al cabo de un tiempo—. No tengas miedo. Deja que tus hijas tengan la misma oportunidad que tú tienes.

—De acuerdo.

La mantuve abrazada un poco más, luego la dejé. Le pedí a Tehkorahs que la examinase e hiciese los cambios necesarios.

Éste se hallaba con Wray Ordway, su cónyuge macho humano, y Wray me sonrió y me lanzó una mirada de comprensión y diversión. Él había sido uno de los pocos en Lo que había hablado en mi favor cuando se había tomado la decisión del exilio. «Un niño es un niño», dijo, a través de Tehkorahs. «Cuanto más lo tratéis como un fenómeno de circo, más se comportará como tal.» Creo que la gente como él me facilitó las cosas. Ellos hicieron que el exilio en la Tierra le pareciese menos objetable a la gente realmente asustada, que deseaba que me encerrasen en la seguridad de la nave.

—Sabes que me ocuparé de la hembra —me dijo Tehkorahs—. Parecía tenerte mucho afecto.

Noté como los tentáculos de mi cabeza y cuerpo se aplastaban por el placer recordado.

—Mucho.

Wray se echó a reír.

—Te dije que sería sexualmente precoz..., exactamente igual que los

machos y hembras construidos.

Tehkorahs le pasó un brazo sensorial alrededor del cuello.

—No me sorprende. Cada comercio de genes trae cambios. Khodahs, déjame examinarte. La mujer no querrá verme durante un tiempo: has dejado demasiado de ti en ella.

Me acerqué, y él soltó a Wray y me examinó con rapidez, pero concienzudamente. Noté su sorpresa, aun antes de que me soltase.

—Ahora estás muy controlado —me dijo—, no encuentro nada malo en ti. Y, si tus recuerdos de la hembra son correctos…

—¡Naturalmente que lo son!

—Entonces, probablemente no halle nada malo en ella. Excepto el problema genético.

—Ella cooperará, cuando estés dispuesto a corregir eso.

—Bien. Te pareces a ella, ¿lo sabías?

—¿Cómo?

—Tu cuerpo ha estado tratando de complacerla. Ahora tienes un tono de piel más oliváceo…, menos gris. Y tu cara ha cambiado de un modo sutil.

—Pareces una versión masculina de esa mujer —intervino Wray—. Probablemente pensó que eras muy guapo.

—Lo dijo —admití, entre las carcajadas de Wray—. No sabía que estuviese cambiando.

—Los ooloi cambian un poco cuando se atrían —me explicó Tehkorahs—. Nuestros aromas cambian. Nos adaptamos al grupo familiar de nuestros cónyuges. Puede que tú te adaptes mejor que la mayoría de nosotros…, del mismo modo que tus descendientes también se adaptarán mejor, cuando encuentren una nueva especie para el intercambio de genes.

Si es que alguna vez tenía descendientes.

Al día siguiente, la familia recogió nuevos suministros y abandonó Lo por segunda vez. Yo había dormido una noche más en la casa familiar. Dormí con Aaor, tal como acostumbraba a hacerlo antes de mi metamorfosis. Creo que la hice sentirse tan solitaria como yo mismo me sentía, ahora que Marina se había ido. Y esa noche provoqué en Aaor, en Lo y en mí mismo, grandes pústulas malolientes.

II

EXILIO

1

No nos detuvimos en la isla en la que habíamos planeado vivir. Estaba demasiado cerca de Pascual. El vivir allí nos convertiría en blanco de más temores y frustraciones humanas. Seguimos el río hacia el oeste, luego hacia el sur, viajando cuando nos apetecía, descansando cuando estábamos cansados..., errando, en realidad. Yo estaba inquieto, y el andar sin rumbo fijo me iba bien. Los otros simplemente no parecían estar contentos con ningún lugar de acampada de los que hallábamos. Yo sospechaba que no volverían a estar a gusto hasta que regresasen a Lo para quedarse.

Rodeamos con mucho cuidado las aglomeraciones humanas. Los humanos que nos vieron, se nos quedaron mirando desde la distancia o nos siguieron hasta que hubimos salido de su territorio. Pero ninguno se acercó a nosotros.

A doce días de distancia de Lo, aún seguíamos vagando. El río era largo y con muchos tributarios, muchas curvas y giros. Era bueno caminar a lo largo del sombreado suelo del bosque, siguiendo el sonido y el aroma del río, sin pensar en nada más. Al tercer día me habían salido membranas entre los dedos de las manos y los pies, y no me molesté en corregirlo: estaba mojado durante casi tanto tiempo como estaba seco. Me cayó el cabello y se me desarrollaron unos pocos tentáculos sensoriales más. Dejé de usar ropas, y mi color cambió a grisverdoso.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —me preguntó mi madre humana—. ¿Le dejas a tu cuerpo hacer lo que le plazca?

Su voz y su gesto indicaban una clara desaprobación.

—Mientras no desarrolle una enfermedad... —le contesté.

Ella frunció el entrecejo.

—Desearía que te vieses a través de mis ojos: la deformidad es tan mala como la enfermedad.

Me alejé de ella. Jamás me había reñido así antes.

A quince días de distancia de Lo, alguien nos disparó flechas. Sólo fue alcanzada Lilith. Nikanj atrapó al arquero, lo drogó, dejándolo inconsciente, destruyó todas sus armas, y cambió el color de su cabello: éste había sido marrón oscuro, pero desde ahora sería incoloro y parecería absolutamente blanco. Finalmente, Nikanj animó a su rostro a formar las arrugas permanentes que el comportamiento y la herencia biológica de aquel macho habían dictado para su vejez. Tendría un aspecto de anciano; no sería más débil ni estaría disminuido por la senilidad, pero el aspecto era algo muy importante para los humanos. Cuando aquel hombre se despertase, en algún momento del siguiente día, sus ojos y sus dedos le dirían que había pagado un terrible precio por atacarnos. Y, lo que aún era más importante, su gente lo vería. Entenderían de un modo erróneo lo sucedido, y eso los asustaría lo bastante como para que nos dejasen en paz.

Lilith no tuvo problemas especiales con la herida de la flecha: le había dañado uno de sus riñónes y le causaba un dolor considerable, pero no ponía en peligro su vida. Su cuerpo mejorado se hubiera curado con rapidez aunque no hubiese contado con la ayuda de Nikanj, visto que la flecha no

estaba envenenada. Pero Nikanj no dejó que se curase sola: se recostó junto a ella y la curó del todo antes de volver con el arquero para blanquearle el cabello y arrugarle el rostro. Los cónyuges se cuidaban los unos a los otros.

Los contemplé, preguntándome de quién me ocuparía yo..., y quién se ocuparía de mí.

A veintidós días de distancia de Lo, el curso del río giró hacia el sur, y nosotros giramos con él. Dichaan se apartó del sendero y nos dejó por un tiempo, regresando con un macho humano que se había roto una pierna. El miembro tenía un aspecto grotesco: hinchado, descolorido y cubierto de ampollas. El olor que desprendía hizo que Nikanj y yo nos mirásemos el uno al otro.

Acampamos, y preparamos un jergón para el humano herido. Nikanj me habló antes de ir a su lado.

—Deshazte de esas membranas. Trata de parecerte menos a una rana, o lo asustarás.

—¿Vas a dejarme curarlo?

—Sí. Y te llevará un tiempo el hacerlo bien. Tu primera regeneración... Ve a comer algo, mientras yo alivio su dolor.

—Déjame hacer eso —le dije. Pero ya se había dado la vuelta y dirigido hacia el humano. La pierna del hombre era peor que inútil: estaba envenenando su cuerpo. Y algunas porciones de la misma ya estaban muertas. Sin embargo, la idea de quitársela me alteraba.

Ahajas y Aaor me trajeron comida antes de que pudiera ir a buscarla, y Aaor se sentó junto a mí mientras yo comía.

—¿Por qué tienes miedo? —me preguntó.

—No es que tenga miedo exactamente..., pero, quitarle la pierna...

—Sí. Eso te dará oportunidad de hacer crecer otras cosas, además de membranas y tentáculos sensoriales.

—No quiero hacerlo. Es viejo, como Marina. ¡Y no sabes lo mal que me supo tener que dejarla marchar!

—¿No lo sé?

Enfoqué en Aaor.

—No pensaba que lo supieses. No me dijiste nada.

—No querías que te lo dijese. Ahora deberías comer.

Cuando vio que no lo hacía, se acercó más y se apoyó en mí, uniéndose cómodamente a mi sistema nervioso.

Hacía tiempo que no había hecho esto. Ya no sentía miedo de mí. Y no era exactamente que me hubiese abandonado: me había permitido aislarme..., dado que eso era lo que yo parecía desear. Me hizo saber esto mediante simples impresiones neurosensoriales.

—Me sentía solitario —protesté en voz alta.

—Lo sé. Pero no era a mí a quien echabas a faltar. —Hablaba con una

alegría y una seguridad que me confundió.

—Estás cambiando —le dije.

—Aún no. Pero creo que será pronto.

—¿La metamorfosis? Nos perderemos el uno al otro cuando cambies.

—Lo sé. Comparte el humano conmigo. Eso nos dará a ambos más tiempo de estar juntos.

—De acuerdo.

Entonces tuve que ir al humano. Tenía que curarlo solo. Después de eso, Aaor y yo podríamos compartirlo.

La gente recordaba a sus compañeros de camada ooloi. Yo había oído a Ahajas y Dichaan hablar del suyo. Pero no lo habían visto desde hacía décadas. Un ooloi pertenecía al grupo familiar de sus cónyuges. Perdía a sus compañeros de camada.

Cuando me acosté a su lado, el hombre había perdido ya el conocimiento. En el mismo momento en que lo toqué supe que debía de haberse roto la pierna en una caída..., posiblemente desde un árbol. Tenía heridas de pinchazos y moretones muy grandes en el lado izquierdo de su cuerpo. Tal cual había supuesto, la pierna izquierda estaba totalmente perdida, gangrenada y venenosa. La separé del resto de su cuerpo, por encima de los tejidos dañados. Primero detuve la circulación de los fluidos corporales y de los venenos, desde y hacia la pierna. Luego animé al crecimiento de una barrera de piel en la cadera. Finalmente ayudé al cuerpo a deshacerse del putrefacto miembro.

Cuando la pierna cayó, aparté la suficiente atención del macho como para pedirle a la familia que se deshiciese de ella. No deseaba que el hombre la viese.

Luego me dediqué a curar las muchas y pequeñas heridas y a neutralizar los venenos que ya habían empezado a destruir la salud de su cuerpo. Pasé la mayor parte de aquella tarde curándole. Finalmente volví a enfocar de nuevo en su pierna y comencé a reprogramar algunas células. Tenía que despertar genes que no habían estado activos desde mucho antes de que el hombre naciese, y ponerlos a trabajar para decirle al cuerpo cómo hacer crecer una pierna. Una pierna, no un cáncer. La regeneración llevaría muchos días, y debería ser vigilada de cerca. Podíamos acampar allí y mantener al hombre con nosotros hasta que la regeneración se hubiera completado.

Ya hacía un rato que había oscurecido cuando, finalmente, me desconecté del macho. Mis padres humanos y mis compañeros de camada estaban durmiendo cerca. Ahajas y Dichaan se hallaban sentados uno al lado del otro, guardando el campamento y conversando vocalmente, pero en un tono tan bajo que ni siquiera yo podía oír todo lo que decían. Un intruso humano no hubiese escuchado nada en absoluto. El sentido auditivo de los oankali y los construidos era tan agudo, que algunos resistentes llegaban a creerse que podíamos leer sus pensamientos. Yo deseaba haberlo podido hacer, para así poder tener alguna idea de cómo reaccionaría, al verme, el macho al que había curado. Tendría que pasar con él casi tanto tiempo como

el que pasaban los cónyuges recién atriados. Y eso sería muy duro si me odiaba o me temía.

—¿Te gusta, Oeka? —me preguntó con voz suave Nikanj.

Yo sabía que se hallaba tras de mí, sentado, esperando para comprobar mi trabajo. Ahora vino a mi lado y colocó un brazo sensorial alrededor de mi cuello. Yo aún disfrutaba con sus abrazos, pero esta vez me quedé rígido porque pensé que, a continuación, tocaría al hombre.

—Descastado y posesivo niño ooloi —me dijo, apretándome contra él, pese a mi envaramiento—. Debo examinarlo, al menos esta vez, pero si me explicas lo que has hecho, y lo que veo en él concuerda, no volveré a tocarlo ya hasta que llegue el momento en que deba irse..., a menos que algo vaya mal.

—¡Nada irá mal!

—Bien. Enséñamelo todo.

Le obedecí, embrollándome de vez en cuando, porque conocía mejor el funcionamiento del cuerpo del humano que el vocabulario, silencioso o vocal, que había que emplear para hablar del mismo. Pero, con las ilusiones neurosensoriales, podía mostrarle qué era, exactamente, lo que le quería decir.

—No hay palabras para algunas cosas —me explicó Nikanj cuando hube terminado—. Tú y tus hijos las crearéis, si las necesitáis. Nosotros nunca tuvimos necesidad de ellas.

—¿Lo he hecho bien con él?

—Lárgate. Ahora lo averiguaré con toda seguridad.

Fui a sentarme con Ahajas y Dichaan, que me dieron parte de los higos silvestres y las nueces que habían estado comiendo. La comida no lograba sacarme de la cabeza la idea de Nikanj tocando al humano, pero de todos modos comí, y escuché cómo Ahajas me contaba lo duro que le había resultado a Nikanj cuando su ooan, Kahguyaht, había tenido que examinar a Lilith.

—Kahguyaht dijo una vez que la posesividad durante el estadio de subadulto es un puente que ayuda a los ooloi a entender a los humanos —me dijo Ahajas—. Es como si las emociones humanas estuvieran permanentemente encerradas en la subadultez ooloi. Los humanos son posesivos hacia sus cónyuges, sus cónyuges potenciales y hacia la propiedad, porque todo eso puede serles arrebatado.

—Puede serle arrebatado a cualquiera —dije—. Los seres vivos pueden morir. Las cosas no vivientes pueden ser destruidas.

—Pero los cónyuges humanos pueden separarse uno de otro —dijo Dichaan—. Nunca pierden la habilidad de hacer eso. Pueden dejarse el uno al otro, de modo permanente, y hallar nuevos compañeros. Los humanos pueden tomar los cónyuges de otros humanos. No hay un nexo físico. Ni seguridad. Y, dado que los humanos son jerárquicos, tienden a competir entre ellos por los cónyuges y por la propiedad.

—Pero eso es algo que está en ellos a causa de su propia genética —protesté—. No lo está en mí.

—No —me aceptó Ahajas—, pero, Oeka…, no serás capaz de unirte con un macho, sea humano, construido u oankali, hasta que seas adulto. Puedes sentir necesidades y afectos. Sé que, en este estadio, tus sentimientos son más fuertes de los que tendría un oankali. Pero, hasta que hayas madurado, no podrás formar un nexo auténtico. Otros ooloi pueden, mientras tanto, seducir a potenciales cónyuges tuyos y arrebatártelos…, es por eso por lo que todos los ooloi te resultan sospechosos.

Eso sonaba bien…, o, mejor dicho, sonaba a verdad. No me hacía sentir mejor, pero me ayudaba a entender por qué yo sentía deseos de apartar a Nikanj, de un empujón, de al lado del macho y montar guardia allí, para asegurarme de que no volvía a acercarse más.

Al cabo de un rato se me acercó Nikanj y, cuando me tocó, olía al macho y sabía a él. Resentido, tuve un movimiento de rechazo.

—Has hecho un buen trabajo —me dijo—. ¿Cómo puedes hacer tan buen trabajo con los humanos, y tan malo con Aaor y contigo mismo?

—No lo sé —le contesté, desalentado—. Pero, de algún modo, los humanos me estabilizan. Quizá sea porque tanto Marina como este macho estaban solos…, sin cónyuge.

—Vete a descansar a su lado. Si quieres dormir, duerme unido a él, para que no se despierte hasta que tú lo hagas.

Me alcé para ir.

—Oeka.

Enfoqué en Nikanj, sin volverme.

—Tino le ha hecho unas muletas, para que las use durante los próximos días. Están a sus pies.

—De acuerdo. —Yo nunca había visto una muleta, pero había oído hablar de ellas a los humanos de Lo.

—Junto a las muletas hay ropa. Lilith dice que deberías ponerte algo, y darle el resto a él.

Ahora sí me volví para mirarle.

—Ponte la ropa, Khodahs. Es un macho resistente. Ya le va a costar bastante el aceptarte.

Naturalmente, tenía razón. Yo ni siquiera estaba muy seguro del motivo por el que había dejado de usar ropas…, excepto, quizá, porque no tenía a nadie por quien usarlas. Me vestí y me eché al lado del macho.

2

El macho y yo nos despertarnos al mismo tiempo. Me vio, y de inmediato trató de apartarse de mí. Lo agarré y le hablé con suavidad.

—Estás *a* salvo —le dije—. Aquí nadie te hará daño. Te estamos ayudando.

Frunció el ceño y contempló mi boca. No pude leer comprensión en su expresión, pese a que la suavidad de mi voz parecía tranquilizarlo.

—*¿Español?* —le pregunté.

—*¿Portugués?* —me interrogó, esperanzado.

Alivio.

—*Sim. Falo portugués.*

Suspiró, aliviado a su vez.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me pasó?

Me senté, pero, poniéndole una mano en el hombro, lo animé a seguir tendido.

—Te encontramos malherido, solo en la selva. Creemos que debiste caerte de un árbol.

—Recuerdo..., mi pierna. Traté de llegar a casa.

—Podrás volver a casa dentro de unos pocos días. Ahora aún estás curándote. —Hice una pausa—. Te hiciste mucho daño, pero podemos curarte totalmente.

—¿Quién eres?

—Khodahs lyapo Lilitheal Kaalnikanjlo. Yo soy quien tiene que ocuparse de que puedas caminar de vuelta a casa sobre dos buenas piernas.

—Me rompí la pierna..., ¿me quedará deformada?

—No. Te quedará recta y nueva. ¿Cómo te llamas?

—Perdóname por no habértelo dicho antes. Soy João. João Villas da Silva.

—João, tu pierna estaba demasiado dañada para que pudiéramos salvarla. Pero tu nueva pierna ya ha comenzado a crecer.

Tanteó, presa de repentino terror, buscando la pierna que le faltaba. Me miró. De repente, trató de escapar de nuevo, a gatas.

Lo agarré por los brazos y lo mantuve quieto, inmovilizándolo hasta que dejó de debatirse.

—Estás bien y tienes salud —le dije con voz tranquila—. En unos pocos días tendrás una pierna nueva. Ahora, no te hagas más daño. Estás bien.

Miró mi cara, agitó la cabeza y me volvió a mirar.

—Es cierto —le dije—. Unos días de ir con muletas, luego una nueva pierna entera. Míratela.

Miró, girándose para que yo no se la pudiera ver..., como si su cuerpo aún tuviese algún secreto para mí.

—No parece una pierna nueva —me dijo.

—Sólo tiene unas horas de edad. Dale tiempo a que crezca.

Se sentó en donde estaba y miró en derredor, al resto de la familia.

—¿Quiénes sois todos vosotros? ¿Qué hacéis aquí?

—Somos viajeros. Una familia de Lo, que viaja hacia el sur.

—Mi casa está al oeste, en las colinas.

—No nos iremos hasta que puedas volver allí.

—Gracias. —Me miró un rato más—. No quiero ofenderte, pero..., he conocido a muy pocos de los de tu pueblo..., humanos y no humanos.

—Soy un construido.

—Sí, pero no sé..., ¿eres un hombre o una mujer?

—Aún no soy adulto.

—¿No? Pues pareces un adulto. Pareces una mujer joven..., quizá demasiado delgada, pero muy guapa.

Esta vez no me sorprendió. Mi cuerpo lo deseaba. Y mi cuerpo deseaba complacerle. Pero, ¿qué me pasaría cuando tuviese dos o más compañeros? ¿Sería como el cielo, cambiando constantemente: nublado, claro, nublado, claro? ¿Tendría que resultarle odioso a uno de mis cónyuges para agradarle al otro? Nikanj tenía siempre el mismo aspecto y, sin embargo, todos y cada uno de mis otros padres lo tenían por un verdadero tesoro. ¿Qué les parecería a los otros mi aspecto, cuando tuviese cuatro brazos en lugar de dos?

—Ningún macho o hembra podría regenerar tu pierna —le dije a João—. Yo sí: soy un ooloi.

Fue como si el aire que había entre nosotros se convirtiese en una pared de cristal..., transparente pero impenetrable. Ya no podía atravesarla para llegar a él. Había buscado refugio tras ella y, aunque le tocase, ya no lo alcanzaría.

—No tienes nada que temer de nosotros —le dije, queriendo explicarle, en realidad, que no tenía nada que temer de mí—. Y, aunque no soy un adulto, puedo completar tu regeneración.

—Gracias —dijo, desde detrás de su nuevo y gélido escudo—. Os estoy muy agradecido.

No lo estaba. No me creía.

Los tentáculos de mi cabeza y cuerpo se enredaron en duros y apretados nudos, y me aparté de João. Me hubiera resultado más fácil si me hubiera rehuido de un salto, tal cual casi había hecho Marina. Era más fácil enfrentarse al miedo que a este... frío rechazo..., a esta repulsión.

—¿Por qué me odias? —susurré—. Podrías haber muerto, si un ooloi no te hubiese salvado la vida. ¿Por qué me odias tanto, si he salvado tu vida?

El rostro de João sufrió varios cambios: sorpresa, remordimiento, vergüenza, ira, odio y repulsión renovados.

—Yo no te pedí que me salvaras.

—¿Por qué me odias?

—Sé lo que hacéis... los de tu especie: ¡abusáis de los hombres, como si fueran mujeres!

—¡No! Nosotros...

—¡Sí! ¡Tu especie y vuestras putas humanas sois la causa de todos nuestros problemas! ¡Tratáis a la Humanidad entera como si fuera vuestra concubina!

—¿Es así como te he tratado a ti?

Se tornó hosco.

—No sé lo que me has hecho.

—Tu cuerpo te dice lo que te he hecho. —Me quedé un rato sentado, y le miré con mis ojos. Cuando él apartó la vista, le dije—: Ese macho que está allá es mi padre humano. La hembra es mi madre humana. Yo salí de dentro de su cuerpo. Y no te he curado para que pudieras insultar a esa gente.

Se limitó a mirarme; pero ahora había una duda en él. Lilith estaba echando algo en la olla de tela de Lo, que había colgado de dos árboles. Aún no había prendido un fuego debajo. Tino estaba algo más allá, cortando ramas de palmera. Construiríamos un refugio con arbolillos, tela de Lo y ramas de palmera, y colgaríamos dentro nuestras hamacas. Hacía bastante que no hacíamos esto.

Mis padres humanos debían de haberse parecido mucho a la gente del poblado de João. Cuando algún resistente solitario se quedaba a vivir entre nosotros, habitualmente acababa identificándose con los humanos atriados que había a su alrededor, y eligiendo un «protector» oankali o construido. Se convertía en cónyuge temporal o en compañero de camada, temporalmente adoptado. Así, Marina había elegido una especie de estatus temporal de cónyuge, quedándose conmigo y apenas si hablado con nadie, a excepción de Aaor. Eso mismo era lo que yo quería de João. Pero aún tendría que animarlo más, y al mismo tiempo convencerle de que su masculinidad no estaba amenazada. Había oído que, a menudo, los hombres sentían eso respecto a los ooloi. Tendría que hablar con Tino; él me ayudaría a comprender ese miedo de João y a hacérselo superar. Estaba claro que con la razón no habría bastante.

—Nadie va a vigilarte —le dije a João—; no eres un prisionero. Pero tengo que mantener tu pierna en observación. Si te vas antes de que la regeneración esté completada, antes de que me asegure de que se ha detenido el proceso de crecimiento, podrías acabar teniendo un tumor monstruoso. Que terminaría matándote. Y, si alguien te lo extirpase, volvería a crecer.

No deseaba creerme, pero lo había asustado. Era lo que deseaba. Y todo lo que le había dicho era cierto.

Me alcé y señalé:

—Ahí están tus muletas. Y mi madre humana te ha dejado ropa limpia. —Hice una pausa—. Si necesitas algo, cualquiera de los que están aquí te facilitará todo tipo de ayuda..., si no lo insultas.

Deseaba tenderle la mano, pero su lenguaje corporal me decía que él no haría como Marina, que no la aceptaría. Se quedó sentado donde estaba, contemplando el lugar que había ocupado su pierna. No hizo esfuerzo alguno por levantarse.

Le traje un cuenco con fruta y gachas de nueces y se limitó a seguir sentado, mirándolo. Yo me senté junto a él y comí mi parte, pero él casi ni se movió. No, se movió en una ocasión: cuando lo toqué, tuvo un escalofrío y se volvió para mirarme. No había más que odio en su expresión.

Me fui al río, a bañarme. Aaor estaba con João cuando regresé al campamento. No estaban hablando, pero la rigidez había desaparecido de la espalda de João. Quizá, simplemente, fuera que estaba cansado.

Vi a Aaor empujar el cuenco de gachas hacia él. Lo tomó y comió. Y, cuando Aaor le tocó, no mostró ningún estremecimiento.

3

João eligió a Aaor. Aceptaba su ayuda, le hablaba, y le acariciaba sus pequeños senos, cuando vio que esto ni la molestaba a ella ni a ninguno de los otros. Esos pechos no eran verdaderas glándulas mamarias. Probablemente Aaor los perdería cuando se metamorfosease. Era lo que les ocurría a la mayoría de los construidos, incluso cuando su transformación era a hembras. Pero a João le encantaban. Y a Aaor, simplemente, le gustaba el contacto.

Por la noche, João me soportaba. Creo que su mayor vergüenza era el que su cuerpo no me hallase tan repelente como su mente deseaba creer que era. Esto le asustaba casi tanto como le avergonzaba. Quizá le decía lo que yo ya había descubierto..., que, dado el tiempo necesario, él podría llegar a aceptarme, a disfrutar mucho de mí. Creo que me odiaba más por esto que por todo lo demás.

En veintiún días, la pierna de João ya hubo crecido. Yo le había hecho comer enormes cantidades de alimentos..., había estimulado su apetito de modo que no pudiera ponerse testarudo y rehusar la comida. Asimismo, le había animado químicamente a ser sedentario. Necesitaba de todas sus energías para hacer crecer su pierna.

Por mi parte, a mí me habían salido pechos, y había ido desarrollando una apariencia aún mucho más claramente femenina. Yo no dirigía mi cuerpo ni trataba de controlarlo. Claro que éste ya no desarrollaba ni enfermedades ni crecimientos ni cambios anormales. Parecía estar totalmente enfocado en João, que me ignoraba durante el día, pero me acariciaba por la noche, e investigaba mi cuerpo antes de que yo le hiciera dormirse.

Lo mantuve conmigo durante tres días extra, para ayudarle a recuperar sus fuerzas y para estar absolutamente seguro de que la pierna había dejado de crecer y trabajaba tan bien como la vieja. Era suave, de piel lisa y muy pálida. La suela del pie era tan tierna, que doblé unos trozos de tela de Lo y los pegué para hacerle unas sandalias.

—No he usado nada en los pies desde mucho antes de que tú nacieras —me dijo.

—Usa esto hasta que llegues a tu casa, o te harás mucho daño en los pies.

—¿Realmente vais a dejarme ir?

—Mañana. —Era nuestra vigesimoquinta noche juntos. Aún pretendía ignorarme durante el día; pero, aparentemente, se había convertido en demasiado difícil para él mantener su odio contra mí por las noches. Además, aceptaba lo que hacía por él, y no me insultaba. Ya no insultaba a nadie. En una ocasión lo encontré hablándoles a Aaor, Lilith y Tino acerca de Sao Paulo, que era donde había nacido. Sólo tenía diecinueve años cuando había estallado la guerra, y era estudiante. De haber ido todo bien se habría convertido en médico, como su padre.

—Al principio, la gente agitaba la cabeza cuando hablaba de la guerra —les explicó—. Decían que matarían a todo el Norte: a Europa, Asia,

América del Norte. Decían que los del Norte habían perdido la cabeza. Nadie se daba cuenta de que, a consecuencia de la guerra, también nosotros íbamos a sufrir enfermedades, hambre, cegueras...

Descubrió que yo le estaba escuchando. No le había importado, pero a mí no me hubiera contado, por su propia voluntad, nada de su pasado. Contestaba a mis preguntas, pero no me hablaba de motu propio.

El nombre de su poblado de resistentes era Sao Paulo, en recuerdo a su ciudad natal, que en otros tiempos se había alzado muy al este. Cuando lo encontramos, justo acababa de viajar hasta el lugar en que estaba la ciudad... Antes de la guerra y de la llegada de los oankali, Sao Paulo había sido una ciudad de muchos millones de habitantes, un auténtico laberinto de edificios, grandes y pequeños. Pero lo que no había destruido la guerra y sus consecuencias había sido devorado por los transbordadores de los oankali. Estas naves podían comer cualquier cosa sobre la que se posasen. Sí, quedaban algunas ruinas, pero la selva cubría ahora la mayor parte de lo que en otro tiempo fuera Sao Paulo.

João también había hablado de su pasado con Ahajas y Dichaan. Al menos, evitaba a Nikanj. Yo podía aceptar cualquier cosa que hiciera, mientras evitase a Nikanj.

—Mañana —repitió ahora, tendido junto a mí. Se movió, avisándome, luego se sentó. Yo le había dicho que siempre se moviese un poquito para avisarme de que pensaba cambiar de posición o levantarse..., por si yo tenía algunos tentáculos sensoriales unidos a él. Había ignorado esto en una ocasión. El dolor resultante le había hecho lanzar un alarido y acurrucarse en un apretado nudo fetal, quedándose así durante un rato, sudando y jadeando. Yo me había hecho tanto daño a mí mismo como se lo había hecho a él, pero conseguí no reaccionar tan aparatosamente. Nunca le dije nada al respecto, pero después de aquello siempre hacía un pequeño movimiento de advertencia.

Me miró desde arriba.

—No te creo.

—Tu pierna está completa y sana. Es tierna y deberás protegerla, pero está completa. ¿Por qué no te ibas a ir?

Su boca no me dijo nada. Su rostro me dijo que no estaba seguro de querer irse. Ni siquiera estaba seguro de si le gustaba que yo le dijese que podía irse. Pero su orgullo lo mantenía en silencio.

—¡De acuerdo! —dijo al fin—. Mañana me voy. Mañana por la mañana.

Lo atraje hacia nuestro jergón y le besé el rostro, luego la boca.

—No me alegrará el que te vayas —le dije—. Si fueras más joven...

Froté su nuca. Mis sobacos ya no me picaban..., ahora me dolían.

—No sabía que mi edad fuera importante —dijo. Suspiró—. No debería importarme. Debería estarte agradecido. Pero no he cambiado mi opinión... sobre los ooloi.

—Creo que sí.

—No, sólo he cambiado mis sentimientos hacia ti. Y eso que, antes, ni tal cosa hubiera creído posible.

—Antes de irte, ve a ver a Nikanj. Haz que te revise, para estar seguros de que no me he dejado nada.

—¡No!

—Sólo te tocará un instante. Sólo un instante. Luego ven a mí..., para decirme adiós.

—No. No puedo dejar que esa cosa me toque. Prefiero confiar en ti.

—Es uno de mis padres.

—Lo sé. No quiero ofenderte, pero no puedo hacer eso.

—No permitiré que te vayas para que luego mueras por algún error mío que podría haber sido corregido. *Dejarás* que te toque.

Silencio.

—Hazlo por mí, João. No me dejes en la duda de si te he mandado a la muerte.

Suspiró. Al cabo de un momento, asintió con la cabeza.

Le hice quedarse dormido. Él no se daba cuenta, pero yo era responsable de aquella situación al haber reforzado su aversión hacia Nikanj. Ningún macho o hembra que pasase tanto tiempo con un ooloi, como él lo había pasado conmigo, podía sentirse cómodo tocando a otro ooloi. João no estaba unido a mí, pero se hallaba químicamente orientado hacia mí y alejado de los demás. Un ooloi adulto podría seducirlo y arrebatármelo, si él realmente me detestara y estuviera interesado en hallar otro ooloi. Pero, de otro modo, se quedaría conmigo. Lilith había empezado así con Nikanj.

A la mañana siguiente le llevé João a Nikanj. Tal cual le había prometido, Nikanj lo tocó muy brevemente, y luego lo dejó ir.

—No has cometido ningún error en él —me dijo—. Me gustaría que pudiese quedarse, para que impidiera que te vuelvas a convertir en una rana.

Agradecí que me hablase en inglés y que João no lo entendiera.

Le di a João comida, una hamaca y mi machete. Cuando se había caído, había perdido el equipo que llevaba consigo.

—Hay oankali de más edad que se atriarían contigo —le dije—. Te podrían dar placer. Podrías tener hijos.

—¿Cuál de ellos se parecería a alguien con quien acostumbraba a soñar cuando era joven? —me preguntó.

—João, realmente no tengo este aspecto. Sabes que no. No lo tenía el día que nos conocimos.

—Tienes este aspecto para mí —me dijo—. Dime quién otro haría eso por mí...

Negué con la cabeza.

—Nadie.

—¿Lo ves?

—Entonces, vete a Marte. Encuentra a alguien que realmente tenga este aspecto. Ten hijos humanos.

—He pensado acerca de Marte. Siempre me ha parecido una fantasía. Vivir en otro mundo...

—Los oankali han vivido en muchos otros mundos. ¿Por qué no iban a vivir los humanos al menos en otro?

—¿Por qué tienen que quedarse los oankali con el único que es nuestro?

—Ya se lo han quedado. Y vosotros no vais a poder recuperarlo de ellos. Podéis quedaros aquí y morir inútilmente, resistiendo. O podéis ir a Marte y ayudar a fundar una nueva sociedad humana. También podéis uniros a nosotros, en el comercio. Con el tiempo, nosotros iremos a las estrellas y, si os unís a nosotros, vuestros hijos nos acompañarán.

Agitó la cabeza.

—No sé. Ya he estado antes entre los oankali. Todos nosotros, los resistentes, hemos estado. Y los oankali nunca me hicieron tener dudas sobre qué era lo que debía de hacer. —Sonrió—. Antes de conocerte, me conocía mucho mejor a mí mismo.

Se alejó, indeciso.

—Ni siquiera sé lo que deseo de ti —me dijo, mientras se marchaba—. Desde luego no es lo usual, pero el caso es que no quiero dejarte.

Y se fue.

4

Dos días después de que João se fuese, Aaor entró en su metamorfosis. No me pareció que se hubiese hundido en ella tan lentamente como lo había hecho yo..., aunque lo cierto es que yo había estado tan preocupado por João que fácilmente podría no haberme dado cuenta de los signos precursores de la misma. Simplemente, Aaor se fue a su jergón y se echó a dormir. Yo fui quien me di cuenta de que estaba en la metamorfosis. Y de que se estaba convirtiendo en un ooloi.

Así que habría dos de nosotros. Dos peligrosas incertidumbres, a las que quizá jamás se nos permitiese atriarnos normalmente, que quizá pasásemos el resto de nuestras vidas en un tipo u otro de exilio.

El día en que João nos dejó no habíamos reiniciado todavía el viaje. Ahora ya no podíamos. No había ninguna buena razón para llevar a Aaor *a* través de la selva, forzándole a asimilar nuevas sensaciones, cuando debería de estar aislado y enfocándose hacia dentro, cuidando sólo del crecimiento y reajuste de su propio cuerpo.

Podríamos haber construido una balsa y navegado río abajo, hasta Lo, en sólo una fracción del tiempo que nos había costado llegar hasta allí. Incluso, en una emergencia, Nikanj podría haber mandado una señal pidiendo ayuda. Pero, ¿qué clase de ayuda? ¿Un transbordador para llevarnos de vuelta a Lo, en donde no nos podíamos quedar? ¿Un transbordador para llevarnos a Chkahichdahk, a donde no queríamos ir?

Nos sentarnos, agrupados en torno al dormido Aaor, y acordamos hacer la única cosa que podíamos hacer: trasladarnos a tierras más altas, para evitar las inundaciones de la estación de las lluvias, y construir una casa más permanente. Mi madre humana dijo que ya era hora de plantar un huerto.

Nikanj y yo nos quedamos con Aaor, mientras los otros iban en busca del lugar en que edificar nuestra futura casa.

—¿Te das cuenta de que ya has perdido otra vez la mayor parte de tu cabello? —me preguntó Nikanj mientras permanecíamos sentados, uno a cada lado del dormido cuerpo de Aaor.

Toqué mi cráneo. Aún tenía una escasa pelusilla de cabellos pero, como decía Nikanj, estaba casi calvo. De nuevo. Y no me había dado cuenta. Y también podía ver que mi piel estaba cambiando, perdiendo la suavidad que había tomado para João, incluso perdiendo su coloración marrón. Aún no podía saber si volvería a mi color gris amarronado natural, o si tomaría la coloración verdosa que había tenido justo antes de conocer a João.

—Al menos, deberías ser tan bueno en mantener controlado tu cuerpo como lo eres en controlar el de un humano —me regañó Nikanj.

—¿Será Aaor como yo? —le pregunté.

Dejó que todos sus tentáculos sensoriales colgasen inertes.

—Me temo que lo será. —Guardó silencio por un tiempo, y luego dijo, finalmente—: Sí, creo que lo será.

—Así que, finalmente, tendrás a dos hijos de tu mismo sexo que te necesitarán..., y que estarán resentidos contigo.

Enfocó en mí por largo tiempo, con una intensidad que, al principio, me asombró..., y luego empezó a asustarme. Tenía un brazo sensorial apoyado sobre el pecho de Aaor, examinando, comprobando.

—¿Está bien? —le pregunté.

—Tanto como lo estás tú. —Hizo sonar sus tentáculos—. Perfecto, pero al mismo tiempo imperfecto. Tiene todo lo que ha de tener. Puede hacer todo lo que debería poder hacer. Pero esto no será suficiente. Tendréis que ir a la nave, Oeka. Aaor y tú.

—¡No! —Me sentía del mismo modo que me había sentido en la ocasión en que un humano, aparentemente amistoso, me había dado un bofetón, sin previo aviso.

—Necesitáis cónyuges —me dijo con voz suave—. Y aquí nadie se atriará con vosotros, a excepción de unos viejos humanos, que quizás os robarían cuatro quintas partes de vuestras vidas. En la nave podréis lograr cónyuges jóvenes..., quizás incluso jóvenes humanos.

—¿Y podremos traerlos de regreso a la Tierra?

—No lo sé.

—Entonces, si no lo sabes, no iré. No correré el riesgo de ser retenido allí. Y no creo que Aaor vaya tampoco.

—Lo hará. Lo haréis ambos, cuando termine su metamorfosis.

—¡No!

—Oeka, lo has visto por ti mismo: con un cónyuge potencial..., incluso con uno muy poco viable, tu control es impecable. Sin un cónyuge potencial, no tienes ningún control. Te has quedado sorprendido cuando te he dicho que estabas perdiendo el cabello. Tu cuerpo te ha estado dando sorpresas, una y otra vez. Y eso que nada de lo que hace debería sorprenderte. Nada de lo que hace debería escapar a tu control.

—Pero si ni siquiera hice crecer ese cabello deliberadamente. Ocurrió que..., a algún nivel, me di cuenta de que a João le gustaría. Creo que me convertí en todas las cosas que a él le gustaban, a pesar de que él nunca me dijo cuáles eran.

—Su cuerpo te lo dijo. Cada una de sus miradas, sus reacciones, su tacto, su olor. Nunca dejó de decirte lo que deseaba. Y, dado que era el único foco de tu atención, le diste todo lo que te pidió. —Se recostó al lado de Aaor—. Eso es algo que nosotros hacemos, Khodahs. Les complacemos, para que se queden y nos complazcan a nosotros. Eres mejor en eso, con los humanos, de lo que yo lo fui jamás. Yo fui criado para este comercio, pero tú..., tú eres parte del comercio. Puedes comprender tanto a los humanos como a los oankali, sólo con mirar dentro de ti.

Hizo una pausa y resonó sus tentáculos.

—No creo que hubiésemos tenido tantos resistentes si hubiéramos contado antes con ooloi construidos.

—¿Crees eso, y aun así quieres mandarme lejos?

—Lo creo, sí. Pero nadie más lo cree. Deberíamos enseñarles la verdad.

—Yo no quiero enseñar..., ¿deberíamos? ¿Nosotros, Ooan?

—Por un tiempo, tendríamos que irnos a vivir a la nave.

Casi volví a decir que no, pero no me hubiera prestado la más mínima atención. Cuando empezaba por decirme *deberíamos,* era porque ya lo había decidido. Decidido que nuestros intereses, los de Aaor y los míos, y nuestras necesidades, podrían ser cubiertos mejor en Chkahichdahk, incluso aunque jamás se nos permitiese regresar ya a casa. La familia se quedaría con nosotros hasta que fuésemos adultos, pero luego nos dejaría en la nave y se iría. Y, para nosotros, ya no habrían más selvas ni ríos. Ya no más tierras salvajes llenas de cosas que yo aún no había probado. El planeta mismo era como uno de mis padres. Lo perdería, y no ganaría nada a cambio de ello.

No, aquello no era cierto. Ganaría cónyuges. Con el tiempo. Quizá. Nikanj haría todo lo que pudiera por conseguirme cónyuges. Había humanos jóvenes, que habían nacido y sido criados en la nave; porque, debido a su guerra y a las enfermedades resultantes de la misma, habían sido tan pocos los humanos salvables, que no eran los suficientes para un buen comercio. Además, a la mayoría de aquellos que habían querido regresar a la Tierra se les había permitido regresar. Eso había dejado a los oankali Toaht —aquellos que deseaban comerciar y marcharse con la nave—, con demasiados pocos cónyuges humanos. Y habían estado criando más humanos, al tiempo que aceptaban recoger a los más violentos de la Tierra. Pero, aun así, no había bastantes para todos aquellos que los deseaban. Aún no. ¿Qué probabilidad había de que los Toaht me dejasen tener aunque sólo fuera un cónyuge humano?

Agité la cabeza:

—No me abandones, Ooan.

Él me enfocó, con aspecto inquisitivo.

—Sabes que no lo haré.

—No iré a Chkahichdahk. No voy a conformarme con lo que me quieran dar allí, ni quedarme, si deciden que debo quedarme. Prefiero permanecer aquí y atriarme con viejos humanos.

No me gritó, como hubieran hecho mis padres humanos. No me dijo lo que ya sabía. Ni siquiera me dio la espalda.

—Échate aquí conmigo —me dijo, con voz suave.

Fui con él y me eché a su lado, noté cómo se unía a mí con más tentáculos sensoriales de los que yo tenía en todo mi cuerpo. Luego rodeó mi cuello con un brazo sensorial.

—¡Hay tanta desesperación en ti! —me dijo en silencio—. ¡No puedes desperdiciar tanta vida!

—Tu vida será más corta, a causa de Tino y Lilith —le dije—. ¿Crees estar desperdiciando algo?

—En Chkahichdahk hay humanos que vivirán tanto tiempo como tú podrías vivir de un modo natural.

—¿Son tantos como para que permitan que un par de ellos se vengan conmigo? ¿Y qué me dices de Aaor, le darán otro par a él?

Nikanj comenzó a sentir su propia desesperación:

—No lo sé.

—No lo sabes, pero imaginas que no. Yo también lo imagino.

—Sabes que abogaré por vosotros.

—Ooan…

—Sí, lo sé. He producido dos niños ooloi construidos. Nadie más ha hecho una cosa así. ¿Quién me va a escuchar?

—¿Lo hará alguien?

—No demasiados.

—Entonces, ¿por qué me amenazas con mandarme a Chkahichdahk?

—Irás, Oeka. Aquí no hay lugar para ti, y lo sabes.

—*¡No!*

—Allí hay vida para ti. *¡Vida!* —Hizo una pausa—. Eres más adaptable de lo que crees. Yo te hice, lo sé. Podrías vivir allí, podrías hallar cónyuges oankali o construidos y aprender a ser feliz con la vida de a bordo.

Le contesté en voz alta:

—Probablemente tengas razón. Antes había humanos que se adaptaban a no poder ver u oír, caminar o moverse. Se adaptaban…, pero no creo que ninguno de ellos eligiese voluntariamente el estar tan limitado.

—Pero, ¡piensa! —Apretó el brazo con el que me rodeaba—. ¿Dónde vivirías con tus viejos cónyuges humanos? ¿Te dejarían los resistentes irte con ellos a uno de sus poblados? ¿Cuántos ataques más serían precisos por su parte para provocar una respuesta mortal en ti? ¿Y qué pasaría entonces? Y, Khodahs, ¿qué pasaría con tus hijos…, tus hijos humanos? ¿Los construirías para que fuesen estériles, o los dejarías aparearse entre ellos sin un ooloi, los dejarías crear deformidades y enfermedades? ¿O tratarías de obligarles a ir a uno de nuestros poblados? Quizá no deseasen ir a ellos, del mismo modo que tú no deseas ir a Chkahichdahk. Quizá quieran seguir en la Tierra, con la gente que conozcan. Y, si haces un buen trabajo cuando los construyas, podrán vivir más que sus resistentes. Incluso tal vez podrán vivir más que este mundo. Si consiguiesen eludirnos, incluso podrían morir cuando despedacemos la Tierra y nos vayamos cada cual por nuestro lado.

Me desconecté de él, haciéndole una señal para que también se desconectase de mí. Cuando la Tierra fuese dividida entre todos, y los nuevos seres-nave se desperdigasen por las estrellas, Nikanj ya llevaría mucho tiempo muerto. Si yo me atriaba con humanos viejos, también yo estaría muerto. No podría, pues, salvaguardar a mis hijos, ni aun en el caso que, de adultos, estuviesen dispuestos a dejarse guiar por su padre.

Me alejé de Nikanj, adentrándome en el bosque. No fui muy lejos. Aaor

estaba indefenso, y Nikanj podía necesitar ayuda para protegerlo. Ahora, más que nunca, Aaor era mi compañero de camada emparejado. ¿Habría sabido lo que le estaba pasando? ¿Habría deseado ser un ooloi? Dado que era nacido de oankali, ¿estaría dispuesto a vivir en Chkahichdahk?

Y, ¿qué importaba lo que Aaor estuviese dispuesto a hacer..., o lo que estuviese dispuesto a hacer yo? Iríamos a Chkahichdahk. Y, probablemente, no se nos permitiría volver a casa.

Cuando mis padres y mis compañeros de camada regresaron para trasladar a Aaor al nuevo lugar que habían elegido para nuestra vivienda, yo me fui al río, me hundí en él y crucé al otro lado.

Vagué durante tres días, con mi cuerpo verdoso, cubierto de escamas y extraño. Nadie se me acercó. Vivía de las plantas que hallaba, buscándolas y eligiéndolas según las necesidades de mi cuerpo. Lo comía todo crudo. A los humanos les gustaba el fuego. Valoraban la comida cocinada, mucho más que nosotros. Claro que, también, era menos probable que los humanos lograsen la nutrición que necesitaban de las hojas, semillas y hongos que se daban con tanta abundancia en la floresta tropical. Nosotros, si era preciso, hasta podíamos digerir lo que necesitábamos de la misma madera.

Vagué, probando el bosque, probando la Tierra de la que pronto sería arrancado.

Al cabo de los tres días regresé con la familia, me pasé un par de días montando guardia junto a Aaor, y luego me volví a marchar.

Esto fue lo que estuve haciendo durante el tiempo que duró la metamorfosis de Aaor. A veces, le llevaba a Nikanj unas pocas células de una planta o un animal con los que me había topado por primera vez. Todos hacíamos esto..., le llevábamos al ooloi adulto de la familia muestras vivas de aquello con lo que nos encontrábamos. Por lo general, los ooloi aprendían mucho de aquello que les llevaban sus cónyuges y sus hijos aún no atriados. Y, todo lo que nosotros le dábamos a Nikanj, él lo recordaba. Aún podía recordar y recrear una rara planta de las montañas que uno de mis hermanos le había mostrado hacía más de cincuenta años. Se suponía que algún día duplicaría las células de su amplio almacén de información biológica y pasaría las copias del mismo a sus hijos del mismo sexo. Recibiríamos aquel legado cuando fuésemos adultos y estuviéramos atriados. ¿Cuándo sería eso para Aaor y para mí? ¿Dónde sería..., en Chkahichdahk? ¿O no ocurriría nunca?

Yo siempre había disfrutado llevándole cosas a Nikanj. Había disfrutado compartiendo el placer que sentía él en las nuevas pruebas de sabor, en las nuevas sensaciones. Ahora, necesitaba más que nunca el contacto con él, pero ya no disfrutaba con el mismo. No le culpaba por mostrarme lo más obvio: que Aaor y yo debíamos ir a la nave. Era nuestro padre del mismo sexo, que estaba cumpliendo con su deber. Pero, cada vez que me tocaba, lo único que podía notar era tensión. Preocupación. Por su parte y por la mía. Yo había sacado al exterior lo peor que había en él.

Comencé a permanecer alejado aún más tiempo.

De vez en cuando me encontraba con resistentes, pero yo parecía tan

inhumano y tan no oankali que la mayoría de las veces salían huyendo. En un par de ocasiones me dispararon y luego escaparon. Pero, sin importar lo mucho que se distorsionase mi cuerpo, aún podía curar sus heridas.

Mi familia nunca trató de controlar mis idas y venidas. Aceptaban mis sentimientos, los comprendiera yo mismo o no. Querían ayudarme, y sufrían porque no podían hacerlo. Cuando estaba en casa, a veces me sentaba con ellos..., con Ayodele y Yedik mientras estaban de guardia por la noche. Exceptuando a Nikanj, que permanecía con Aaor, los demás hacían las guardias por parejas..., todos menos Oni y Hozh, que eran demasiado pequeños para montar guardia.

Pero yo podía tocar a Oni y Hozh. Podía tocar a Ayodele y Yedik. Todavía eran niños, de aroma neutral, todavía no me estaban prohibidos. Cuando yo salía de la selva, con un aspecto que nadie en la Tierra hubiera reconocido, una u otra pareja de niños me tomaba a su cargo, me colocaba entre ellos, y permanecía conmigo hasta que volvía a parecer yo mismo. Si yo tocaba a uno solo de ellos, lo cambiaba, convirtiéndolo en lo que yo era. Pero si ambos se quedaban conmigo, eran ellos los que me cambiaban a mí.

—No deberíamos ser capaces de hacerte esto —me dijo Yedik una noche, mientras estaba de guardia.

—Hacéis que me resulte fácil no andar errante —le dije—. Mi cuerpo vaga; incluso cuando estoy regresando a casa, ya quiere volver a ir por ahí, caminando sin rumbo.

—No deberíamos de ser capaces de detenerlo —insistió Yedik—. No deberíamos de poder influenciarte, somos demasiado jóvenes.

—Yo quiero que me influenciéis. —Miré a uno de ellos, luego al otro. Ayodele parecía hembra, y Yedik tenía aspecto de macho. Esperaba que fuesen más influenciados en su transformación por el aspecto que tenían de lo que lo había sido yo.

Los humanos decían que eran unos chicos guapos.

—Puedo cambiarme yo mismo —les expliqué—, pero es todo un esfuerzo. Y no dura. Es más fácil hacer lo que hace el agua: permitirme a mí mismo ser contenido, y tomar la forma de mis contenedores.

—No lo entiendo —me dijo Ayodele.

—Vosotros me ayudáis a hacer lo que yo quiero hacer.

—¿Y qué es lo que hacen los humanos?

—Ellos me cambian, en consonancia con sus deseos y con sus recuerdos.

—Pero... —Ambos hablaron a un tiempo. Luego, por consentimiento mutuo, sólo habló Ayodele—: Entonces, o tú estás fuera de control, o estás contenido por nosotros, o estás forzado a una falsa forma humana.

—No soy forzado.

—Pero, ¿cuándo puedes ser tú mismo?

Pensé en aquello. Lo comprendía, porque me acordaba de cuando

había tenido su edad y poseído un profundo conocimiento del aspecto que tenían mi cuerpo y mi rostro, y sabido que aquel aspecto era *yo.* Y, en realidad, nunca lo había sido.

—El cambiar ya no me preocupa —les dije—. Al menos, no esa especie de cambio, deliberado y controlado. Me gustaría que tampoco les molestase a los demás. Y nunca he deformado las plantas o los animales, como decían que haría.

—Sólo a la gente —dijo con voz calmada Yedik—. A la gente y a Lo.

—A Lo apenas si lo molesté. ¡Lo incluso podría haber sobrevivido a esa guerra con la que los humanos se mataron unos a otros!

—Es parte de ti, y es vulnerable ante ti. Le haces daño.

—Lo sé. Y lo confundí. Pero no creo que pudiese hacerle un daño grave, ni aunque lo intentase..., y no lo intentaría. En cuanto a la gente, ¿os habéis dado cuenta de que los humanos, la gente para la que se suponía que yo iba a representar el mayor peligro, son la gente a los que nunca he hecho daño?

Silencio.

—¿Os molesta el tenerme aquí con vosotros?

—Antes sí —reconoció Ayodele—. Pensamos que tu vida debe de ser terrible. Podemos notar tu incomodidad cuando nos conectamos contigo.

—Éste es mi lugar —le dije—. Este mundo. Yo no pertenezco a la nave..., no quiero ir allí, excepto quizá para visitarla. A veces, la gente va allí a absorber más de nuestro pasado. Eso no me importaría hacerlo. Pero no puedo vivir allí. No me importa lo que diga Ooan: no puedo vivir allí. Es un lugar acabado. La gente aún se está haciendo, pero el lugar...

—Aún se está dividiendo en dos, para hacer una nave para los Toaht y otra para los Akjai.

—Y las dos mitades serán dos lugares más pequeños, pero acabados. No habrá allí lugares salvajes. Nada nuevo. Yo soy Dinso como vosotros, no Toaht ni Akjai.

De nuevo guardaron silencio.

—Sentaos los dos juntos. —Me retiré de entre ellos y empecé a ponerme en pie.

Me miraron con sus ojos y con sus pocos tentáculos sensoriales. En silencio, me tomaron de las manos y tiraron de ellas para volverme a sentar entre los dos. Actuaban en una unión más perfecta que cualesquiera otros de mis compañeros de camada. Ahajas decía que, sin lugar a dudas, se convertirían en cónyuges, si se desarrollaban como macho y hembra. No me querían entre ellos: los hacía sentirse incómodos, porque deseaban ayudarme y no podían ayudarme mucho. Por otra parte, me *querían* tener entre ellos, porque me podían ayudar un poco, y porque sabían que pronto me perderían, y les gustaba el modo en que hacía sentirse a sus cuerpos. Yo no era tan capaz de hacer que la gente se sintiese bien como lo era Nikanj, pero podía darles algo. Y era lo bastante mayor como para leer el lenguaje

corporal, interno o externo, y comprender más de lo que estaban sintiendo.

Me gustaba aquello. Me gustaba mucho de aquello que había sido capaz de hacer recientemente. Lo único que me hacía poner frenético y sentirme como enjaulado era la idea de ir a Chkahichdahk y ser retenido allí.

A la mañana siguiente, esa idea volvió a empujarme hacia lo más profundo del bosque.

5

Aaor tuvo una larga metamorfosis: once meses. Y, cada vez que volvía a casa, tenía miedo de que lo encontraría despierto, y que la familia estaría fabricando una balsa.

Comencé a buscar a los humanos. Evitaba los grupos numerosos, pero me resultaba fácil hallar individuos solitarios y pequeños grupos.

Los seguía en silencio, diseccionando y disfrutando sus aromas, escuchando sus conversaciones. A veces se daban cuenta de que estaban siendo seguidos, aunque jamás me vieron. Mi color se había oscurecido, y me ocultaba con facilidad entre las sombras. El suelo de la selva siempre estaba mojado, o al menos húmedo, y me resultaba fácil moverme en silencio. A menudo, los humanos a los que seguía hacían mucho más ruido que yo. Vi cómo un cazador humano hacía tanto estrépito que el pécari al que seguía le oyó y huyó. El humano fue hasta el lugar en que había estado, alimentándose, el pécari, y allí maldijo y le dio una patada a la fruta que se había estado comiendo el animal. Ni se le ocurrió comerse aquella fruta, o recoger algunas otras para su gente. Comí unas pocas cuando se hubo ido.

En una ocasión, tres personas me siguieron la pista. Pensé en si dejarles que me atraparan, pero di un rodeo para observarles antes, y les escuché hablando de rajarme para ver qué aspecto tenía por dentro. Y, visto que todos ellos llevaban armas de fuego y machetes, decidí evitarlos. Eran demasiados para que un subadulto pudiese dominarlos sin problemas.

Estaba yendo río arriba..., mucho más arriba de lo que nunca antes había ido..., bien dentro de las colinas. El bosque era menos variado aquí, pero no tuve problemas para hallar lo suficiente que comer, así como, ocasionalmente, animales y plantas que eran nuevos para mí. Pero hallé poca gente en las colinas. Durante varios días no hallé a nadie: la brisa no me traía ningún aroma humano.

Comencé a notar la soledad casi como un dolor físico. No me había dado cuenta de lo mucho que representaba para mí el ver seres humanos cada pocos días.

Ahora tenía que volver a casa. Y no quería. Seguro que, esta vez, Aaor estaría despierto. La sola idea me daba pánico, me causaba una sensación de encerrona tan fuerte que no me permitía pensar.

Me quedé un rato donde estaba, limpié un espacio, prendí un fuego a pesar de que no lo necesitaba. Me reconfortaba y me recordaba a los humanos. Dejé que el fuego se consumiese y asé varios tubérculos silvestres en las brasas. El olor de comida no bastó para enmascarar el de los dos humanos cuando se acercaron, y sin duda fue el aroma de lo que se cocinaba lo que los atrajo.

Eran un hombre y una mujer, y olían... muy raro. Era un olor equivocado. Quizá fuese que estuvieran heridos. Iban armados: podía oler la pólvora. Así que quizá me disparasen. Decidí arriesgarme: no me movería, dejaría que me sorprendieran.

En aquel momento mi cuerpo estaba cubierto por escamas superpuestas, del tamaño de una uña. También me sentía inclinado a ser

cuadrúpedo, pero a eso me había resistido: las manos eran mucho más útiles que unas patas delanteras con zarpas.

Ahora, mientras los humanos se aproximaban muy cuidadosamente, con gran silencio, me preparé para ellos. Mi cabeza, calva y cubierta de escamas, mi escamoso rostro, tenían que tener un aspecto más humano. No tenía tiempo para cambiar el resto de mi cuerpo. Quizá pudiera parecer que estaba llevando alguna rara ropa. De hecho, jamás vestía nada en aquellos viajes: la ropa sólo servía para molestar.

Los humanos se mantuvieron a cubierto y trazaron un círculo a mi alrededor, estudiándome. Deseaban colocarse a mis espaldas. Decidí que, si me disparaban, me haría el muerto. Era mejor atraerlos y desarmarlos tan pronto como fuese posible.

Quizá no me disparasen. Usé un palito para desenterrar uno de los tubérculos y hacerlo rodar fuera de las brasas. Estaba demasiado caliente para comerlo, pero lo limpié por fuera y lo partí en dos. Estaba en su punto, humeantemente caliente, sabroso y dulce. Era algún tipo de vegetal que no había existido antes de que los hombres hubiesen hecho su guerra. Lilith decía que era una de las pocas mutaciones con buen sabor que había probado, y la llamaba la fruta de salsa de manzana: las manzanas eran una fruta extinta, que a ella la había gustado muchísimo. No le gustaba el sabor de los tubérculos crudos, pero a veces, cuando asaba uno, se marchaba a comérselo sola y recordar otros tiempos.

Tras de mí, uno de los humanos lanzo un débil sonido: un gemido.

Me pasé una mano por la cara. La mano era más parecida a una garra de lo que me habría gustado, pero al menos mi cara era ahora clara y lisa. Si no era atractivo, al menos no resultaba aterrador.

—Venid aquí conmigo —dije en voz alta. Me resultaba poco natural hablar, pues no lo había hecho desde hacía al menos treinta días—. Aquí hay más comida; tomadla, por favor.

Repetí mis palabras en español, portugués y swahili. Estos idiomas, junto con el francés y el inglés, eran los más comunes. La mayoría de la gente era fluente en al menos uno de ellos. La mayoría de los supervivientes eran de África, Australia y América del Sur.

Los dos humanos no me contestaron. No se movieron, pero sus corazones aceleraron su ritmo. Me habían oído, y probablemente habían comprendido mis palabras. ¿Cuándo habían aumentado los latidos de sus corazones? Enfoqué por un momento mis recuerdos. Se habían sobresaltado al oírme hablar, pero aún les había excitado más mi español. Mis otros idiomas no habían provocado ninguna otra reacción. Así pues, el español. Repetí mi invitación en ese idioma.

No vinieron. Supuse que me entendían, pero no me contestaron y siguieron ocultos.

Saqué el resto de los tubérculos de entre las cenizas, y los coloqué sobre una bandeja hecha con hojas grandes.

—Si los queréis, son para vosotros —les dije. Limpié un lugar, bien lejos de la comida, y me tumbé a descansar. No había dormido en dos días.

A los humanos les gustaban los períodos de sueño regulares, y preferiblemente de noche. Los oankali dormían cuando necesitaban dormir. Y yo ahora necesitaba descanso, pero no dormiría hasta que los humanos tomasen alguna decisión..., ya fuese la de irse, o la de venir a satisfacer su hambre y su curiosidad. Pero yo podía quedarme quieto, al modo oankali. Podía permanecer despierto, utilizando el mínimo de energía posible y haciéndome, como decían Lilith y Tino, el muerto. Podía hacer esto, sintiéndome confortable, durante mucho más tiempo del que la mayoría de los humanos estarían dispuestos, voluntariamente, a permanecer sentados y esperar.

El macho fue el primero en salir a descubierto. Lo contemplé con unos pocos de mis tentáculos sensoriales. Todo su lenguaje corporal me decía que pensaba agarrar la comida y salir huyendo. Y yo estaba dispuesto a dejarle hacer hasta que hubiera podido echarle una buena ojeada.

Estaba enfermo. Su rostro estaba medio cubierto por un enorme crecimiento. No llevaba camisa, y podía ver que su pecho y espalda estaban también cubiertos por numerosos tumores, grandes y pequeños. Uno de sus ojos estaba totalmente cubierto, el otro parecía en peligro. Si el tumor facial seguía creciendo, pronto no podría ver en absoluto.

No podía dejarlo ir. No creo que ningún ooloi lo hubiese dejado ir. No debía de dejarse andar por ahí a ningún ser viviente en esas condiciones sin prestarle ayuda.

Esperé hasta que su atención estuviese totalmente enfocada en la comida. Al principio no dejaba de mariposear, de aquí para allá, entre la comida y yo. Pero, al fin, la comida estuvo a su alcance. Tendió las manos para cogerla.

Lo tenía atrapado antes de que se diese cuenta de que me había levantado. De inmediato lo hice girar para ponerlo cara a la hembra, a la que ahora ya podía ver: me estaba apuntando con un rifle. Que lo apuntase a él, si quería.

Se debatió, primero de un modo enloquecido, luego calculadamente, buscando hacerme daño y liberarse. Lo mantuve aferrado y lo investigué con rapidez.

Tenía un problema genético. Sus efectos estaban empeorando lentamente. Tal y como había supuesto, se quedaría ciego si se permitía que aquello siguiese adelante. La enfermedad incluso había deformado los huesos de su cara. Estaba sordo de un oído y, con el tiempo, se quedaría sordo del otro. Y la enfermedad estaba afectándole la columna vertebral: ya no podía girar libremente la cabeza. Uno de sus hombros estaba totalmente cubierto por los crecimientos carnosos. El brazo aún le resultaba útil, pero no lo iba a ser por mucho tiempo. Y había algo más que estaba mal, algo que no comprendía. Este hombre ya estaba muriéndose. Estaba usando su vida del modo que lo hacen los ratones: engulléndola en unos pocos sorbos rápidos, y luego muriendo. La enfermedad amenazaba con invadir su cerebro y su espina dorsal; pero, aun sin el continuado crecimiento del tumor, el hombre moriría en unas pocas décadas. Estaba genéticamente programado para usarse a sí mismo de un modo obscenamente rápido.

¿Cómo podía tener aquel problema? Un ooloi lo había examinado antes de que fuese dejado en libertad: los ooloi habían examinado a cada humano, corrigiendo sus defectos, frenando su envejecimiento, reforzando su resistencia a las enfermedades. Pero quizá ese ooloi hubiera controlado la enfermedad de un modo imperfecto, aliviándola pero sin tratar de corregirla. A veces, con algunos problemas genéticos, los ooloi lo habían hecho así. Tales problemas eran complicados, y quienes mejor podían corregirlos eran los cónyuges. Los resistentes habían sido alterados de modo que no pudiesen tener hijos sin la cooperación de cónyuges ooloi, de modo que no podían pasar sus enfermedades a sus descendientes. El controlarlos debería de haber sido suficiente.

Mientras lo mantenía agarrado, le hablé al oído bueno:

—Pronto estarás totalmente ciego. Después de eso te quedarás sordo. Con el tiempo no podrás usar tu brazo derecho..., y ése es el brazo que prefieres usar. Y eso no es todo. Ni siquiera es lo peor. ¿Me entiendes?

No había dejado de debatirse. Ahora se echó hacia atrás, tratando de lanzarme una mirada, a pesar de la falta de cooperación de su cuello.

—Puedo ayudarte —le dije—. Te ayudaré si me dejas..., y si tu amiga no me dispara.

Le ayudaría de todos modos, me disparase o no; pero, si me era posible, deseaba evitar que lo hicieran. Las heridas de bala dolían más de lo que me gustaba recordar, y aún no era muy bueno en controlar mi propio dolor.

El hombre ya se sentía más tranquilo. No me atrevía a drogarlo demasiado: podía darle un poco de placer, relajarlo un poco, pero no podía ponerlo a dormir. Si perdía el conocimiento entre mis brazos, seguro que la mujer tomaría esto por lo que no era y me dispararía.

—Puedo ayudarte —repetí—. Lo único que os pido a cambio es que no tratéis de matarme.

—¿Y por qué ibas a hacer algo por mí? —me preguntó—. ¡Déjame ir!

Varié mi llave a una más confortable.

—¿Y por qué quieres irte, para volverte más y más inútil? —inquirí—. ¿Por qué has de morir, cuando puedes vivir y estar sano? Déjame ayudarte.

—¡Suéltame!

—¿Te quedarás y, por lo menos, me escucharás?

Dudó.

—Sí, de acuerdo —su cuerpo estaba tenso, dispuesto a echar a correr.

Lancé un sonoro suspiro, para que lo escuchase.

—Si me mientes, no puedo dejar de saberlo.

Eso lo asustó, y lo noté rígidamente resentido entre mis brazos, pero no dijo nada.

La mujer salió totalmente al descubierto y se colocó frente a los dos. Mantuve el cuerpo del hombre entre el mío y el cañón del fusil. Mirándola,

no me cabía la menor duda de que dispararía, pero necesitaba unos momentos más con el hombre antes de que pudiera disponer de algo significativo que mostrarles. La mujer también tenía tumores, aunque los de ella no eran tan importantes como los del hombre. Su cara, sus brazos y sus piernas..., todo lo que en ella era visible, estaba cubierto por pequeños crecimientos, irregularmente espaciados.

—Suéltalo —me dijo en voz baja—. No te dispararé si lo sueltas.

Eso, al menos, era cierto. Tenía miedo, pero lo que decía era verdad.

Le hice una seña con la cabeza, asintiendo, y luego le hablé al macho:

—No te he hecho daño alguno. ¿Qué es lo que harás tú si te suelto?

Ahora, el hombre lanzó un auténtico suspiro.

—Me iré.

—Tienes hambre. Si quieres, llévate la comida.

—No la quiero. —Ya no se fiaba de la comida..., probablemente porque yo quería que la cogiese.

—Haz una cosa más, antes de que te suelte.

—¿Qué?

—Mueve el cuello.

Seguí manteniéndolo apresado con una fuerte llave, pero me eché ligeramente hacia atrás para dejarle girar y balancear un cuello que había estado prácticamente soldado, inmóvil, antes de que yo lo tocara. Maldijo en voz baja.

—¿Qué pasa, Tomás? —preguntó la mujer, con una voz llena de dudas.

—Puedo moverlo —respondió él, innecesariamente. No había dejado de moverlo.

—¿Te duele?

—No. Sólo lo noto... normal. Ya me había olvidado de cómo se siente uno al poder moverlo así.

Lo solté, y le hablé con voz tranquila:

—Quizá, cuando lleves un tiempo ciego, te olvides de cómo se siente uno cuando ve.

Casi se cayó en su premura por darse la vuelta y mirarme. Cuando me hubo dado una buena ojeada, dio un paso atrás.

—No me volverás a tocar hasta que te vea curarte a ti mismo —me dijo—. ¿Qué..., qué eres?

—Soy Khodahs —contesté—. Soy un construido, humano y oankali.

Pareció sobresaltarse, luego se movió a mi alrededor, para poder verme bien por todos lados.

—Nunca había oído decir que tuvieseis escamas. —Agitó la cabeza—.

¡Dios…, no debemos de ser los únicos a los que has asustado!

Me eché a reír, podía notar cómo mis tentáculos se aplanaban contra las escamas.

—No siempre tengo este aspecto —le expliqué—. Si os quedáis conmigo para que te cure, comenzaré a parecerme más a ti. A los dos, con el aspecto que tendréis cuando estéis curados.

—No se nos puede curar —intervino la mujer—. Los tumores pueden ser extirpados, pero vuelven a crecer. Esta enfermedad…, nacimos con ella, nadie puede curarla.

—Sé que nacisteis con ella. Y, si os decidís a ir a un lugar en el que podáis tener hijos, se la pasaréis al menos a algunos de ellos. Pero yo puedo corregir ese problema.

Se miraron el uno al otro.

—No es posible —dijo el macho.

Enfoqué en él. Había sido un placer tocarle. Ahora ya no corría tanta prisa regresar a casa. No había necesidad alguna de apresurarse en nada. Dos de ellos…, ¡un tesoro!

—Mueve el cuello —le ordené nuevamente.

El hombre lo movió, agitando su deforme cabeza.

—No lo entiendo —afirmó—. ¿Cómo dices que te llamas?

—Khodahs.

—Yo soy Tomás, y ella es Jesusa. —Sin apellidos. Muy deliberadamente, sin apellidos—. Dinos cómo has hecho esto.

Tomé ramitas del montón que había recogido y fui alimentando el fuego. Como era natural, los dos humanos se sentaron al otro lado del mismo. El hombre tomó uno de los tubérculos asados. La mujer sujetó su brazo y lo miró, pero él se limitó a sonreírle, partir el tubérculo en dos, y darle un mordisco. Su único ojo visible se dilató por la sorpresa y el placer. Ese alimento era nuevo para él. Comió un poco más, y luego le dio un pedazo a la mujer. Ésta recogió un poco con la yema de un dedo y lo probó. No puso la misma cara de sorprendido placer, pero se comió el pedazo, y luego examinó cuidadosamente la piel a la luz del fuego. Ahora ya era oscuro para los resistentes. El Sol se había puesto.

—No había probado esto antes. ¿Es una planta que sólo se da en las tierras bajas?

—Crece aquí. Os la mostraré por la mañana.

Hubo un silencio. Naturalmente, se quedarían a pasar la noche. ¿Adonde podían ir en la oscuridad?

—¿Sois de las montañas? —les pregunté con suavidad.

Más silencio.

—Yo no llegaré a las montañas. Aunque me gustaría poder ir.

Ahora, ambos estaban comiendo tubérculos, y parecían no desear

hablar. Eso resultaba sorprendente. El mismo nerviosismo debería de haber hecho hablador, al menos, a uno de ellos. ¿Cuántas veces habían estado sentados a solas con un construido escamoso, en medio de la selva y en plena noche?

—¿Me dejarás que empiece a curarte esta noche? —le pregunté a Tomás.

—Gracias por curarme el cuello —dijo en voz alta Tomás, mientras todo su cuerpo se apartaba de mí con diminutos movimientos.

—Puede volver a solidificarse, si tu enfermedad no es curada de raíz.

Se encogió de hombros.

—Eso no era tan malo. Jesusa dice que me hacía trabajar, en lugar de estar todo el día por ahí, papando moscas.

Jesusa le acarició el antebrazo y sonrió.

—Nada puede impedir que te pases el día soñando despierto, hermano.

¿Hermano? No compañero…, o esposo, como dirían los humanos.

—La ceguera será mala cosa —le dije—. La sordera aún será peor.

—¿Por qué dices que se quedará ciego o sordo? —inquirió Jesusa—. Puede que no sea así. No lo sabes.

—¡Claro que lo sé! Después de tocarlo, lo sé. Y sé que hubo un tiempo en el que podía ver con su ojo derecho y oír con su oído derecho. Y hubo un tiempo en que la masa en su hombro era más pequeña, y su brazo no estaba afectado en lo más mínimo. Se quedará ciego y sordo y no podrá utilizar el brazo derecho…, él lo sabe. Y tú también.

Hubo un muy largo silencio. Me tendí en el terreno que había limpiado y cerré los ojos. Aun así, podía seguir viendo perfectamente bien, y muchos humanos lo sabían. No obstante, de algún modo, se sentían más a gusto cuando sólo eran observados con los tentáculos sensoriales. Se *sentían* como no observados.

—¿Por qué quieres curarnos? —preguntó Jesusa—. Nos atraes a una trampa, nos alimentas, y quieres curarnos. ¿Por qué?

Abrí los ojos.

—Me estaba sintiendo muy solitario —le dije—. Me habría alegrado ver… casi a cualquier persona. Pero, cuando me di cuenta de que os pasaba algo malo, quise ayudaros. Necesitáis ayuda. Aún no soy un adulto, pero no puedo desentenderme de las enfermedades: soy un ooloi.

Su escasa reacción me sorprendió. Había esperado cualquier cosa, desde el rechazo cargado de prejuicios de João hasta incluso un escaparse a la carrera hacia el interior del bosque. Sólo los ooloi se interrelacionaban directamente con los humanos y producían niños. Sólo los ooloi se interrelacionaban con los humanos de un modo absolutamente no humano.

Y sólo los ooloi necesitaban curar. Los machos y las hembras podían aprender a curar, si estaban interesados en ello. Los ooloi no teníamos elección: existíamos para crear el pueblo, para unirlo y para mantenerlo.

Jesusa tomó la mano de Tomás y me miró con terror. Tomás la miró, se tocó pensativamente el cuello y la volvió a mirar.

—Así que no es cierto lo que dicen —susurró.

Ella le lanzó una mirada que era más expresiva que un alarido.

Él se echó un poco hacia atrás, se volvió a tocar el cuello y no dijo nada más.

—Pensaba... —La voz de Jesusa tembló, y hubo un momento de pausa. Cuando empezó a hablar de nuevo, el temblor había desaparecido—. Pensaba que todos los ooloi tenían cuatro brazos..., dos con huesos y otros dos sin.

—Brazos de fuerza y brazos sensoriales —expliqué—. Los brazos sensoriales llegan con la madurez. Aún no soy lo bastante mayor para tenerlos.

—¿Eres un niño? ¿Un niño tan alto como un adulto?

—Ya no creceré más, a excepción de los brazos que me saldrán. Pero me desarrollaré en otras cosas. Sin embargo, no soy exactamente un niño: los niños más pequeños no tienen un sexo definido, potencialmente pueden ser de cualquiera de los tres sexos. Y yo soy definidamente un ooloi..., un subadulto, como dirían mis padres; un chico ooloi.

—Un adolescente —decidió Jesusa.

—No. Los adolescentes humanos son sexualmente maduros. Se pueden reproducir. Yo no puedo. —Dije esto para tranquilizarles, pero no parecieron tranquilizarse.

—¿Y cómo puedes curarnos, si sólo eres un chico?

Sonreí.

—Para eso sí que soy lo bastante mayor. —Mi mirada parecía confundirlo a él, pero a ella sólo la molestaba. Jesusa me frunció el ceño: ella sería la difícil de tratar. Tenía ya deseos de tocarla, de aprender su cuerpo, de curar la enfermedad que nunca debería haber tenido. Algún ooloi les había hecho un flaco favor a ella y a Tomás, tratándolos más descuidadamente de lo que hubiera imaginado posible.

Cambié de tema de modo súbito:

—Mañana os enseñaré algunas de las cosas que podéis comer aquí en el bosque. Ese tubérculo es sólo una de tantas. Si os mantenéis en movimiento, la selva os puede sustentar de un modo muy confortable. —Hice una pausa—. ¿Podéis aún ver lo bastante como para haceros jergones, o vais a dormir sobre el suelo desnudo?

Tomás suspiró y miró en derredor.

—Supongo que en el puro suelo. Les vamos a hacer un buen favor a los insectos de los alrededores. —La pupila de su ojo era grande, pero yo dudaba de que pudiera ver más allá de la luz del fuego. La luna aún no se había alzado, y la luz de las estrellas sólo les era útil a los humanos cuando iban en bote por un río: poca de ella llegaba al suelo de la selva, bajo la

cúpula verde.

Me levanté y di la vuelta al fuego para ir hasta donde estaban ellos.

—Déjame usar tu machete unos instantes.

Jesusa agarró el brazo de Tomás para detenerlo, pero éste se limitó a tenderme su machete. Lo tomé y me metí en el bosque. En aquella zona había muchísimo bambú, así que corté unos cuantos tallos de brotes jóvenes. Los cubriría con hojas de palmera y plátano silvestre. También tomé una mano de plátanos: podríamos cocerlos para el desayuno, pues aún no estaban lo bastante maduros como para ser comidos crudos por los humanos. Y había un nogal próximo..., por no mencionar más tubérculos. Todo esto muy cerca y, sin embargo, Tomás estaba muy hambriento cuando yo lo había tocado.

—No has cortado nada para ti —me dijo Jesusa cuando les devolví el machete. Para ella suponía mucho el que le devolviese el cuchillo y, además, que le hiciera un jergón confortable sobre el que dormir. Aún seguía desconfiando, pero no estaba tan al borde del histerismo.

—Estoy acostumbrado a dormir en el suelo —le expliqué—. Y ningún insecto me molestará a mí.

—¿Por qué?

—No huelo bien para los insectos. Y aún les sabría peor.

Ella se lo pensó un instante.

—Eso te puede proteger contra los insectos que muerden, pero, ¿y contra los que aguijonean?

—Incluso contra ésos. Huelo de un modo molesto y peligroso. Los humanos no captan ese olor en ningún modo negativo, pero los insectos sí, siempre.

—¡Oh, yo estaría dispuesto a ser hediondo, si eso los mantuviese lejos! ¿Podrías hacerme inmune a ellos?

Jesusa se volvió para lanzarle a Tomás una mirada cortante.

Yo sonreí para mí.

—No, en eso no puedo ayudarte. —No hasta que me dejasen dormir entre ellos. Pero los insectos les molestarían menos mientras los estuviera curando. Y, si algún día se atriaban con un ooloi adulto, los insectos prácticamente ya no los molestarían. Pero ya llegaría el momento en que se enterasen de aquello. Así que me acosté de nuevo junto al moribundo fuego.

Jesusa y Tomás yacieron en silencio, primero despiertos, luego cayendo en el sueño. Yo no dormí, pese a que me quedé quieto, descansando. El aroma de los humanos era un pequeño tormento para mí, porque no podía tocarlos..., no iba a tocarlos hasta que hubieran aprendido a confiar en mí. Había algo extraño en ellos, al menos en Tomás..., algo que todavía no entendía. Y el que yo no lograse entender algo era poco habitual. Normalmente, si tocaba a alguien para corregir algún fallo, comprendía por completo el cuerpo de esa persona. Tenía que volver a ponerle las manos encima a Tomás. Y tenía que tocar a Jesusa. Pero deseaba que fueran ellos

quienes me autorizasen a hacerlo. A pesar de ser inmaduro, mi aroma debía de estar actuando en ellos. Y el cuello curado de Tomás también debía de estar actuando en él. No era posible que le gustasen sus otros crecientes problemas..., y, desde luego, seguro que a los otros humanos no les gustaba el aspecto que tenía. A los humanos les preocupaba mucho el aspecto corporal de las personas: incluso Jesusa les debía de parecer grotescamente distinta..., a pesar de que ni Tomás ni Jesusa parecían actuar de un modo que sugiriese que les importaba el aspecto que tenían. Lo cual era muy poco usual. Quizá fuese porque ellos eran dos. Si eran compañeros de camada, aquello significaba que habían estado juntos la mayor parte de sus vidas. Quizá se apoyaban el uno al otro.

6

A la mañana siguiente, se despertaron justo antes del alba. Jesusa fue la primera en hacerlo. Sacudió a Tomás para despertarlo, luego le puso una mano sobre la boca para que no hablase. Él le apartó la mano de la boca y se puso en pie. ¿Cuánto podían ver? Aún era muy oscuro.

Jesusa señaló río abajo, a través de la selva.

Tomás agitó la cabeza, luego me miró y volvió a agitar la cabeza.

Jesusa tiró de él, expresándole terror y súplica, tanto con su rostro como su cuerpo. Él volvió a agitar la cabeza, tratando de asirle los brazos. Su comportamiento era tranquilizador, pero ella le eludió. Se alzó y lo miró desde arriba. Él no quería levantarse.

Ella se volvió a sentar, tocándole, con su boca contra la oreja de él. Era más como si respirase que no dijese las palabras. Las escuché, pero quizá no lo habría hecho si no hubiera estado esforzándome en ello.

—¡Por los otros! —susurró—. ¡Por *todos* los otros, *tenemos* que irnos!

Cerró los ojos por un momento, como si las suaves palabras le hicieran daño.

—Lo siento —respiró ella—. De veras que lo siento.

Él se alzó y la siguió a la floresta. No se volvió a mirar. Cuando ya no pude verles, también yo me levanté. Estaba bien descansado y dispuesto a seguirles la pista..., a mantenerme fuera de su vista, a escucharles, a enterarme de cosas. Para ir a casa tenían que ir río abajo, igual que yo. Esto me resultaba conveniente, a pesar de que, en realidad, los hubiera seguido a cualquier parte. Y, cuando volviese a hablar con ellos, sabría las cosas que ellos no habían querido que supiese.

Los seguí durante la mayor parte del día. Fuera lo que fuese lo que les empujaba, no les permitía detenerse más que unos pocos minutos, de vez en cuando, para descansar. Casi no comieron nada hasta el final del día, cuando, con unos anzuelos de metal que no me habían enseñado, lograron pescar unos pocos peces pequeños. El olor de esos peces cocinándose me resultó molesto, pero al menos la conversación fue interesante.

—Deberíamos regresar —decía Tomás—. Tendríamos que cruzar el río para evitar a Khodahs, y luego deberíamos regresar.

—Lo sé —aceptó Jesusa—. ¿Quieres hacerlo?

—No.

—Pronto lloverá. Hagámonos un refugio.

—Una vez estemos en casa, ya nunca más volveremos a ser libres —dijo él—. Nos vigilarán continuamente, y es muy probable que nos tengan encerrados un tiempo.

—Lo sé. Corta hojas de esa planta y de esa otra. Son lo bastante grandes para poderlas usar en el techo.

Silencio. Sonidos de un machete golpeando. Y, algo más tarde, la voz de Tomás:

—Preferiría quedarme aquí, aunque cada día me calase la lluvia y tuviera que seguir pasando hambre todos los días. —Hubo una pausa—. Casi me cortaría el cuello antes que volver.

—Volveremos —dijo Jesusa en voz queda.

—Lo sé —suspiró Tomás—. De todos modos, ¿quién si no nos iba a aceptar…, como no fuese la gente de Khodahs?

Jesusa no dijo nada sobre ese tema. Trabajaron durante un rato en silencio, probablemente erigiendo su refugio. A mí no me importaba que me calase la lluvia, así que me tendí en silencio y yací con la mayor parte de mi atención enfocada en los dos humanos. Si alguien se me acercaba desde una dirección diferente me daría cuenta de ello, pero si los animales o la gente se limitaban a andar por los alrededores, no acercándose en mi dirección, no me daría cuenta consciente de ellos.

—Deberíamos haber dejado que Khodahs nos enseñase cuáles son las plantas comestibles de por aquí —dijo Tomás por fin—. Probablemente hay comida por todas partes a nuestro alrededor, pero no la reconocemos. Y estoy lo bastante hambriento como para comerme ese insecto tan grande de ahí.

—Hermano — dijo Jesusa con voz divertida—, ésa es una gran cucaracha roja muy hermosa. Yo no creo que me la pudiese comer.

—Al menos, cuando volvamos a casa, allí habrá menos insectos.

—Nos separarán. —La voz de Jesusa se hizo de nuevo amarga—. Me harán casarme con Darío. Él tiene la cara sin marcas, quizá tengamos más niños con la cara sin marcas que de los otros.

Suspiró.

—Tú tendrás que escoger entre Virida y Alma.

—Alma —dijo él, cansinamente—. Ella me quiere. ¿Qué te parece que pensará de tener que llevarme a todas partes de la mano? ¿Y cómo nos hablaremos el uno al otro cuando me quede sordo?

—Calla, hermanito. ¿Por qué pensar en ello?

—Tú no tienes por qué…, a ti no te pasará. —Hizo una pausa, y luego continuó, con triste ironía—: Eso te deja libre para preocuparte tan sólo de tener hijo tras hijo tras hijo; ver cómo la mayor parte de ellos mueren, y escuchar cómo alguna anciana de cara sin marcas, que parece más joven que tú, te dice que ya estás dispuesta para volver a hacerlo…, cuando ella no lo ha hecho en su vida.

Silencio.

—Jesusita.

-¿Sí?

—Lo siento.

—¿Por qué? Lo que dices es cierto, le pasó a mamá. Y me pasará a mí.

—Puede que ya no sea tan malo. Ahora somos más.

En un tono que desmentía cada palabra que decía, Jesusa lo aceptó:

—Sí, hermanito. Quizá las cosas sean mejores para nuestra generación.

Guardaron silencio durante tanto tiempo que pensé que ya no volverían a hablar, pero él dijo al cabo:

—Me alegra haber visto la floresta de las tierras bajas. A pesar de todos sus insectos y otras molestias, es un buen lugar, henchido de vida, borracho de vida.

—A mí me gustan más las montañas —contestó ella—. Allí el aire no es tan denso ni tan húmedo. El hogar siempre es lo mejor.

—Quizá no, si no lo puedes ver ni oír. No quiero esa vida, Jesusa. No creo que la pueda soportar. ¿Por qué tengo que ayudar a darle al pueblo más feos seres deformes? ¿Me lo agradecerán mis hijos? No creo que lo hagan...

Jesusa no hizo comentario alguno.

—Me cuidaré de que regreses —dijo él—. Eso te lo prometo.

—Ambos regresaremos —cortó ella, con una sequedad no habitual—. Conoces cuál es tu deber tan bien como yo sé cuál es el mío.

Ya no hubo más charla.

Ya no hubo más necesidad de charla. *¡Eran fértiles!* Los dos. Aquello era lo que yo había encontrado en Tomás..., encontrado, pero no reconocido: que era fértil y era joven. *¡Era joven!* Nunca antes había tocado a un humano como él..., y él nunca había tocado a un ooloi. Yo había pensado que el envejecimiento rápido formaba parte de su problema genético, pero ahora podía darme cuenta de que estaba envejeciendo en la forma en que envejecían los humanos antes de su guerra..., antes de que los oankali llegasen para rescatar a los supervivientes y prolongar sus vidas.

Probablemente, Tomás era más joven que yo. Probablemente, ambos eran más jóvenes que yo. *¡Podía atriarme con ellos!*

Jóvenes humanos, nacidos en la Tierra, fértiles entre ellos. ¡Una colonia de ellos..., enfermos, deformes, pero capaces de tener hijos!

Vida.

Me quedé completamente quieto. Tuve que esforzarme para no levantarme e ir de inmediato a su encuentro. Quería ligarlos a mí, absoluta y permanentemente. Quería acostarme entre ellos esta noche. Ahora. Y, no obstante, si no me andaba con cuidado, me rechazarían, escaparían de mí. Lo que era peor, tenía que encontrar su pueblo oculto. Tendría que traicionarlos a mi familia, y mi familia tendría que decírselo a otros. Había que hallar esa colonia de humanos fértiles y capturar a la gente que la formaba. Se les permitiría escoger entre Marte, unirse a nosotros, o la esterilidad aquí en la Tierra. No podía permitírseles que siguiesen reproduciéndose en este mundo para morir más tarde, cuando nosotros nos separásemos y dejásemos tras nosotros una roca inhabitable.

Esto último no se le decía a ningún humano que no hubiese tomado la decisión de vivir con nosotros. Se les daba a elegir, pero no se les explicaba

el motivo de la elección.

¿Qué se les podía decir a Tomás y Jesusa? ¿Qué se les podía decir para que aceptasen que su pueblo no podía seguir viviendo tal como lo había hecho hasta ahora? Era obvio que a Jesusa, en especial, le importaba muy intensamente lo que le pudiera pasar a ese pueblo; tanto, que estaba a punto de sacrificarse por ellos. Y a Tomás le importaba lo suficiente como para alejarse de una segura curación, cuando era eso lo que más desesperadamente deseaba. Ahora, resultaba claro, estaba pensando en la muerte, en acabar definitivamente. No deseaba volver de nuevo a su casa.

¿Cómo podría ninguno de ellos ser mi cónyuge, sabiendo lo que le haría mi pueblo al suyo?

Y, ¿cómo iba a acercarme a ellos? Si hubieran sido unos cónyuges potenciales y nada más, hubiera ido a ellos ahora mismo. Pero, una vez que Jesusa comprendiese que yo conocía su secreto, su primera pregunta sería: «¿Qué le pasará a nuestro pueblo?». Y no aceptaría evasivas. Si le mentía, acabaría por enterarse de la verdad, y no creo que fuera a perdonarme una tal mentira. Pero, ¿me perdonaría por una tal verdad?

Cuando ella y Tomás supiesen que el secreto de su pueblo había sido descubierto, ¿decidirían matarme a mí, matarse ellos, o ambas cosas?

7

Al día siguiente, Jesusa y Tomás cruzaron el río y tomaron el camino de vuelta a casa. Les seguí. Les dejé cruzar, esperé hasta que ya no pude verlos u oírlos, y entonces también yo crucé a nado. En realidad, nadé un rato río arriba, disfrutando de la intensa y fría agua. Por fin, fui hasta la orilla y descubrí el rastro de su olor entre los otros muchos.

Quizá debería seguirles todo el camino hasta su casa, descubrir su localización, y llevarle a mi familia la información. Luego otra gente, oankali y construidos, harían lo que fuese necesario. Yo no tendría nada que ver con ello. Pero también era posible que no se me permitiese atriarme con Jesusa y Tomás. A pesar de todo, quizá fuese mandado a la nave. Y Jesusa y Tomás podrían elegir entre ir a Marte, una vez otros los hubiesen curado y explicado las posibilidades de elección de que disponían, o podrían atriarse con otros...

Cuanto más los seguía, más los deseaba, y menos probable me parecía que jamás fuera a tenerlos como cónyuges.

Al cabo de cuatro días, ya no podía soportarlo más. Simplemente, me fui con ellos. Si no los podía tener como cónyuges de un modo permanente, al menos podía disfrutar de ellos por un tiempo.

Aquella noche no habían cogido ningún pescado. Habían encontrado higos silvestres y los habían comido, pero dudaba que aquello los hubiera satisfecho.

Hallé nueces y fruta para ellos, y raíces que podían ser asadas y comidas. Lo metí todo en una burda cesta que había entretejido con lianas delgadas y forrado con hojas grandes. Sólo podía hacer esto mordiendo las lianas de un modo que hubiera repugnado a los resistentes, así que estuve contento de que no pudieran verme. Un resistente me había dicho, años antes, que se suponía que nosotros, los oankali y los construidos, éramos seres superiores, pero que insistíamos en actuar como animales. Extrañamente, ambas ideas parecían molestarle.

Tomé mi cesta de comida y fui silenciosamente hasta el campamento de Jesusa y Tomás. Era ya oscuro, y habían construido un pequeño refugio y prendido un fuego. El fuego aún ardía, pero ya se habían echado en sus jergones. La respiración acompasada de Jesusa me decía que dormía, pero Tomás yacía despierto. Su ojo estaba abierto, pero no me vio hasta que estuve a su lado.

Entonces, antes de que pudiera levantarse, antes de que pudiera gritar, estuve agachado junto a él, una mano sobre su boca, la otra en su mano obligándole a mantener aferrado, pero quieto, el machete.

—Khodahs —susurré, y dejó de debatirse y me miró.

—¡*No* puedes ser tú! —musitó, cuando le dejé hablar. Se acordaba de un Khodahs escamoso, como un reptil humanoide. Pero yo no podía haber permanecido al alcance de su olor durante cuatro días y seguir con aquel aspecto. Ahora tenía la piel oscura y cabellos negros, y pensaba que era muy posible que tuviese el aspecto que tendría Tomás cuando yo lo curase. Él era a quien yo había tocado y estudiado.

Me dejó tomar el machete de su mano y dejarlo a un lado. Yo ya tenía varios tentáculos corporales unidos a su sistema nervioso. Lo puse a dormir, de forma que pudiese ocuparme de Jesusa antes de que ella se despertase.

Desde el momento en que le había dicho mi nombre, ya no había tenido miedo.

—¿Me curarás? —me susurró, en los últimos instantes de consciencia.

—Lo haré —le prometí—. Del todo.

Cerró su ojo, confiándose a mí de un modo que hizo que me resultase difícil retirarme de él y volverme para ocuparme de Jesusa.

Cuando me volví, casi era demasiado tarde: ella estaba despierta, con sus ojos llenos de confusión y terror. Se echó hacia atrás mientras yo me volvía, y casi apretó el gatillo del rifle que tenía en sus manos.

—Soy Khodahs —le dije.

Me disparó.

La bala me traspasó uno de los corazones, y apenas si pude contenerme para no abalanzarme instintivamente sobre ella y matarla de un aguijonazo. Le arranqué el arma de entre las manos y la lancé contra un árbol cercano. Se partió en pedazos, la culata de madera se astilló y separó del metal, y éste se dobló.

Agarré sus muñecas para que no pudiese correr. No me atrevía a ponerla a dormir, pues no confiaba en mis capacidades hasta que no tuviera mi propio problema bajo control.

Ella luchó por soltarse y gritó a Tomás que se despertase y la ayudase. Consiguió morderme en dos ocasiones, logró darme una patada entre las piernas..., pero entonces dejó de debatirse por un momento, para absorber la realidad de que en mi entrepierna sólo había piel lisa, y que una patada en tal lugar no me molestaba en lo más mínimo.

Se retorció desesperadamente y trató de arrancarme los ojos. La seguí aferrando. Tenía que mantenerla sujeta. Ella no podía ver en la oscuridad. Podía correr por el oscuro bosque y hacerse daño..., o llegar hasta la orilla del río y caer por el empinado farallón que había allí. O quizás intentase dispararme de nuevo con lo que quedaba del fusil, o usar el machete contra mí. No podía dejar que se hiciera daño, o quizás intentara hacérmelo de nuevo a mí, y que esta vez me obligase a matarla. Nada sería más irracional que aquello.

De repente dejó de debatirse, y se quedó mirando una de las heridas que me había hecho en el brazo izquierdo. A la luz de la hoguera, incluso sus ojos humanos podían ver cómo se estaba cicatrizando, y esto pareció fascinarla. Miró hasta que no quedó señal visible de la herida..., sólo una pequeña mancha de sangre y saliva.

—También estás haciendo eso por dentro —afirmó, más que preguntó—. Te estás curando la herida.

Me recosté, arrastrándola conmigo. Se quedó echada, de cara a mí, contemplándome con miedo y desconfianza.

—Puedo curarme a mí mismo casi tan bien como la mayoría de adultos —le expliqué—. En cambio, aún no soy muy bueno en controlar mi dolor.

Ella pareció preocupada, pero luego endureció deliberadamente su expresión.

—¿Qué es lo que le has hecho a Tomás?

—Sólo está dormido.

—¡No! Hubiera despertado…

—Lo he drogado un poquito. No le importó. Le prometí que lo curaría.

—¡No queremos tus curas!

Lo peor del dolor de mi herida ya había pasado. Me relajé, reconfortado, e inspiré profundamente. Le solté las manos y las retiró, se las miró, y luego volvió a mirarme a mí.

Le hice una mueca sonriente.

—Ahora ya no tienes miedo de mí. Y ya no quieres volver a hacerme daño.

Podía notar cómo la expresión de su rostro se tornaba más cálida. Se sentó bruscamente, bastante en contra de su propia voluntad. Mi aroma ya estaba haciéndole efecto. Probablemente tendría dificultades para resistirlo, porque no lo captaba de un modo consciente.

—Realmente no deseamos tus curas —repitió—. Aunque…, lamento haberte pegado un tiro.

Siguió sentada muy quieta, mirándome desde arriba.

—¿Sabes? —prosiguió—. Te pareces a Tomás. Te pareces al modo en que debería vérsele a él. Podrías ser nuestro hermano…, o quizá nuestra hermana.

—Nada de eso.

—Lo sé. ¿Por qué nos has seguido?

—¿Por qué huisteis de mí?

Miró el machete. Para agarrarlo tendría que rodearnos a Tomás y a mí.

—No, Jesusa —le aconsejé—. Quédate donde estás. Déjame que hable contigo.

—Sabes lo nuestro, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí.

—Estaba segura de que lo sabrías…, en cuanto nos hubieses tocado a los dos.

—Debería de haberlo sabido tan sólo por vuestro aroma. Y, en cambio, dejé que vuestra enfermedad y mi inexperiencia me confundiesen. Pero no, no me enteré de lo que sé simplemente por haberos tocado ahora. Lo supe por seguiros y escucharos hablar a Tomás y a ti.

Su rostro tomó una expresión de enfado.

—¿Nos espiaste? ¡Te escondiste entre la maleza y estuviste escuchando lo que le decía a mi hermano!

—Lo siento, pero sí. Habitualmente no hacemos estas cosas, pero tenía que saber más de vosotros. Necesitaba conoceros.

—¡No necesitabas nada de eso!

—Erais nuevos para mí. Nuevos, diferentes, necesitados de ayuda por vuestro problema genético, y estabais solos. Sabíais que yo os podía ayudar y, sin embargo, escapasteis. Cuando nos conozcáis mejor sabréis que hacer esto es como llevarme a rastras, atado con varias cuerdas. La cuestión no era si os seguiría o no, sino cuánto tiempo os podría seguir sin unirme otra vez a vosotros.

Ella agitó la cabeza.

—No creo que me guste tu gente, si todos os sentís inclinados a hacer este tipo de cosas.

—Ha pasado ya más de un siglo desde que alguien de mi familia vio a alguien como vosotros. Y vosotros..., quizá ya no tendréis que preocuparos acerca de llamar la atención de otros de mi gente.

—¿Y qué es lo que harás, ahora que sabes lo nuestro? ¿Qué es lo que quieres de nosotros?

—De eso tenemos que hablar —le dije—. Tú, Tomás y yo. Pero, antes, quería hablar contigo.

—¿Y bien? —me dijo

Me la quedé mirando durante un rato, simplemente disfrutando de su aspecto y de su aroma. Quizás aún me dejase. Ya no lo deseaba, pero era muy *capaz* de causarse daño a sí misma, si creía que eso era lo adecuado.

—Échate aquí conmigo —le dije, sabiendo que no lo haría. Aún no.

—¿Por qué? —me preguntó, con el ceño fruncido.

—Somos muy táctiles. No sólo disfrutamos del contacto, sino que lo necesitamos.

—No conmigo.

Al menos, no se apartó de mí. Mi corazón izquierdo aún no estaba curado, así que no me alcé. Tomé su mano y la retuve un momento, mientras la exploraba con los tentáculos de mi cuerpo. Esto la sobresaltó, pero no la hizo caer en la fobia de terror a que estaban sujetos algunos humanos cuando los tocábamos de este modo. En lugar de ello, se inclinó para observar mejor mis tentáculos corporales. Éstos estaban ahora muy separados unos de otros, y eran del mismo color marrón que el resto de mi piel. Mis tentáculos de la cabeza, que se hallaban ocultos entre mis cabellos, eran tan negros como el color de mi pelo.

—¿Puedes moverlos a voluntad? —me preguntó.

—Sí. Tan fácilmente como tú mueves los dedos. Nunca antes los habías visto, ¿verdad?

—He oído hablar de ellos..., durante toda mi vida. Me habían dicho que eran como serpientes, y que los oankali estaban cubiertos por ellos.

—Algunos lo están. Ningún oankali tiene tan pocos como yo tengo ahora. Incluso yo mismo poseo el potencial de desarrollar muchos más.

Ella se miró su propio brazo, con las docenas de pequeños tumores.

—En realidad, creo que lo mío es más feo —dijo.

Yo me eché a reír y, con gran satisfacción, tiré de ella para acostarla de nuevo a mi lado. En realidad no le importaba: estaba recelosa, pero no temerosa.

—Tienes que decirme qué es lo que va a pasar —me dijo—. Tengo miedo por mi gente. Me lo tienes que decir...

Puse su cabeza en mi hombro, para así poder alcanzarla tanto con los tentáculos craneales como con los corporales. Me dejó hacerlo, y luego se quedó relajada, pero alerta, recostada contra mí. Hice desaparecer su agotamiento, pero no la dejé quedarse adormilada. Era más joven de lo que me había imaginado. Nunca había tenido un compañero, al estilo humano. Y ahora ya no lo tendría. Me sentí como si pudiera absorberla dentro de mí. Y, sin embargo, me parecía muy lejana. Si pudiese acercarla más, tocarla con más tentáculos sensoriales, tocarla con..., con aquello que aún no poseía.

—Esto es maravilloso —me dijo ella—. Pero no sé por qué ha de serlo.

Durante un rato no dijo más. Descubrió por sí misma que, si me tocaba ahora con la mano, sentía el tacto como si estuviese tocando su propia piel, notando el mismo placer o molestia que me hacía sentir a mí.

—Tócame —me dijo.

Le toqué la cadera, y su cuerpo se prendió en una sensación erótica. Esto la sorprendió y la asustó, y me agarró la mano libre y la mantuvo entre las suyas.

—No me lo has dicho todo —comentó.

—En cierto modo te lo he dicho todo, y sin palabras.

Soltó mi mano y volvió a tocarme, dejando que la sensación que compartíamos la guiase, de modo que las yemas de sus dedos se deslizaron en torno a las bases de algunos de mis tentáculos sensoriales. Se detuvo un instante antes de que yo mismo la hubiese hecho parar. La sensación era demasiado intensa.

Me tomó la mano y la puso sobre sus pechos, y recordé lo que había sido el tener pechos para João, y el mamar de los pechos de Lilith. Los pechos de Jesusa, cubiertos por una burda tela áspera contra mi mano, eran pequeños y maravillosamente seductores. ¿Cómo habría podido acostumbrarse a aquel tejido tan áspero? Probablemente nunca habría llevado otra ropa.

Gimió y compartió conmigo el placer de su cuerpo, hasta que aparté mi mano y, de mala gana, me desconecté de ella.

—¡No! —exclamó.

—Ya sé. Esta noche dormiremos juntos. Pero ahora tengo que hablar contigo, y quería que antes experimentases un poco de esto. Quería que, por un rato, vivieses en mi piel.

Se sentó y miró a Tomás, que seguía durmiendo.

—¿Es esto lo que haces? —me preguntó. Lo que quería decir es si era todo lo que hacía.

—Por ahora. Cuando sea adulto, podré hacer más. Y, también..., incluso ya ahora, si paso mucho tiempo contigo, te curaré. Es inevitable.

—Si me curas, no podré ir a casa.

—Eso realmente no importa, Jesusa.

—Mi gente me importa. A mí me importa mucho.

—Tu pueblo se está atormentando innecesariamente. Seguro que ni saben lo de la colonia de Marte, ¿verdad?

—¿La qué...?

—Lo imaginaba. Y eso que, con vuestra experiencia de vivir a grandes altitudes, quizás estéis mejor adaptados para ella que la mayoría de los humanos. La colonia de Marte es exactamente lo que parece: una colonia de humanos que viven y se reproducen en el planeta Marte. Los hemos transportado allí, y les hemos dado las herramientas necesarias para que hagan de Marte un planeta habitable.

—¿Por qué?

—En Marte no hay oankali. Es un mundo humano.

—¡Éste debería ser un mundo humano!

—Ya no lo es. Y no volverá a serlo nunca.

Silencio.

—Es una cosa dura de imaginar, pero es la realidad. Los humanos que son enviados a Marte son curados del todo de cualquier enfermedad o defecto. A sus hijos sólo les transmitirán buena salud.

—¿Y qué más les han hecho?

—Nada. Ni siquiera lo que yo ya te he hecho a ti. Su curación no es llevada a cabo por un niño ooloi ansioso como yo, se la hace gente que es adulta y tiene cónyuges y no está especialmente interesada en ellos. Esto es bueno, si es que quieren ir a Marte. Es lo seguro.

—¿Debo de pensar que lo que hemos hecho no es lo seguro...?

—No lo es. En absoluto.

—Entonces, debes decirme qué es lo que quieres de mí..., y de Tomás.

Aparté por un momento mi rostro de ella. Aún podía perderla. Tenía muchas posibilidades de perderla.

—Ya sabes lo que quiero de ti. Tu gente debe de habértelo advertido. Quiero atriarme contigo. Con vosotros dos. Quiero que os quedéis conmigo.

—¿Ca...casarnos? ¡Pero..., pero si ni nos conocemos!

—¿No? Yo creo que sí nos conocemos, después de lo que hemos compartido. No creo que ninguno de vuestros sacerdotes quisiera unirnos con una ceremonia, pero nosotros los oankali y los construidos no hacemos mucho caso de los ceremoniales. Para nosotros el unirse de los cónyuges es algo biológico..., neuroquímico.

—No te entiendo.

—Nuestros cuerpos se complacen el uno al otro y dependen el uno del otro. Nos cuidaremos bien unos de otros, y tendremos hijos juntos. Los tres...

—¿Tener hijos con mi hermano?

—Jesusa... —Agité la cabeza—. Tu carne es tan parecida a la de él que podría trasplantar algo tuyo a su cuerpo y, con sólo un mínimo ajuste, podría vivir y crecer en él tan bien como lo hace en ti. Tu gente ha estado apareando hermano con hermana y padres con hijos durante generaciones.

—¡Ya no! ¡Ya no tenemos que seguir haciendo eso!

—Porque ahora ya sois más..., aunque todos seguís siendo parientes cercanos. ¿No es así?

No dijo nada.

—Y, desafortunadamente, hubo una mutación. O quizás uno de vuestros padres fundacionales tenía un grave defecto genético que fue controlado, pero no corregido. Eso no hubiera importado si hubiese habido un ooloi para limpiar el camino, pero no lo tenían —toqué su rostro—. Ahora tú ya lo tienes, así que..., ¿por qué tendrías que ser separada de Tomás?

Ella se echó hacia atrás.

—¡Nunca nos hemos tocado de ese modo!

—Lo sé.

—En el pasado, la gente hizo lo que tenía que hacer. Como cuando los hijos de Adán y Eva..., no había nadie más.

—En Marte ya hay un gran número de otros. ¿Por qué iba a querer tu pueblo quedarse aquí y dar a luz niños muertos, niños deformes? Deberían ir a Marte, o venir con nosotros. Serían bien recibidos.

Ella agitó lentamente la cabeza.

—Nos dijeron que erais el diablo.

Ahora fue mi turno de quedarme callado. Ella no creía en diablos. A pesar de su nombre, posiblemente ni siquiera creía demasiado en un dios. Creía en su gente y en lo que sus sentidos le decían.

—Nadie le hará daño a tu pueblo —le aseguré—. La gente que pasa tanto tiempo como pasamos nosotros dentro de la piel de otros es muy lenta para matar. Y, si le hacemos daño a alguien, lo curamos.

—Deberíais dejarlos en paz.

—No, no deberíamos.

—Ellos son sus propios dueños. No os pertenecen.

—No pueden sobrevivir tal cual son. Su reserva de genes es demasiado pequeña. Es sólo cuestión de tiempo hasta que alguna enfermedad o defecto los borre del mapa. —Callé un momento, pensando—. Soy lo bastante humano como para comprender lo que están tratando de hacer. Uno de mis hermanos inició la colonia de Marte porque comprendía la necesidad de los humanos de vivir por sí mismos, de no fundirse totalmente con los oankali.

—¿Tienes hermanos? —Me frunció el ceño, como si nunca se le hubiera ocurrido que ella y yo pudiéramos tener algo en común.

—Tengo hermanos y hermanas. Incluso tengo un compañero de camada ooloi. —¿Habría completado ya su primera metamorfosis? ¿Estaría la familia esperando mi regreso, para que Aaor y yo iniciásemos nuestro exilio extraterrestre? Si era así, que esperasen sentados.

Enfoqué en Jesusa. No podía mentirla y, sin embargo, tampoco podía contárselo todo. Sentía verdadera desesperación por conservarlos a ella y a Tomás: era casi seguro que el pueblo no me iba a permitir buscar cónyuges humanos en la nave, pero no me arrebataría unos que yo mismo hubiese hallado. Y quizás incluso no me exiliasen, si veían que, con aquellos humanos, era estable..., que no cambiaba a los otros ni me cambiaba a mí mismo, excepto de un modo deliberado y controlado. Y Aaor podía hallar también cónyuges entre la gente de Jesusa. Los querría tener, de eso no me cabía duda.

Así pues, ¿qué hacer?

—Mi gente luchará —dijo Jesusa.

—Serán gaseados y capturados —le expliqué—. A mi gente le gusta hacer esas cosas tan rápido como sea posible, para no tener que hacerle daño a nadie.

Me miró con ira..., casi con odio.

—No te diré dónde está mi gente. Antes me ahogaría que decírtelo.

—No pensaba preguntártelo.

—¿Qué? ¿Y cómo piensas averiguarlo?

—Yo no..., lo hará mi gente. Sabiendo que tu pueblo existe, lo hallará.

Ella no miró hacia el arma rota. Probablemente ahora no la habría visto en la oscuridad, pero su cuerpo deseaba darse la vuelta y mirar. Sus manos ansiaban el arma. Sus músculos se estremecían. Si me mataba, nadie averiguaría lo que yo sabía. Nadie iría en busca de su pueblo escondido.

De repente, tomé una decisión: tenía que saberlo todo, o ella podía morir defendiendo a su gente. Probablemente no me pudiera matar, pero podía provocar en mí un acto reflejo que me hiciese matarla a ella.

—Jesusa —le dije—, ven aquí.

Me miró con hostilidad.

—Ven. Voy a contarte algo de lo que mi propia madre humana no se

enteró hasta que hubo dado a luz a dos niños construidos. Y pocas veces se le dice esto a alguien de tu pueblo. Yo..., no tendría que contártelo, pero creo que debo. Ven.

Sus músculos deseaban moverla hacia mí. Mi aroma y su recuerdo de estar bien y del placer conmigo la atraían, pero, deliberadamente, se apartó.

—Dímelo —contestó—. Simplemente dímelo. Pero no vuelvas a tocarme.

No pronuncié palabra por un rato. Sería más fácil para ella creer lo que iba a contarle si estábamos en contacto. Normalmente, los humanos no comprendían por qué el estar unidos a nuestros sistemas nerviosos les permitía captar si era verdad o no lo que les decíamos, pero el caso es que lo sentían. Y ella no quería sentirlo. Todo su lenguaje corporal me afirmaba que no se iba a dejar convencer.

¿Había que explicárselo todo?

Había.

Hablé con voz muy convincente:

—Tú y tu hermano representáis la vida para mí. —Hice una pausa—. Y, de un modo distinto, yo represento la vida para tu pueblo. Morirán si se quedan donde están. *Todos ellos morirán.*

—Algunos de nosotros morimos, otros vivimos. —Agitó la cabeza—. No me importa lo que me digas. Nada nos matará, si tu gente nos deja en paz. Somos lo bastante fuertes como para resistir cualquier otra cosa.

—No.

—No sabes...

—¡Escucha, Jesusa! —Cuando guardó un irritado silencio, le expliqué lo que le iba a pasar a la Tierra, lo que quedaría de la misma cuando nos fuésemos—. No podrá vivir nada aquí, en lo que quede. Si tu gente permanece donde está y sigue multiplicándose, será destruida. Todos y cada uno de ellos. Hay vida para ellos en Marte, y también la hay aquí, con nosotros. Pero, si insisten en continuar donde están..., no se les permitirá seguir teniendo hijos. De este modo, cuando despedacemos la Tierra, tu pueblo habrá muerto de vejez.

Agitó lentamente la cabeza y contestó:

—No te creo. Ni siquiera tu gente puede destruir toda la Tierra.

—No, toda ella no. Es como... cuando te comes una fruta que tiene un corazón inmasticable, o una semilla que no se puede comer. De la Tierra quedará un núcleo rocoso..., una gran masa de material, útil para su explotación minera, pero no para vivir en él. Nosotros nos desperdigaremos por el Universo en muchas grandes naves. Cada una de ellas tendrá que poder autosostenerse en el espacio interestelar, quizá durante miles de años.

—¿Autosostenerse en...?

—Si te es más fácil, piensa en que se encontrará más allá de toda posible ayuda, o de cualquier fuente de suministro de la que pueda

depender.

—En el espacio..., entre las estrellas. ¿Es eso lo que quieres decir? Sin Sol. Casi sin nada.

—Sí.

—Los ancianos que nos criaron cuando nuestra madre murió..., sabían de esas cosas. Uno de ellos acostumbraba a escribir sobre ellas antes de la guerra, para ayudar a los otros a entenderlas.

No dije nada. Que pensase por un rato.

Permaneció sentada en silencio, frunciendo el ceño, agitando a veces la cabeza. Al cabo de un rato se frotó la cara con las manos y fue a sentarse al lado de Tomás.

—¿Debo despertarle? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

Me metí en el bosque y traje algunas ramas secas. La lluvia comenzó justo cuando hube regresado. Jesusa estaba sentada donde la había dejado, balanceándose un poco, hacia delante y hacia atrás. Colgué la cesta de comida que había traído de un trozo de rama sobresaliente que había quedado en uno de los arbolillos que habían cortado como soportes del refugio. Jesusa tenía hambre, pero ahora no quería comer. Yo podía satisfacer las necesidades de su cuerpo sin hacerla comer. Unido a ella, podía transferirle nutrición.

Alimenté el fuego y me fui a sentar junto a ella, con Tomás tendido entre nosotros.

—No sé qué pensar —me dijo con voz queda—. ¿Sabes?, mi hermano iba a morir.

Le acarició el negro cabello.

—Siempre va a morir alguien. —Hizo una pausa—. Iba a matarse tan pronto como me hubiera dejado a la vista de nuestra casa. No sé si se lo hubiera podido impedir.

—¿Lo ha intentado antes? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Ésa fue la razón de este viaje. Para mantenerlo un poco más con vida. —Me miró con rostro solemne—. No te necesitábamos para que nos dijeses que se estaba convirtiendo en un impedido total. Ya lo habíamos visto suceder en demasiada de nuestra gente. Y..., lo único que hicieron fue seguir teniendo hijos, hasta que les resultó físicamente imposible.

Le tocó su deforme rostro.

—El año pasado se rompió una pierna, y tuvo que permanecer echado boca arriba, con la pierna entablillada y atada a pesas, durante semanas. Les dijo a los ancianos que no recordaba lo que le había sucedido. Les dijo que se había caído. De otro modo, lo hubiesen encerrado. Pero los dos sabíamos que se había arrojado desde una altura: quería morir. Esa enorme caída hasta el río debería de haberlo matado, pero gracias a Dios no lo hizo.

Le prometí que haríamos este largo viaje antes de que nos casasen. Le dije que, cuando ya tuviese la pierna bien, escaparíamos; hacía años que él quería hacer esto. Sólo que, naturalmente, yo sabía que se equivocaba: jóvenes fértiles arriesgándose en los bosques de las tierras bajas, arriesgando la seguridad de todos... Lo hice por él. Yo ni siquiera quería venir aquí.

Las lágrimas resbalaban por su cara, pero no producía sonido alguno de llanto, ni siquiera intentaba secarse el rostro.

Tendí las manos por encima de Tomás, la así por la cintura y la alcé. No era nada pesada. La coloqué junto a mí para encontrarme entre ambos..., en mi sitio.

—Lo has salvado —le dije—. Has salvado su vida y la vida de toda tu gente. Y te has salvado a ti misma de una existencia de penas sin sentido.

—¿Tanto bien he hecho? Entonces, ¿cómo es que mi pueblo me mataría si lo descubriese?

Me creía. No le hacía sentirse mejor, pero me creía.

—No podemos volver a casa —me dijo—. Los ancianos siempre nos decían que, si tu gente descubría la verdad sobre nosotros, nos encontrarían, y que lo que estábamos tratando de reconstruir sería destruido.

—Quizá sólo sea curado y transportado a Marte. Todo el que quiera ir allí, allí será enviado.

—No te creerán. Ni siquiera me creerán a mí. Aunque ahora volviese a casa y no dijese nada, cuando tu gente viniese a buscarnos, mi pueblo sabría que les he traicionado.

—No es eso lo que has hecho. Y, además, quiero que te quedes conmigo.

Me estudió, y entre los ojos se formaron arrugas verticales, allá donde tenía una pequeña zona de piel sana.

—No sé si podré hacer eso —me dijo.

—Ahora estás conmigo. —Me recosté y acerqué más a Tomás, de modo que todos los tentáculos sensoriales de ese lado de mi cuerpo pudiesen alcanzarlo. El conectar con él fue un estremecimiento tan dulce y fuerte que, por un momento, me quedé sin visión. Cuando el estremecimiento me hubo recorrido, me di cuenta de que Jesusa me estaba mirando. Tendí una mano y la atraje hacia nosotros. Lanzó un jadeo cuando la unión quedó completada. Luego gruñó y movió su cuerpo para poder poner más del mismo en contacto con el mío. Tomás, que realmente aún no estaba totalmente despierto, hizo lo mismo, y yacimos totalmente sumergidos los unos en los otros.

8

A la mañana siguiente, la mayoría de los pequeños tumores de Jesusa habían desaparecido, reabsorbidos por su cuerpo. Aún no estaba realmente curada, pero, por primera vez desde su niñez, su piel volvía a ser suave y tersa. Lloró mientras comía el desayuno que preparé con lo que había en mi cesta. Y se examinó una y otra vez.

Los tumores de Tomás eran mayores y le llevaría más tiempo eliminarlos, pero resultaba claro que habían empezado a empequeñecerse.

Nos habíamos despertado todos a la vez, lo cual significaba que se habían despertado cuando yo lo había hecho. No quería correr el riesgo de que Jesusa se pusiese a pensar y volviera a escaparse o, lo que aún era peor, que decidiese intentar matarme de nuevo.

Ellos se despertaron contentos y descansados, en mejor forma física de la que habían tenido desde hacía años. Ambos estaban fascinados por los obvios cambios de Jesusa.

Yo yacía entre ellos, confortablemente exhausto, a un nivel que me era totalmente nuevo: aquella noche, mi cuerpo había estado trabajando duro en dos personas. Y, sin embargo, nunca antes me había sentido tan bien, tan completo.

Tras tocarse la cara, los brazos y las piernas, y hallar únicamente piel lisa, Jesusa se echó a llorar, se inclinó hacia mí y me besó.

—Yo también —me dijo Tomás— siento un deseo muy extraño de hacer eso.

Lo dijo en un tono casi jocoso, pero había auténtica confusión tras sus palabras.

Me senté y le besé, saboreando la curación que había tenido lugar hasta el momento: una curación invisible, acompañada por el empequeñecimiento de sus tumores visibles. Su nervio óptico estaba siendo restaurado..., en contra del consejo genético original de su cuerpo. Enloquecidamente, esa porción de información genética decía que el nervio estaba acabado, y que los genes que controlaban su desarrollo no debían volverse activos de nuevo. Y, sin embargo, aquella enfermedad genética continuaba ocasionando el crecimiento de más y más tejido inútil, peligroso, en aquellos órganos ya terminados, impidiéndoles llevar a cabo su función.

En una sola noche, a Tomás le habían salido zonas de pelo en su rostro. Cuando toqué una de ellas, sonrió.

—Tendré que afeitarme —me dijo—. Si pudiera me dejaría barba, pero, cuando lo intenté una vez, Jesusa me dijo que parecía una alpaca esquilada por un niño de cinco años.

Fruncí el ceño.

—¿Una alpaca?

—Un animal de las montañas. Lo criamos por su lana..., para hacernos ropa.

—Oh —sonreí—. Creo que tu barba te crecerá de un modo más igualado cuando haya acabado contigo.

—¿Crees que alguna vez harás eso? —preguntó—. Acabar con nosotros, me refiero…

Los tentáculos libres de mi cabeza y cuerpo se apretaron contra mi piel con placentera tensión sexual.

—No —le dije con voz suave—. No lo creo.

También a él tenía que explicárselo todo. Jesusa, él y yo descansamos durante todo aquel día, luego nos acostamos juntos para compartir la noche. A la mañana siguiente empezamos una caminata de varios días…, de regreso al campamento de mi familia. No teníamos ninguna prisa. Les enseñé a encontrar y usar sin peligro la comida silvestre que había en el bosque. Ellos hablaban de su gente y se preocupaban por ella. Jesusa comentaba con auténtico horror el despedazamiento del planeta, pero Tomás parecía menos preocupado.

—A mí eso no me suena a real —dijo, simplemente—. Sucederá mucho después de que yo haya muerto. Y, si nos estás diciendo la verdad, Khodahs, no hay nada que nosotros podamos hacer para evitarlo…

—¿Os quedaréis conmigo? —pregunté.

Miró a Jesusa, y ésta miró a la lejanía.

—Si os quedáis conmigo, es seguro que viviréis hasta después del momento de la separación.

Me miró con el ceño fruncido, pensando. Ambos tenían sus períodos en que se quedaban silenciosos, pensativos.

Viajamos río abajo, caminando y descansando y disfrutando unos de otros, durante siete días. Siete buenos días. Los tumores de Tomás desaparecieron, y la visión volvió a su ojo. Mejoró su sentido del oído. Se miró a sí mismo en el agua de un pequeño estanque y comentó:

—No sé cómo voy a acostumbrarme a ser tan guapo.

Jesusa le tiró un puñado de barro.

En la mañana de nuestro octavo día juntos, estaba más cansado de lo que debiera. No comprendía el motivo hasta que descubrí que la piel de debajo de los sobacos me picaba más de lo habitual y que se había hinchado un poco. Sólo un poquito.

Estaba iniciando mi segunda metamorfosis. Pronto, en medio de la floresta, lejos incluso de nuestra casa temporal, caería en un sueño tan profundo que Tomás y Jesusa no serían capaces de despertarme.

9

—¿Os quedaréis conmigo? —les pregunté a Tomás y Jesusa mientras comíamos aquella mañana. No les había hecho esa pregunta a ninguno de los dos desde que habíamos iniciado el viaje. Cada noche había dormido envuelto por sus cuerpos, y quizás eso había ayudado a traer mi cambio. Los ooloi oankali acostumbraban a sufrir su transformación definitiva cuando habían hallado cónyuges. Éstos les daban la seguridad necesaria para el cambio. Los cónyuges cuidarían de ellos cuando estuviesen inermes, y los estarían aguardando cuando se despertasen. Ahora, mirando a Tomás y Jesusa, me sentí temeroso, desesperado. No tenían ni idea de lo mucho que los necesitaba.

Jesusa miró a Tomás, y éste habló:

—Yo quiero quedarme contigo. Realmente no sé lo que esto significará, pero lo deseo. No hay ningún otro lugar para mí. Pero tú nos quieres a los dos, ¿verdad?

—¿Querer? —susurré, y agité la cabeza—. Os necesito muchísimo..., a los dos.

Creo que eso les sorprendió. Jesusa se inclinó hacia mí.

—Tú has conocido seres humanos toda la vida —me dijo—, pero nosotros no habíamos conocido antes a nadie como tú. Y..., tú quieres que tenga hijos con mi hermano.

¡Ah!

—Tócalo —le dije.

—¿Cómo?

Esperé. No se habían tocado el uno al otro desde su primera noche conmigo. No se habían dado cuenta de ello, pero estaban evitando el contacto.

Tomás tendió al fin la mano hacia el brazo de Jesusa. Ésta sufrió un respingo, pero se quedo quieta. Tomás no llegó a tocarla: frunció el ceño y retiró la mano. Se volvió para mirarme.

—¿Qué sucede?

—Nada malo. *Puedes* tocarla. No disfrutarás con ello, pero puedes hacerlo. Si estuviera ahogándose, podrías sacarla del agua.

De repente, Jesusa hizo un gesto y lo agarró por la muñeca. La mantuvo asida por un momento, ambos rígidos con una repulsión que podían desear no reconocer. Tomás se obligó a sí mismo a cubrir la mano de ella, que ahora le resultaba repelente, con la suya.

Tan bruscamente como las habían juntado, las separaron. Jesusa logró impedirse limpiar su mano contra la tela de su ropa, pero a duras penas. Tomás no lo logró.

—¡Oh, Dios! —dijo ella—. ¿Qué es lo que nos has hecho?

Me alcé y fui a sentarme entre los dos. Aún podía caminar normalmente, pero incluso esos pocos pasos eran agotadores.

Tomé sus manos, descansando cada una de ellas en una de mis piernas, para así no tener que sostenerlas en el aire. Me fundí con su sistema nervioso y uní a ambos como si se estuvieran tocando el uno al otro. No era una ilusión: estaban en contacto a través de mí. Para ellos, era como si yo me hubiera «desvanecido». Por un instante estuvieron juntos, abrazándose el uno al otro. Y no había nadie entre ellos.

Cuando Jesusa hubo terminado de lanzar su grito de sorpresa, yo ya había «vuelto», y estaba más exhausto que nunca. Los solté y me tumbé.

—Si os quedáis —les dije—, lo que hagáis lo haréis a través de mí. Literalmente no os tocaréis el uno al otro.

—¿Qué es lo que pasa contigo? —me preguntó Tomás—. Ahora no parecías igual que otras veces.

—Oh, es que ya no soy el mismo. Estoy cambiando. En estos momentos. Estoy madurando…

No lo comprendían. En sus rostros vi preocupación e interrogaciones, pero aún no alarma. Aún no.

—Mi metamorfosis final está empezando ahora —les expliqué—. Durará bastantes meses.

Ahora si que parecían alarmados.

—¿Qué es lo que te pasará? —me preguntó Jesusa—. ¿Qué es lo que debemos de hacer por ti?

—Lo lamento —le dije—. No tenía ni idea de que la cosa estuviese tan próxima. La primera vez tuve varios días de preaviso. Si hubiera sucedido del mismo modo esta vez, habría podido ir hasta el río y llegar a casa sin vuestra ayuda. Ahora ya no puedo.

—¿Creías que te íbamos a abandonar? —me preguntó Jesusa—. ¿Es por esto por lo que nos has vuelto a pedir hoy que nos quedásemos contigo?

—No pensaba que fuerais a iros y dejarme aquí, eso no. Pero sí quizá que… no fuerais a esperar.

—¿Unos meses?

—Puede que hasta un año.

—Tendremos que llevarte de vuelta con tu familia. Nosotros no podremos hallar la comida suficiente…

—Espera. ¿Podéis hacer… una balsa? Hay árboles jóvenes justo al lado de la orilla, y más hacia el interior hay muchas lianas. Si podéis construir algo que navegue, mientras yo aún estoy despierto, podremos ir río abajo hasta el campamento de mi familia. No dejaré que os perdáis. Luego,.., si queréis abandonarme, mi familia no intentará reteneros.

Jesusa se sentó cerca de mi cabeza.

—Si nos vamos, ¿tú estarás bien?

La miré durante largo rato antes de poder contestar.

—Naturalmente que no.

Se alzó y caminó hasta poca distancia de mí, dándome la espalda. Tomás se trasladó al sitio que ella había dejado y me tomó la mano.

—Construiremos la balsa —dijo—. Te llevaremos a casa.

Pensó por un momento.

—Y no veo motivo por el que no podamos quedarnos contigo, hasta que finalices tu metamorfosis.

Cerré los ojos y no dije nada. ¿Era así como lo había hecho Nikanj, un siglo antes? Lilith había estado con él cuando había empezado su segunda transformación. ¿Se había sentido tentado a decir: «Si os quedáis ahora conmigo, ya nunca os marcharéis»? ¿O, simplemente, nunca se le había ocurrido decir nada? Él era oankali, así que, probablemente, nunca se le habría ocurrido decir nada. En aquel momento no debía de haber sentido ninguna atracción sexual por ella. Y, si había disfrutado de ella, habría sido por lo no oankali que era: diferente, peligrosa y fascinante.

Yo sentía todo eso por aquellos dos, pero también algo más. Tal como había dicho Nikanj, yo era precoz.

No le dije nada de todo esto a Tomás. Algún día me maldeciría por mi silencio.

Se fue hasta donde estaba Jesusa y le dijo:

—Si nos quedamos, tendremos una oportunidad de ver cómo funcionan sus familias.

—Temo quedarme —le confesó ella.

—¿Lo temes?

Ella tomó el machete.

—¿Por qué tienes miedo, Jesusita?

—¿Y por qué no lo tienes tú? —le contestó ella. Me miró, luego lo miró a él—. Lo que Khodahs quiere de nosotros es algo que no es de este mundo. Desde luego es algo no cristiano, no humano. *Es la cosa contra la que nos han estado advirtiendo durante todas nuestras vidas.* ¿Cómo podemos aceptarla…, cómo podemos siquiera considerarla, con tanta facilidad?

—¿La aceptas tú? —preguntó él en voz muy baja.

—¡Claro que sí! Y tú también: has dicho que quieres quedarte.

—Sí, pero…

—Algo no marcha bien: Khodahs duerme con nosotros, nos cura y nos da placer…, y sólo nos pide la posibilidad de continuar haciendo estas cosas. —Hizo una pausa y agitó la cabeza—. Cuando pienso en dejar a Khodahs y hallar a otros seres humanos, o quizá en ir a la colonia de Marte, mi estómago se hace un nudo. Él quiere que nos quedemos, tú quieres quedarte, y yo también lo quiero. *¡Pero no debemos!* Algo no marcha bien.

En ese punto me quedé dormido. No fue deliberado, pero no podría haber estado mejor calculado. Me habían dicho que la segunda metamorfosis no era un largo sueño, como había sido la primera. Era una serie de cortos sueños…, sueños de varios días de duración.

Les asusté. Primero Jesusa creyó que estaba fingiendo, luego que estaba muerto. Pero, cuando lograron obtener alguna reacción de mis tentáculos corporales, decidieron que estaba con vida y, probablemente, bien. Me bajaron hasta el río y me dejaron bajo un árbol mientras buscaban otros, más pequeños, que talar con su machete.

Fue un trabajo lento y duro. Yo lo percibía todo y lo recordaba en mi memoria latente, almacenado para posterior consideración, cuando estuviese consciente.

Cuidaron muy bien de mí, trasladándome cuando ellos lo hacían, manteniéndome cerca de ellos. Sin que se dieran cuenta, se convirtieron en un verdadero tormento cuando me tocaban, cuando podía olerlos. Pero el tormento era aún mucho mayor cuando se iban muy lejos. Mi sola esperanza de salvación estaba en la certidumbre de que no me abandonarían y el conocimiento de que aquello, por poco confortable que resultase, era normal. Sería lo mismo si estuvieran cuidándome un par de oankali o un par de construidos. Nikanj me lo había advertido: la lujuria impotente y la irracional ansiedad formaban parte del crecer.

Lo soporté todo, agradecido a Tomás y a Jesusa por su lealtad.

Les llevó cuatro días terminar la balsa. El machete no era la mejor herramienta para construir una balsa..., aparte el hecho de que ni Tomás ni Jesusa habían construido nunca una cosa como aquélla. No estaban seguros de que fuera a funcionar, y no querían subirme a una embarcación que fuese a deshacerse en el agua o que, aun de no hacerlo, les fuese imposible controlar. Pasaron un tiempo aprendiendo a manejarla con pértigas y con remos. Les preocupaba el que en algunos puntos el río fuese demasiado profundo como para poder usar las pértigas. También les preocupaba la gente hostil. En el río, íbamos a resultar muy visibles. Y, si nos topábamos con gente armada con rifles, podían disparar contra nosotros como en un ejercicio de tiro al blanco. ¿Qué podían hacer al respecto?

Me desperté mientras me estaban cargando, entre cestas de comida, en la balsa. En las cestas había higos, nueces, vainas de guisantes de pulpa comestible y varios tubérculos de salsa de manzana, asados.

—¿Estás bien? —me preguntó Tomás, cuando vio abrirse mis ojos. Me estaba llevando hacia la balsa. Noté como si pudiera hundirme en él, fundirme con él, convertirme en él. Y, no obstante, me parecía como si estuviese a muchos días de distancia de mí, totalmente fuera de mi alcance—. No te preocupes —me dijo—, no te dejaré caer. Quizá Jesusa te tirase, pero yo no lo haré.

—¡No digas eso! —protestó enseguida ella—. Puede que Khodahs no se dé cuenta de que estás bromeando.

Tomás me depositó en la balsa. Habían hecho para mí un jergón con hojas grandes, cubriendo otras más blandas. Me obligué a relajarme y a no agarrarme a Tomás mientras me depositaba en el suelo.

Se sentó junto a mí por un instante.

—¿Hay algo que necesites? Llevas días sin comer.

—La gente no come mucho durante su metamorfosis —le dije—. Por

otra parte, el comer puede apartar mi mente de... otras cosas. ¿Ves ese matorral de ahí, el de las hojas color verde oscuro?

Miró a su alrededor, luego señaló.

—Sí, ése. Arranca varias ramas con hojas tiernas. Yo me como esas hojas.

—¿De veras? ¿Y son buenas para ti?

—Sí, pero no para vosotros, así que nunca las comáis. Yo puedo digerirlas y usar sus sustancias nutritivas.

—Cómete algunas nueces.

—No, las nueces cómetelas tú. A mí tráeme las hojas.

Obedeció, aunque remolonamente.

Comí las primeras hojas mientras él me contemplaba, incrédulo.

—Aún no entiendo lo bastante acerca de ti —comentó.

—¿Porque como hojas? Puedo comer casi cualquier cosa. Y algunas merecen más el esfuerzo de comerlas que otras.

—Es por más cosas. Hay algo que he estado tratando de imaginar: ¿cómo lo haces para...? No quiero ofenderte, pero es algo que no logro imaginar... —Dudó, miró a su alrededor para ver dónde estaba Jesusa. Estaba fuera de la vista, entre los árboles, así que me lo preguntó—: ¿Cómo cagas? ¿Cómo meas? Estás totalmente cerrado.

Me eché a reír a carcajadas. Mi madre humana había estado casi un año con Nikanj antes de atreverse a hacerle esa pregunta.

—Somos muy eficientes y no desperdiciamos nada —le dije—. Aquello de lo que nos deshacemos apenas serviría como mal fertilizante, excepto para nuestras naves. Y lo que no necesitamos se nos cae.

—¿Del mismo modo que a nosotros se nos cae la piel o el cabello muertos?

—Sí. En casa, la nave o la población tomarían de inmediato lo que se nos cayese. Aquí es polvo. Lo dejo atrás cuando duermo..., al menos cuando duermo normalmente; la gente en metamorfosis casi no deja nada.

—Nunca me he fijado en eso.

—Es polvo.

—¿Y el agua?

Sonreí.

—Es más fácil deshacerse de ella cuando estoy metido en ella, aunque puedo sudar como lo haces tú.

-¿Y?

—Eso es todo. Piensa, Tomás. ¿Cuándo es la última vez que me viste beber agua? Naturalmente, puedo beber, pero normalmente logro toda la humedad que necesito de lo que como. Usamos todo lo que tomamos mucho más eficientemente que vosotros.

—¿Y cómo es que nunca quedas cubierto de suciedad?

—Porque hago cada cosa por separado.

—Y..., ¿nuestros hijos serán como tú?

—Al principio no. Los pequeños hijos de humana tienen un aspecto muy humano en sus primeros años. Eliminan los desechos de un modo muy humano, hasta la metamorfosis. —Cambié repentinamente de tema—. Tomás, durante este viaje voy a estar despierto tanto tiempo como me sea posible. Seré capaz de advertiros si estamos cerca de gente, de modo que, al menos, podamos pegarnos a la orilla opuesta. Y podré haceros detener en el campamento de mi familia: no lo vais a ver desde el río.

—De acuerdo —dijo.

—Si me quedo dormido, acampad. Esperad a que me despierte. Éste es un río muy largo, y no estamos para remontarlo si nos pasamos.

—De acuerdo —repitió.

Entonces llegó Jesusa. Había hallado un árbol de cacao la noche antes, y se había subido al mismo para recoger una última cosecha. Yo le había señalado un árbol de cacao mientras viajábamos juntos, y ella había descubierto que le gustaba sobremanera la pulpa de las vainas. Puso su cesta, atestada de vainas, en la balsa, y luego ayudó a Tomás a empujar ésta para apartarla de la orilla. Luego, con las pértigas, la llevaron hacia la corriente, pero sin apartarse demasiado de la orilla.

—Escuchadme —les dije, cuando la balsa se estuvo moviendo con facilidad.

Ambos giraron la cabeza para demostrarme que me escuchaban.

—Si somos atacados o debemos abandonar la balsa por cualquier razón, empujadme al agua..., esté despierto o no. Puedo respirar dentro del agua, y nada que viva en ella estará interesado en atacarme. Sacadme luego, si podéis. Si no podéis, no os preocupéis por mí: soy mucho más difícil de matar que vosotros.

No discutieron eso. Jesusa me lanzó una mirada rara, y recordé cuando me había disparado. Su fusil no había resultado salvable: las partes metálicas habían resultado demasiado dañadas. ¿Estaba recordando ella lo difícil de matar que resultaba yo..., o cómo había destruido su mejor arma? Al cabo de un rato dejó para Tomás la tarea de controlar la balsa con la pértiga, pues él no parecía tener problemas en conseguir que la corriente nos arrastrase y en impedir que derivásemos demasiado cerca de alguna de las orillas, donde los árboles caídos y los bancos de arena hacían que el avance resultase más lento y peligroso.

Jesusa se sentó conmigo, me alimentó con pulpa de cacao, y no me dijo ni palabra.

10

Flotamos en el río durante días.

Yo no podía ayudar ni con las pértigas ni con los remos. Ya necesitaba de toda la energía de que disponía sólo para mantenerme despierto. Lo que sí podía hacer era sentarme y descubrir para ellos los bancos de arena apenas sumergidos y mantenerme al tanto de la profundidad general del agua. Sobre lo que me mantenía callado era sobre los animales que veía dentro del agua: los humanos apenas si podían ver nada a través de aquella sopa cenagosa marrón, y a menudo pasábamos junto a animales que devorarían con agrado la carne de los humanos, si pudieran hincarle el diente. Afortunadamente, los peores entre los peces carnívoros preferían aguas más lentas, más estancadas, y no eran peligrosos para nosotros.

Lo que si resultaba peligrosa era la gente.

En dos ocasiones di instrucciones a Tomás y Jesusa para que nos alejasen de grupos potencialmente hostiles: humanos agrupados a una u otra orilla del río. Los resistentes aún luchaban entre ellos y, a veces, robaban y asesinaban a los forasteros.

No olí a tiempo al tercer grupo de humanos. Y, a diferencia de los dos anteriores, el tercer grupo nos descubrió.

Se oyó un disparo..., un fuerte chasquido como la primera sílaba de una frase pronunciada por el trueno.

Nos arrojamos todos contra los maderos de la balsa, y Jesusa perdió su pértiga mientras caía.

Estaba herida. Pude oler la sangre brotar de ella.

Entonces perdí la noción de lo que hacía. No estaba totalmente consciente, pero mis recuerdos latentes me dijeron luego que me arrastré hasta ella, con mi cuerpo pegado a los troncos. Los humanos dispararon varias veces más desde la orilla, y Tomás, desconociendo la herida de Jesusa, los maldijo, maldijo la corriente que no nos estaba llevando lo bastante deprisa más allá de su alcance, y maldijo su rifle roto...

Alcancé a Jesusa, que estaba inconsciente, sangrando por el abdomen, y me conecté a ella.

Ahora sí estaba literalmente inconsciente. No había nada trabajando en mí, excepto el conocimiento que tenía mi cuerpo de que Jesusa le era necesaria, y de que ella moriría de su herida si él no la ayudaba. Mi cuerpo trataba de hacer por ella lo que hubiera hecho por sí mismo. Incluso, aunque hubiera estado consciente y hubiese sido *capaz* de decidir, yo no hubiese podido hacer más. Su riñón derecho y los grandes conductos sanguíneos conectados a él habían sido gravemente dañados. Su colon también había resultado dañado. Estaba sangrando por dentro y envenenándose con sus desechos corporales. Por fortuna estaba inconsciente, o su dolor hubiera podido hacerla moverse antes de que yo consiguiera conectarme a ella. No obstante, una vez estuve dentro, ya nada me podría haber sacado.

Fuimos arrastrados por la corriente más allá del alcance y, al parecer,

más allá del interés de los resistentes. Yo estaba recuperando el conocimiento cuando Tomás reptó hasta nosotros. Lo vi quedarse helado cuando vio la sangre, lo vi mirarnos, abalanzarse hacia nosotros, haciendo tambalearse la balsa, y luego detenerse justo antes de tocarnos.

—¿Está viva? —susurró.

El hablar fue todo un esfuerzo.

—Sí —le contesté al cabo de un momento. No podía lograr más.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

Dos palabras más:

—A casa.

Después de eso no le fui de la más mínima ayuda. Ya tenía bastante con mantener a Jesusa inconsciente y viva, mientras mi propio cuerpo insistía en continuar su desarrollo y cambio. No podía curarla rápidamente. Ni siquiera estaba totalmente seguro de poderla curar. Había contenido la pérdida de sangre e impedido que sus productos fecales la envenenasen. Sin embargo, me pareció que pasaba mucho tiempo antes de poder cerrar el agujero de su colon e iniciar el complicado proceso de regenerar un nuevo riñón, puesto que el herido ya no era salvable. Éste lo usé para alimentarla, lo cual implicaba el descomponer el riñón en sus componentes útiles y alimentárselos a ella misma por vía intravenosa. Fue la alimentación más nutritiva que había tenido en muchos días. Eso era parte del problema: ni ella ni yo estábamos en unas condiciones especialmente buenas. Me preocupaba el que mis esfuerzos de regeneración pudieran disparar su problema genético, así que traté de mantenerla vigilada. Luego se me ocurrió que podría haberla dejado con un sólo riñón, hasta que hubiera terminado con mi metamorfosis y fuese *capaz* de cuidarla de un modo adecuado. Sí, eso es lo que debería de haber hecho.

No lo había hecho porque, a algún nivel, temía que Nikanj se ocupase de ella si no lo hacía yo. No podía soportar la idea de que la tocase, o de que tocase a Tomás.

Ese pensamiento me impulsó con más fuerza de lo que hubiese podido hacerlo cualquier otra cosa. Tanto, que casi me hizo pasarme del lugar de vivienda de mi familia.

De algún modo, el olor de casa y mi familia logró llegar a mí.

—¡Tomás! —grité roncamente. Y, cuando vi que contaba con su atención, señalé—: ¡Mi casa!

Logró llevarnos hasta la orilla, a alguna distancia después de pasar la cabaña de mi familia. Vadeó hasta tierra y tiró de la balsa para acercarla todo lo posible a la orilla.

—No hay nadie por aquí —dijo—. Y no se ve ninguna casa.

—No querían que se les viera fácilmente desde el río —le dije. Me desprendí de Jesusa y la examiné visualmente: nada de nuevos tumores, una piel lisa bajo los sucios y sanguinolentos harapos en que se había convertido su ropa. Una piel suave recubriendo su abdomen.

—¿Está bien? —preguntó Tomás.

—Sí. Ahora está dormida. Pero he perdido la cuenta..., ¿cuánto tiempo ha pasado desde que le dispararon?

—Dos días.

—¿Tanto...? —Enfoqué con los tentáculos sensoriales, y vi pruebas de la carga de preocupaciones y trabajo que había llevado sobre sus espaldas. No se me ocurrió nada más adecuado que decirle—: Gracias por haber cuidado de nosotros.

Sonrió cansinamente.

—Iré a buscar a alguien de los tuyos.

—No. Captarán mi aroma..., si es que no lo han hecho ya. Vendrán. Ayuda a bajar a Jesusa, luego vuelve a por mí. Ella ya puede caminar.

La zarandeé y se despertó..., a medias. Tuvo un escalofrío cuando Tomás vadeó la poco profunda agua y tendió los brazos hacia ella. Él se echó hacia atrás. Al cabo de un rato, ella se alzó lentamente, se tambaleó, y siguió la mano de Tomás que la llamaba.

—Ven, Jesusita —susurró él—. Baja de la balsa.

Caminó al lado de él por el agua y orilla arriba, hasta donde el suelo estaba lo bastante seco como para ser firme. Allí, se sentó, y pareció adormilarse de nuevo.

Cuando volvió a por mí, Tomás llevaba algo entre sus dedos, algo que alzó para que yo lo viera: un trozo de metal de forma irregular y pequeño tamaño. Era la bala que yo le había ordenado al cuerpo de Jesusa que expulsara.

—¡Tírala! —le dije—. Casi nos la arrebata.

La tiró, muy lejos, al río.

11

—Ahora viene alguien de mi familia —dije. Tomás me había depositado en la orilla, al lado de Jesusa, y se había sentado junto a mí para descansar. Ahora se puso de nuevo alerta.

—Tomás —le dije con voz suave.

Me miró.

—No te sentirás confortable si se te acercan o te rodean. Jesusa tampoco. Mi familia lo comprenderá. Y nadie te tocará..., excepto los niños; y ésos no te importará que lo hagan.

Frunció el ceño y me lanzó una mirada más prolongada.

—No comprendo.

—Lo sé. Tiene que ver con el que estés conmigo, con el que me hayas dejado curarte, con el que me hayas dejado dormir contigo. Te sientes... atraído por la idea de estar con Jesusa y conmigo, y fuertemente repelido por los otros. Esa sensación no durará. Es normal, así que no dejes que te preocupe.

Lilith, Nikanj y Aaor salieron juntos de entre los árboles. Aaor. Estaba despierto y fuerte. La familia sólo debía de haberme estado esperando a mí para volver a casa. El exilio..., el verdadero exilio, estaba pues rondándome.

Los tres se acercaron lo bastante como para poder hablar normalmente, pero no lo suficiente como para que Tomás se sintiese molesto.

—Voy a tener que aprender a no preocuparme de ti —dijo Lilith, sonriendo—. Bienvenido a casa.

Había hablado en oankali, pero ahora pasó al español, lo cual demostraba que me había escuchado hablar con Tomás.

—Bienvenido —le dijo a éste—. Gracias por haber cuidado de nuestro hijo y habérnoslo traído a casa.

Tomé la mano de Tomás, noté cómo aferraba la mía desesperadamente, casi dolorosamente; y, sin embargo, su rostro no dio muestra alguna de emoción.

—Éstos son dos de mis padres —le dije, haciendo un gesto con mi mano libre—. Lilith es mi madre de nacimiento y Nikanj mi padre de mi mismo sexo. El tercero es Aaor, mi compañero de camada emparejado.

Por un momento disfruté mirándolo: ahora tenía un pelaje grisáceo y, cosa extraña, su aspecto no resultaba tan inusitado. Quizá los otros compañeros de camada le ayudaban a permanecer casi normal.

—Aaor, en ciertas ocasiones, ha estado más próximo a mí que mi propia piel —dije—. Y pienso que acabó siendo más parecido a mí de lo que le hubiera gustado.

Aaor, que estaba conteniéndose con un obvio esfuerzo, dijo:

—Khodahs, cuando te toque, no te voy a soltar por lo menos en todo

un día.

Me reí, recordando su contacto, dándome cuenta de que yo también estaba ansioso por tocarle y comprender exactamente cómo había cambiado. No seríamos lo mismo, siendo nacidos de humana y oankali. El examinarle me diría más de mí mismo, por similaridad y por contraste. Y Aaor querría, con mayor urgencia aún, saber dónde había encontrado a Jesusa y Tomás. Si su sentido del olfato no le había hecho reconocerlos como jóvenes y fértiles (el mío me había fallado cuando los había encontrado), Nikanj se lo haría saber.

—Os lo contaré todo —les dije—, pero antes metednos en algún sitio seco y dadnos de comer.

Lo que quería decir, y los tres lo entendieron, era que había que buscarles un lugar seco y comida a Tomás y Jesusa.

Nikanj descansó un brazo sensorial sobre los hombros de Aaor, y algo de la tensa ansiedad desapareció de él.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Nikanj a Tomás. Habló con voz muy baja y, sin embargo, aquella voz suave supo hacerse oír. ¿Sonaba yo de aquel modo?

Tomás se inclinó hacia delante, respondiendo a la voz, luego apenas si fue capaz de no echarse hacia atrás. Nunca antes había visto a un oankali y Nikanj, que era un ooloi adulto, resultaba especialmente asombroso. Se le quedó mirando fijamente, luego le entró vergüenza y miró a otra parte. Después le volvió a mirar.

—¿Cómo te llamas? —repitió Nikanj.

—Tomás —contestó finalmente—. Tomás Serrano y Martín.

A mí no me había dicho tanto. Hizo una pausa, y luego añadió:

—Ésta es Jesusa, mi hermana. —Tocó su cabello de la forma en que mis padres humanos se lo acariciaban a veces el uno al otro—. Le dispararon.

Nikanj enfocó firmemente en mí.

—Está bien —le dije—. Está exhausta porque lleva un tiempo sin comer lo suficiente..., y ya sabes lo duramente que he tenido que hacer trabajar su cuerpo.

Me volví y la zarandeé con suavidad.

—Jesusa —susurré. Mantuve mi mano en su hombro y la volví a agitar, con delicadeza, deseando poder darle el tipo de consuelo que había sido capaz de darle hacía tan sólo unos días. Pero apenas si me había sido posible salvarle la vida...

Abrió los ojos, miró a su alrededor y vio a Nikanj. Apartó la cara y gimió..., con un sonido que nunca antes había oído en ella.

—Estás a salvo —le dije—. Esta gente está aquí para ayudarnos. Estás bien, nadie te hará daño.

Finalmente, ella se dio cuenta de lo que le estaba diciendo. Se quedó

en silencio y prácticamente inmóvil.

No podía dejar de temblar, pero me miró, luego miró a Lilith, Aaor y Nikanj. Se obligó a sí misma a mirar durante más tiempo a Nikanj.

—Perdóname —le dijo, al cabo de un momento—. No..., no había visto nunca a nadie como tú.

Los muchos tentáculos sensoriales de Nikanj se aplastaron lisos contra su cuerpo.

—Yo tampoco había visto a nadie como tú, desde hace un siglo —le contestó el ooloi.

Pareció sobresaltarse al sonido de su voz. Se volvió para mirarme, luego volvió a mirar a Nikanj. Se lo presenté, junto con Lilith y Aaor.

—Encantada de conoceros —dijo educadamente Jesusa. Contempló fascinada a Nikanj, sin saber que éste mantenía la posición de diversión, de alisamiento, de sus tentáculos más tiempo de lo habitual sólo por ella. Yo me alisaba cada vez que reía, pero mis pocos tentáculos sensoriales no eran demasiado visibles, ni siquiera cuando no los tenía alisados. Y yo me reía con la boca, cosa que Nikanj no.

—Estoy encantado y asombrado —le dijo Nikanj. Y después a mí, en oankali—: ¿De dónde son?

—Luego —le contuve.

—¿Se quedarán, Oeka?

—Sí.

Enfocó en mí, como si esperara que dijese más. Me mantuve en silencio.

Aaor rompió ese silencio:

—No podéis caminar, ¿verdad? —dijo en español—. Tendremos que llevaros.

Tomás se puso en pie al momento.

—Si me mostráis el camino —dijo—, yo llevaré a Khodahs.

Dudó un momento al lado de Jesusa:

—¿Puedes caminar, hermana?

—Sí. —Ella se puso lentamente en pie, tratando de mantener unida su ropa ensangrentada y hecha jirones.

Dio un paso de prueba—. Me encuentro bien. Pero... hay tanta sangre.

Aaor se había dado la vuelta para guiar el camino de regreso a la cabaña. Tomás me alzó en brazos, y Jesusa caminó cerca de él. La hablé desde los brazos de su hermano:

—Aquí tendrás buena comida para alimentarte —le dije—. Probablemente durante un tiempo te sentirás más hambrienta de lo habitual, porque aún estás volviendo a hacer crecer una parte de ti misma. Aparte de eso, estás bien.

Ella tomó mi colgante mano y la besó,

Tomás sonrió.

—Si de veras te sientes bien, Jesusita, dale otro más por mí. No sabes de la que te ha sacado…

Ella miró hacia delante, a Nikanj.

—Tampoco sé en lo que me ha metido —susurró.

—Aquí nadie te hará daño —le dije de nuevo—. Nadie te tocará o se te acercará. Nadie te impedirá que vengas conmigo cuando lo desees.

—¿Me dejarán ir? —me preguntó.

Volví la cabeza, de modo que pudiera mirarla con mis ojos.

—No me abandones —le dije en voz muy baja.

—Tengo miedo. No sé cómo voy a poder quedarme aquí con tu… familia.

—Quédate *conmigo*.

—Tu… tu pariente… el oankali…

—Nikanj. Mi padre ooloi. Nunca te tocará. —Lograría esa promesa de él antes de volver a quedarme dormido.

—Es… ooloi, como tú.

¡Ah!

—No, como yo no. Es oankali. No tiene la menor mezcla humana. Mira, Jesusa, mi madre es tan humana como lo puedas ser tú. Mi padre humano parece pariente vuestro. Incluso cuando yo sea adulto, no tendré el aspecto que tiene Nikanj. Nunca tendrás motivo alguno para temerme.

—Ya te temo ahora, porque no entiendo lo que está sucediendo.

Tomás intervino:

—Te ha salvado la vida, Jesusa. Apenas si se podía mover, pero te salvó.

—Lo sé —dijo ella—. Y le estoy agradecida. Más de lo que puedo decirle.

Me acarició el rostro, luego movió su mano a mi cabello y dejó que sus dedos se deslizasen expertos hasta la base de unos tentáculos sensoriales.

Me estremecí con repentino placer y frustrada necesidad.

—Trataré de quedarme hasta que tu metamorfosis esté completa —me dijo—. Te debo eso y más. Te prometo quedarme ese tiempo.

Mi madre volvió su cabeza y miró a Jesusa, luego a mí…, me miró largamente a mí.

Crucé mi mirada con la de ella, pero no le dije nada.

Al cabo de un rato volvió a mirar al sendero. Cuando me llegó, su aroma me dijo que estaba nerviosa, bajo una gran tensión. Pero, al igual que yo, no dijo nada.

12

Nos dieron comida. Para variar, esta vez realmente la necesitaba. El curar a Jesusa había vaciado mis reservas. No tenía la menor fuerza, y Jesusa me dio de comer al tiempo que comía ella. Parecía encontrar algo de consuelo en alimentarme.

A Jesusa y Tomás les dieron ropa limpia y seca. Fueron hasta el río para lavarse, y regresaron a la casa limpios y contentos. Comieron nueces garrapiñadas y se relajaron con mi familia.

—Contadnos cosas acerca de vuestra gente —les dijo Aaor cuando se puso el sol y Dichaan echó más madera al fuego—. Sé que hay cosas que no queréis decirnos, pero..., contadnos cómo fue que surgió vuestro pueblo. ¿Cómo se encontraron el uno al otro vuestros antepasados fértiles?

Jesusa y Tomás se miraron el uno al otro. Jesusa parecía aprensiva, pero Tomás sonrió. Era una sonrisa cansina, triste.

—Nuestros primeros antepasados de posguerra jamás se encontraron el uno al otro —dijo—. Si lo deseáis, os lo contaré...

—¡Sí!

—Nuestros ancianos fueron gente que se reunió porque podían comunicarse entre ellos —explicó—. Todos hablaban español. Provenían de México, Perú, España, Chile y otros países. La Primera Madre era de México. Tenía quince años de edad y estaba de viaje con sus padres. Con ellos había otros que conocían estas tierras y que decían que sería mejor vivir en lo alto, en las montañas. Iban camino de las alturas cuando la Primera Madre y su propia madre fueron atacadas. Habían abandonado el grupo para bañarse. La Madre nunca vio a sus atacantes. La golpearon por la espalda. Y la violaron..., probablemente muchas veces.

«Cuando recuperó el conocimiento estaba sola. Su madre estaba allí pero muerta, y la Primera Madre estaba malherida. Tuvo que arrastrarse y reptar, de vuelta a su gente. Ésta la cuidó lo mejor que supo. Su padre no podía ayudarla: la dejó en manos de otros, y estaba tan fuera de sí por lo que les habían hecho a su madre y a ella que acabó por abandonar el grupo. La Primera Madre se despertó un día, y él se había ido. Ya nunca lo volvió a ver.

»La gente había empezado ya a hacerse casas en las que vivir, en el lugar que habían elegido, cuando se dieron cuenta de que la Primera Madre iba a tener un hijo. Nadie había pensado que eso fuera posible. La gente había tratado de aceptar su esterilidad. Decían que era mejor no tener hijos..., que tener hijos inhumanos.

Tomás se miró las manos. Cuando alzó la cabeza, se encontró mirando cara a cara a Tino.

—Antes de que yo me fuera, mi gente decía lo mismo —comentó Tino—. Y lo creían de veras. Pero es una mentira.

Tomás miró a Lilith con ojos interrogantes.

—Sabes que es una mentira —confirmó Lilith con voz tranquila.

Tomás me miró, luego continuó su historia:

—A la gente le preocupaba que el hijo de la Primera Madre pudiera no ser humano. Nadie había visto a sus atacantes. Nadie sabía quién o qué podían ser.

Nikanj le interrumpió:

—¿Cómo se les pudo ocurrir que las íbamos a mandar por ahí, estériles, para luego cambiar de idea e impregnar a una y matar a la otra? —Incluso con su suave voz de ooloi maduro, logró sonar muy indignado.

Tomás ya era capaz de mirarle, de hablarle. Nikanj había tenido buen cuidado de fingir no darse cuenta de cómo lo estudiaba mientras comía. Así que ahora le contestó:

—Decían que vosotros lo podíais hacer prácticamente todo. Algunos afirmaban que vuestros poderes os los había dado el diablo. Otros decían que *erais* diablos. Algunos estaban irritados con esta clase de disquisiciones: para ellos erais, simplemente, el enemigo. No creían que hubierais violado a la Primera Madre, estaban convencidos de que ella podía ser el arma con que derrotaros. Así que la tomaron, la cuidaron y la alimentaron, pese a que no tenían lo bastante para comer ellos mismos. Cuando el hijo de ella nació, la ayudaron a cuidarlo y se lo enseñaron a todos, para que viesen que era humano y perfecto. Lo llamaron Adán. El nombre de la Primera Madre era María de la Luz. Y, cuando el niño estuvo destetado, lo cuidaron. A ella la animaron a trabajar en los huertos y a ayudar en la construcción, para tenerla alejada de su hijo. De este modo, cuando llegó el momento adecuado, y Adán tenía trece años de edad, pudieron juntar a madre e hijo. Para ese entonces, a ambos se les había explicado cuál era su obligación. Y, también por ese entonces, todos se habían dado cuenta de que la Madre no sólo era fértil, sino además mortal..., a diferencia de los demás, que no parecían serlo. Para cuando nació su primera hija, la Madre parecía más vieja que algunos de aquellos que la habían ayudado a criar a su primogénito.

»Al cabo, la Madre tuvo tres hijas, y murió en el parto de su segundo hijo. Este hijo era... gravemente deforme: tenía un agujero en la espalda; la gente dice que por él se le podía ver la espina dorsal. Y tenía otras cosas mal. Murió, y fue enterrado con la Primera Madre en un lugar... que es sagrado para nosotros. La gente construyó allí un santuario, y algunos dicen que, cuando van a rezarle a la Madre, ésta se les aparece. Que la han visto en espíritu.

Tomás se detuvo y miró a los tres oankali.

—¿Creéis en los espíritus? —les preguntó.

—Creernos en la vida —le contestó Ahajas.

—¿En la vida después de la muerte?

Ahajas alisó brevemente sus tentáculos, en silencioso asentimiento.

—Cuando esté muerta —dijo—, nutriré otra vida.

—Pero lo que yo quiero decir...

—Si muriese en un mundo sin vida, un mundo que sin embargo pudiese mantener algún tipo de vida si ésta fuese lo bastante tenaz, las organelas que hay dentro de cada célula de mi cuerpo sobrevivirían y

evolucionarían. Quizás en un millón de años, ese mundo estaría tan lleno de vida como lo está éste.

—¿…Lo estaría?

—Sí. Nuestros antepasados han sembrado de esa manera muchos muertos desiertos. Nada hay más tenaz que la vida de la que estamos hechos. Un mundo de vida que surge de la muerte aparente, de la disolución. En eso es en lo que creemos.

—¿En nada más?

Ahajas se alisó de nuevo, divertida, y al hacerlo reflejó la luz del fuego.

—No, Lelka. En nada más.

Él no preguntó lo que significaba «Lelka», pese a que no podía saberlo. Significaba niño atriado…, algo que los padres llamaban a sus hijos adultos y a los cónyuges de sus hijos. Tendría que acordarme de pedirle que no le volviese a llamar así. Aún no.

—Cuando yo era pequeño —prosiguió Tomás—, planté un árbol en el santuario de la Madre. —Sonrió, recordando—. Alguna gente quería arrancarlo. Pero creció tan bien, y eso que nadie lo cuidaba, que la gente dijo que a la Madre le debía de gustar tenerlo allí.

Se detuvo y miró a Ahajas.

Ésta asintió con la cabeza, en un gesto muy humano, y le contempló con interés y aprobación.

—La Madre tuvo treinta y tres nietos —continuó Tomás—. Quince sobrevivieron. Entre éstos había varios deformes o que fueron adquiriendo deformaciones. Pero eran fértiles, y no todos sus hijos tenían las deformaciones. Los deformes no podían ser desdeñados: a veces, chicos que parecían estar bien, con sólo unas pocas manchas en su piel, tenían descendientes deformes. Uno de nuestros ancianos dijo que ésta era una enfermedad que ya se conocía antes de la guerra, que él había sabido de una mujer que la tenía, y que su aspecto era muy parecido al que yo tenía antes de que Khodahs me curase.

Al momento, todo el mundo se volvió para enfocarme.

—Preguntádmelo cuando haya terminado su historia —les dije—. De todos modos, no sé cómo se llama esa enfermedad, sólo puedo describírosla.

—Descríbela —dijo Lilith.

La miré, y me di cuenta de que me estaba pidiendo algo más que una descripción de la enfermedad. Su rostro estaba tenso y hosco, como lo había estado desde que Jesusa había prometido quedarse durante mi metamorfosis. Ella quería saber qué otra razón podía haber, aparte de su amor por mí, para no decirles a los demás humanos lo muy ligados que iban quedar a mí. Deseaba saber por qué debía traicionar a su propia especie con su silencio.

—Era una enfermedad genética —le dije—. Afectaba a su piel, a sus huesos, a sus músculos y a sus sistemas nerviosos. Les provocaba tumores, muy grandes en la cara y en la parte superior del torso de Tomás. Su nervio

óptico estaba afectado. Los huesos de su cuello y de un brazo estaban afectados. Su sentido del oído estaba afectado. Jesusa estaba cubierta, de cabeza a pies, por pequeños tumores, muy visibles, pero que no coartaban su habilidad de moverse o usar sus sentidos.

—Yo tuve mucha suerte —dijo Jesusa con voz tranquila—. Tenía un aspecto feo, pero a la gente no le importaba, porque podía tener hijos. No sufría del mismo modo en que sufría Tomás.

Tomás la miró, y su mirada decía más de lo que hubiese podido decir un grito de protesta.

—Sufriste —le contradijo—. Y, de no haber sido por Khodahs, te hubieras obligado a regresar y habrías seguido sufriendo... durante el resto de tu vida.

Ella miró al suelo, luego al fuego. No había timidez en ese gesto: simplemente, no estaba de acuerdo con él. Las comisuras de su boca se curvaron ligeramente hacia abajo. Cuando su hermano empezó de nuevo a hablar, tomé su mano. Tuvo un sobresalto y me miró como si fuese un extraño. Luego aceptó mi mano entre las suyas, la retuvo. No creí que se hubiera fijado en que, al otro lado de la habitación, Tino estaba sujetando del mismo modo uno de los brazos sensoriales de Nikanj.

—A veces —estaba diciendo Tomás—, la gente sólo tiene unas manchas marrones, no tumores. A veces, tienen ambas cosas. Y, en ocasiones, sus mentes se ven afectadas. Ocasionalmente, tienen otras cosas y mueren. También los niños mueren.

Dejó que su voz se desvaneciese.

—¡Ya no por más tiempo! —exclamó Lilith—. Pronto acabará para ellos esa miseria.

Tomás se volvió para mirarla directamente.

—Debes saber que no nos van a dar las gracias a Jesusa o a mí por eso. Nos van a odiar y a considerarnos traidores.

—Lo sé.

—¿Fue eso lo que te pasó a ti?

Por un momento Lilith bajó la vista, moviendo sólo los ojos.

—¿Os ha hablado Khodahs de la colonia de Marte?

—Sí.

—Para mí no existió esa alternativa.

—Puede que mi pueblo tampoco lo vea como una alternativa.

—Si son inteligentes, lo verán como tal. —Miró a Nikanj—. Su enfermedad suena como algo que ya nos atacaba antes de la guerra, si es que eso sirve de algo. En los Estados Unidos se llamaba *neurofibromatosis.* No sé si tenía algún nombre local en español. Podría haber aparecido en uno o más de los hijos de la Primera Madre como una mutación si nadie la hubiera tenido hasta la tercera generación. Recuerdo haber leído acerca de un par de casos de anteguerra, especialmente terribles. A veces los tumores

se convierten en malignos. Creo que eso le resultaría muy atractivo para Khodahs: los ooloi pueden ver una gran potencialidad en utilizar ese tipo de cosas.

—Verlo, olerlo y probarlo —dijo Aaor.

Todo el mundo enfocó en él.

—Puedo cambiar para tener el aspecto que tiene Khodahs —dijo—. Entre la gente de la Primera Madre debe de haber una pareja, o al menos un humano enfermo más, que quiera unírseme.

Silencio. Jesusa y Tomás parecieron sobresaltarse.

—No entiendes el modo en que se nos previene contra vosotros —le explicó Tomás—. Y la mayoría de nosotros nos creemos lo que nos han enseñado. Jesusa y yo viajamos a las tierras bajas, para ver algo del mundo, antes de empezar a tener hijo tras hijo, y antes de que yo quedase ya demasiado impedido. Que nosotros sepamos, nadie más ha hecho nunca una cosa así. Y no creo que nadie la vaya a hacer.

—Si pudiera ponerme en contacto con ellos —dijo Aaor—, los convencería.

Podía ver el hambre que había en él, la desesperación. Ayodele y Yedik se movieron para colocarse uno a cada lado de él y calmar su desazón, en el mejor modo que les fuera posible. Parecían hacerlo de un modo automático, como si se hubiesen adaptado a la idea de tener compañeros de camada ooloi.

Pero Aaor no quedó reconfortado.

—¡Soy un error más! —dijo—. Un ooloi más que no debería existir. No hay otro lugar en la Tierra en el que pueda hallar cónyuges. ¡Y, si se recoge esa gente y se les da la posibilidad de emigrar a Marte, unirse a nosotros, o la esterilidad en el lugar en que ya viven, jamás podré llegar hasta ellos! Incluso aquellos que elijan unirse a nosotros serán puestos en contacto con otros cónyuges. ¡Cónyuges que no sean accidentes!

—Ninguno de ellos aceptará la unión —le dijo Jesusa—. Lo sé. Sé lo que creen.

—Pero aún no nos conoces lo bastante bien —replicó Aaor—. ¿Sabías lo que ibas a hacer... antes de que Khodahs te tocase?

—Sé que no voy a guiaros ni a ti ni a ningún otro hasta mi pueblo —le espetó—. Si tu pueblo puede hallar al mío sin nuestra ayuda, tal como nos ha dicho Khodahs, bueno, pues no podemos hacer nada para evitarlo. Pero nada que puedas decirnos nos hará ayudarte.

—¡No lo entendéis! —dijo él, inclinándose hacia ella.

—Lo sé —admitió ella—. Y lo siento.

Dijeron más cosas, mientras yo me iba hundiendo en el sueño, pero no hallaron un terreno común. Durante toda la discusión, Jesusa no me soltó la mano ni un instante. Cuando Nikanj vio que me había quedado dormido dijo que tenía que ser llevado a la pequeña habitación que había sido preparada para la metamorfosis de Aaor.

—Aquí fuera hay demasiadas distracciones para él —les dijo a Jesusa y Tomás—. Demasiados estímulos. Hay que aislarlo y dejarle que se enfoque en los cambios que debe efectuar su cuerpo.

—¿También tiene que estar aislado de nosotros? —preguntó Tomás.

—Naturalmente que no. La habitación es lo bastante grande para los tres, y Khodahs necesitará continuamente de la compañía de, al menos, una persona. Si los dos tenéis que dejarle durante un rato, avisadnos a Aaor o a mí. La habitación está allí. —Señaló con una fuerte mano.

Tomás alzó mi cuerpo inconsciente y, ahora que era un peso muerto, Jesusa tuvo que ayudarle. Tengo un claro, atesorado recuerdo, de ambos metiéndome en la habitación. Ellos no sabían que, aun cuando estaba inconsciente, mi memoria seguía grabando todo lo que percibían mis sentidos. El caso es que, sabiéndolo o no, me transportaron con extremo cuidado, como lo habían hecho desde el principio de mi cambio. No sabían que aquello, exactamente, era lo que hacían en esos momentos los cónyuges oankali. Y no vieron a Aaor, contemplándolos con un hambre tan intensa que su rostro estaba distorsionado, mientras los tentáculos de su cabeza y cuerpo se tendían hacia nosotros.

III

IMAGO

1

Durante mi metamorfosis, Aaor perdió su pelambrera gris. Su piel tomó el mismo tono dorado que las de Jesusa, Tomás o la mía misma. Le creció un cabello largo, de aspecto humano, y comenzó a llevarlo peinado como Tino: en una larga cola de caballo, atada con una brizna de hierba trenzada. Yo llevaba el mío suelto.

—Aparte eso —me explicó Jesusa durante uno de los períodos en que permanecí despierto—, los dos podríais ser gemelos.

Y, no obstante, ella evitaba a Aaor..., del mismo modo que lo hacía Tomás. Aaor olía lo más parecido a mí que podía hacerlo cualquier ser vivo, pero ese olor no era exactamente igual al mío. Sus olfatos humanos no tenían problemas para captar las diferencias. No sabían qué era lo que estaban percibiendo, pero el caso era que evitaban a Aaor.

Y él no quería ser evitado.

Descubrí que su soledad y su necesidad eran agónicos cuando me tocó. Me despertó varias veces mientras yo yacía en pleno cambio. Él no quería hacerlo, pero mi cuerpo lo percibía como una herida no curada, y no podía descansar hasta que había aliviado su dolor y le había proporcionado..., no la cura, pero sí al menos un descanso momentáneo. Lo que yo le daba era inadecuado y duraba poco, pero Aaor volvía a por ello, una y otra vez.

En una ocasión, mientras yacía unido a mí, me preguntó si no podría darle uno de los jóvenes humanos.

Le hice daño. No deseaba hacerlo, pero lo que él me dijo provocó en mí una reacción antes de que pudiera controlarme. Fue estimulación neural directa. Dolor puro. Tan puro como pueda ser una sensación. Conseguí no cerrar el círculo de dolor entre nosotros y evitar que continuase; pero, luego, Aaor necesitó de más curación. Lo retuve conmigo para proporcionarle tranquilidad y alivio a su soledad. Se quedó hasta que caí dormido.

Nunca le di a Aaor una respuesta verbal a su pregunta. Nunca la repitió. Pareció darse cuenta de que yo ya no podía separarme, deliberadamente, de Tomás ni de Jesusa. Ellos aún podían dejarme, pero no lo iban a hacer. Jesusa se tomaba muy en serio las promesas que formulaba. No trataría de dejarme hasta que yo volviera a estar en pie. Y Tomás no se iría sin ella. Para cuando estuviesen dispuestos a marcharse, ya sería muy tarde.

Mi único miedo era que alguien de la familia se lo dijese. Mi madre creía que debía hacerlo, pero aún no lo había hecho. Me amaba y, sin embargo, hasta el momento no había sido capaz de hacer nada por mí. Así que no lograba decidirse a destruir la única oportunidad que, posiblemente, yo tuviera de lograr los cónyuges que necesitaba.

El caso es que estaba acosada por la culpa. Una traición más a su propia raza humana, a causa de una gente que no eran humanos, o no del todo humanos. Hablaba con Jesusa como si fuera una hermana mucho mayor..., o un progenitor del mismo sexo. La aconsejaba.

—Escucha a Khodahs —le oí decirle en una ocasión—. Escúchale

cuidadosamente. Te dirá aquello que él quiera que sepas. No te mentirá, pero te ocultará información. Una vez hayas oído lo que tenga que decir, apártate de él. Sal de casa: vete al río o métete dentro del bosque. Piensa por ti misma lo que te diga, y decide a qué preguntas necesitas aún respuestas. Entonces, ven a casa y pregunta.

—¿A casa? —susurró Jesusa, con voz tan queda que casi no logré escucharla. Estaban fuera de la casa, renovando la paja del techo. No estaban cerca de mi habitación pero, probablemente, mi madre sabía que podía oírlas.

—Vives aquí —le dijo mi madre—. Así que eso la hace tu casa. Aunque no es un hogar permanente para ninguno de nosotros.

También ella era buena en el evadir y reservarse información.

—¿Irías a Marte si pudieras? —le preguntó Jesusa.

—¿Y abandonar a mi familia?

—Si fueras como yo. Si no tuvieras familia.

Mi madre dejó pasar un tiempo sin responder. Al fin suspiró.

—No sé cómo responder a eso. Estoy contenta con esta gente. Más que contenta. Perdí a mi marido y a mi hijo antes de la guerra, murieron en un accidente. Cuando llegó la guerra, perdí el resto. Nos pasó a todos nosotros, a los que llamáis ancianos. Yo no podía abandonarme y morir, pero no tenía ninguna esperanza de nada. Quizá, todo lo más, de hallar abrigo y comida. Y una ausencia de dolor. Nikanj dijo que sabía que yo necesitaba niños, así que tomó la simiente del hombre que yo tenía entonces y me dejó en estado. Creí que jamás le perdonaría eso.

—Pero, ¿se lo has perdonado?

—He comprendido por qué lo hizo. Y lo he aceptado. Nunca hubiera pensado que llegaría a tanto. Cuando conocí al primer ooloi maduro, Kahguyaht, el padre de Nikanj, me pareció totalmente alienígena, arrogante y aterrador. Lo odié. Creí odiar a todos los ooloi.

Hizo una pausa.

—Ahora me parece como si toda mi vida hubiese amado a Nikanj. Es peligrosamante fácil amar a los ooloi. Nos absorben, y eso a nosotros no nos importa.

—Sí —aceptó Jesusa, y yo sonreí—. No obstante, a mí me dan miedo, porque no los entiendo. Me iré a Marte si no me quedo con Khodahs. Puedo comprender eso de colonizar un lugar nuevo. Sé lo que puedo esperar de un marido humano.

—Mira a mi familia, Jesusa..., y piensa que sólo estás viendo a seis de nuestros hijos. Esto es lo que puedes esperar cuando te atríes con Khodahs. Hay en esto una proximidad que nunca tuve con la familia en la que nací, o con mi esposo e hijo.

—Pero tú tienes otros cónyuges oankali, además de Nikanj.

—También tú acabarás por tenerlos..., quiero decir, si sigues con

Khodahs. Y tus hijos se parecerán mucho a los míos. Y la mitad de ellos nacerán de una hembra oankali, pero todos heredarán algo de vosotros cinco.

Al cabo de un tiempo, Jesusa dijo:

—Ahajas y Dichaan no están tan mal. Parecen... muy amables.

—Son buenos cónyuges. Yo estaba con Nikanj antes de que llegasen ellos..., como ocurre contigo y Khodahs. Creo que esto es lo mejor: probablemente un ooloi sea la cosa más extraña con la que se pueda topar un humano, así que necesitamos un tiempo de soledad para darnos cuenta de que, posiblemente, también sea la cosa mejor.

—¿En dónde viviríamos?

—¿Tú y tu nueva familia? En uno de nuestros pueblos. Creo que en cualquiera de ellos seríais bienvenidos los tres. Seríais algo totalmente nuevo..., el centro de mucha atención. Y a los oankali y a los construidos les encantan las cosas nuevas.

—Khodahs dice que tenía que ir al exilio porque es una cosa nueva.

—¿Es realmente eso lo que dijo?

Silencio. ¿Qué era lo que estaba haciendo Jesusa? ¿Rebuscando en su memoria lo que yo había dicho exactamente?

—Dijo que era el primero de su especie —ratificó al fin—. El primer ooloi construido.

—Sí.

—Dijo que se suponía que aún no debía de haber ningún ooloi construido, así que la gente no se fiaba de él. Que tenían miedo de que no supiese controlarse como debe hacerlo un ooloi. Que temían que le hiciese daño a la gente.

—E hizo daño a alguna gente, Jesusa. Pero nunca ha hecho daño a humanos. Y nunca ha hecho daño a nadie cuando ha tenido con él a humanos.

—Me lo dijo.

—Bien. Porque, si no lo hubiese hecho él, lo hubiera hecho yo. Te necesita mucho más de lo que Nikanj me necesitó nunca a mí.

—Tú quieres que me quede con él.

—Muchísimo.

—Tengo miedo. Es todo tan diferente... ¿Cómo fue que tú...? Quiero decir que..., con Nikanj... ¿Cómo te decidiste?

Mi madre no respondió.

—No tuviste posibilidad de elección, ¿verdad?

—La tuve, oh sí. Elegí vivir.

—Eso no es una elección. Eso es limitarse a seguir adelante, dejándote llevar por lo que sea que suceda.

—No sabes de lo que estás hablando —le dijo mi madre.

Y, después de esto, no hubo más charla por un rato. Mi madre no había dicho estas últimas palabras a gritos, como hubieran hecho algunos humanos..., casi las había susurrado. Pero llevaban tanto sentimiento que también me habrían hecho callar a mí..., y yo sabía mucho de aquello a lo que mi madre había sobrevivido: era tanto más de lo que había dicho, que a Jesusa no le hubiera gustado escucharlo. Aunque, en cierto modo, lo había captado en la voz de mi madre. Así que no volvieron a hablar hasta casi el momento en que yo me estaba hundiendo de nuevo en el sueño. Empezó Jesusa:

—Resulta halagador pensar que Khodahs nos necesita. Parece tan poderoso, tan capaz de resistirlo todo... Al principio no podía comprender por qué nos necesitaba. Me sentía suspicaz.

—Sí, puede soportar un montón de sufrimientos físicos. Y tendrá que hacerlo, si lo dejáis.

—Hay otros humanos con los que puede atriarse.

—No, no los hay. Ahora está Marte: los resistentes eligen irse allí. Y, en cualquier caso, los resistentes normales son ya demasiado viejos para Khodahs. En cuanto a los pocos jóvenes humanos que nacen en la nave, son la excepción, y están muy solicitados.

—Entonces, ¿qué es lo que le pasará a Khodahs si nos vamos?

—No lo sé. Del mismo modo que no sé lo que le va a pasar a Aaor, y punto. La verdad es que por quien estoy más preocupada ahora es por Aaor.

—Aaor me preguntó si le podría decir dónde estaba mi gente..., decírselo sólo a él, para que pudiera ir allí y convencer a un par de los míos de que se atriasen con él.

—¿Y qué le respondiste?

—Que lo matarían. Que lo matarían en cuanto supieran quién era.

-¿Y?

—Dijo que no le importaba. Que Khodahs nos tenía a nosotros, pero que él pasaba hambre.

—¿Y le dijiste lo que quería saber?

—No pude. Aunque no supiera cómo lo iba a recibir mi pueblo, a ellos no puedo traicionarlos de ese modo. Ya pensarán que soy una traidora cuando los oankali vayan a buscarlos.

—Lo sé. Y la verdad es que Aaor también lo sabe. Pero está desesperado.

—Tomás dice que también se lo ha preguntado a él.

—Eso ya no es tan normal. ¿Y te lo ha preguntado más de una vez?

—Tres veces.

—Eso ya no es nada normal. Hablaré de ello con Nikanj.

—No querría causarle problemas. Me gustaría poder ayudarle.

—Ya tiene problemas. Y probablemente Nikanj sea el único que pueda ayudarle.

Dejé de luchar con el sueño y me hundí en él. Cuando volviese a despertarme, hablaría con Aaor. Estaba pasando hambre..., no sabía qué podía hacer yo para solucionarlo, pero debía haber algo.

2

Pero no tuve oportunidad de hablar con Aaor antes de que terminase mi segunda metamorfosis. Se iba de casa, igual que había hecho yo. Vagaba, tal vez en busca de alguna huella del pueblo de Jesusa y Tomás.

Pero sólo halló envejecidos, hostiles y nunca fértiles resistentes que no tenían nada que ofrecerle, como no fueran balas o flechas.

Cambió radicalmente: le volvió a crecer pelo por todo el cuerpo, luego le salieron escamas, las perdió, se cubrió con algo que se parecía a la corteza de los árboles, tras lo que cambió por completo, perdió los miembros y se dedicó a vivir dentro de un afluente de nuestro río.

Cuando se dio cuenta de que no podía forzarse a sí mismo a recuperar su forma humana u oankali, que ni siquiera podía volver a convertirse en un ser terrestre, nadó hasta casa. Estuvo nadando durante tres días en el río, cerca de nuestra casa, antes de que nadie lo reconociese; incluso había cambiado su olor.

Yo estaba despierto, pero aún no lo bastante fuerte como para levantarme. Mis brazos sensoriales estaban totalmente desarrollados, pero todavía no los había utilizado. Cuando Oni y Hozh hallaron a Aaor en el río, yo estaba aún aprendiendo a coordinarlos como miembros para levantar y manejar cosas.

Hozh me enseñó en lo que se había convertido Aaor: una especie de casi molusco, algo a lo que no le quedaban huesos dentro. Sus tentáculos sensores estaban intactos, pero ya no tenía ni ojos ni otros órganos humanos de los sentidos. Su piel, muy lisa, estaba protegida por una capa viscosa. No podía hablar, ni respirar aire, ni producir sonido alguno. Había atraído la atención de Hozh arrastrándose orilla arriba hasta quedar a medias fuera del agua. Algo muy difícil para él. Doloroso. Su carne alterada era muy sensible a la luz del sol.

—Jamás lo hubiera reconocido si no lo hubiese tocado —me dijo Hozh—. Ni siquiera olía igual. De hecho, no olía a nada.

—No comprendo eso —le dije—. Aún no es un adulto: ¿cómo pudo cambiar su olor?

—Lo había suprimido. Había suprimido su olor, aunque no creo que lo hiciese intencionadamente.

—No parece, en modo alguno, que quisiera convertirse en lo que se ha convertido. Cuando pueda ser metido en casa, dile a Ooan que me lo traiga aquí.

—Ooan se lo ha vuelto a llevar al agua para ayudarle a volver a cambiar a su forma habitual. Dice Ooan que casi se pierde, que estaba convirtiéndose más y más en lo que parecía ser.

—¿Están Tomás y Jesusa por casa, Hozh?

—Están en el río. Todos están allí.

—Diles que vengan aquí.

—¿Puedes ayudar a Aaor?

—Creo que sí.

Se fue. Poco más tarde llegaron Tomás y Jesusa, y se sentaron uno a cada lado. Pensé en sentarme en la cama para decirles lo que tenía que decirles, pero eso me hubiera resultado agotador, y había otras cosas que debía hacer con las energías de que disponía.

—¿Visteis a Aaor? —les pregunté.

Tomás asintió con la cabeza, Jesusa se estremeció y dijo:

—Era… como una babosa gigante.

—Creo que podemos ayudarle —les dije—. ¡Ojalá hubiera venido a verme antes de irse! Creo que incluso entonces hubiéramos podido ayudarle.

—¿Nosotros? —preguntó Tomás.

—Uno de vosotros a mi lado y Aaor al otro. Creo que puedo juntaros lo bastante con él como para satisfacerle. Creo que podré hacerlo sin que os resulte molesto. —Toqué a cada uno de ellos con un brazo sensorial—. De hecho, creo que podré arreglar las cosas para que lo disfrutéis.

Tomás examinó mi brazo sensorial izquierdo, y el tacto del humano le hizo adquirir vida como ninguna otra cosa podría.

—Así que le darás a Aaor un poco de placer —me dijo—. ¿Y de qué le va a servir eso?

—Aaor quiere cónyuges humanos. *Debe* tener algún tipo de cónyuges. Hasta que los consiga, ¿queréis compartir con él lo que tenemos?

Jesusa tomó mi brazo sensorial derecho y lo mantuvo aferrado.

—Yo no puedo tocar a Aaor —me dijo.

—No hay necesidad de que lo hagas: yo lo tocaré. Tú me tocarás a mí.

—¿Volverá a transformarse en lo que era? ¿Acabará de cambiarlo Nikanj antes de que nos lo traiga?

—Cuando nos lo traigan ya no será una babosa sin miembros. Pero tampoco será como cuando nos abandonó. Nikanj lo convertirá otra vez en un ser terrestre. Eso llevará días; de hecho, Nikanj no lo sacará del río hasta que haya desarrollado de nuevo huesos y pueda mantenerse en pie. Para cuando sea capaz de venir con nosotros, ya estaremos dispuestos para él.

Jesusa soltó mi brazo sensorial.

—No sé si yo podré estar preparada para él. Tú no lo has visto, Khodahs…, no sabes el aspecto que tiene.

—Hozh me lo ha mostrado. Muy feo, lo sé; pero es mi compañero de camada apareado. Y también es el único otro ser en existencia que se parece a mí. No sé lo que le puede llegar a pasar si no le ayudo.

—Pero Nikanj podría…

—Nikanj es nuestro padre. Hará todo lo que pueda. Por mí hizo todo lo que pudo. —Callé un momento, mirándola—. Jesusa, ¿comprendes que lo

que le ha pasado a Aaor es lo que estaba en trance de pasarme a mí cuando me encontrasteis?

Tomás se apretó ligeramente contra mí.

—Tú aún estabas al control de ti mismo —me dijo—. Incluso nos pudiste ayudar a nosotros.

—Nunca permanecí tanto tiempo lejos de casa como lo ha estado Aaor. Y, tal como estaban ya las cosas, no creo que hubiese podido regresar, de no ser por vosotros. Me hubiera tenido que tirar al agua o enterrarme en tierra para mi segunda metamorfosis. Y nuestros cambios no funcionan bien cuando estamos solos. No sé en qué me hubiese convertido.

—¿Crees que Aaor está en su segunda metamorfosis? —me preguntó Jesusa.

—Probablemente.

—Nadie lo ha sugerido.

—Os lo hubiesen dicho si lo hubieseis preguntado; para ellos resulta obvio. Una vez tengan a Aaor estabilizado, podrán acabar con su cambio aquí dentro. Yo pronto estaré en pie.

—¿Y dónde dormiremos? —preguntó Jesusa.

¡Conmigo!, pensé al instante. Pero contesté:

—En la sala principal. Si lo preferís, podemos construir una separación.

—Sí.

—Y tendremos que pasar algún tiempo con Aaor. Si no lo hacemos, su cambio volverá a ser erróneo.

—¡Oh, Dios! —susurró Jesusa.

—¿Habéis comido hace poco?

—Estábamos comiendo con tus padres humanos cuando Oni y Hozh hallaron a Aaor —le explicó Tomás.

—Bien. —Podían compartir esa comida conmigo y librarme de la molestia de tener que comer—. Echaos conmigo.

Lo hicieron de buena gana. Jesusa se estremeció un poco cuando, por primera vez, rodeé su cuello con un brazo sensorial. Cuando estuvo quieta, me introduje en ella con cada uno de los tentáculos sensoriales que había en mi cuerpo a su lado. No podía dejarla moverse por un tiempo.

Luego, con una sensación de alivio que iba más allá de cualquier cosa que hubiese notado jamás con Jesusa, tendí mi mano sensorial, agarré con ella su nuca, y le hundí en la piel filamentos de la misma.

Por primera vez la inyecté, no podía evitar el hacerlo, con mi propia sustancia de ooloi adulto.

Por los mensajes neurales que intercepté, supe que ella se habría convulsionado si hubiera sido capaz de moverse en lo más mínimo. Lo que sí hizo fue gritar y, por un instante, me distrajo el repentino aroma de

adrenalina de la alarma de Tomás.

Con mi brazo sensorial libre toqué la piel de su rostro.

—Ella está bien —logré obligarme a decir—. Espera.

Quizá me creyó. Quizá le tranquilizó la expresión de la cara de Jesusa. Debería haberme metido a la vez en los dos, pero aquélla era mi primera vez como adulto y deseaba saborear, separadamente, sus esencias individuales.

Mi consciencia de adulto me parecía más aguzada, más precisa y diferente, en algún modo que aún no había logrado definir. El olor-tacto-sabor de Jesusa, el ritmo del latido de su corazón, el flujo de su sangre, la textura de su piel, el fácil, correcto y vitalizador trabajo de sus órganos, de sus células, de las diminutas oraganelas dentro de sus células..., todo esto era de una enorme complejidad, infinitamente absorbente. El error genético que tanto dolor les había causado tanto a ella como a su pueblo me resultaba tan obvio como lo pueda ser una nube solitaria en un cielo por lo demás despejado. Me sentía tentado a iniciar, de inmediato, las reparaciones. Sus células corporales serían más fáciles de alterar, a pesar de que esa alteración llevaría tiempo. No obstante, las células sexuales, los óvulos, tendrían que ser sustituidas. Tanto su padre como su madre habían tenido la enfermedad, y aproximadamente las tres cuartas partes de sus propios óvulos eran defectuosos. Tendría que hacer que algunas partes de su cuerpo funcionasen como no lo habían hecho nunca desde antes de su nacimiento. Pero era mejor dejar ese tipo de tarea para más adelante. Lo mejor, ahora, era simplemente disfrutar de Jesusa..., de las complejas armonías que había en ella, del peligro inherente de su Conflicto Humano, genéticamente inevitable: la inteligencia contra el comportamiento jerárquico. Hubo un tiempo en el que dicho conflicto o contradicción, así se le llamaba, asustaba de tal modo a algunos oankali que se habían apartado de todo contacto con los humanos. Y así se convirtieron en Akjai: gentes que un día abandonarían la vecindad de la Tierra sin haberse mezclado con los humanos.

Para mí, ese conflicto era como la especia de la vida: había sido mortífero para los terrestres, pero para Jesusa o Tomás no sería más mortal de lo que lo había sido para mis propios padres. Y mis hijos no lo tendrían en absoluto.

Jesusa, solemne e inquisidora, hermosa a niveles que ella posiblemente nunca comprendería, sería con toda seguridad una de las madres de esos hijos.

Disfruté de ella durante unos momentos más, gozando especialmente de su placer en mí. Podía ver cómo mi propia sustancia ooloi estimulaba los centros de placer de su cerebro.

—Contrólalos con sumo cuidado —me había dicho Nikanj—. Dales tanto como puedan aceptar, y no más. No les hagas daño, no los asustes, no los sobreestimules. Empieza en ellos lentamente y, cuando haya pasado un poco de tiempo, ellos estarán más dispuestos a dejar de comer que a dejarte a ti.

Jesusa sólo había comenzado a probarme..., a mí como adulto, y ya

podía comprobar que eso era cierto. Le había gustado mucho como subadulto, pero lo que sentía ahora iba más allá del simple agrado, más allá del amor, hasta caer en la profunda adicción biológica del estado adulto. Literalmente era así: una adicción hacia otra persona, como lo definía Lilith. Y yo no podía pensar en ello fríamente: para mí, aquello representaba que, pronto, Jesusa no querría abandonarme..., que ya no sería capaz de dejarme más que por unos pocos días antes de sentir la necesidad de volver.

Naturalmente, esto funcionaba en ambos sentidos: pronto yo no sería capaz de soportar una larga separación de ella, y Jesusa podría hacerme daño si me evitaba deliberadamente. Y, por lo que sabía de ella, estaría dispuesta a hacer tal cosa si creía que tenía un motivo para ello..., pese a que hacerlo le ocasionaría a ella tanto dolor como el que me causaría a mí. Lilith le había hecho aquello a Nikanj muchas veces, antes de que se estableciese la colonia de Marte.

Los machos humanos pueden ser peligrosos, y las hembras humanas pueden ser frustrantes. Y, no obstante, yo me sentía impelido a tenerlos a ambos. Lo mismo le sucedía sin duda a Aaor. Si alguna vez Tomás y Jesusa volvían contra mí sus peores características humanas, probablemente sería a causa de Aaor. Yo no tenía más remedio que tratar de ayudarle, y Jesusa y Tomás debían de colaborar en el intento. Y no sabía si podría hacer que la experiencia les resultase fácil.

Tanta más razón, pues, para que intentase que su actuación les resultara placentera.

Mientras la exploraba y curaba los pequeños moretones y heridas que se había hecho últimamente, Jesusa se fue sintiendo placenteramente cansada. Su mayor gozo tendría lugar cuando la uniese con Tomás y compartiese el placer de cada uno de ellos con el otro, mezclando en ambos mi propia sensación. Cuando pudiera hacer de esto un circuito cerrado, nos ahogaríamos los unos en los otros.

Pero eso era para más adelante. Ahora, sin movimiento aparente, acaricié y acuné a Jesusa hasta que cayó en un profundo sueño.

—Nunca comprenderán el tesoro que son —me había dicho Nikanj, en cierta ocasión en que estaba sentado conmigo—. Ellos ven nuestras diferencias, incluso las tuyas, Lelka..., y se preguntan por qué los queremos.

Me desconecté de Jesusa, saboreando por un momento el gusto salado de su piel. En cierta ocasión le había oído a mi madre decirle a Nikanj:

—Es una buena cosa que tu gente no coma carne. Si lo hicieseis, visto el modo en que habláis de nosotros, de nuestros sabores, de vuestra hambre y de la necesidad de probarnos..., creo que, en lugar de trastear con nuestros genes, acabaríais por devorarnos. —Y, tras un momento de silencio—: Quizá eso fuera mejor; al menos sería algo que podríamos comprender y contra lo que podríamos luchar.

Nikanj no había dicho ni palabra. Quizás incluso en ese momento podía haberse estado alimentando de ella..., compartiendo porciones de su más reciente comida, tomando de su piel células muertas o malformadas, o incluso cosechando un óvulo maduro justo antes de que pudiese iniciar su

viaje, descendiendo por las trompas de falopio de su útero. Almacenaba algunos de estos óvulos y consumía el resto. Si Jesusa hubiera estado dispuesta, también yo hubiera tomado uno de sus óvulos.

—Cada día nos alimentamos de ellos —me había dicho Nikanj—. Y, haciéndolo, los mantenemos en buena salud y mezclamos niños para ellos. Pero no siempre han de saber lo que estamos haciendo.

Me volví para mirar a Tomás y, sin mediar palabra, se acostó a mi lado y usó sus brazos para acercarme más a él. Cuando me hubo besado muy a conciencia me dijo:

—¿Siempre tendré que estar esperando?

—Oh, no —le contesté, colocándolo de modo que estuviera más cómodo—. Una vez te haya probado de este modo, dudo que pueda volver a ser capaz de tenerte esperando.

Enrollé un brazo sensorial alrededor de su cuello, dejé al descubierto mi mano sensorial. Lo paralicé, como había hecho con Jesusa, pero le dejé la ilusión de que podía moverse.

—Los machos, en especial, necesitan creer que se están moviendo —me había aleccionado Nikanj—. Disfrutarás más de ellos si les das la ilusión de que se están encaramando por encima de ti.

Estaba totalmente en lo cierto. Y, aunque no había podido recolectar un óvulo de Jesusa, recogí una buena cantidad de esperma de Tomás. Mucho de él llevaba el gene defectuoso y era inútil para la procreación. Proteínas. El resto lo almacené para futuro uso.

Tomás era más fuerte que Jesusa. Me duró más antes de cansarse. Justo antes de ponerlo a dormir, me dijo:

—Nunca pensé en dejarte ir de mi lado. Ahora sé que tú nunca lo harás.

Utilicé sus músculos para movernos a ambos, acercándonos a Jesusa. Allí, conmigo en medio de ellos dos, ambos podían dormir, y yo podía descansar y tomar un poco más de su comida. No lo notarían. Les sobraba, y yo la necesitaba para recuperar rápidamente las fuerzas..., en bien de Aaor.

3

Aaor estaba en su segunda metamorfosis. Cuando Nikanj me lo trajo, tras varios días de reconstrucción, aún no era reconocible. No se parecía a ningún humano, oankali o construido que yo hubiese visto antes.

Su piel era de un gris profundo. Pedazos de la misma aún brillaban con la antigua mucosidad. Y no podía caminar demasiado bien: era bípedo de nuevo, pero estaba muy débil, y su coordinación no había vuelto a ser la que debería.

No tenía cabello.

No podía hablar en voz alta.

Sus manos eran aletas palmeadas.

—No deja de resbalar retrocediendo —me explicó Nikanj—. Casi lo he devuelto a la normalidad, pero a él no le queda ningún control. En el momento en que lo dejo, deriva hacia una forma menos compleja.

Colocó a Aaor sobre un jergón que le habíamos preparado. Tomás le había seguido al interior de la habitación. Ahora se quedó mirando, mientras el cuerpo de Aaor se retiraba más y más de lo que debería de ser. Jesusa no había entrado.

—¿Puedo ayudarte? —me preguntó Tomás.

—No lo sé —le dije. Me tendí junto a mi compañero de camada, y vi que me estaba mirando. Tampoco sus ojos reconstruidos eran lo que deberían de ser: eran demasiado pequeños y sobresalían demasiado, pero podía ver con ellos. Estaba mirando mis brazos sensoriales.

Los enrosqué, ambos, alrededor de él, y también le abracé con mis brazos de fuerza.

Estaba profunda y dolorosamente atemorizado, desesperadamente solitario, y hambriento de un contacto que no podía tener.

—Échate detrás mío, Tomás —dije, y vi con mis tentáculos sensoriales cómo dudaba, cómo se agitaba su garganta mientras tragaba saliva. Y, sin embargo, se tendió tras de mí, se acercó, y me dejó compartirlo con Aaor, del mismo modo como ya lo había compartido con Jesusa.

A pesar de mis esfuerzos, no hubo placer en este ejercicio. Tal y como había dicho Nikanj, algo había fallado, gravemente, en el cuerpo de Aaor. No dejaba de escapárseme simplificando su cuerpo. No tenía control de sí mismo..., pero, como una roca que rueda ladera abajo, tenía inercia: su cuerpo «quería» ser cada vez menos complejo. Si se hubiera quedado algún tiempo más en el agua, sin ayuda, hubiera empezado a disgregarse por completo..., en células individuales, cada una de ellas con su propia simiente de vida, su propia organela. Éstas podrían haber vivido por un tiempo como organismos unicelulares, o haber invadido de inmediato los cuerpos de seres más grandes; pero Aaor, como individuo, habría desaparecido. Así pues, de algún modo, el cuerpo de Aaor estaba intentando suicidarse. Nunca había oído de ningún portador del organismo oankali que hubiese hecho tal cosa; nosotros atesorábamos la vida. En mis peores

momentos, antes de que hallase a Tomás y Jesusa, ni se me había ocurrido esa idea de disolución. No dudaba que, finalmente, podría haberme sucedido..., no como algo deseable, pero sí como algo inevitable. No en vano llamábamos *hambre* a esta necesidad de contacto con otros, a nuestra necesidad de cónyuges. El término no había sido elegido de un modo frívolo: uno que pasaba hambre podía llegar a morir de ello.

La gente que me había querido ver a buen recaudo, encerrado en Chkahichdahk, había temido no sólo lo que mi inestabilidad podía obligarme a hacer, sino también aquello a lo que mi hambre podía conducirme a hacer. La disolución había sido una posibilidad no mencionada. Y una disolución en el río hubiera afectado indefectiblemente, hubiera infectado, a plantas y animales. Y esos animales infectados hubieran visto atraídos hacia zonas como la ocupada por Lo, donde crecían organismos-nave. Además, las células viviendo libremente se verían atraídas hacia un tal lugar. Aunque sólo unas pocas células acabarían causando problemas..., por ejemplo, provocando enfermedades o mutaciones en las plantas.

Aaor quería seguir viviendo como Aaor. Trató de ayudarme a devolverle a una metamorfosis normal, pero todo eso sin decir palabra. Yo no le alenté en sus esfuerzos: ni siquiera tenía aún el suficiente control para ayudar a su propia restauración.

Tomás deseaba, desesperadamente, apartarse de mí y de Aaor. Lo puse a dormir y lo mantuve conmigo. Su presencia ayudaría a Aaor, estuviera consciente o no.

Durante día y medio los tres yacimos juntos, obligando al cuerpo de Aaor a hacer lo que no quería. Al fin, cuando Tomás y yo nos levantamos, para bañarnos y comer, Aaor casi parecía tal cual era antes de marcharse de casa: suave piel marrón, un brote de brazo sensorial en cada axila, una mata de cabello negro en la cabeza, dedos sin palmear, capacidad de hablar...

—¿Qué es lo que voy a hacer? —nos preguntó, justo antes de que lo dejásemos con Nikanj.

—Cuidaremos de ti —le prometí.

Sin decirnos palabra el uno al otro, Tomás y yo fuimos al río y nos frotamos vigorosamente.

—No deseo volver a tener que hacer esto —me dijo mientras emergíamos del agua.

No respondí. Al día siguiente, cuando el cuerpo de Aaor comenzó a cambiar hacia una forma errada, Tomás y yo lo volvimos a hacer. Él no lo deseaba, pero miró a Aaor y luego me miró a mí y, a desgana, se echó a mi lado.

La siguiente vez que sucedió, llamé a Jesusa. Después, en el río, ella comentó:

—¡Me siento como si un montón de babosas hubieran reptado por encima de todo mi cuerpo!

El cuerpo de Aaor no aprendió estabilidad. Una y otra vez había que ser traído de vuelta de su deriva hacia la disolución. Trabajando con Tomás

o Jesusa, yo siempre conseguía traerlo de vuelta, pero no podía retenerlo. Nuestro trabajo jamás se acababa.

—¿Por qué siempre parece algo tan repugnante? —me preguntó Jesusa tras una larga sesión. Nos habíamos lavado y ahora estábamos los tres compartiendo una comida..., algo que no podíamos hacer demasiado a menudo.

—Por dos razones —le expliqué—. En primer lugar, Aaor no es yo. La gente atriada no quiere ese tipo de contacto con ooloi que no sean su cónyuge. Las razones son bioquímicas.

Me detuve.

—Para vosotros, Aaor huele de un modo incorrecto, sabe raro. Me gustaría poder enmascarar todo eso para que no os molestara, pero no puedo.

—Nunca lo tocamos y, sin embargo, yo lo siento —afirmó Jesusa.

—Porque él necesita sentiros a vosotros. Os hago dormir porque él no debe notar vuestra repulsión. No podéis dejar de sentir repulsión, pero Ahajas no debe de compartirla.

—¿Y cuál es la segunda razón? —me preguntó Tomás.

Me abracé a mí mismo con mis brazos de fuerza.

—Aaor está enfermo. No debería de seguir deslizándose del modo en que lo hace. Debería estabilizarse, como yo me estabilizaba cuando me ayudaban a ello mis compañeros de camada. Pero no puede. —Miré su rostro, que era más delgado de lo que debería ser..., pese a que comía abundantemente; los efectos de las sesiones con Aaor estaban empezando a dejarse sentir. Y Jesusa parecía mayor de lo que era: las líneas verticales entre sus ojos se habían hecho más profundas y permanentes. Cuando todo hubiese acabado, las borraría.

Ella y Tomás se miraron el uno al otro, desabridamente.

—¿Qué sucede? —les pregunté.

Jesusa se agitó, incómoda.

—¿Y qué le pasará a Aaor? —me preguntó—. ¿Cuánto tiempo tendremos que seguir ayudándole? —Se recostó contra la pared de la cabaña—. No sé cuánto tiempo podré seguir resistiéndolo —concluyó.

—Si podemos hacerlo pasar por su metamorfosis quizá se estabilice, porque su cuerpo ya será maduro.

—¿Crees que tú lo hubieras hecho sin nosotros? —me preguntó Jesusa.

No le contesté. Al cabo de un momento, no fue necesaria una respuesta.

—¿Qué es lo que le sucederá? —insistió.

—Probablemente lo exiliarán a la nave. Lo llevaremos de vuelta a Lo, y será mandado a Chkahichdahk. Allá quizás encuentre compañeros oankali o construidos que le ayuden a estabilizarse. O tal vez finalmente se le

permita... disolverse. Ahora su vida es terrible y, si no tiene nada mejor en lo que confiar...

Se volvieron simultáneamente y se miraron de nuevo el uno al otro. Después de todo, eran compañeros de camada emparejados, aunque ellos no pensasen en sí mismos en esos términos. Eran como Aaor y yo. Y, entre ellos, una mirada decía mucho. Esa misma mirada me excluía.

Jesusa tomó uno de mis brazos sensoriales entre sus manos y animó a la mano sensorial a que saliese. Parecía hacer esto de un modo natural, del mismo modo que mis padres, machos y hembras, hacían con Nikanj. Ahora que me habían crecido los brazos sensoriales, apenas nunca tocaba mis manos de fuerza.

—Nikanj nos habló de Aaor —me dijo con suavidad.

Enfoqué estrechamente en ella.

—¿Nikanj?

—Nos dijo lo mismo que tú acabas de decirnos. Nos dijo que, probablemente, Aaor se disolvería. Moriría.

—No es exactamente morir...

—¡Sí! Morir, sí. Ya no será Aaor, y no importará cuántas de sus células sigan vivas. ¡Aaor habrá desaparecido!

Me sentí sobresaltado por su repentina vehemencia. Resistí el impulso de calmarla por métodos químicos, porque estaba claro que no deseaba ser calmada.

—Sabemos más sobre la muerte que tú —me dijo amargamente—. Y, te lo aseguro, reconozco a la muerte cuando la veo.

Coloqué mi brazo de fuerza sobre sus hombros, pero no se me ocurrió nada que decir.

Finalmente, Tomás dijo:

—En nuestro pueblo hacían que Jesusa ayudase con los enfermos y los moribundos. Era algo que odiaba hacer, pero la gente confiaba en ella. Sabían que haría lo que fuese necesario, sin importarle cómo se sintiese. Igual que ocurre contigo, supongo. —Suspiró—. Debo de tener algo que no me funciona bien..., ¡mira que enamorarme sólo de gente seria y totalmente dedicada al cumplimiento de su deber!

Sonreí, y tendí hacia él mi brazo sensorial libre.

Vino a sentarse con nosotros y aceptó el brazo. Ahora no había intensidad, sólo la satisfacción de estar juntos. De esto habíamos tenido poco últimamente.

—Si Aaor tuviera la posibilidad de atriarse con una pareja de humanos, ¿sobreviviría?

Se sentía asustada, y las nauseas le atenazaban el estómago. Habló como si le hubieran sacado las palabras a palos. Tanto Tomás como yo nos la quedamos mirando.

—¿Y bien, Khodahs? ¿Lo lograría?

—Sí —le contesté—, casi con toda seguridad.

Ella asintió con la cabeza.

—Estaba pensando que, si pudieran arreglarnos las caras para que tuviesen el aspecto de antes, podríamos volvernos a casa. Se me ocurre alguna gente que podría estar dispuesta a unirse a nosotros si supiese lo que hemos hallado..., de lo que nos hemos enterado.

—¡Nos encerrarían y nos pondrían a criar! —protestó Tomás.

—No creo que nos fueran a ver ni los ancianos ni ningún padre. Tú siempre fuiste muy bueno en entrar y salir sin que te vieran, cuando pensabas que iban a ponerte a trabajar.

—Eso eran trucos infantiles. Esto es serio. —Hizo una pausa—. Y, con un nombre como el tuyo, éste es un juego al que no deberías de jugar, hermanita.

Ella apartó la mirada de él, descansó su cabeza sobre mi hombro.

—No quiero hacerlo —dijo—. Pero, ¿por qué tiene que morir Aaor?

—Sabemos que nuestra gente será capturada y trasladada, o absorbida o esterilizada. Es ya demasiado tarde para evitar eso. Pero, ¿cómo podemos estar viendo sufrir a Aaor y, sabiendo que probablemente morirá, no hacer nada? Es cierto que nuestra gente no pensará demasiado bien de nosotros cuando sepan que nos hemos unido a los oankali, pero..., eso es algo que *acabarán* por descubrir, hagamos lo que hagamos.

—Nos matarán, si les es posible —afirmó Tomás. Jesusa negó con la cabeza.

—No, si tenemos el mismo aspecto que antes teníamos. Khodahs nos lo tendrá que volver a cambiar, pero del todo. Incluso tú deberás tener otra vez el cuello rígido. Eso nos dará una oportunidad de volver a salir de allí otra vez, más tarde o más temprano, si nos apresan. —Pensó por un instante—. Aún no pueden saber lo que hemos hecho, ¿verdad, Khodahs?

—Aún no —admití—. Nikanj ha evitado mandar la información a la nave o a ninguna de las poblaciones.

—Porque esperaba que hiciésemos, justamente, lo que estamos haciendo.

Asentí con la cabeza.

—No se atrevía a pedíroslo a ninguno de los dos. Sólo podía esperar que lo decidieseis por vosotros mismos.

-¿Y tú?

—Yo tampoco podía pedíroslo. Ya os habíais negado a hacerlo. Y comprendíamos vuestra negativa.

Ella no dijo nada durante un tiempo. Permaneció sentada, totalmente quieta, mirando al suelo. La adrenalina fluía por su sistema; empezó a estremecerse.

—¿Jesusa? —dije.

—No sé si podré hacerlo —me dijo—. Crees que lo entiendes, pero no es así. No puedes entenderlo.

La abracé y la toqué hasta que dejó de temblar. Tomás le acarició el cabello, tendiendo el brazo por encima de mí para hacerlo, y yo sentí el impulso de agarrarle la mano e impedírselo. Los machos y las hembras oankali no tenían necesidad de hacer aquello. Pero yo tenía que aprender a soportarlo en mis cónyuges humanos.

—¿Debemos hacerlo? —le preguntó repentinamente la hermana al hermano.

Él se apartó de ella, miró de uno de nosotros al otro, y luego también apartó la vista.

Ella me miró a mí.

—¿Debemos hacerlo? —me preguntó.

Abrí la boca para decir que sí, que naturalmente que debían. Pero la cerré sin decir palabra.

—No quiero que te autodestruyas —le dije al cabo de un rato—. No quiero cambiar la vida de mi compañero de camada por la tuya.

Yo sentía lo que ella sentía. Ella no podía darme ilusiones multisensoriales, los humanos no tenían aquel tipo de control, pero yo podía notar lo muy tensa que se mantenía, cómo le dolía el estómago, cómo le hacían daño los músculos. Y tenía que impedirme a mí mismo no correr a darle alivio: ahora no lo necesitaba, ni quería aquello de mí. Tanto mi madre como Nikanj me habían advertido de que no todo dolor tenía que ser curado de inmediato. Su lenguaje corporal me advertiría de cuando ella deseara alivio.

—No moriré —susurró—. No soy tan frágil. O, quizá..., no sea tan afortunada. Si puedo salvar a tu compañero de camada, lo haré. Pero creo que me resultaría más fácil romperme yo misma varios huesos.

Ahora, tanto ella como yo miramos a Tomás.

Él agitó la cabeza.

—Odio aquel lugar —dijo con voz suave—. Está lleno de dolor y enfermedad, sentido del deber y falsas esperanzas. Yo esperaba morirme antes que tenerlo que volver a ver. Ambos lo sabéis.

Asentí. Jesusa no hizo el menor movimiento. Lo contempló.

—Y, sin embargo, amo a esa gente —dijo—. No quiero hacerles esto. ¿No hay otra manera?

—Ninguna que se nos haya ocurrido a nadie —le contesté—. Si podéis hacerlo, salvaréis a Aaor. Si no podéis, lo llevaremos a la nave..., y esperaremos que las cosas funcionen bien.

—Ya hemos traicionado a nuestra gente —dijo Jesusa suavemente—. Eso lo hicimos contigo, Khodahs. Y lo único que estamos haciendo ahora es discutir sobre si ir a sacar a un par de los nuestros de allí antes de tiempo, o dejar que se queden hasta que lleguen los oankali.

—¿Eso es todo? —preguntó Tomás con amarga ironía.

—¿Vendrás conmigo? —le preguntó ella.

Él suspiró.

—¿No te prometí que te volvería a llevar allí? —Se pasó una mano por su propio cabello. Y, al cabo de un instante, se alzó y salió fuera.

4

Hubo complicaciones.

No podíamos partir hasta que terminase la metamorfosis de Aaor. Jesusa y Tomás pensaron que yo les devolvería sus deformaciones y que partirían, solos, hacia las montañas. Pero, aunque hubiesen estado dispuestos a intentarlo, no les hubiera resultado posible: ahora ya no podían dejarme.

Nunca les dije que no podrían hacerlo. Lo descubrieron del mismo modo en que lo había descubierto Lilith: cuando ya hubieron soportado todo lo que podían soportar de Aaor, cuando se dieron cuenta de que no iban a lograr convencerme de que les dejase irse a su poblado de las montañas solos, se marcharon sin mí. Se fueron juntos a la floresta, y se quedaron allí durante varios días. Para mí fue un anticipo de lo que sufriría cuando muriesen.

Me hundí en el pánico cuando descubrí que se habían marchado. Se suponía que Tomás debía pasar la noche con Aaor y conmigo. Y, sin embargo, en el mismo momento en que pensé en él, me di cuenta de que no estaba en el campamento. Ni tampoco Jesusa. Su olor estaba empezando a desvanecerse.

¿Por qué? ¿Adonde habían ido? ¿Por dónde se habían ido? Enfoqué toda mi atención en hallar su rastro de olor, en descubrir el lugar en el que su aroma era más fuerte y reciente. Una vez hubiese descubierto el camino por el que habían penetrado en la selva, los seguiría.

Ahajas me lo impidió.

Era grande y callada, y reconfortaba inmensamente sólo estar cerca de ella. Las mujeres oankali acostumbraban a ser así. Sabía que, a veces, tras una sesión con Aaor, Nikanj iba con ella y, literalmente, parecía perderse en su cuerpo. Ahajas era mucho más voluminosa y, junto a ella, el ooloi parecía un niño.

Ahora me cerró el paso.

—Déjales que sean ellos los que vuelvan a ti —me dijo con voz tranquila.

La miré con mis ojos, mientras mis tentáculos sensoriales enfocaban enteramente el sendero que habían tomado Tomás y Jesusa.

—Los vi irse —me dijo—. Se llevaron mochilas y machetes. No les pasará nada y, en unos días, regresarán.

—¡Podrían capturarlos los resistentes! —exclamé.

—Sí —admitió ella—, pero no es muy probable. Antes de toparse contigo ya estaban acostumbrados a andar por ahí solos.

—Pero…

—Son tan capaces como pueda serlo un humano de cuidarse de sí mismos. Lelka, deberías haberles dicho que estaban atados a ti.

—Tuve miedo de hacerlo. Tuve miedo de que hicieran algo como esto.

—Probablemente lo hubieran hecho de todos modos. Pero ahora, cuando empiecen a necesitarte y se sientan desesperados y temerosos, no sabrán por qué.

—Es por eso por lo que quiero ir tras ellos.

—Primero habla con Lilith. ¿Sabes?, antes ella acostumbraba a hacer esto. Desde muy joven, Nikanj tuvo que aprender que ella tiraría de la cuerda hasta que casi la estuviera ahorcando. Y, si Nikanj iba tras de ella, lo maldeciría y lo odiaría.

Sabía aquello de Lilith. Fui a ella, y me quedé a su lado durante un tiempo. Estaba dibujando, con tinta negra o un tinte oscuro sobre tela de corteza. En Lo, otros humanos habían atesorado sus dibujos..., escenas de la Tierra de antes de la guerra, de animales extintos desde hacía mucho, de lejanos lugares, ciudades, el mar... A veces también pintaba, utilizando pigmentos obtenidos de las plantas. Pero, durante nuestro exilio, había pintado poco. Ahora estaba volviendo a ello, pelando corteza de una rama de una higuera cercana, preparándola y haciéndose ella misma sus tintes, sus pinceles y sus plumillas. En cierta ocasión me había dicho que aquello era algo que hacía para calmarse. Algo que hacía para sentirse más humana.

Dio unas palmadas en el suelo, a su lado, y yo fui allí, limpié un espacio y me senté.

—Se han ido —le dije.

—Lo sé —admitió. Estaba dibujando una comida campestre, con todos nosotros reunidos y comiendo en el suelo con cuencos y vasijas de Lo. Todos: mis padres, mis compañeros de camada..., incluso Aaor, tal como se le veía antes de que se fuese al bosque, y Jesusa y Tomás. Todos eran perfectamente reconocibles, pese a que me parecía que no deberían haberlo sido, pues sólo estaban hechos con unas pocas líneas negras.

—Tus cónyuges no volverán a confiar nunca más en Tino o en mí —me dijo—. Y ésta será nuestra recompensa por habernos callado respecto a lo que les estaba sucediendo.

—¿Debo ir tras ellos?

—Ahora aún no. Dentro de unos días. Ve cuando tus propios sentimientos te digan que ellos están sufriendo, quizá volviendo ya. Encuéntrate con ellos en algún punto entre aquí y donde hayan llegado. ¿Puedes seguirles la pista lo suficientemente bien como para poder hacer eso que te digo?

—Sí.

—Entonces hazlo. Y no esperes que se comporten como si estuvieran contentos de verte por otras razones como no sea la obvia necesidad biológica.

—Ya lo sé.

—Durante un tiempo, no te amarán. Ni siquiera les caerás bien.

—Tampoco confiarán en mí —dije, derrotado.

—Eso no durará. Es con nosotros con quienes estarán resentidos y en

quienes no confiarán.

Me moví para colocarme frente a ella.

—Sabrán que estuvisteis callados por mí.

Ella sonrió con una amarga sonrisa.

—Las feromonas, Lelka. Tu aroma no les dejará odiarte durante mucho tiempo. En cambio, a nosotros sí que nos pueden odiar. Y lo sentiré, porque me gustan. Tienes mucha suerte de contar con ellos.

Hice lo que ella me dijo y, cuando traje de vuelta a casa a mis silenciosos y resentidos cónyuges, también ellos hicieron lo que ella había dicho que harían. Y, para cuando Aaor terminó su metamorfosis, si bien Tomás y Tino parecían haber hallado algún terreno común de entendimiento, Jesusa mantuvo una inquina imborrable y, desde entonces, apenas si le habló a mi madre. Y, cuando llegó el momento de que nos fuéramos y se enteró de que Aaor tenía que venir con nosotros, casi dejó también de hablarme a mí.

Ésa era otra batalla: Aaor tenía que venir; si lo dejábamos atrás, con sólo Nikanj para ayudarle, no sobreviviría. Yo sospechaba que ahora estaba aguantando únicamente a causa de nuestros esfuerzos combinados y su esperanza de lograr humanos con los que atriarse. Y también sospechaba que Jesusa entendía esto: jamás me amenazó con cambiar de idea, con negarse y dejar a Aaor a su destino. Se mostraba más amable con Aaor que conmigo. El contacto con él a través de mí seguía siendo un tormento para ella, pero la enfermedad de él pulsaba en ella una fibra a la que, probablemente, ninguna otra cosa podría llegar.

Por otra parte, yo era para ellos, al mismo tiempo, alivio y tormento. Dejó de tocarme. Aceptaba que yo la tocase, e incluso disfrutaba con ello tanto como antes, pero dejó de intentarlo ella.

—Hiciste algo equivocado —me dijo Tomás, tras estar un tiempo observándonos—. Y, si ella no fuese tan buena en castigarte, tendría que pensar un modo en que hacerlo yo.

—Pero a ti no te importó —le contesté. Cuando los había hallado en el bosque y los había llevado de vuelta a casa, él sólo había sentido alivio. Jesusa estaba llena de ira y resentimiento.

—A ella sí le importa —me indicó—. Se siente atrapada y traicionada. Eso también me importa a mí.

—Lo sé. Y lo siento. Tenía mucho más miedo de perderos de lo que te puedas imaginar.

—Puedo ver a Aaor —me espetó—. No tengo por qué imaginármelo.

—No. Lo que yo quería es teneros a los dos. Y no sólo para evitar el dolor.

Me miró por unos instantes, luego sonrió.

—¿Sabes?, al final acabará por perdonarte. Y se mostrará muy suspicaz hacia el motivo por el cual lo habrá hecho. Y tendrá razón en mostrarse suspicaz, ¿no?

Rodeé su cuello con un brazo sensorial y no me molesté en contestarle.

La temporada de las lluvias estaba justamente terminando cuando los cuatro nos dispusimos a abandonar el campamento. Aaor volvía a estar fuerte, era ya capaz de caminar todo el día y de vivir de aquello con lo que nos topásemos. Y, si dormíamos con él cada par de noches, podía mantener su forma. No obstante, con todos nosotros a su alrededor, se sentía espantosamente solo, vacío, casi en blanco. Podía seguirnos y cuidar de sí mismo, justo apenas. A veces, tenía que tocarlo para hacerlo reaccionar. Era como si estuviera perdido dentro de sí mismo, y sólo saliese a la superficie cuando estábamos en contacto. Raramente hablaba.

Cuando estuvimos dispuestos para partir, Nikanj se colocó entre mis padres oankali para darme los últimos consejos y despedirse.

—No regreséis a este lugar —me dijo—. En unos pocos meses volveremos a Lo. Os daremos mucho tiempo de ventaja, pero tenemos que volver a casa. Una vez lleguemos allí, todos deberán saber lo de tus cónyuges y su poblado. Entonces Lo mandará una señal a la nave, y los humanos serán recogidos. Si vosotros cuatro tenéis éxito, entonces ya seréis seis, y quizá también vosotros estéis ya de vuelta en Lo.

Me enfocó por un rato, sin hablar, y no pude dejar de pensar que, si no éramos cuidadosos, quizá no viviéramos para regresar a Lo. Tal vez no volviese a ver a mis padres. Nikanj debía de haber estado pensando lo mismo.

—Lelka, tengo recuerdos que darte —me dijo—, déjame pasártelos ahora. Creo que ya es hora.

Recuerdos genéticos. Copias viables de células que Nikanj había recibido de su propio padre ooloi, que había recogido por él mismo o que había aceptado de sus cónyuges e hijos. Había duplicado todo lo que poseía, y ahora me iba a pasar toda aquella herencia. Pues yo ya era un adulto atriado.

Y, sin embargo, mientras Nikanj se adelantaba entre Ahajas y Dichaan y tendía hacia mí sus cuatro brazos, yo no me sentí un adulto, y tuve miedo de dar este paso final, de recibir este toque definitivo. Era como si Nikanj me estuviese diciendo: «Aquí está tu herencia, mi regalo/deber/placer final para ti». Punto final.

Pero Nikanj no me dijo nada. Cuando me tocó, me eché hacia atrás, resistiéndome. Él, simplemente, esperó a que me hubiese calmado; entonces habló:

—Debes tener esto antes de marcharte, Lelka. —Hizo una pausa—. Y debes pasárselo a Aaor tan pronto como esté atriado y sea estable. ¿Quién sabe cuándo me volveréis a ver vosotros dos?

Me obligué a mí mismo a introducirme en su abrazo y, de inmediato, me sentí asido y penetrado, mantenido absolutamente inmóvil, pero no paralizado. Nikanj tenía un toque mucho más suave que el que yo había logrado. Y, aun así, daba placer..., incluso a mí..., incluso entonces.

De repente, el mundo pareció estallar en una deslumbrante luz blanca

a mi alrededor. Ya no podía mirar más allá. Todos mis sentidos se volvieron hacia mi interior, mientras Nikanj usaba ambas manos sensoriales para inyectar una oleada de células individuales, cada una de ellas un auténtico plano mediante el cual podría ser construida toda una entidad viva. Las células fueron directas a mi recién madurado *yashi.* El órgano pareció sorberlas del mismo modo que yo había sorbido la leche, en otro tiempo, del pecho de mi madre.

Noté una inmensa nueva sensación. Era vida en más variedades de las que jamás podría haber imaginado..., unidades únicas de vida, la mayoría de ellas jamás vistas en la Tierra. Generaciones de recuerdos que ser examinados, memorizados y, o bien conservados en estasis, o bien permitidos vivir su período natural y luego dejados morir. Aquellos que yo podía recrear a partir de mi propio material genético no tenía que mantenerlos con vida.

Al principio, la avalancha de información me resultó incomprensible. La recibí y la almacené y, mientras lo hacía, sólo algunos retazos llamaron mi atención. Habría mucho tiempo para examinar el resto. No perdería nada de la misma y, una vez la comprendiese, jamás la olvidaría.

Cuando terminó el chorro y Nikanj estuvo seguro de que podía mantenerme en pie por mí mismo, me soltó.

Me sentía confuso, repleto de información, abrumado por la nueva sensación, estupefacto, incapaz de hacer poco más que mantenerme por mí mismo en pie. Oía lo que decía Nikanj, pero el significado de sus palabras tardó en llegarme lo que me pareció ser mucho tiempo. Noté que me tocaba de nuevo con un brazo sensorial, luego me atraía hacia él y me llevaba caminando hasta Tomás, que estaba haciendo un hatillo con la hamaca de Lo y otras cosas que mis padres le habían dado.

Tomás se levantó al momento y me tomó de brazos de Nikanj. Según yo recordaría luego, tuvo buen cuidado de no tocar a Nikanj, pero no le preocupaba ya su cercanía. Ése era el modo en que se comportaban los adultos atriados..., sin problemas los unos con los otros, porque sabían a dónde pertenecía cada uno, y también lo que cada uno de ellos debía o no hacer.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Tomás.

—Le he pasado la información que puede necesitar en este peligroso viaje que va a hacer con vosotros. Ahora su estado se parece un poco al que tendría un humano borracho, pero en unos momentos se encontrará bien.

Tomás me miró, dubitativo.

—¿Estás seguro? —preguntó—. íbamos a irnos.

—Estará perfectamente.

Esto lo recordé luego, del modo en que recordaba las cosas que percibía mientras estaba dormido. Tomás me sentó junto a él, acabó de preparar su mochila y de enrollar las cosas. Luego tomó uno de mis brazos sensoriales entre sus manos y me dijo:

—Si no te despiertas te dejaremos aquí y luego, cuando estés sobrio,

tendrás que venir corriendo tras de nosotros.

Su voz sonaba divertida, pero no bromeaba. Se iría sin Aaor y sin mí y dejaría que luego los atrapásemos como mejor supiéramos. Desde luego, Jesusa se iría con él.

Tanteé buscándolo, oliéndolo más que viéndolo, apenas capaz de enfocarlo. Me dio enseguida su mano y me centré en ella, enfocándola tan intensamente que empecé a verle y oírle normalmente a través de la increíble confusión de información que me había dado Nikanj. Esa información era un peso que reclamaba mi atención. Y no empezaría a hacerse más «ligero» hasta que comenzase a entenderla. Naturalmente, el comprenderla toda me llevaría años, pero por lo menos debía de empezar ya.

—Realmente, no es como estar borracho —le dije cuando pude hablar—. Es más bien como tener a miles de millones de desconocidos gritándote desde tu interior, tratando de lograr tu atención indivisa. Incomprensible, anonadante..., ninguna palabra es lo bastante grande. Déjame quedarme un rato a tu lado.

—Nikanj dijo que, simplemente, te había dado información —protestó él.

—Sí. Y si empezase ahora mismo y continuase durante el resto de nuestras vidas, apenas si podría explicarte una pequeña fracción de ella. Ooan debería haber esperado a que hubiésemos regresado.

—¿Puedes viajar? —me preguntó.

—Sí. Sólo que déjame estar junto a ti.

—Pensé que eso estaba aclarado. Ya nunca te alejarás de mí.

5

La floresta no tenía fin. Los árboles y los arbustos cambiaban gradualmente. Algunas variedades desaparecían, pero el bosque continuaba. Era una gruesa capa de pelambrera verde sobre las colinas y luego sobre las laderas, casi verticales, de las montañas. Había lugares por los que no hubiéramos podido pasar sin abrirnos camino con los machetes.

Seguíamos viejos senderos, cortados en las laderas, que quizá fuesen de antes de la guerra. Por debajo de nosotros, un ramal del río cortaba a través de una profunda y estrecha cañada. Por encima nuestro, las montañas eran altas y verdes, bordeando una franja de cielo azul y blanco que se ensanchaba delante de nosotros. El agua corría abundante y rápida bajo nuestros pies, verde y blanca, rompiéndose sobre grandes rocas. Yo quizá pudiese sobrevivir a una caída a ella, pero era muy poco probable que ninguno de los otros pudiera.

Pero mis cónyuges humanos estaban en su propio terreno y andaban con paso seguro y confiado. Yo me había preguntado si serían capaces de hallar su camino de regreso, pues sólo habían hecho este recorrido una vez, hacía ya casi dos años. Pero Jesusa, sobre todo, se orientó perfectamente en cuanto el paisaje se hizo más vertical que horizontal. La mayor parte del tiempo era ella la que abría camino, simplemente porque era obvio que le encantaba hacerlo y porque era mejor en ello que cualquiera de los demás. Cuando nuestro sendero, que en el mejor de los casos era un estrecho saliente en la montaña, se desvanecía, habitualmente era ella la primera en divisarlo por encima o por debajo, o iniciándose de nuevo alguna distancia más allá. Y, así que lo divisaba, lideraba la ascensión hacia el mismo. Nunca esperaba a ver lo que deseábamos los demás... simplemente, hallaba el mejor camino para cruzar. La primera vez que la vi pegada a la montaña, brazos y piernas abiertos, tanteando agarraderos para los pies y las manos en la vegetación y las rocas, escalando la pared lisa como si fuera una araña, me quedé helado, presa de un pánico absoluto.

—Es en parte lagarto —me dijo Tomás, sonriendo—. Es repugnante. Yo no es que sea un patoso..., pero a ella jamás la he visto caerse.

—¿Siempre ha hecho estas cosas? —preguntó Aaor.

—La he visto subir por una pared pelada —contestó Tomás.

Miré a Aaor, y vi que también él había reaccionado con miedo. Este viaje empezaba a hacerle bien: le forzaba a usar su cuerpo y a enfocar su atención en otra cosa que no fuese su propia pena. Y había hecho de la seguridad de los dos humanos su principal preocupación. Comprendía el sacrificio que estaban haciendo por él, y el sacrificio que ya habían hecho.

Él fue el último en cruzar el abismo, agarrándose con ambas piernas y los cuatro brazos.

—Sirvo mejor de insecto que vosotros —le dijo a Tomás, mientras llegaba hasta donde estábamos el resto y la seguridad.

Tomás rió, tanto con sorpresa como con placer. No creo que jamás antes hubiese oído a Aaor intentar siquiera hacer un chiste.

Había ocasiones en las que descendíamos hasta el río y caminábamos a su lado, o nos bañábamos en él. De vez en cuando, Jesusa y Tomás atrapaban peces, los cocinaban y se los comían, mientras Aaor y yo nos íbamos tan lejos como podíamos y enfocábamos en otras cosas.

—¿Por qué les dejas hacer eso? —me preguntó Aaor la segunda vez que sucedió—. No deberían de estar hambrientos.

—No lo están —acepté—. Jesusa me dijo que, al salir de las montañas, perdieron la mayor parte de sus vituallas..., que se les cayeron accidentalmente a uno de esos rápidos que pasamos hace dos días.

—¡Eso fue entonces! ¡Ahora no tienen que matar animales para comérselos! —Aaor sonaba quisquilloso y desgraciado. Apartó a un lado mi brazo sensorial cuando lo tendí hacia él, luego cambió de idea y lo agarró con sus brazos de fuerza.

Extendí mi mano sensorial y sondeé su cuerpo, para entender lo que no iba bien en él. Como siempre, fue como meterse en una versión algo distinta de mí mismo. Se sentía mal: lleno de náuseas, disgustado, extrañamente humano, y sin embargo incapaz de situarme a la altura de la humanidad de Jesusa y de Tomás.

—Cuando tengas cónyuges humanos —le dije—, tendrás que acordarte de dejarles ser humanos. Ellos han matado peces y se los han comido durante toda la vida. Saben que a nosotros nos repugna; pero de todos modos deben hacerlo..., por razones que no tienen mucho que ver con la nutrición.

Aaor me dejó tranquilizarlo, pero aun así me preguntó:

—¿Qué razones?

—A veces necesitan probarse a sí mismos que todavía son dueños de su propio destino, que aún pueden cuidar de sí mismos, que aún tienen cosas..., costumbres, que les son propias.

—Suena como una expresión del Conflicto Humano —comentó Aaor.

—Lo es —acepté—. Están probando su independencia en un momento en el que ya no son independientes. Pero si eso es lo peor que pueden hacer, ya me va bien.

—¿Dormirás con ellos esta noche?

—No. Y ellos lo saben.

—Ellos... —Se detuvo, se quedó absolutamente quieto, y me hizo una señal silenciosa—: ¡Hay otros humanos cerca!

—¿Dónde? —le pregunté, también en silencio e inmóvil, tratando de captar lo que veía u olía.

—Ahí delante. ¿No puedes olerlos? —Me transmitió una ilusión de olor, débil, extraño y peligroso. Incluso animado por él, no pude oler por mí mismo a los nuevos humanos; pero Aaor estaba totalmente enfocado en ellos.

—Machos —dijo—. Tres, creo. Quizá cuatro. Se alejan de nosotros. No

hay hembras.

—Al menos se alejan… —susurré con voz audible—. ¿Huele alguno de ellos de modo parecido a Tomás? Por lo que me has pasado no puedo saberlo. ¿Y tú?

—Todos ellos huelen muy parecido a Tomás. Es por eso por lo que no puedo saber exactamente cuántos son. Como Tomás, pero incluyendo un cierto elemento extraño. Supongo que es el problema genético. ¿No puedes olerlos aún?

—Ahora sí. No obstante, están tan lejos que no creo que hubiese podido detectarlos yo sólo. Llevan con ellos un animal muerto, ¿te has fijado?

Aaor asintió con la cabeza, entristecido.

—Han estado cazando —le dije—. Ahora probablemente vuelven a casa. Aunque no huelo nada que pueda ser su poblado. ¿Y tú?

—No —me contestó—. Lo he estado intentando. Quizá sólo anden buscando un lugar en el que acampar…, un sitio en el que cocinar al animal y comérselo.

—Sean cuales sean sus intenciones, mañana tendremos que ir con cuidado. —Enfoqué en él—. Nunca te han disparado, ¿verdad?

—Nunca. Por alguna razón, la gente siempre te apunta a *ti*.

Agité la cabeza.

—Se te está contagiando el sentido del humor de Tomás. No sé qué pensarán de ello tus nuevos cónyuges. —Hice una pausa—. El que te peguen un tiro te hace más daño del que querría mostrarte. Probablemente ahora puedo controlar mejor el dolor, pero desearía no tener que hacerlo. Ni querría que tuvieras que hacerlo tú.

Se acercó más y se conectó a mí mediante sus tentáculos sensoriales.

—No estoy seguro de poder sobrevivir si me disparan un tiro —me dijo—. Creo que una parte de mí podría sobrevivir, pero no como yo.

No dije nada, pero lo cierto era que en él no había tenacidad, que no estaba claro el que pudiese soportar un dolor repentino e intenso. Él pensaba que se disolvería, y probablemente tuviese razón.

—Han acabado de comerse el pescado —le dije—. Volvamos.

Nos desconectamos el uno del otro y él dio la vuelta, cansinamente, para seguirme.

—¿Sabes que, antes de que nos fuésemos de casa, Ooan dijo que aún seguía sin hallar el fallo que había en nosotros, que no podía entender por qué necesitábamos cónyuges tan pronto? —me dijo—. Necesitábamos…, no simplemente deseábamos. Ni tampoco entendía por qué nos enfocábamos en humanos.

Hizo una pausa.

—¿Quieres otros cónyuges?

—Cónyuges oankali —le contesté—, no construidos.

—¿Por qué?

—Creo..., me parece que eso equilibraría las dos componentes que hay en mí: humana y oankali. No obstante, no sé lo que opinarán de esto los oankali.

—Si llegan a aceptarnos y encuentras a dos que te gusten, no les dejes tomar su decisión fríamente y a distancia.

Sonreí.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Humanos y oankali?

Me echó un brazo de fuerza por los hombros. Casi nunca me tocaba con sus brazos sensoriales, pese a que aceptaba los míos de buena gana. Se comportaba como si aún no fuera maduro.

—¿Qué te digo de mí? —repitió—. Yo aún no puedo planear nada. Me resulta difícil incluso pensar que voy a sobrevivir de un día para otro.

Hizo un puño con su mano de fuerza libre, luego la relajó.

—La mayor parte de las veces me siento como si pudiese dejarme ir así..., y disolverme. A veces, me parece que es lo que debería hacer.

Esa noche dormí con él. A solas no podía hacer mucho en su favor, pero no podría tolerar a Tomás o Jesusa hasta que hubieran digerido su pescado. Y no podía imaginarme a Aaor no existiendo, realmente desaparecido, sin poder volver a tocarlo jamás..., sería como ya no ser capaz de tocarme nunca más mi propio rostro.

Dos días más tarde, Jesusa y Tomás me pidieron que les devolviese los estigmas de su enfermedad genética. Habíamos reptado montaña arriba, por el casi inexistente sendero, y bajado de nuevo al río. Habíamos cruzado la pista de los cazadores que habíamos olido antes. Eran cuatro y estaban por delante de nosotros. Y ahora, con el viento a favor, podía oler a más humanos, muchos más. La cabeza y los tentáculos craneales de Aaor no dejaban de barrer hacia delante, impelidos por el tentador aroma.

—Cuanto más humanos podáis haceros parecer, menos probable es que os disparen nada más veros —nos dijo Tomás. Mientras hablaba, estaba mirando a Aaor. Luego se volvió hacia mí—: Os he visto a los dos cambiar por accidente, ¿por qué no podéis hacerlo deliberadamente?

—Yo puedo —le dije—, pero el control de Aaor aún no es firme. Ya tiene el aspecto más humano que le es posible lograr.

Inspiró profundamente.

—Entonces, esto es lo más cerca que debéis acercaros. Tendríais que cambiarnos de aspecto y acampar aquí.

—Desde aquí ni siquiera podemos ver vuestro pueblo —protestó Aaor.

—Y los del pueblo no os pueden ver a vosotros. Sin embargo, si doblaseis la próxima curva, os resultaría visible una parte de nuestra población. Aunque, como el camino está vigilado, os dispararían.

Aaor pareció hundirse en sí mismo. Habíamos acampado, pero sin

encender fuego. Mis cónyuges estaban uno a cada lado de mí, unidos conmigo. Aaor estaba solo.

—Deberías cambiar tu aspecto e ir con ellos —me dijo—. Funcionarían mejor si no estuvieran separados de ti. Y yo podría sobrevivir, solo, durante unos días.

—Si nos atrapan, nos separarán —intervino Jesusa—. Nos encerrarán en lugares distintos. Nos interrogarán. Y a mí, probablemente, me casarán muy pronto.

Se detuvo un instante.

—¿Qué sucederá si alguien quiere tener sexo conmigo, Khodahs? —me preguntó.

Agité la cabeza.

—Lucharás para que no lo logre. No podrás evitar el luchar. Y lucharás con tanta fiereza que incluso puede que ganes..., aunque el macho sea bastante más fuerte. O quizá lo que provoques es que te haga daño, o que te mate.

—Entonces, ella no puede ir —afirmó Tomás—. Tendré que hacerlo yo solo.

—Ninguno de los dos debería ir —espeté—. Si los cazadores vienen hasta aquí, entonces deberíamos esperarlos. Tenemos tiempo.

—Eso te conseguiría un hombre —indicó Jesusa—. Quizá varios. Pero las mujeres no van de caza.

—¿Qué es lo que hacen las mujeres? —pregunté—. ¿Qué es lo que las podría apartar de la protección del poblado?

Jesusa y Tomás se miraron el uno al otro, y Tomás sonrió con una mueca burlona.

—Se citan —me dijo.

—¿Se citan? —repetí, sin comprender.

—Los ancianos nos dicen con quién nos tenemos que casar —me explicó—, pero no pueden decirnos a quién tenemos que amar.

Sabía que los humanos hacían cosas así: casarse con éste, y luego aparearse con aquél, y aquél, y aquél... No había nada en la biología humana que lo impidiese. De hecho, la biología humana animaba a los machos humanos a tener relaciones con más de una hembra: para tener un hijo, la inversión del macho, en tiempo y energías, era mucho menor que la de la hembra. Y, sin embargo, el concepto seguía pareciéndome raro: tener una relación fija y, sin embargo, dejarla a un lado. Ciertamente, la mayor parte de los machos construidos jamás tenían verdaderas cónyuges: iban allá donde eran bien recibidos, y todo el mundo lo sabía. Pero no había entre ellos una unión perpetua, ni traición, ni una contradicción biológica con la que luchar.

—¿Se encuentra vuestra gente a escondidas, porque le gustaría aparearse de otro modo de como lo están? —pregunté.

—Algunos sí —me contestó Tomás—. Otros sólo sienten una atracción temporal.

—Sería bueno lograr para Aaor una pareja que ya sintiese algo entre ellos.

—Ya pensamos en esto —me dijo Jesusa—. Teníamos la idea de haber entrado en el pueblo y haber sacado a la gente con la que nos hubiesen casado de seguir allí. Pero esa gente no iban a salir para una cita: también son hermanos. En realidad son un hermano y dos hermanas.

—Sería mejor ir tras gente que ya se hubiera escapado de vuestro poblado. ¿Hay algún lugar en el que se reúna esa gente para sus citas?

Tomás suspiró.

—Cámbianos de aspecto esta noche. Por si acaso, vuelve a hacernos tan feos como éramos. Mañana por la noche os mostraremos algunos de los lugares en los que se encuentran los amantes. Pero, si vais allí, habrá de ser por la noche.

Pero a la noche siguiente nos descubrieron.

6

No supimos que nos habían visto. Mientras doblábamos la última curva que había antes de llegar al pueblo de los montañeses, nos manteníamos ocultos entre los árboles y la maleza. Lo único que podíamos ver de su poblado era alguna que otra terraza, hecha con piedras, en las laderas de las boscosas montañas. En esas terrazas estaban plantadas cosechas: una buena cantidad de maíz, algunos melones muy grandes, más de una especie de patata. Y otras cosas que no reconocí..., alimentos que ni yo ni Nikanj habíamos recolectado nunca y de los que no teníamos almacenados recuerdos. Esto resultaba sorprendentemente perturbador..., nuevas cosas allí esperando a ser probadas, recordadas. Mi *yashi,* situado entre mis dos corazones y ahora protegido por una ancha y plana placa de hueso en la que ningún humano hubiera reconocido un esternón, se sobresaltó..., o, mejor dicho, se contrajo como si hubiera sido un estómago humano, largo tiempo vacío, a la vista de alimentos. Cualquier percepción de nuevos seres vivos me atraía y distraía. Miré a Aaor, y vi que estaba absolutamente enfocado en el poblado propiamente dicho, en la gente.

Su desesperación había agudizado y dirigido sus percepciones.

Los humanos habían construido su poblado muy por encima del río, extendiéndolo a lo largo de una repisa plana que se abría entre dos montañas. No podíamos verlo desde donde nos hallábamos, pero podíamos divisar signos del mismo: muchas más terrazas en lo alto. A esas terrazas no se podía llegar desde donde estábamos, pero probablemente habría un camino hacia ellas desde más arriba. Lo único que podíamos ver entre el suelo del cañón y las terrazas era una gran extensión de roca vertical, buena parte de ella cubierta con vegetación. No era un sitio por el que me hubiese gustado tener que escalar.

El olor de los humanos era ahora muy fuerte. Aaor, posiblemente atrapado por el mismo, tropezó y, mientras recuperaba el equilibrio perdido, pisó una rama seca. El seco crujir de la madera al partirse resultó estrepitoso en la callada noche. Todos nos quedamos helados. Los que nos venían siguiendo los pasos no lo hicieron..., o no lo hicieron con la suficiente premura.

—¡Humanos tras nosotros! —susurré.

—¿Vienen aquí? —inquirió Tomás.

—Sí. Varios de ellos.

—La guardia —dijo Tomás—. Irán armados con rifles.

—¡Vosotros dos, marchaos! —nos ordenó Jesusa—. Tenemos mejores posibilidades si no os encuentran. Esperadnos en la caverna por la que pasamos hace dos días. ¡Fuera!

La guardia había querido acorralarnos contra sus montañas. En realidad, ya estábamos atrapados. Si corríamos al río, tendríamos que ir o por entre ellos o alrededor de ellos, y probablemente nos dispararían. No había lugar alguno por el que ir, excepto pared vertical arriba. O aplastarnos contra el suelo, como si fuéramos insectos, para ocultarnos entre la espesa vegetación. No podíamos escapar, pero sí podíamos escondernos. Y si la

guardia hallaba a Jesusa y Tomás, podría ser que no nos buscase a nosotros.

Tiré de Aaor hacia abajo, derribándolo al suelo conmigo, temiendo por él más de lo que temía por ninguno de los demás. Probablemente tenía razón al sospechar que no sobreviviría a que le pegasen un tiro.

En la oscuridad, los humanos pasaron a ambos lados de donde estábamos ocultos. Conocían el terreno, pero no podían ver muy bien en la noche. Y Tomás y Jesusa los atrajeron a una corta distancia de donde nos encontrábamos. Lo hicieron, simplemente, siguiendo su caminar ladera abajo hacia el río, hasta que se metieron entre los brazos de sus aprehensores.

Entonces se oyeron gritos: Jesusa gritando su nombre, Tomás exigiéndoles que lo soltasen, que soltasen a Jesusa, y los guardias gritando que habían atrapado a los intrusos.

—¿Dónde están los demás? —dijo una voz masculina—. Erais más de dos.

—Prende una luz, Luis —dijo Jesusa con deliberado fastidio—. Míranos bien, y luego dime cuándo ha habido más de una Jesusa y más de un Tomás.

Hubo silencio por un tiempo. Jesusa y Tomás fueron llevados algo más lejos..., quizás a un lugar en el que la luz de la Luna mostrase bien sus rostros. Sus tumores tenían exactamente el mismo aspecto que habían tenido cuando me los había encontrado, así que no me preocupaba el que no los fueran a reconocer. Pero, aun así, ellos mismos habían dicho que serían separados, aprisionados, interrogados.

¿Cuánto tiempo estarían presos? Si eran separados, no se podrían ayudar el uno al otro a escapar. ¿Y qué les harían si daban respuestas que su pueblo no se creía? A pesar de su obvio disgusto al tener que mentir, habían urdido una historia de haber sido capturados por un pequeño grupo de resistentes y mantenidos en hogares distintos, de modo que uno no sabía todos los detalles del cautiverio del otro. En realidad, era cierto que los resistentes hacían tales cosas, pese a que en la mayoría de los casos sólo mantenían cautivas a las mujeres. Tomás diría que sus captores le habían hecho trabajar: había plantado, recolectado, acarreado, edificado, cortado madera..., todo lo que le habían mandado. Y, dado que había hecho todas esas cosas mientras estaba con nosotros, podría dar unas descripciones correctas de las mismas. Diría que habían mantenido a su hermana como rehén, para asegurarse de su buen comportamiento, mientras que a ella la mantenían a raya teniéndolo a él prisionero. Finalmente, ambos habían podido reunirse y escapar de sus carceleros.

Esto podría haber sucedido. Si Jesusa y Tomás podían decirlo de un modo convincente, quizá no los tuvieran presos por mucho tiempo.

Ahora ya los habían reconocido a los dos. No hubo más gritos hostiles..., sólo la angustiada súplica de Jesusa:

—¡Por favor, Hugo, suéltame! ¡Te lo suplico, no me escaparé! ¡He venido todo el camino de vuelta a casa corriendo, Hugo!

Esta última palabra fue un alarido. Ese Hugo la estaba tocando. Ella había sabido que la tocarían; pero hasta entonces no había sabido lo difícil que le iba a ser soportar que la tocasen. Sólo podía tocar sin problemas a otras mujeres, igual que Tomás sólo podía hacerlo con otros hombres. Tendrían que protegerse el uno al otro lo mejor que pudiesen.

—¡Déjala en paz! —dijo Tomás—. ¡No sabéis por lo que ha pasado!

Su tono decía que ya la habían soltado y que él sólo les estaba advirtiendo.

—Todo el mundo afirmó que estabais muertos los dos —dijo uno de los guardias.

—Algunos *esperamos* que realmente estuvierais muertos —dijo suavemente otra voz—. Mejor vosotros que todos nosotros.

—Nadie morirá a causa de nosotros —afirmó Tomás.

—No hemos vuelto a casa para morir —dijo Jesusa—. Estamos cansados, llevadnos arriba.

—¿Los reconoce todo el mundo? —inquirió la voz más suave. Casi sonaba como la voz de un ooloi—. ¿Alguien disputa su identidad?

—Podríamos desnudarlos aquí mismo —sugirió alguien—. Sólo para asegurarnos.

—Baja a tu hermana, Hugo —dijo Tomás—, que también la desnudaremos...

—¡Mi hermana se queda en casa, que es donde debe estar!

—Y si no lo hiciese, ¿cómo te gustaría que la tratasen? ¿Con justicia y decencia, o te gustaría que la desnudasen entre siete hombres?

Silencio.

—Vamos arriba —intervino Jesusa—. Hugo, ¿te acuerdas de ese recipiente grande de agua, de color amarillo, en el que acostumbrábamos a escondernos?

Más silencio.

—Me conoces —siguió ella—. Teníamos diez años de edad cuando rompimos aquella vasija, a mí me atraparon y a ti no, y yo no me chivé de que tú también habías sido. Me conoces.

Hubo una pausa, y luego la voz de Hugo dijo:

—Vamos a llevarlos arriba. Posiblemente a alguien le quede algo de cena.

Se los llevaron.

Aaor y yo los seguimos, para ver el camino que tomaban y averiguar tanto como pudiéramos de los guardias.

De los siete, era obvio que cuatro estaban muy distorsionados por su problema genético. Tenían grandes tumores en sus cabezas y brazos. Se les veía lo bastante monstruosos como para que los resistentes de las tierras bajas les hubieran disparado a simple vista.

Los seguimos mientras tuvimos la cobertura del bosque, luego miramos, de lejos, cómo subían por un sendero que era, casi todo él, burdos escalones tallados en la piedra, que ascendían por la empinada cuesta hasta el poblado.

Cuando ya no los pudimos escuchar, Aaor me acercó a él y me señaló silenciosamente:

—¡No podemos ir a esperarlos a la caverna! ¡Tenemos que liberarlos!

—Dales tiempo —dije—. Tratarán de hallar una pareja de humanos para ti.

—¿Y cómo van a poder? ¡Estarán encerrados y vigilados!

—La mayor parte de esos guardias eran jóvenes y fértiles. Y quizá a Jesusa le pongan guardianas. ¿Y qué son los guardias, sino unos pueblerinos normales, haciendo un cansado trabajo temporal?

Aaor trató de relajarse, pero su cuerpo seguía tenso contra el mío.

—El verlos irse de ese modo fue como empezar a disolverme. Me pareció como si una parte de mí se hubiera marchado con ellos.

No dije nada. Una parte de mí *se había ido* con ellos. Tanto ellos como yo sabíamos lo que era estar separados por un tiempo..., peor aún, ser separados por una gente que haría todo lo que le fuera posible por interponerse entre nosotros. No empezaría a echarlos en falta, físicamente, hasta al cabo de unos días, pero con mi incertidumbre, al darme cuenta de que quizá no fuera a recuperarlos, apenas si podía controlarme. De modo que me senté en el suelo, con el cuerpo temblándome.

Aaor se sentó a mi lado y trató de calmarme, pero no podía infundirme una tranquilidad que él estaba muy lejos de sentir. En ese momento los humanos nos habrían podido atrapar con toda facilidad: dos ooloi sentados en el suelo, estremeciéndose impotentes.

Nos recuperamos con lentitud. Ya estábamos de nuevo al control de nuestros cuerpos, cuando Aaor me dijo en silencio:

—No podemos darles más de dos días para llevar a cabo su trabajo..., y puede que con eso no tengan tiempo para nada.

Yo podía sobrevivir más de dos días, pero Aaor no.

—Les daremos ese tiempo —le dije—. Nos acercaremos a ellos tanto como podamos, y descansaremos alertas durante dos días.

—Luego tendremos que ir a por ellos, si no pueden escapar por sí solos.

—No me gustaría tener que hacer eso —le dije—. Cuando decía que nadie moriría por Jesusa y por él, Tomás se refería tanto a nosotros como a ellos. Pero, si tratamos de sacarlos por la fuerza, quizá nos veamos precisados a matar.

—Es por eso por lo que es mejor que hagamos lo que tengamos de hacer mientras aún estemos al control de nuestros cuerpos. Eso lo sabes tan bien como yo, Khodahs.

—Lo sé —susurré con voz audible.

7

Subimos por una ladera empinada, muy arbolada, a gatas, agarrándonos como ciempiés. Nunca me había parecido tan práctico el tener seis miembros.

Subimos hasta el nivel de las terrazas, y pasamos el siguiente día tumbados, escondidos cerca de ellas. Cuando llegó la noche exploramos las terrazas y, compulsivamente, probamos trozos de los nuevos alimentos que hallamos creciendo allí. Por aquel entonces, nuestra piel se había hecho más oscura y resultaba más difícil de ver para los humanos..., mientras que, en cambio, nosotros lo podíamos ver todo.

Subimos más arriba, por una de las montañas que formaba uno de los ángulos de la población. Justo a mitad de la escalada nos topamos con el asentamiento humano, con sus casas de piedra, madera y paja. Aquél era un lugar de anteguerra. Tenía que serlo: partes del mismo se veían antiguas. Pero no tenía aspecto de ruina: todos los edificios estaban bien conservados y por todas partes había terrazas, y en la mayoría de ellas algo cultivado. Aparte del pueblo, había un cercado que contenía varios animales grandes de una especie que jamás había visto: seres peludos, de cuello largo y cabeza pequeña, de pie o recostados por todo el corral. ¿Alpacas?

Podíamos oler otros animales más pequeños, enjaulados por todo el pueblo, y también a humanos jóvenes y fértiles por todas partes. Incluso podíamos olerlos por encima de nosotros, en lo alto de la montaña. ¿Y qué podían estar haciendo allí?

¿Cuántos de ellos habría arriba? Tres, me decía mi nariz: una hembra y dos machos, todos jóvenes, todos fértiles, dos de ellos afectados por el mal genético. ¿Por qué no podían ser esos dos para Aaor? Pero, si subíamos a por ellos, ¿qué haríamos con el tercero? ¿Por qué no nos habían hablado Tomás y Jesusa de una gente que vivía en un tal aislamiento? Excepto el hecho de que había uno de más, resultaban perfectos.

—¿Arriba? —le dije a Aaor.

Asintió con la cabeza.

—Pero hay un macho de más. ¿Qué hacemos con él?

—Aún no lo sé. Intentemos darles una ojeada, antes de que ellos nos vean a nosotros. Quizá separarlos nos sea más fácil de lo que pensamos.

Subimos la ladera, fijándonos para ello en el sendero serpenteante que los humanos habían hecho, pero casi no utilizándolo. Ese mismo día habían pasado humanos por él. Quizás hubiesen humanos en él al día siguiente. Tal vez hubiera un puesto de guardia, y la guardia cambiase *a* diario. Cualquiera que estuviese situado en la cima tendría una excelente vista de todos los caminos que venían desde las montañas o el cañón de abajo. Quizá la gente de arriba estuviese más de un día, y les suministrasen regularmente vituallas desde abajo..., aunque había algunas terrazas cerca de la cima.

Subimos en silencio, rápidamente, comiendo las cosas más nutritivas que podíamos hallar por el camino. Cuando llegamos a las terrazas, nos detuvimos y comimos todo lo que necesitábamos. Tendríamos que estar muy

a punto.

En un ancho altiplano cerca de la cima hallamos una cabaña de piedra. Más arriba había una cisterna y unas pocas terrazas más. Dentro de la cabaña dormían dos personas. ¿Dónde estaba la tercera? No nos atrevíamos a entrar hasta saber dónde estaban todos.

Me conecté a Aaor y le señalé en silencio:

—¿Has localizado al tercero?

—Arriba —me dijo—. Hay otra cabaña..., o, al menos, otra vivienda. Ve tú a ella. Yo quiero a estos dos.

Estaba absolutamente enfocado en la pareja humana.

—¿Aaor?

Enfocó en mí con un movimiento increíblemente rápido. Por dentro estaba tan tenso como un muelle.

—Aaor, ahí abajo hay centenares de otros humanos. Tienes una sola vida, así que ándate con cuidado de a quién se la das. Yo tuve mucha suerte con Jesusa y Tomás.

—Vete allá arriba y no dejes que el tercer humano me moleste.

Me separé de él y subí, en busca de la segunda choza. Ahora, Aaor no querría escuchar nada de lo que le fuese a decir yo, tal cual yo no hubiera escuchado a nadie que me hubiese aconsejado tener cuidado con Jesusa y Tomás. Y, si los humanos eran lo bastante jóvenes, probablemente podrían atriarse con éxito con cualquier ooloi saludable. ¡Si Aaor fuese saludable! Pero, desgraciadamente, no lo era. Él y los humanos que eligiese iban a tener que curarse mutuamente. Si no lo hacían, quizá ninguno de ellos sobreviviese.

No encontré otra cabaña más arriba en la montaña, sino una cueva muy pequeña, ya casi en la cúspide. Los humanos habían construido una pared de rocas, cerrando una parte de la misma. Había señales de que habían agrandado la caverna por un costado. Y, finalmente, habían colocado postes de madera contra la piedra, y de éstos habían colgado una puerta, también de madera. Ésta parecía más una barrera contra el mal tiempo que contra la gente. Esta noche el tiempo era seco y cálido, y la puerta no estaba cerrada. Se abrió apenas la empujé.

El hombre que había dentro se despertó cuando entré bajando al interior de su pequeña caverna. El calor de su cuerpo lo convertía en un destello de infrarrojos en la oscuridad. Era fácil para mí tender los brazos e impedir que sus manos hallasen lo que fuese que buscaban tanteando.

Agarrando sus manos, yací junto a él en su corto y estrecho camastro y lo arrinconé contra la pared de piedra. Lo examiné con varios tentáculos sensoriales, estudiándolo, pero no controlándolo. Detuve su ronco gritar enroscando un brazo sensorial alrededor de su cuello y luego moviendo el mismo para tapar su boca. Me mordió, pero sus nada afilados dientes humanos no podían hacerme daños graves. Mis brazos sensoriales existían para proteger los delicados órganos reproductores que había dentro. La carne que los cubría era la más dura que podía hallarse en mi cuerpo.

El macho que yo retenía debía encontrarse en aquella pequeña caverna más a gusto de lo que estaría la mayor parte de gente. Él mismo era diminuto, la mitad del tamaño de la mayoría de machos normales. Y, además, tenía alguna enfermedad de la piel que había convertido su rostro, las manos y buena parte del resto de su cuerpo en una ruina. No tenía cabellos. Su piel era tan escamosa como la de algunos peces que había visto. Su nariz estaba distorsionada: aplastada por haber sido rota varias veces, y eso aún aumentaba su aspecto de pescado. Extrañamente, estaba libre del mal genético que tenían Jesusa, Tomás y tanta otra gente del pueblo. Pero ya resultaba bastante grotesco sin él.

Lo examiné más detenidamente, disfrutando de su novedad. Para cuando hube terminado, había dejado de debatirse y yacía inmóvil en mis brazos. Aparté mi brazo sensorial de su boca, y no gritó.

—¿Vives aquí por el aspecto que tienes? —le pregunté.

Me maldijo durante un buen rato. Pese a su tamaño tenía una voz profunda, ronca y rasposa.

No dije nada. Teníamos toda la noche.

Al cabo de un rato muy largo, aceptó:

—De acuerdo, sí, estoy aquí por el aspecto que tengo. ¿Tienes alguna otra pregunta estúpida?

—No tengo tiempo para hacerte crecer. Pero, si quieres, puedo curar el problema de tu piel.

Silencio.

—¡Dios mío! —susurró al fin.

—No te hará daño —le dije—. Y puedo haber terminado por la mañana. Si tienes miedo de seguir aquí cuando estés curado, puedes venirte con nosotros cuando nos marchemos. Entonces sí que tendría tiempo de hacerte crecer…, si es que quieres crecer.

—La gente de mi edad no crece —me dijo.

Aparté pedazos de piel escamosa, muerta, de su rostro.

—¡Oh, sí! —afirmé—. Nosotros podemos ayudar a crecer a la gente de tu edad.

Tras otra larga pausa me dijo:

—¿Está bien el pueblo?

—Sí.

—¿Qué le pasará?

—A no tardar mucho, mi gente vendrá y le dirá a tu pueblo que no tiene que vivir en cuerpos deformes, ni aislado, ni sumido en el miedo. Tu gente ha estado lejos de todo durante demasiado tiempo. No saben que hay otra colonia, más grande, de humanos sanos y fértiles, que viven y se desarrollan sin los oankali.

—¡No te creo!

—Lo sé. Pero es cierto. ¿Quieres que te cure?

—¿Puedo... verte?

—Al alba.

—Podría prender un fuego.

—No.

Agitó la cabeza, que rozó contra mi cuerpo.

—Debería estar más asustado de lo que estoy. ¡Dios mío, debería estar cagándome de miedo! Y, de todos modos, ¿qué es lo que eres, exactamente?

—Un construido. Una mezcla de humano y oankali. Un ooloi.

—Ooloi..., los raros, macho y hembra en el mismo cuerpo.

—No somos ni macho ni hembra.

—Eso decís vosotros. —Suspiró—. ¿Piensas tenerme agarrado toda la noche?

—Si he de curarte, deberé hacerlo.

—¿Por qué estás aquí? Has dicho que tu gente vendrá más adelante..., ¿qué es lo que haces tú aquí?

—Nada malo. ¿Quieres tener cabello?

—¿Cómo?

Esperé. Había escuchado la pregunta. Ahora que la absorbiese. El cabello era fácil. Podía dárselo como quien no quiere la cosa.

Puso su cabeza contra mi pecho.

—No lo entiendo —me dijo—. Ni siquiera entiendo... mis sentimientos.

Mucho más tarde, me dijo:

—¡Naturalmente que quiero cabello! ¡Y quiero piel, no escamas! ¡Quiero cabello y quiero ser más alto! ¡Quiero ser un hombre!

Mi primer impulso fue señalarle que era un hombre: sus órganos masculinos estaban bien desarrollados. Pero comprendía lo que quería decir.

—Te llevaremos con nosotros cuando nos vayamos.

Y estuvo feliz. Al cabo de un rato, se durmió. No tuve que drogarlo del modo que normalmente hacían los ooloi con los resistentes. Una vez hubo pasado su primera sorpresa y miedo, me había aceptado mucho más rápidamente de lo que lo habían hecho Jesusa y Tomás..., claro que, cuando los había encontrado a ellos, yo sólo era un subadulto. Y un ooloi adulto, un ooloi construido, tenía que ser más capaz de manejar a los humanos. O quizá fuese que este hombre —ni siquiera le había preguntado su nombre, ni él a mí el mío— era especialmente susceptible a la sustancia ooloi que yo no podía evitar inyectarle. A su manera humana había estado ansioso, realmente hambriento, de cualquier contacto. ¿Cuánto tiempo había pasado sin que nadie hubiera estado dispuesto a tocarle... excepto, quizá, para partirle la nariz? Se necesitaría un ooloi para impedirle romper él a su vez unas cuantas narices, una vez fuese lo bastante alto como para llegar hasta

ellas. Probablemente lo habían tratado mal. No se apartaba de la normalidad humana del mismo modo que el resto de la gente del poblado, y los humanos se sentían genéticamente inclinados a ser intolerantes hacia las diferencias. Podían sobreponerse a esa inclinación, pero el que no lo lograsen era una realidad del Conflicto Humano. Era muy significativo el que este hombre estuviera dispuesto a abandonar su hogar con alguien que le habían enseñado a considerar como el mismísimo diablo..., alguien a quien, aún, ni siquiera había visto.

8

Por la mañana le había dado al humano de la caverna una nueva y lisa piel y los inicios de una buena cabellera.

—Me llevará más tiempo repararte la nariz —le dije—. No obstante, cuando lo haya hecho podrás respirar mejor, incluso con la boca cerrada.

Inspiró profundamente por la boca y me miró, luego se miró a sí mismo y me volvió a mirar. Se frotó con una mano la pelusa que le estaba saliendo, y luego puso esa mano frente a sus ojos y la estudió. No le había dejado despertarse hasta que yo mismo me había levantado, abierto la puerta a la luz del alba y hallado la corta y gruesa arma de fuego por la que había estado tanteando la noche anterior. La había vaciado de cartuchos y lanzado montaña abajo. Luego lo había despertado.

El verme le había alarmado, pero ni una sola vez tendió la mano hacia el escondrijo del arma.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Santos. —Su voz era ahora un ronco susurro más que un ronco gruñido—. Santos Ibarra Ruiz. ¿Cómo has hecho esto? ¿Cómo es posible?

Se pasó los dedos de la mano derecha sobre el brazo izquierdo, y pareció gozar con el tacto de su piel.

—¿Creíste que anoche soñabas? —le pregunté.

—No he tenido tiempo para creer nada.

—¿Quién subirá hoy aquí?

Parpadeó.

—¿Aquí? Nadie.

—¿Quién visitará la cabaña de abajo?

—No sé. No les presto demasiada atención. ¿Vas a ir ahí abajo?

—En algún momento. Si lo deseas, puedes desayunar.

—¿Cómo te llamas tú?

—Khodahs.

Asintió con la cabeza.

—Había oído que algunos de los de tu especie tenían cuatro brazos. No me lo había creído.

—Los ooloi los tenemos.

Miró un momento mis brazos sensoriales, luego preguntó:

—¿Realmente me vas a llevar contigo y me harás crecer?

—Sí.

Sonrió, mostrándome varios dientes malos. También se los arreglaría..., haría que le cayesen y le creciesen otros.

Más tarde, aquella mañana, fuimos a la cabaña de piedra. El hombre y

la mujer estaban allí compartiendo su desayuno con Aaor. Santos y yo los sobresaltamos, pero parecían estar cómodos con mi compañero de camada. Y éste parecía hallarse mejor que nunca desde su primera metamorfosis. Parecía estable y seguro en sí mismo. También parecía satisfecho.

—¿Vendrán con nosotros? —le pregunté en oankali.

—Vendrán —me contestó en español—. He empezado a curarlos. Y les he hablado de ti.

Los dos humanos me miraron con curiosidad.

—Éste es Khodahs, mi compañero de camada más íntimo —dijo Aaor—. Sin él, yo ya estaría muerto.

En realidad les dijo «mi hermano-hermana más íntimo», porque así era la mejor manera en que podíamos definirlo en un idioma humano. No era de extrañar que Santos y muchos otros creyesen que éramos hermafroditas.

—Ellos son Javier y Paz —me informó Aaor—, y ya eran pareja.

También eran parientes cercanos, claro. Se parecían tanto entre ellos como ocurría con Jesusa y Tomás, y se parecían también a éstos: gente fuerte, de tez oscura, cabello negro y grandes pechos.

Nos dieron frutos secos, té y pan a Santos y a mí. Javier y Paz parecían muy interesados en Santos. Naturalmente, también era pariente de ellos.

—¿Te sientes bien, Santos? —le preguntó Paz.

—¿Y a ti qué te importa? —le espetó Santos.

Paz me miró.

—¿Para qué lo quieres? —me preguntó—. Le das los buenos días y él te escupe a la cara.

—Necesita más curación de la que puedo darle aquí —le contesté. Volví la cabeza, para que supiera que lo estaba mirando a él—. Tendrá menos motivos para escupir cuando haya acabado con él, así que quizá no lo haga tanto. Quizás entonces le encuentre alguien con quien atriarse.

Me miró mientras hablaba, luego dejó que sus ojos se apartasen de mí. Y se quedó mirando, creo que sin verla, la rugosa superficie de la mesa de madera.

—¿Vendrá alguien hoy aquí arriba? —le pregunté a Paz.

—No —me respondió—. Hoy aún nos toca guardia a nosotros. Juana y Santiago vendrán mañana a relevarnos.

Santos habló brusca y atropelladamente:

—¿Realmente vais a iros con ellos?

—Naturalmente —le respondió Paz.

—¿Por qué? Deberíais tenerles miedo. Deberíais estar aterrorizados. Cuando éramos niños, nos contaban que el demonio tenía cuatro brazos.

—Ya no somos niños —intervino Javier—. Mira mi mano derecha.

La alzó, lisa y de color marrón pálido.

—Tengo de nuevo una mano derecha. Ha sido una garra paralizada durante años, y ahora...

—¡No es bastante!

Javier abrió la boca, con expresión repentinamente irritada. Luego, sin hablar, volvió a cerrarla.

—Yo quiero ir —dijo con tranquilidad Paz—. Estoy harta de contarme a mí misma mentiras acerca de este lugar y de ir viendo morir a mis hijos.

Se apartó su muy largo cabello negro de la cara. Mientras estaba sentada en la mesa, los mechones de su cabello llegaban, por sobre sus espaldas, hasta el suelo.

—Santos, si hubieras visto a nuestro último niño, antes de que muriese, le hubieras dado gracias a Dios por lo bien que te había hecho a ti..., y hablo de antes de tu curación.

Santos apartó la vista de ella, avergonzado pero testarudo.

—Sé todo esto —dijo—, y no pretendo ser cruel. Lo sé, pero..., toda la vida nos han estado enseñando que los alienígenas nos destruirían si nos encontraban. ¿Por qué nos hemos olvidado con tanta rapidez de nuestros miedos y de nuestras creencias?

Javier suspiró.

—No lo sé. —Miró a Aaor—. No son tan terribles, ¿verdad? Y resultan... muy interesantes. No sé por qué.

Alzó la vista.

—Santos, ¿realmente crees que aquí estamos construyendo un nuevo pueblo?

Santos negó con la *cabeza.*

—Eso jamás lo creí..., tengo ojos. Pero no es motivo para consentir el irnos con una gente de la que siempre nos han dicho que era malvada.

—¿Tú consientes en hacerlo?

—...Sí.

—Entonces, ¿qué más hay que decir?

—Pero, ¿por qué están aquí? —Se volvió hacia mí—. ¿Por qué estáis aquí?

—Para conseguirle cónyuges humanos a Aaor —le expliqué—. Y, ahora, tengo además que recuperar a mis propios cónyuges humanos. Se trata de...

—Jesusa y Tomás, lo sabemos —me interrumpió Paz—. Aaor nos ha dicho que están presos abajo. Podemos mostraros dónde es probable que los tengan retenidos, pero no sabemos cómo podréis sacarlos de allí.

—Enseñádnoslo —les dije.

Fuimos fuera, a un lugar desde donde el poblado humano se extendía

bajo nosotros, semejante a una maqueta hecha por los humanos. Los edificios parecían pequeños en la distancia, pero podían ser vistos todos. En realidad, se veía toda la meseta edificada.

—¿Ves ese edificio redondo de ahí? —dijo Javier, señalando.

Al principio no lo vi; había tantos edificios grises con techos de paja gris amarronada, todos diminutos en la distancia... Luego lo vi claro: un semicilindro de piedra, construido contra una pared.

—En él hay habitaciones, y también las hay debajo —dijo Paz—. A los presos los tienen ahí. Los ancianos creen que la gente que sale del pueblo debe de ser mantenida en solitario durante un tiempo e interrogada, para que prueben ser quien dicen ser, y que no han traicionado al pueblo.

Se detuvo y miró a Javier.

—Seguro que dirán que nosotros hemos traicionado al pueblo.

—Nosotros no hemos traído aquí a los alienígenas —dijo él—. Y, además, ¿para qué nos necesita el pueblo..., para producir más niños muertos?

—Si nos atrapan, no dirán eso.

—¿Qué es lo que os harían? —le pregunté.

—Matarnos —susurró Paz.

Aaor se colocó entre ellos, con un brazo sensorial sobre cada uno.

—Khodahs, ¿podemos sacarlos de aquí, y luego volver a por Jesusa y Tomás?

Miré abajo, hacia el poblado, a los centenares de terrazas verdes.

—Temo por ellos. Cuanto más tiempo estemos separados, más probable es que se traicionen. Si nos hubieran dicho... Paz, ¿la gente vigilaba el cañón desde aquí antes de que Tomás y Jesusa se fueran?

—No —me contestó—. Hacemos esto *porque* ellos se fueron. Los ancianos tenían miedo de que fuéramos invadidos. Fabricamos muchos rifles nuevos y mucha munición, y apostamos más centinelas. Muchos centinelas más.

—En realidad, éste no es un buen lugar desde el que vigilar —dijo Javier—. Estamos demasiado arriba, y el cañón es demasiado arbolado. Si hubiera alguien allá, tendría que hacer un esfuerzo para llamar nuestra atención... Como prender un fuego o algo así.

Asentí con la cabeza. Habíamos estado haciendo acampadas sin prender fuego durante los días anteriores a llegar al pueblo. Y, sin embargo, habíamos sido descubiertos. Nuevos centinelas. Más vigilancia.

—Tendréis que ayudarnos a salir de aquí —dije—. Sabéis dónde están los centinelas. No deseamos hacerles daño, pero tenemos que sacaros de aquí, y yo tengo que liberar a Tomás y Jesusa.

—Podemos ayudaros a escapar —dijo Paz—. Pero no a llegar hasta Tomás y Jesusa. Ya habéis visto que están vigilados, y en medio de la población.

—Si están donde decís, casi puedo llegar hasta ellos bajando por la pared de la montaña. Parece muy vertical, pero tiene buena cobertura de plantas.

—Pero no podrás sacar a Tomás y Jesusa por ese mismo camino.

La miré, gustándome el modo en que estaba cerca de Aaor, el modo en que tendía una de sus manos para sostener el brazo sensorial que rodeaba su cuello. Y, aunque era algunos años mayor, resultaba dolorosamente parecida a Jesusa.

Hablé en oankali con Aaor:

—Esta noche, coge a tus cónyuges y márchate de este lugar. Espérame en la caverna que hay en el cañón.

—Tú no me abandonaste a mí —me dijo Aaor, obstinadamente, en español.

—Yo puedo llegar hasta ellos —le dije—. Solo y enfocado, puedo subir por entre las terrazas y evitar a los guardias..., o sorprenderlos y dejarlos inconscientes a aguijonazos. Y ninguna puerta me va a impedir llegar a Jesusa y Tomás. Puedo bajarlos por la pared, hasta el cañón. Tú los has visto escalar, especialmente a Jesusa. Y, si es preciso, llevaré a Tomás a mis espaldas..., lo quiera él o no. Así que, esta noche, te llevas a tus cónyuges a lugar seguro. Y te llevas a Santos por mí. Quiero mantener la promesa que le he hecho.

Al cabo de un rato, Aaor asintió con la cabeza.

—Si no vienes a reunirte con nosotros, volveré a buscarte.

—Quizá fuera mejor para ti que no lo hicieras —le dije.

—No me pidas algo imposible —respondió, y guió a sus cónyuges de vuelta a la cabaña de piedra.

9

Planeábamos irnos aquella misma noche, ya tarde..., Aaor con los humanos bajando por su serpenteante camino, luego descendiendo por las terrazas y un sendero abandonado, muy en pendiente y lleno de hierbajos, hasta llegar al cañón. Yo pensaba bajar por el otro lado de la montaña y abrirme camino hasta llegar tan cerca como me fuera posible del lugar en que tenían presos a Jesusa y Tomás.

Hubiera funcionado. La gente del pueblo de montaña hubiese quedado libre de nosotros y hubiese podido seguir en su aislamiento hasta que Nikanj mandase un transbordador a gasearlos y recogerlos.

Pero, por la tarde, un grupo de machos armados subió por el sendero que llevaba a la cabaña de piedra.

Los oímos, olimos su sudor y su pólvora mucho antes de verlos. No había tiempo para que Aaor cambiase a Javier y Paz, devolviéndoles las deformidades que les había quitado.

—¿Tenían deformes los rostros? —le pregunté a Aaor.

Asintió con la cabeza.

—Pequeños tumores. Muy visibles.

Y ningún lugar en el que esconderse. Podíamos subir hasta la caverna de Santos, pero, ¿de qué nos iba a valer eso? Si los pueblerinos no hallaban a nadie en la cabaña, seguro que buscarían en la caverna. Y si empezábamos a descender por el otro lado de la montaña nos descubrirían enseguida. No había otra cosa que hacer sino esperar.

—¿Cuatro? —le pregunté a Aaor.

—Huelo cuatro.

—Los dejamos entrar y los aguijoneamos.

—Nunca he aguijoneado a nadie.

Miré hacia sus cónyuges.

—¿No dejaste anoche inconsciente al menos a uno de ellos?

Sus tentáculos sensoriales se anudaron contra su cuerpo, por el azaramiento, y sus cónyuges se miraron el uno al otro y sonrieron.

—Puedes aguijonear —le dije—. Y espero que ahora ya puedas soportar el que te disparen. Deberías poder.

—Creo que puedo soportarlo. Creo que, ahora, podría soportar cualquier cosa.

Entonces estaba sano. Y, si podía mantener vivos a sus humanos, seguiría sano.

—¿Hay alguna señal que debáis hacerles? —le pregunté a Javier.

—Uno de nosotros debería de estar fuera, montando guardia —me dijo—. Sin embargo, no les sorprenderá que no lo estemos. Creo que, en esta tarea, sólo los ancianos vigilan como debería hacerse. Quiero decir que

Tomás y Jesusa se fueron hace ya dos años, y no ha habido nunca ningún problema..., hasta ahora.

Relajación. Bien.

La cabaña era pequeña y no había en ella lugar donde esconderse. Mandé a los tres humanos por el serpenteante camino hacia la caverna de Santos. La vegetación era densa, incluso tan cerca de la cima, y una vez girasen uno de los recovecos ya no serían visibles desde la cabaña de piedra. No los encontrarían, a menos que alguien subiese tras de ellos. Y Aaor y yo teníamos que ocuparnos de que nadie lo hiciese. Esperamos dentro de la choza. Si podíamos lograr que los recién llegados entrasen, había menos posibilidades de matar accidentalmente a alguno de ellos porque cayese ladera abajo.

Toqué a Aaor cuando escuché a los hombres alcanzar nuestro nivel.

—Por el bien de Jesusa y Tomás, no podemos dejar que ninguno de ellos escape.

Sin palabras, Aaor me dio su acuerdo.

—¡Javier! —gritó uno de los que llegaban, antes de alcanzar la puerta de la cabaña—. ¡Oye, Javier! ¿Dónde estás?

Las ventanas de la cabaña eran pequeñas y altas, y las paredes gruesas. No era fácil mirar por ellas para ver si había alguien dentro, así que no me extrañó el que uno de los humanos abriese la puerta de una patada.

Los ojos humanos se ajustan lentamente a la repentina oscuridad. Nos quedamos tras la puerta y esperamos, confiando en que al menos dos de los hombres entrarían, medio ciegos.

Sólo uno lo hizo. Lo aguijoneé justo antes de que lograse gritar. A sus amigos les pareció que se desplomaba sin motivo. Dos de ellos lo llamaron y dieron un paso dentro para ayudarle. Aaor cazó a uno, y a mí se me escapó el otro por los pelos; le volví a golpear, y le di cuando estaba justo saliendo por la puerta.

El cuarto me estaba apuntando con su rifle. Me zambullí bajo él mientras lo disparaba. La bala arañó el suelo, justo junto a la cara de uno de sus amigos caídos.

Lo agarré con mis manos de fuerza, le arranqué el arma con mis manos sensoriales, la vacié, y la lancé tan lejos que fue más allá de la ladera, hasta caer al cañón. Aaor se estaba librando del mismo modo de las otras.

El hombre que estaba entre mis brazos de fuerza se debatía locamente, gritando y maldiciéndome, pero no lo aguijoneé. Era un macho alto y extraordinariamente fuerte, anguloso y de cabello cano. Era uno de los viejos humanos estériles..., uno de aquellos a los que el pueblo llamaba ancianos. Yo quería ver cómo respondía a nuestro aroma, cuando se sobrepusiese a su miedo inicial. Y quería averiguar por qué él y los tres jóvenes fértiles habían subido a la cabaña. Deseaba conocer también lo que él supiese acerca de Tomás y Jesusa.

Lo arrastré hacia dentro de la choza y le hice sentarse a mi lado en la cama. Cuando dejó de debatirse, lo solté.

Su repentina libertad pareció confundirle. Me miró, luego miró a Aaor, que estaba metiendo a rastras a uno de sus amigos en la choza. Después se puso en pie de un salto y trató de escapar a la carrera.

Lo cacé, lo alcé en el aire y lo volví a sentar en la cama. Esta vez se quedó.

—¡Así que esos malditos pequeños Judas nos traicionaron! —dijo—. ¡Serán fusilados! ¡Si no regresamos, serán fusilados!

Me alcé y cerré la puerta, luego toqué a Aaor para señalarle en silencio:

—Dejemos que nuestro aroma actúe un rato en ellos.

Lo aceptó, aunque no le veía la razón. Dio la vuelta a uno de los machos y le quitó la camisa. El cuerpo y la cara del hombre estaban deformados por tumores. Su boca estaba tan deformada que parecía poco probable que pudiera hablar normalmente.

—Tenemos tiempo —dijo Aaor en voz alta—. Y no quiero dejarlos así.

—Si los reparas, no podrán volver a su casa —le recordé—. Su propia gente los matará.

—¡Entonces, que se vengan con nosotros! —Se tendió junto al hombre de la boca deforme y le clavó una mano sensorial y muchos tentáculos.

El anciano se lo quedó mirando, luego se puso en pie y dio unos pasos en dirección a Aaor. Su lenguaje corporal decía que estaba confuso, temeroso y hostil. Pero se limitaba a mirar.

Al cabo de un rato, algunos de los tumores comenzaron a disminuir visiblemente de tamaño, y el anciano se echó hacia atrás y se persignó.

—¿Habremos de llevárnoslos con nosotros cuando los hayamos curado? —le pregunté al anciano—. ¿Los matará tu gente?

Me miró.

—¿Dónde están los que había en esta casa?

—Con Santos. Temíamos que recibiesen accidentalmente un disparo.

—¿Los habéis curado?

—Y a Santos.

Agitó la cabeza.

—¿Y cuál será el precio de tanta amabilidad? ¿La esterilidad? ¿Una larga, lenta muerte? Esto es lo que tu especie me dio a mí.

—No los estamos haciendo estériles.

—¡Eso es lo que tú dices!

—Nuestra gente vendrá pronto aquí. Tendréis que decidir entre uniros a nosotros, iros a la colonia humana de Marte, o permanecer aquí, pero estériles. Si esos hombres deciden venirse con nosotros o irse a Marte, ¿para qué iban a ser esterilizados? Y, si deciden quedarse aquí, ya se ocuparán otros de hacerlo: no es un trabajo que me apetezca.

—¿La colonia de Marte? ¿Quieres decir que en Marte viven humanos sin los oankali? ¿En el planeta Marte?

—Sí, cualquier humano que lo desee puede ir allí. La colonia tiene ya cincuenta años de edad. Si alguien decide ir a Marte, nosotros nos ocuparemos de que recupere la fertilidad y de que sea capaz de tener hijos sanos.

—¡No!

Me encogí de hombros.

—Éste es nuestro mundo. Tu gente puede ir a Marte, si quiere.

—Sabes que no lo haremos.

Silencio.

Miró de nuevo a lo que estaba haciendo Aaor. Varios de los más pequeños tumores visibles ya se habían desvanecido. Su expresión, su lenguaje corporal, eran extrañamente falsos. Estaba fascinado y no deseaba estarlo. Quería estar disgustado, y hacía ver que lo estaba.

Estaba algo más que fascinado: estaba envidioso. Hacía tiempo, antes de que lo soltasen para convertirse en un resistente, debió de experimentar el toque de un ooloi. Todos los humanos de su edad habían sido manejados por un ooloi. ¿Lo recordaba y lo quería de nuevo, o se trataba únicamente del efecto que le producía nuestro olor? Los ooloi oankali asustaban a los humanos por lo muy diferentes que eran. Aaor y yo resultábamos mucho menos aterradores. Quizás esto permitía que los humanos respondiesen más libremente a nuestro aroma. O tal vez fuese que, siendo nosotros mismos en parte humanos, nuestro olor les resultase más atractivo.

Cuando hube comprobado el estado de los dos humanos que estaban en el suelo, visto que se hallaban realmente inconscientes y que era muy probable que siguiesen así por un rato, tomé al anciano por el hombro y lo llevé hasta la cama.

—Esto es más confortable que el suelo —le dije.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

—Echarte una ojeada..., asegurarme de que eres tan saludable como aparentas serlo.

Había estado resistiendo durante un siglo entero. Había estado enseñándoles a los niños que la gente como yo éramos demonios, monstruos; que era mejor sufrir una enfermedad genética, desfigurante y deformadora, que bajar de las montañas en busca de los oankali.

Se tendió en la cama, más ansioso que temeroso, y, cuando me eché a su lado, tendió las manos y me acercó a él, probablemente del mismo modo en que *atraía a* su compañera humana, cuando estaba especialmente ansioso de ella.

10

Para cuando empezó a hacerse oscuro, nuestros cautivos ya se habían convertido en nuestros aliados. Eran Rafael, cuyos tumores había curado Aaor y cuya boca había mejorado, y Ramón, el hermano de Rafael. Ramón era un jorobado, que ahora sabía que no tenía por qué seguir siéndolo. Y, aunque no habíamos tenido el tiempo bastante como para cambiarlo del todo, ya lo habíamos enderezado un poco. Y también estaba Natal, que llevaba años siendo sordo. Ya no lo era.

Y estaba el anciano, Francisco, que aún estaba confuso, al estilo de como antes lo había estado Santos. Le asustaba el habernos aceptado tan rápidamente..., pero el caso era que nos había aceptado. No quería bajar la montaña para regresar a su pueblo; quería quedarse con nosotros. Lo mandé arriba, a buscar a Santos, Paz y Javier, para que volviesen. Suspiró y se fue, pensando que era una prueba de su nueva lealtad. Después de todo, era el único que no había necesitado de nuestra curación.

Cuando los hubo traído de vuelta, le pregunté si podía sacar a Tomás y Jesusa de prisión.

—Podría hablar con ellos —me dijo—, pero los guardias no me iban a dejar sacarlos. Todo el mundo está muy nervioso. Dos de los guardias de la otra noche juran que vieron a cuatro personas y no sólo a dos. Es por esto por lo que nos mandaron aquí: alguna gente pensaba que Paz y Javier podían haber visto algo o, aún peor, podían estar metidos en problemas.

Miró a Paz y Javier, que al entrar habían ido directos a Aaor, que enroscó un tentáculo sensorial en torno a cada cuello, dándoles la bienvenida como si llevasen días ausentes.

Jesusa y Tomás *ya* llevaban dos días separados de mí. Aún no estaba desesperado por ellos, pero podría estarlo dentro de un par de días más si no lograba liberarlos. El saber esto me inquietaba y me hacía sentir deseos de actuar. Salí de la demasiado atestada cabaña y fui a sentarme a la pelada roca del exterior. Era el atardecer, y los dos hermanos, Rafael y Ramón, se habían metido en la despensa de la cabaña para preparar una comida.

Francisco y Santos salieron a donde yo estaba y se sentaron uno a cada lado. Podíamos ver el poblado allá abajo, por entre la neblina del humo de los fuegos de las cocinas.

—¿Cuándo os vais a ir? —me preguntó Santos.

—Después de que oscurezca, antes de que salga la Luna.

—¿Les vas a ayudar? —le preguntó a Francisco.

Éste frunció el ceño.

—He estado tratando de pensar en lo que puedo hacer. Creo que bajaré y esperaré. Si Khodahs necesita ayuda, si lo atrapan, quizá yo pueda darle el tiempo que necesita para demostrar que no es un animal peligroso.

Santos hizo una mueca burlona.

—Es un animal peligroso.

Francisco lo miró con disgusto.

—Deberías contemplar a Khodahs desde ese punto de vista —insistió Santos—. Su gente vendrá y destruirá todo lo que tú te has pasado toda la vida construyendo.

—Vuélvete a tu cueva, Santos. Púdrete allí.

—Seguiré a Khodahs —afirmó Santos—. No me importa lo que haga; de hecho, me encanta. Pero yo no me llamo a engaño: probablemente esta gente no nos matará, pero sí se nos tragará enteros.

Francisco agitó la cabeza.

—¿Qué tal respiras estos días, Santos? ¿Cuántas veces te han partido la nariz? ¿Y de qué te ha servido que lo hicieran?

Santos se lo quedó mirando un rato, luego se desternilló de risa.

Puse un brazo sensorial en torno al cuello de Santos, atrayéndolo hacia mí. No intentó decir nada más. Realmente, no parecía que intentase hacer ningún daño. Sólo disfrutaba del tener, por una vez, la carta más alta, al saber algo que no había sabido un anciano de un siglo de edad..., algo que también yo había pasado por alto. Se estaba riendo de ambos. Sin embargo, se mantuvo quieto y callado mientras yo le arreglaba la nariz. En el corto espacio de tiempo de que disponía no podía hacer que tuviese un aspecto mucho mejor, pues eso significaba modificar el hueso, al tiempo que el cartílago. Hice un poquito de este arreglo, para que pudiese respirar con la boca cerrada si lo deseaba. Pero lo que reparé, sobre todo, fueron los daños a los nervios. A Santos no le habían golpeado únicamente en la nariz: le habían abierto la cabeza a conciencia. Su cuerpo podía «saborear» y disfrutar de la sustancia ooloi que yo no podía evitar soltar cuando le penetraba la piel; con eso era con lo que me lo había ganado. Pero casi no podía oler nada.

—¿Qué es lo que le estás haciendo? —me preguntó Francisco, sin estar especialmente interesado. Su sentido del olfato era excelente.

—Reparándolo un poco más —le dije—. Esto lo mantiene callado, y le prometí que lo repararía. Con el tiempo, casi será tan alto como tú.

—Ya que estás en ello, séllale la boca —me dijo Francisco—. Creo que ahora bajaré.

—¿Aún quieres venir con nosotros?

—Naturalmente.

Sonreí. Me gustaba. Parecía que no podía dejar de gustarme la gente a la que seducía. Incluso Santos.

—Irás a Marte, ¿no?

—Sí. —Hizo una pausa—. Sí, creo que sí. Quizá no lo hiciera, si estuvieras buscando cónyuges. ¡Ojalá lo estuvieras!

—Gracias —le dije—. Si cambias de idea, puedo ayudarte a encontrar cónyuges, oankali o construidos.

—¿Como tú?

—Tu ooloi sería un oankali.

Agitó la cabeza.

—Entonces será Marte. Con mi fertilidad restaurada.

—Absolutamente.

—¿Dónde debo de encontrarme de nuevo contigo, una vez hayas sacado a Jesusa y Tomás?

—Sigue el sendero, río abajo. Ven tan rápidamente como te sea posible, pero con cuidado. Si no puedes escapar, piensa que, de todos modos, mi gente vendrá pronto. No te harán daño, y te mandarán a Marte si aún deseas ir.

—Preferiría irme contigo.

—Encantado de que vengas con nosotros. Sólo que no te hagas matar por intentarlo. Tú eres mucho mayor que yo, se supone que deberías de haber aprendido a tener paciencia.

Rió sin humor.

—Aún no he aprendido, pequeño ooloi. Y probablemente nunca lo logre. Estáte atento a mí en el sendero del río.

Nos dejó, y yo seguí reparando a Santos hasta que fue el momento en que debía irme. Cuando lo dejé, ya tenía un sentido del olfato bastante bueno.

—No causes problemas —le dije—. Usa ese buen cerebro tuyo para ayudar a escapar a esa gente.

—A Francisco no le hubiera importado que le hicieses lo que nos estás haciendo a nosotros —me dijo—. Yo imaginé lo que era, y no me importa.

—Ya experimentaré cuando no anden en juego las vidas de mis cónyuges. Santos, hasta que estemos lejos de este lugar, intenta estar callado, a menos que tengas algo útil que decir.

Entré en la cabaña y le informé a Aaor de que me marchaba.

Dejó a sus cónyuges y la comida que habían estado comiendo. Había usado más energía que yo, curando a humanos. Probablemente necesitaba los alimentos.

Ahora me abrazó con sus cuatro brazos, y nos conectamos:

—Si no nos sigues, volveré a por ti —me dijo en silencio.

—Os seguiré. Francisco me va a ayudar…, si resulta necesario.

—Lo sé. Lo he oído. Y aún sigo heredando a Santos.

—Usa su mente y empuja su cuerpo sin compasión. Este viaje debería servir para ello. Y tendrías que ponerte ya en marcha.

—De acuerdo.

Me marché y caminé montaña abajo, utilizando el sendero cuando me resultaba conveniente e ignorándolo en caso contrario. Los humanos que iban con Aaor lo encontrarían oscuro y tendrían que andar con cuidado.

Para mí estaba bien iluminado con el calor de todas las plantas que crecían en él. Tuve que pasar por encima de la meseta sobre la cual estaba edificada la población y caminar a un nivel más bajo del de la ancha extensión plana, por debajo de la línea de vigilancia de cualquier centinela del poblado. Y luego tendría que subir por allá donde las terrazas, repletas de vegetales creciendo, me mantendrían oculto durante tanto tiempo como fuera posible.

11

Cuando llegué al poblado permanecí tendido en una terraza hasta que, prácticamente, todos los sonidos de gente moviéndose y hablando hubieron cesado a mi alrededor. Por el oído y el olfato calculé dónde estaban patrullando los centinelas. Traté de escuchar a Jesusa o Tomás, o a otra gente hablando de ellos, pero casi nadie decía nada: únicamente un par de machos se estaban preguntando qué sería lo que aquellos dos habrían visto en sus correrías. Y una hembra le estaba explicando a un niño medio adormilado que los dos habían sido «malos, muy malos», y que como castigo los habían encerrado. Francisco le estaba explicando a alguien que, con cinco guardianes en lo alto de la montaña ya bastaba, y que él quería dormir en su cama y no en un suelo de piedra.

No le preguntaron más. Sin duda, el ser un anciano tenía sus privilegios. Me pregunté cuánto duraría mi influencia sobre él, y cómo reaccionaría cuando ésta acabase. Mejor sería no quedarse para averiguarlo. Deliberadamente, no le había dicho nada de la caverna en donde debíamos encontrarnos; voluntariamente o no, podría llevar a otros a ella.

De repente, se escuchó un alarido y el sonido de un golpe. Me quedé helado durante un rato, antes de darme cuenta de que no tenía nada que ver con nosotros: allá cerca estaban discutiendo un hombre y una mujer, maldiciéndose el uno al otro. El macho había golpeado a la hembra. Y lo volvió a hacer varias veces, y ella siguió lanzando alaridos. Incluso a los oídos humanos debían de agredirles aquellos terribles sonidos.

Me arrastré desde las terrazas hasta dentro del poblado.

Estaba cerca de Jesusa y Tomás, cerca del edificio que me habían señalado desde la montaña. No podía ir directamente hacia él: había casas por el camino y otros dos altos escalones de piedra más, que elevaban el nivel del suelo. La meseta no era tan plana como parecía, y aquí y allí habían sido construidas paredes de piedra para retener la tierra del suelo y crear las plataformas planas sobre las que habían sido erigidas las casas. En realidad, por todas partes habían construido terrazas artificiales, tanto para las casas como para los campos de labor.

Había senderos y escaleras para facilitar los movimientos entre niveles, pero estaban patrullados, así que los evité.

Acurrucado bajo una de las hileras de rocas, capté el aroma de Jesusa. Estaba justo encima, justo por delante; y también había un leve olor a Tomás.

Pero, entre medio..., había otros dos machos armados.

Me puse cuidadosamente en pie y atisbé por encima de la pared de la terraza. Desde donde estaba, lo único que podía ver eran más paredes..., paredes de edificios. No había gente fuera.

Subí lentamente, mirando a todas partes. De repente, alguien salió de una puerta y se alejó por el sendero. Aplasté mi cuerpo contra una pared de grandes piedras planas.

A mi alrededor, la gente dormía con respiraciones lentas y

acompasadas. El macho irritado, que aún estaba a una cierta distancia de mí, había dejado de golpear a su compañera. No me aparté de la pared hasta que la persona que había salido de la puerta, una hembra preñada, hubo recorrido el sendero y tomado unas escaleras que la llevaban a un nivel inferior.

Más allá, en el camino al que me veía confinado, reconocí al edificio redondo: un semicilindro de lisa piedra gris. Tanto Tomás como Jesusa estaban dentro, aunque no creía que estuvieran juntos. Caminé hacia él, con todos mis tentáculos sensoriales apretados en nudos previos al aguijonazo y con los brazos sensoriales enrollados contra mi cuerpo. Si podía hacer lo que tenía que hacer sin ruido, lograríamos escapar, y no sería sino hasta el alba cuando alguien se diera cuenta de que los presos se habían fugado.

El edificio tenía pesadas puertas de madera.

Con el tiempo suficiente podría haberlas derribado, pero eso causaría gran estrépito. Y alguien podía pegarme un tiro antes de que hubiera acabado.

Desenrollé un brazo sensorial y tanteé la puerta. Los filamentos de mi mano sensorial la podían penetrar tan fácilmente como penetraban en la piel. Era una puerta de madera en un marco de madera, mantenida cerrada por un sólido travesaño de madera que descansaba sobre unos soportes metálicos. Muy sencillo: los soportes metálicos eran simples ángulos de hierro, barras aplanadas y en forma de ele, dos de ellos clavados al marco y los otros dos a las hojas de la puerta.

Cuidadosa y silenciosamente, hice pudrirse la madera que sostenía los tornillos de sujeción de los soportes de la puerta. Para ello, inyecté un líquido corrosivo a través de mi mano sensorial, y la madera comenzó a desintegrarse de inmediato. No podría haber destruido toda la puerta de este modo, pero no había problema en deshacerme de las pequeñas porciones de la madera que contenían los tornillos. Por así decirlo, lo que hice fue digerir esa madera.

Al cabo de un tiempo el pesado madero que era el travesaño se deslizó al suelo.

Los dos hombres que había dentro lanzaron gritos de sorpresa, luego maldijeron e hicieron varios movimientos rápidos y ruidosos. Se acercaron juntos a examinar la puerta, y se preguntaron el uno al otro qué habría sido lo que la había hecho pudrirse de aquel modo.

Cuando me arrojé contra la puerta, estaban justo donde deseaba que estuviesen. La puerta los derribó al suelo antes de que pudieran alzar sus rifles. Aguijoneé primero a uno, luego al otro, con un latigazo de cada uno de mis brazos sensoriales. Ambos quedaron inconscientes. Y sólo pudo haber sido un simple reflejo lo que hizo que uno de ellos disparase su arma.

La bala rebotó en una pared de roca y se aplastó contra otra.

Y, de repente, por todas partes se oyeron voces.

Jesusa estaba tan cerca..., pero no había tiempo.

Salí por la puerta abierta, pensando en desaparecer por un rato, para

volverlo a intentar más tarde.

En el exterior había un bosque de largos rifles de madera y metal. La gente había saltado de sus camas a la calle, algunos de ellos aún desnudos, pero todos armados.

Volví a entrar de un salto y cerré de un empellón la pesada puerta, mientras la gente disparaba contra ella. Agarré el travesaño, lo puse en ángulo contra el suelo, y lo forcé a patadas a atrancar la puerta. No serviría de mucho contra sus rifles y sus cuerpos, pero me daría algo de tiempo.

¿Qué hacer? Me matarían antes de que pudiese hablar. Me matarían en cuanto llegasen a mí. Y, si iba al lugar donde estaba confinada Jesusa, quizá también la matasen a ella.

Agarré a los dos guardias y les hice despertarse. Los puse en pie, les obligué a ponerse uno a cada lado de mi cuerpo y a respirar lo que pudiesen de mí.

Al principio se debatieron un poco, luego enrosqué mis brazos sensoriales a su alrededor y les inyecté la sustancia ooloi. Tenía que acallarlos antes de que la puerta cediese.

—Salvad vuestras vidas —les dije con voz queda—. No dejéis que vuestra propia gente os dispare. ¡Haced que os escuchen!

Y, en ese momento, la puerta cedió.

La gente entró como una marea en la sala, dispuesta a disparar. Mantuve a los dos centinelas frente a mí, agarrándolos con sólo mis manos de fuerza visibles. Cuanto menos alienígena pareciese ahora, más probable sería que siguiese con vida algunos momentos más.

—¡No nos disparéis! —gritó el guardián que tenía bajo mi mano derecha.

—¡No disparéis! —le hizo eco el otro—. ¡No nos está haciendo daño!

—¡Es un alienígena! —gritó alguien.

—¡Un oankali!

—¡Cuatro brazos!

—¡Matadlo!

—¡No! —aullaron al mismo tiempo mis prisioneros.

—¡Puede asesinar a la gente con su aguijón! ¡Matémoslo!

—No hay necesidad de matarme —les dije. Conscientemente, traté de sonar del modo en que lo hacía Nikanj cuando quería asustar y hacer cooperar al mismo tiempo a los humanos—. No quiero haceros daño, pero, si me disparáis, puedo perder el control y matar a varios de vosotros antes de morir.

Silencio.

—No os quiero hacer ningún daño.

De nuevo el insulto y, evidentemente, era un insulto grave:

—¡Cuatro brazos!

Y, otro:

—¡Echan veneno, como las serpientes!

—No he venido a envenenar a nadie —les dije—. No deseo mal a nadie.

—¿Y qué es lo que buscas aquí? —preguntó uno de ellos.

Dudé, y alguien contestó por mí:

—¿Es que no está claro lo que busca esa cosa? ¡A los prisioneros..., ha venido a por ellos!

—He venido a por ellos —acepté, con voz suave.

La gente empezó a parecer insegura. Les estaba haciendo vacilar..., probablemente más con mi aroma que con nada de lo que les estaba diciendo. Lo único que tenía que hacer era mantenerlos allí durante algo más de tiempo, y quizá ellos mismos fueran a buscar a Jesusa y Tomás para traérmelos. Probablemente, si se lo pedía, los dos que tenía entre las manos ya estarían dispuestos a hacerlo. Pero aún los necesitaba donde estaban..., por algún tiempo más.

—Si me matáis —les dije—, mi gente lo descubrirá. Y aquellos que me disparen nunca más volverán a ser libres ni a vivir en un planeta. Preguntádselo a vuestros ancianos..., ellos se acuerdan.

La gente empezó a mirarse entre sí, dubitativa. Algunos bajaron sus armas y se quedaron sin saber qué hacer. Los humanos siempre habían tenido el miedo de que pudiésemos leerles el pensamiento. Sin duda era por eso por lo que sentían pavor a que nadie de su pueblo descendiese a las tierras bajas. La mayoría de ellos jamás lograría entender que lo que realmente leíamos, por dentro y por fuera, era sus cuerpos. Y, si nos mostrábamos alerta y competentes, más de lo que yo había sido con Santos, sus cuerpos podían guardar pocos secretos para nosotros.

—¿Quién hablará en vuestro nombre? —le pregunté a la multitud. Si hubiesen sido oankali o construidos, jamás hubiera hecho una pregunta así. Le hubiera expuesto mi caso a cualquiera, y el pueblo se hubiese reunido después, persona a persona, o a través de sus organismos-pueblo, y hubiera surgido un consenso.

Pero aquella gente eran humanos, así que tenía que hallar a sus líderes.

Dos machos se adelantaron de entre la multitud.

—¿Ancianos? —les pregunté.

Uno de ellos asintió con la cabeza. El otro se me quedó mirando con obvia repugnancia.

—No quiero hacer ningún mal —dije—. Sólo ocurrirán daños si me disparáis. ¿Aceptáis esto?

—Quizá —dijo el que había asentido.

Me encogí de hombros.

—Examinad vuestros propios recuerdos. —Y me mantuve callado, dejándoles con sus memorias. Mientras, sin llamar la atención al gesto, aparté mis manos de los dos hombres que tenía frente a mí. No se movieron.

—¿Para qué quieres a Jesusa y Tomás? —me preguntó el anciano que sentía repugnancia.

—Son mis cónyuges.

Hubo una súbita oleada de sorprendidos murmullos entre la gente. Oí interrogaciones e incredulidad, amenazas y maldiciones, horror y disgusto.

—¿Y por qué tenéis que estar tan sorprendidos? —les pregunté—. ¿Por qué creíais que los he venido a buscar? ¿Por qué otra cosa estaría dispuesto a arriesgarme a que me mataseis? —Hice una pausa, pero nadie habló—. Nos preocupamos tanto por nuestros cónyuges como vosotros podáis hacerlo por los vuestros.

—Sería mejor para ellos que los matásemos antes que entregártelos —dijo el anciano de la repugnancia.

—Tu gente casi se destruyó a sí misma en la guerra —le recordé—. ¿Es que aún no habéis tenido bastantes muertes?

—¡Es tu gente la que nos quiere matar a todos! —dijo alguien desde la multitud.

Hablé de nuevo, entre renovados murmullos:

—Mi pueblo va a venir aquí, pero mi pueblo no os matará. No mató a vuestros ancianos: los arrancó de entre las cenizas de su guerra, los curó, se unió con aquellos que lo desearon voluntariamente, y dejó que los demás se marchasen. Si mi pueblo fuera un pueblo de asesinos, vosotros no estaríais aquí. —Hice una pausa para dejarles pensar—. Y no habría una colonia humana en el planeta Marte, en donde los humanos viven y se reproducen totalmente en libertad, lejos de nosotros. Los humanos que hay allí son saludables y prosperan. Cualquier humano que desee unirse a ellos es curado, se le devuelve la fertilidad si ello es necesario, y se le transporta.

Lo que sucedió a continuación fue totalmente irracional, pero luego pensé que, de algún modo, debería de haberlo previsto.

La cara del anciano que sentía repugnancia se retorció con ira y asco. Me maldijo, suplicó a su Dios que me condenase *a* algún tipo de castigo eterno, y luego disparó su arma.

Uno de los dos centinelas humanos que yo había tenido cogidos, y luego soltado, saltó, interponiéndose entre mi cuerpo y el arma del anciano.

Un instante más tarde el guardia estaba tendido en el suelo, moribundo, y los dos ancianos se peleaban por la posesión del rifle del asqueado.

Vi cómo el anciano asesino era dominado por su compañero y dos jóvenes deformados. Luego, me eché al suelo al lado del agonizante.

—Apártalos de mí —le dije al centinela que quedaba—. Su corazón está dañado. Puedo salvarlo, pero sólo si me dejan en paz.

No presté más atención a lo que hacían. El guardia herido necesitaba de toda mi concentración. Según la experiencia médica de los humanos, ya se le podía dar por muerto: la bala de gran calibre disparada a bocajarro le había atravesado el corazón y le había salido por la espalda tras pasar rozándole la espina dorsal. Tenía más que suficiente con ocuparme en mantenerlo con vida mientras le reparaba el corazón. Los humanos no me asesinarían. El momento para hacerlo ya había pasado.

12

Cuando acabé la curación, estaba hambriento. Casi me sentía débil de tanta hambre que tenía. Y el aroma de Jesusa y Tomás, tan cercanos, me atormentaba. No podía dejar que los humanos me tuvieran mucho más tiempo separado de ellos.

Comencé de nuevo a prestar atención a lo que me rodeaba, y me encontré mirando a los ojos del hombre al que acababa de salvar la vida.

—Me dispararon —dijo—. Lo recuerdo..., pero no me hace daño.

—Estás curado —le dije. Le abracé—. Gracias por escudarme con tu cuerpo.

No dijo nada. Se sentó cuando yo lo hice, y miró a la gente que se había reunido a nuestro alrededor y aguardaba sentada. Estábamos en el centro de un anillo de ancianos y de machos fértiles de ya una cierta edad..., gente que tenía aspecto de viejos, pero que no lo eran tanto como los ancianos, pese a su aspecto juvenil. No había hembras presentes.

—Dadme algo de comer —les dije—. Vegetales, nada de carne.

Nadie se movió ni habló.

Miré al centinela al que acababa de curar.

—Tráeme algo, por favor.

Asintió con la cabeza. Nadie le impidió que saliese, a pesar de que todos estaban armados.

Seguí quieto, sentado, y aguardé. Al cabo, los humanos empezarían a hablarme. Ahora estaban jugando a un juego, tratando de ponerme nervioso, tratando de colocarme aún en mayor desventaja de la que ya estaba. Un pequeño juego humano, jerárquico. Quizá no dejasen volver a entrar a mi guardia. Bueno, yo estaba inconfortablemente hambriento, pero no desesperadamente hambriento. Y no conocía lo bastante bien su juego como para jugar al mismo. Probablemente, en algún momento, les daría placer el decirme lo que pensaban hacer conmigo. No tenía ninguna prisa por oírlo. No esperaba que me gustase.

Casi me quedé dormido. Mi centinela regresó con un plato de judías estofadas y algunos granos y frutas que no reconocí. Una buena comida. Le di las gracias y le hice que se marchase, porque tenía miedo de que abogase por mí y se metiese en problemas.

Algo más tarde llegó Francisco. Había otros tres ancianos con él. Por su aspecto, debían de ser los machos más viejos del poblado. Tenían el cabello cano y sus rostros estaban surcados por profundas arrugas. Uno de ellos caminaba con una muy visible cojera. Los otros dos estaban encorvados y artríticos. Posiblemente ya eran viejos antes de la guerra.

Esos cuatro se sentaron frente a mí, y Francisco habló con voz tranquila:

—¿Estás bien?

Lo miré, tratando de imaginar cuál era su situación. ¿Por qué había

venido? Ya era demasiado tarde para que interpretara el papel que había prometido hacer. Estaba manteniéndose muy tenso y, sin embargo, intentando parecer relajado. Decidí no reconocerlo..., al menos por el momento.

—Mis cónyuges aún siguen presos —dije.

—Pronto te dejaremos verlos. Primero queremos que sepas lo que hemos decidido.

Esperé.

—Has dicho que tu pueblo va a venir aquí.

—Sí.

—Los esperarás aquí. —Su cuerpo se inclinó hacia mí, lleno de tensión reprimida. Era importante para él que yo aceptase lo que me estaba diciendo.

Me mantuve en silencio, apartando mi cara de él, para poderlo observar sin que se sintiese observado. No había triunfo en él, ni arrogancia, ninguna señal de que estuviese haciendo otra cosa que comunicarme lo que su pueblo había decidido..., y, quizá, esperar que yo no fuera a delatarle.

—Los guardias han capturado a tu compañero —dijo Francisco, en el mismo modo pausado—. Pronto lo traerán aquí.

—¿Aaor? —pregunté—. ¿Está herido? ¿Ha resultado alguien herido?

—Nada grave. A tu compañero le pegaron un tiro en una pierna, pero parece haberse curado él mismo. Uno de los nuestros que vosotros habíais manipulado resultó ligeramente herido.

—¿Quién? ¿Cuál?

—Santos Ibarra Ruiz.

Naturalmente. Agité la cabeza. Alguien del grupo de ancianos gruñó.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

—Nuestros guardias los descubrieron porque lo oyeron a él: estaba discutiendo con alguien del grupo de tu compañero —me explicó Francisco—. Cuando fueron a investigar y los tomaron prisioneros, Santos mordió a uno de ellos. Lo dejaron sin sentido de un golpe. No tiene nada más que un chichón y un buen dolor de cabeza.

Santos había delatado al grupo de Aaor. ¿Quién lo iba a hacer si no era Santos? ¿Cuántas vidas habría destruido o puesto en peligro?

—¿Qué es lo que les sucederá a los humanos a los que hemos... manipulado? —pregunté.

—Aún no lo hemos decidido —contestó Francisco—. Probablemente nada.

—Deberíamos colgarlos —murmuró alguien—. Se suponía que estaban de guardia...

—Los cazaron por sorpresa —dijo Francisco—. Si yo no hubiese decidido bajar a dormir en mi cama, posiblemente también me hubieran

atrapado a mí.

Así que era por esto por lo que aún estaba libre. Había convencido a su gente de que habíamos llegado después de que él se hubiera marchado. Esa historia quizá le protegiese y le permitiese ayudar a los otros. Su cuerpo demostraba estar poco a gusto con la mentira, pero la había contado bastante bien.

—¿Haréis que Aaor también se quede? —pregunté.

—Sí. No se le hará daño, a menos que trate de escapar. Ni tampoco a ti. Nuestro pueblo cree que el tenerte aquí cuando llegue tu gente servirá para garantizar nuestra seguridad.

Asentí con la cabeza.

—¿Ha sido idea tuya?

El anciano de la cojera intervino:

—¡No importa de quién haya sido idea! Te quedarás aquí..., y si tu gente no viene, quizá se nos ocurra qué hacer contigo.

Me volví hacia él:

—Por ejemplo, puedes usarme para curarte la pierna —le dije con voz suave—. Debe de hacerte mucho daño.

—¡Nunca me pondrás tus venenosas manos encima!

Lo haría. Claro que lo haría. Si nos hacían quedar a Aaor y a mí allí, nada iba a impedirles el usarnos para liberarse de sus muchos problemas físicos.

—Esto no ha sido idea mía —dijo Francisco—. Lo único que yo dije era que no había que fusilarte. ¿Sabes?, a mucha gente de aquí le gustaría hacerlo.

—Eso sería un grave error.

—Lo sé. —Hizo una pausa—. Fue Santos el que sugirió que te retuviésemos aquí.

No me eché a reír a carcajadas. Las carcajadas hubiesen hecho que los ancianos se sintieran más suspicaces de lo que ya lo estaban. Pero, en mi interior, me desternillé de risa: Santos hacía más que compensar su error. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Sabía que su gente utilizaría la habilidad curativa de Aaor y mía, y olería nuestros aromas, y así, cuando finalmente llegase mi gente, la suya la recibiría sin hostilidad. En cierta manera, como había afirmado Francisco, yo iba a asegurar la seguridad del pueblo montañés: la gente que no lucha no se mete en ningún lío..., de hecho, una vez que el transbordador captase los aromas de Aaor y mío, ni siquiera los gasearía.

—Traed a Aaor —dije.

—Aaor ya viene. —Francisco hizo una pausa—. Si intentas algo, si asustas en algún modo a esta gente, te dispararán. Y no dejarán de disparar hasta que no quede ya nada vivo en ti.

Asentí. Quedaría mucho de vivo en mí, pero desde luego aquello no

sobreviviría como *yo.* E incluso podría hacer daño allí..., como una enfermedad. Era mejor que nosotros muriésemos en la nave o en uno de nuestros pueblos: así, nuestra sustancia era absorbida, sin problemas, por el organismo mayor. Si no sucedía así, las organelas oankali hallaban cosas que hacer por sí mismas.

Aaor fue traído por jóvenes guardias. Miré sus piernas en busca de una señal de bala, pero no hallé ninguna. Los humanos le habían dejado curarse por completo antes de traerlo aquí.

Vino hasta donde yo estaba y se sentó a mi lado en el suelo de piedra. No me tocó.

—Quieren que nos quedemos aquí —dijo en español.

—Lo sé.

—¿Debemos hacerlo?

—Sí, naturalmente.

Asintió con la cabeza.

—Yo también pensé lo mismo. —Dibujó con la boca algo que podría ser considerado una sonrisa—. Tenías razón en lo que decías acerca de que te disparasen; no quiero volver a pasar por esa experiencia.

—¿Dónde están tus cónyuges?

—No muy lejos de aquí, en su casa..., bajo guardia.

Me enfrenté de nuevo a Francisco.

—Aceptamos quedarnos aquí hasta que llegue nuestra gente, pero Aaor tiene que vivir con sus cónyuges. Y yo debo de hacerlo con los míos.

—¡Os quedaréis aquí, presos en la torre! —dijo uno de los chupados ancianos—. ¡Los dos! ¡Os quedaréis aquí bajo guardia! ¡Y no tendréis cónyuges!

—Viviremos en casas, como la gente —le contesté con suavidad.

Alguien escupió las palabras:

—¡Cuatro brazos! —Y otro alguien murmuró:

—¡Animales!

—Viviremos con la gente que vosotros sabéis que son nuestros compañeros —continué—. Si no es así, nos convertiremos... en muy peligrosos, tanto para nosotros mismos como para vosotros.

Silencio.

Probablemente mi aroma y el de Aaor no podían convertir rápidamente a aquella gente sin un contacto directo, pero nuestros aromas sí contribuían a que estuvieran más dispuestos a creer cualquier cosa que les dijésemos. Y podíamos persuadirles a hacer aquello que ellos ya sabían que era lo que realmente debían hacer.

—Viviréis con vuestros compañeros —dijo Francisco, por encima de muchos murmullos—. La mayoría de nosotros aceptamos eso. Pero, sea

donde sea que viváis, será bajo guardia. Es preciso.

Miré de reojo *a* Aaor.

—De acuerdo —dije—. Vigiladnos. No hay necesidad de ello, pero si eso os da tranquilidad, lo soportaremos.

—¡Guardias para impedir que la gente acepte vuestro veneno! —musitó el anciano tullido.

—Ahora traedme a mis compañeros —dije en voz muy queda, tanto, que la gente se inclinó hacia delante para oírme—. Los necesito, y ellos me necesitan a mí. Nos mantenemos sanos unos a otros.

—Dejadlos estar juntos —complementó lo dicho Aaor—. Dejadlos reconfortarse unos a otros. Ya llevan días separados.

Discutieron un rato más, con su hostilidad disminuyendo como una herida que cicatriza. Al final, el mismo Francisco soltó a Jesusa y Tomás. Salieron de las habitaciones en que habían estado prisioneros y me colocaron entre ellos, y los ancianos y los viejos fértiles nos contemplaron con conflictivas emociones: miedo, ira, envidia y fascinación.

13

Nos quedamos.

Y, pese a nuestros guardianes, curamos a la gente. Y curamos a los guardianes.

Primero vino a nosotros la gente joven, y se fueron sin sus tumores, pérdidas sensoriales, cojeras, parálisis... La gente nos traía a sus hijos. Jesusa, Tomás y yo compartíamos una casa de piedra con Aaor, Javier y Paz. Una vez aposentados, Jesusa salió en busca de toda la gente que recordaba que tenían hijos deformes o impedidos. Y les estuvo convenciendo hasta que empezaron a traérnoslos. A menudo, la pequeña casa estaba repleta de niños curándose.

Y Santos comenzó a crecer. Le di una hermosa nariz nueva, y él siguió hablando más de la cuenta y arriesgándose a que se la volviesen a partir. Pero, ahora, la gente parecía menos proclive a golpearle.

El primer anciano que vino a nosotros fue una mujer con sólo una pierna. El muñón de la pierna amputada le hacía daño, y esperaba que yo pudiera aliviarle el dolor. La mandé con Aaor, porque yo ya tenía más gente para curar de la que podía ocuparme. A lo largo de un período de varias semanas, Aaor le hizo crecer una nueva pierna, con su correspondiente pie.

Después de esto, todo el mundo vino a nosotros. Incluso los ancianos más testarudos se olvidaban de lo mucho que nos odiaban en cuanto los tocábamos. No empezaron a amarnos repentinamente, pero dejaron de escupir a nuestro paso, dejaron de echarnos maldiciones y amenazarnos, dejaron de apuntarnos con sus fusiles para recordarnos su poder y su miedo. Nos dejaron en paz, y eso ya nos bastaba.

En cambio, su gente sí que comenzó a amarnos, y a creer lo que les decíamos, y a hablarnos acerca de cónyuges oankali y construidos.

14

El transbordador, cuando llegó, aterrizó abajo, en el cañón. Allí podría beber del río y comer algo que no fueran las cosechas de los montañeses. Nadie fue gaseado. No hubo pánico por parte de los humanos. Y fue una buena prueba de la confianza que ahora tenían en nosotros el que dejasen que fuésemos Aaor y yo, con nuestros cónyuges, quienes bajásemos al encuentro de los recién llegados. En el último momento, Francisco decidió venir con nosotros, pero sólo porque, como él mismo no dudaba en admitir, sus largos años no le habían enseñado a tener paciencia.

Siete familias habían venido con el transbordador. La mayor parte de ellas eran de Chkahichdahk, dado que era allí donde vivían los transbordadores cuando no estaban siendo utilizados. No obstante, se habían detenido en Lo para recoger a mis padres. A la primera persona que divisé en la pequeña muchedumbre fue a Tino..., y estuve mucho más a punto de lo que debería de agarrarlo y darle un abrazo. Una reacción demasiado humana. En cambio, sí que abracé a Nikanj, a pesar de que éste no tenía demasiados deseos de ser abrazado. Toleró el gesto, y empleó la oportunidad que le daba para clavar en mí sus tentáculos sensoriales y examinarme a conciencia. Cuando hubo terminado, y sin decir palabra, tendió los brazos hacia Aaor y lo examinó a su vez. A Aaor lo retuvo más tiempo, luego enfocó en Javier y Paz. Ellos le estaban contemplando con evidente curiosidad, pero sin alarma alguna. Ya habían superado el estadio de evitar de modo absoluto a cualquiera que no fuese Aaor. Ahora, como Jesusa y Tomás, eran simplemente cuidadosos.

Ninguno de ellos había visto antes a un oankali. Estaban fascinados, pero no sentían miedo.

Nikanj aplanó sus tentáculos sensoriales hasta aquella brillante superficie lisa que podía lograr cuando estaba muy contento.

—Lelka —dijo—, si me presentas a tus cónyuges, podremos empezar a perdonarte por haberte quedado aquí, sin siquiera decirnos que te encontrabas bien.

—Yo no estoy segura de que te vaya a poder perdonar —dijo Lilith. Pero estaba sonriendo y, por un rato, todo tuvo que esperar, mientras Javier y Paz eran bienvenidos a la familia y el resto de nosotros perdonados y vueltos a bienvenir. Vi a Jesusa tender los brazos a mi madre por vez primera desde su ruptura. Las dos se abrazaron, y sentí cómo mis propios tentáculos sensoriales se alisaban por el placer.

—Los humanos de las montañas decidieron quedársenos —estaba explicando Aaor al resto de la familia—. Y, dado que la única otra alternativa que veían era la de matarnos, no tuvimos inconveniente en quedarnos.

—¿Es éste uno de los montañeses? —preguntó Ahajas, mirando a Francisco.

Los presenté, y también él se le enfrentó con curiosidad, pero sin miedo.

—¿Los hubieras matado? —le preguntó ella, con extraña jocosidad.

Francisco sonrió, mostrando unos dientes muy blancos.

—Naturalmente que no. Khodahs me capturó mucho antes de que capturase a la mayoría de mi pueblo.

Ahajas enfocó en mí.

—¿Capturar?

—Nadie lo ha capturado —le expliqué—. Quiere ir a la colonia de Marte.

Ahajas se alisó mucho.

—¿Realmente quieres eso?

—Lo quería. —Francisco agitó la cabeza—. Y quizás aún lo quiera.

Le miré, sorprendido. Él había sido uno de los más firmes..., estaba muy seguro de lo que quería. Y, ahora que el transbordador se encontraba allí, no estaba tan seguro.

—¿Quieres que te encontremos cónyuges? —le pregunté.

Me miró, y entonces hizo algo muy oankali: se volvió y se marchó. Caminaba rápidamente, y habría recorrido todo el empinado camino y vuelto al poblado si Ahajas no hubiese hablado.

—¿Tiene una compañera humana, Lelka? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Inés. Es una vieja fértil. —Se había unido a Francisco después de tener nueve hijos. Ahora, ya había pasado la edad de tener hijos. En una ocasión, Francisco me la había traído, para que comprobase su salud. Resultó ser una de las viejas fértiles más saludables que yo jamás hubiera tocado; pero comprendí que el propósito real de Francisco había sido compartirla conmigo, y a mí con ella. Y, sin embargo, realmente había deseado emigrar..., hasta ahora.

—Creo que hay cónyuges para él aquí y ahora —me dijo Ahajas—. Tráelo de vuelta, Khodahs.

Fui tras Francisco, lo alcancé y lo sujeté por los brazos.

—Mi madre oankali dice que aquí hay, ahora, gente que podría atriarse contigo.

Se quedó inmóvil por un momento, luego, de repente, trató de soltarse. Yo seguí agarrándolo porque su lenguaje corporal me decía que quería seguir asido, más de lo que deseaba soltarse. Estaba asustado, confuso, avergonzado y poderosamente atraído por la idea de unos posibles cónyuges oankali.

Tras el primer esfuerzo, no iba a quedar aún más en ridículo luchando conmigo, de modo que lo dejé ir cuando realmente lo quería. Entonces lo tomé, sin apretar, por su mano derecha, y lo llevé de vuelta a Ahajas, que le esperaba con un grupo de extraños, tres oankali que evidentemente formaban un grupo familiar. Francisco empezó a sudar.

—Lo daría todo para tenerte a ti, en lugar de a ellos —me dijo.

—Ya tienes todo lo que yo te puedo dar —le contesté—. Si te gusta esa gente, su ooloi te podrá dar mucho más.

Hice una pausa.

—¿Crees que Inés consentirá en que le restauren su fertilidad? Quizá esté harta ya de tener niños.

Él se echó a reír, disminuyendo momentáneamente su nivel de tensión.

—Ha estado dándome la lata para que intentase lograr que nos hicieseis cambios. Quiere tener, al menos, un hijo conmigo.

—¿Un niño construido?

—No lo sé..., aunque, si yo estoy dispuesto, después de permanecer todo un siglo resistiéndome...

—Lleva a esa gente a verla. Habla con ella, y con ellos.

Se detuvo y me volvió para que nos situáramos frente a frente:

—Me has hecho esto a mí... —dijo—. Yo, que me hubiera ido a Marte...

No dije nada.

—Ni siquiera puedo odiarte —susurró—. Dios mío, si hubiera habido gente como tú hace un centenar de años, no me hubiera convertido en resistente. Creo que no hubiese habido resistentes.

Me miró durante un momento más.

—¡Maldito seas! —dijo, lenta y tristemente—. ¡Maldita sea tu estampa!

Pasó por mi lado, y fue hacia Ahajas y la familia oankali que le estaba esperando.

—Son tus parientes ooan —me dijo Lilith, y yo la miré asombrado. De algún modo había logrado acercarse a mí sin que me diese cuenta. Y ella me explicó—: Estabas demasiado preocupado.

Deseaba mucho tocarme, y no hacía nada por ocultarlo. Me miró con hambre.

—Tú y Aaor sois hermosos —me dijo—. ¿Realmente estáis bien los dos?

—Lo estamos. Necesitamos cónyuges oankali, pero aparte de eso, estamos bien.

—Y ese hombre, Francisco, ¿es un ejemplo típico de la gente de por aquí?

—Es uno de los viejos. El primero con el que me encontré.

—Y te ama.

—Como tú dijiste en cierta ocasión, son las feromonas.

—Al principio fue eso, sin duda. Pero ahora..., te ama.

—...Sí.

—Como João. Como Marina. Tienes un extraño don, Lelka.

Cambié bruscamente de tema.

—¿Dices que esa gente que está con Francisco son mis parientes ooan? ¿Son parientes de Nikanj?

—Son los padres de Nikanj.

Me volví para mirarlos, recordando sus nombres. Nombres que había oído durante toda mi vida. El ooloi era Kahguyaht, y era grande para ser un ooloi..., tanto como Lilith, que era de gran tamaño para ser una hembra humana. Kahguyaht no le había dado ese tamaño tan grande a Nikanj. Su compañero macho, Jdahya, era de tamaño normal. La colocación de sus tentáculos sensoriales le daba un aspecto extrañamente humano: colgaban de su cabeza como si fueran cabellos, y estaban colocados en su cara de tal modo que podían ser confundidos por ojos, nariz y orejas humanos. Aquél era el primer oankali al que había visto Lilith. Y ahora ella lo estaba mirando y sonriendo.

—A Francisco le gustará —afirmó.

A Francisco le gustarían todos si se permitía a sí mismo que le gustasen. Ahora estaba hablando con Tediin, la enorme compañera de Kahguyaht..., otra hembra que, también, era de tamaño superior al habitual. Ella no parecía, en lo más mínimo, humana. Francisco se estaba riendo de algo que ella le decía.

—Hay gente que espera verte, Khodahs —dijo Lilith.

Oh, sí, estaban esperando a verme, y examinarme, y decidir si se me podía permitir seguir ahí, libre. Ya estaban con Aaor.

Tres ooloi estaban investigando a Aaor. Dos esperaban hablar conmigo. Mis padres ooan estarían un tiempo ocupados con Francisco, pero había que contentar a estos otros. Fui hacia ellos, cansinamente.

15

El ser examinado por tantos no era tan malo. No resultaba incómodo. Al cabo de un tiempo, incluso nuestra familia ooan dejó a Francisco para venir a olisquearnos y hurgarnos. Nos llevaron al transbordador. A través del mismo, los oankali y los construidos de todos los sexos podían efectuar un rápido y fácil contacto no verbal con nosotros y entre ellos. El grupo hizo que el transbordador saliese volando del cañón y subiese tan alto como era necesario para comunicarse con la nave. Chkahichdahk transmitía nuestros mensajes y los de sus tripulantes a las poblaciones de las tierras bajas, y los mensajes de ellos a nosotros. De este modo, la gente se unió por segunda vez para compartir los conocimientos de un ooloi construido que no debía de existir, y para decidir qué hacer con nosotros.

El transbordador dejó a los niños y a la mayor parte de los humanos allá en el cañón. Todos ellos podrían haber participado a través de sus ooloi, pero para ellos la experiencia resultaría sobresaltante y desorientadora. Todo era tan intenso, sucedía tan rápidamente, que resultaba demasiado alienígena para los humanos. El unirse al sistema nervioso de un transbordador, de una nave o de un pueblo, a través del propio ooloi, era, según decía Lilith, una de las peores experiencias que había sufrido en su vida. Y, sin embargo, ella y Tino subieron con nosotros, y absorbieron todo lo que pudieron del complejo intercambio.

Las peticiones que los habitantes de las tierras bajas hacían a la gente de la nave me resultaron sorprendentemente fáciles de absorber y comprender. Podía enfrentarme a la intensidad y la complejidad de las mismas. De lo que no estaba tan seguro era de poder enfrentarme al resultado. Todo el asunto era como la redonda masa de cabello oscuro de Lilith: cada rizo parecía seguir su propio camino, enroscándose, girando, volteándose, inclinándose, tumbándose. Y, sin embargo, todos juntos formaban una forma simétrica, reconocible..., y todos estaban pegados a la misma cabeza.

También la opinión oankali y construida tomaba una forma reconocible a partir de un aparente caos. Y la cabeza a la que estaban unidas las opiniones era la creencia, generalmente aceptada, de que Aaor y yo éramos potencialmente peligrosos y que, o bien deberíamos ir a la nave, o bien quedarnos donde estábamos. Las poblaciones de las tierras bajas nos daban sus excusas, pero aún se sentían inseguras y temerosas de nosotros. Nosotros representábamos la prematura llegada al estadio adulto de toda una especie. Y representábamos la independencia, la auténtica independencia reproductiva, de esa especie..., y esto asustaba tanto a los oankali como a los construidos. Tal como había señalado uno de los que habían mandado su señal, éramos unos ooloi aterradoramente competentes. Debíamos de ser estudiados, y comprendidos, antes de que se hicieran más de nosotros..., y antes de que se nos permitiese establecernos en una población de las tierras bajas.

De modo que continuaba el exilio. En las montañas, porque no iríamos a Chkahichdahk; eso lo sabía el pueblo. Y se lo hicimos saber de nuevo, Aaor y yo, juntos los dos.

—Habrá dos más de vosotros —señaló alguien desde muy lejos. Separé la señal en mi memoria y me di cuenta de que había llegado desde lejos, al este y al sur, del otro lado del continente. Allí, un ooloi en un poblado Jah, en el que se hablaba chino mandarín, estaba informando de su avergonzante error, de cómo sus hijos iban por el camino errado. Ambos estaban ya en metamorfosis, ambos serían ooloi.

—Tráelos aquí tan pronto como puedan viajar —le señalé—. Necesitarán cónyuges rápidamente. Sería mejor si ya los hubieran elegido.

—Esta es su primera metamorfosis —protestó el de la señal.

—¡Y son construidos! Tráelos aquí o morirán. Ponlos en un transbordador tan pronto como puedas y, por el momento, hazles saber que aquí tienen cónyuges.

Al cabo de un tiempo, el que señalaba estuvo de acuerdo.

Esto produjo confusión entre el pueblo. Un error simplemente enfocaba la atención en el ooloi responsable del mismo. Dos errores inconexos, pero sucediendo tan próximos en el tiempo tras un siglo de perfección, podía indicar otra cosa que ya no fuera incompetencia ooloi.

Hubo mucha comunicación respecto a esto, pero ninguna conclusión. Finalmente, Aaor interrumpió:

—Probablemente esto sucederá de nuevo —dijo—. Todo ooloi subadulto que no desee ir a la nave será enviado aquí. Los humanos que quieran quedarse aquí serán dejados tranquilos. Quieren cónyuges, y creo que habrá oankali y construidos que estarán dispuestos a venir aquí y unirse a ellos.

—Creo que nosotros nos quedaremos —señaló Kahguyaht—. Hemos hallado resistentes que quizá se unan a nosotros.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Y no creo que ni siquiera nos hubiesen considerado como posibles cónyuges, de no haber pasado estos últimos meses viviendo cerca de Khodahs y Aaor.

—Vuestros hijos ooan —señaló alguien.

Kahguyaht señaló muy lentamente:

—¿Dónde está el fallo en lo que he dicho?

No hubo respuesta. Dudo que nadie creyese realmente que Kahguyaht estuviese expresando un orgullo familiar fuera de lugar. Simplemente, estaba diciendo la verdad.

—Aaor y yo queremos cónyuges oankali —señalé—. Queremos empezar a construir niños. Creo que una vez hayamos hecho esto, una vez hayáis examinado a nuestros hijos, sabréis que no somos peligrosos.

—Sois peligrosos —señalaron diversas personas—. No hay ningún modo seguro en que iniciar una nueva especie.

—Entonces, ayudadnos. Mandadnos cónyuges y jóvenes ooloi construidos. Vigiladnos todo lo que queráis, pero no nos coartéis.

—¿Habéis plantado un pueblo? —preguntó alguien de Chkahichdahk.

Señalé negativamente.

—No sabíamos que nos fuésemos a quedar aquí... permanentemente.

—Plantad un pueblo —señalaron varias personas—. ¿Cómo podéis pensar en tener niños, sin un pueblo en el que tenerlos?

Dudé, enfoqué en Kahguyaht. Éste habló con voz audible dentro del transbordador:

—Planta un pueblo, Lelka. En menos de un centenar de años, mis cónyuges y yo estaremos muertos. Deberías plantar un pueblo con el que tú, tus cónyuges y tus hijos abandonaréis este mundo.

—Si planto un pueblo —señalé a la gente—, ¿se nos permitirán cónyuges oankali a Aaor y a mí? ¿Vendrán cónyuges oankali y construidos para los humanos de aquí?

Hubo un largo período de discusión. Alguna gente estaba más preocupada por nosotros que otra. Resultaba claro que algunos no querrían tener nada que ver con nosotros hasta que hubiésemos permanecido estables durante muchos años más, y hubiesen comprobado que no habíamos hecho daño alguno. Pero estaban en minoría, y la mayoría decidió que, en tanto que siguiésemos donde estábamos, cualquiera que quisiese unirse a nosotros podía hacerlo.

—Plantad un pueblo —nos dijeron—. Preparad un lugar. Irá gente.

Unos cuantos de ellos señalaban tal ansiedad, que sabía que estarían con nosotros tan pronto como pudiesen echarle mano a un transbordador. Los humanos que deseaban cónyuges eran lo bastante escasos y lo suficientemente deseables como para hacer que la gente estuviese dispuesta a enfrentarse a cualquier peligro que creyesen que podíamos representar Aaor y yo. Y Aaor y yo éramos lo bastante interesantes en nuestra novedad como para seducir a los oankali que necesitasen cónyuges ooloi. La gente que buscaba compañeros era más vulnerable a la seducción de lo que lo serían en cualquier otro período de sus vidas. Vendrían.

16

Algún tiempo después, cuando las familias visitantes y los humanos de las montañas ya habían empezado a reunirse y examinarse unos a otros con curiosidad, me preparé a plantar un nuevo pueblo.

Rebusqué entre la muy vasta memoria genética que Nikanj me había dado. En ese gran almacenamiento de información había una única célula..., una célula que podía ser «despertada» de su estasis dentro del *yashi* y estimulada para que se dividiese y creciese hasta formar una especie de semilla. Esta semilla podía convertirse en un pueblo, o un transbordador, o una gran nave como Chkahichdahk. De hecho, mi semilla empezaría siendo un pueblo, para acabar abandonando la Tierra como una gran nave. Nunca sería un transbordador, aunque sería madre de transbordadores.

Durante los días siguientes encontré la célula, la desperté, la nutrí y la animé a dividirse. Cuando se hubo dividido varias veces la detuve, separé una célula de la masa, y regresé esa célula a la estasis en el *yashi.* Éste era un trabajo que sólo podía hacer un ooloi adulto, y descubrí que disfrutaba inmensamente haciéndolo.

Tomé la masa restante, la semilla, y, llevándola aún dentro de mi cuerpo, la transporté al lugar que tanto los humanos como las familias visitantes habían acordado que era bueno para la gente y para un pueblo. Varios de los visitantes y humanos viajaron allí conmigo en el transbordador, dado que el lugar elegido estaba bastante río arriba del poblado montañés. En el nuevo lugar, allá donde el cañón se agrandaba hasta convertirse en un ancho valle, había bastantes ruinas de piedra desperdigadas.

Mucha tierra, mucha agua, fácil acceso a muchos minerales que se necesitaban. Un acceso menos fácil a otros, según lo que nos dijeron los sentidos del transbordador, cuando hubo descendido y probado el lugar. Pero, tuviese que desarrollar el pueblo o no un sistema de raíces más complejo que el de la mayoría de los pueblos, lo cierto era que tenía a su alcance todo lo que necesitaba. Incluyéndonos a nosotros.

Aquí la población podría crecer y tener siempre la compañía de algunos de nosotros. Necesitaría de esta compañía tanto como la necesitábamos nosotros durante nuestras metamorfosis. Y, sin embargo, la estábamos plantando lo bastante lejos de las cosechas de los montañeses como para que no se sintiese tentada de llegar hasta las mismas y comérselas, antes de que fuese ya lo bastante grande como para poder alimentar a la gente por sí misma. Mientras fuese joven sería especialmente voraz. Y necesitaría de todo el espacio que le permitía el valle para crecer y madurar, antes de tener que enfrentarse a las montañas.

—Éste puede ser un buen lugar para vivir —comentó una de las viejas, mientras abandonábamos el transbordador y mirábamos a nuestro alrededor. Era la mujer cuya pierna había regenerado Aaor. Había decidido, como la mayor parte de su gente, quedarse en la Tierra.

—Hay sitio aquí para mucha gente más —dijo Jesusa, mirándome. Deseaba un niño más aún que yo. Le resultaba duro aguardar la llegada de los cónyuges oankali. Al menos, ahora sabíamos que venían algunos

cónyuges potenciales.

Elegí un punto cercano al río. Allí, preparé la semilla para colocarla en el suelo. Le di un grueso recubrimiento nutritivo y luego la saqué de mi cuerpo, a través de mi mano sensorial derecha. La planté profundamente en el rico suelo de la orilla del río. Segundos después de haberla expelido, comencé a sentir los pequeños movimientos de posicionamiento de una vida independiente.